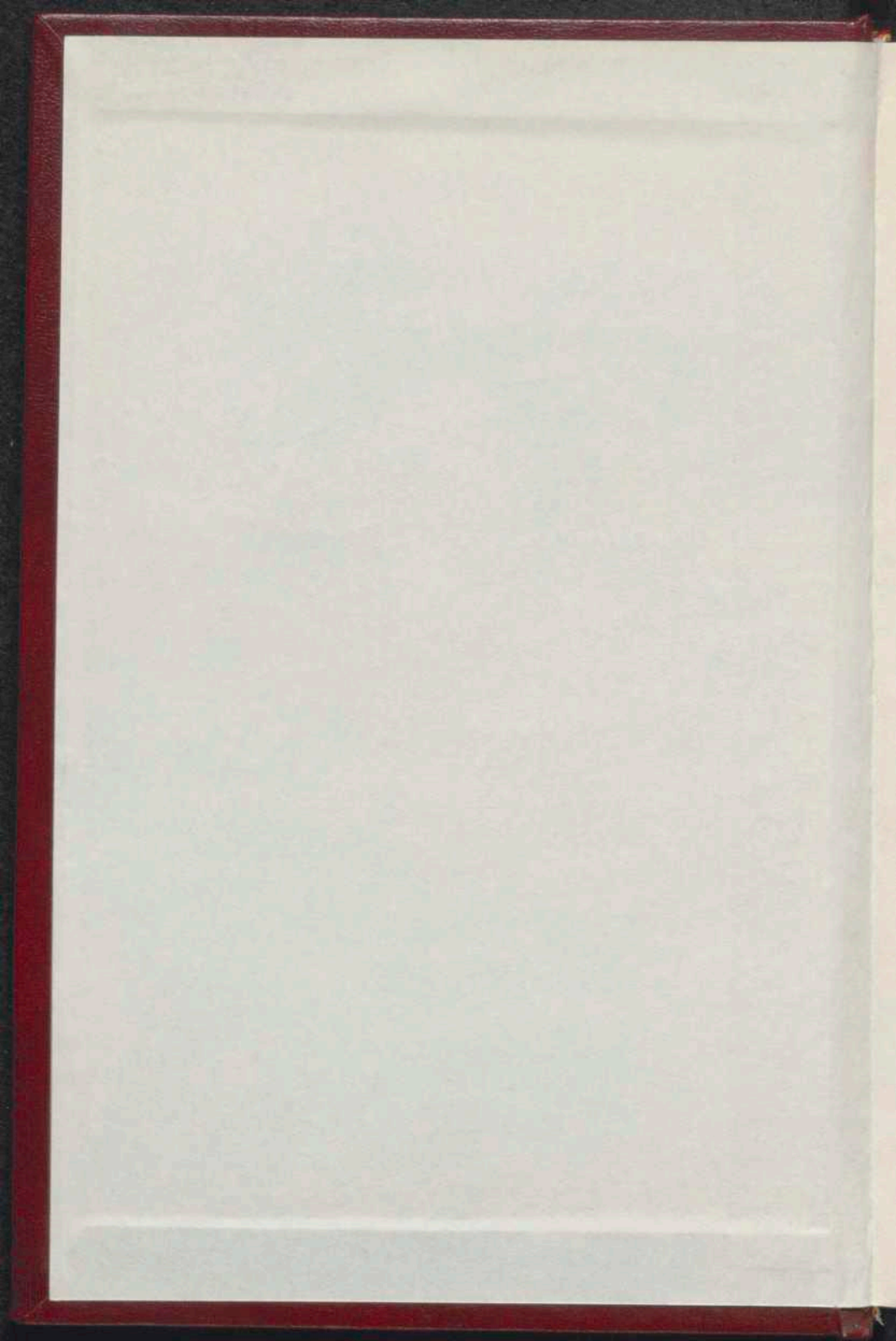


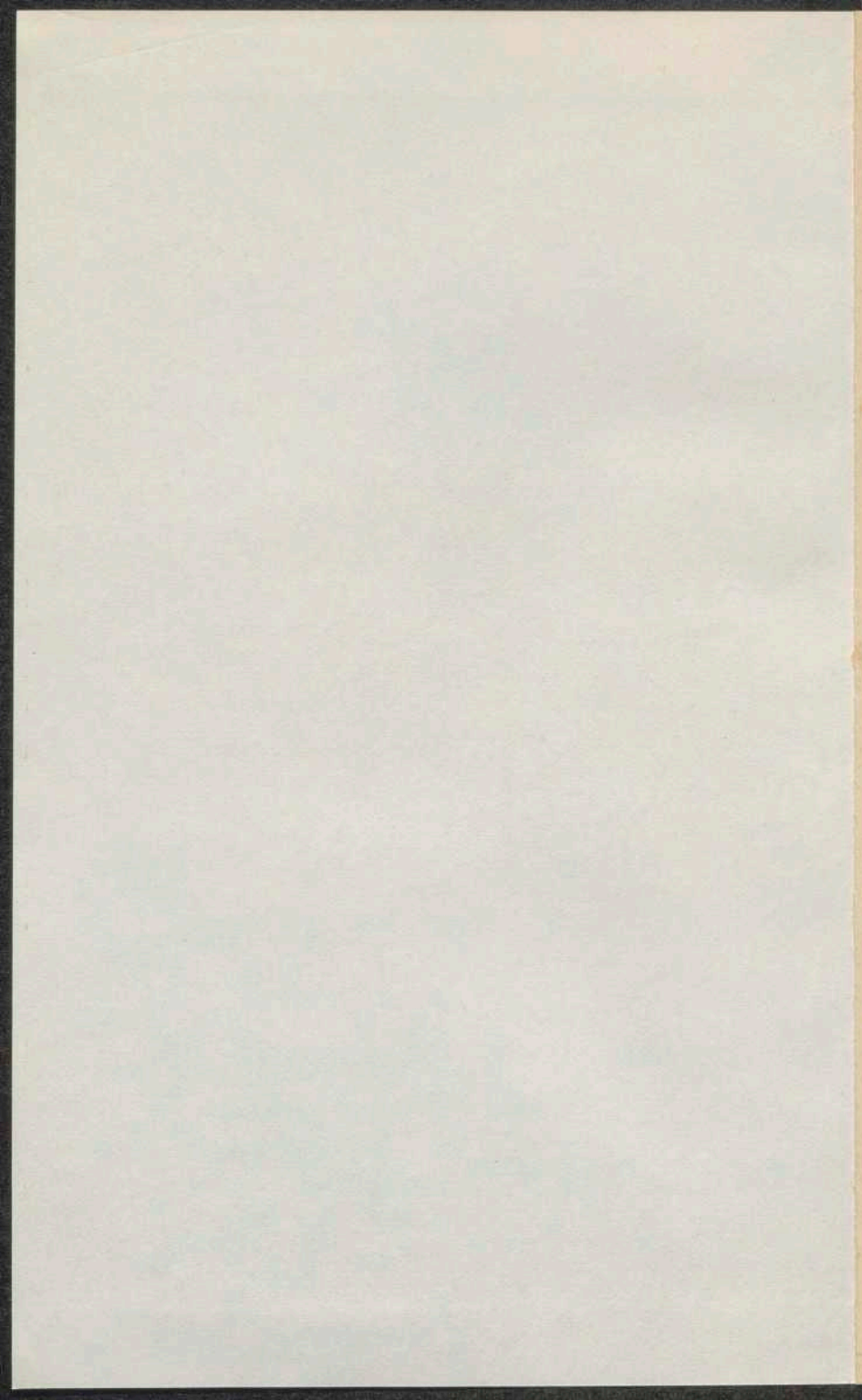
1831

IN  
ITE  
LOS  
RES

[Blank white label]







Roma galante bajo los Césares

Biblioteca Instituto de Estudios



10015042430

931  
SUE  
Rom

BIBLIOTECA INTERNACIONAL ECONÓMICA

VOLUMEN V

SUETONIUS

Secretario del Emperador Adriano.

Roma galante  
bajo los Césares

Primera versión directa al castellano, con un estudio  
biográfico-crítico del autor

POR

E. Barriobero y Herrán

ILUSTRACIONES DE

SÁNCHEZ SOLÁ



RAFAEL SORIANO  
AROCA

Tom o I

MADRID  
GINÉS CARRIÓN, EDITOR  
VERÓNICA, 13 Y 15  
1907



INSTITUTO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS

BIBLIOTECA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

1910

Home Science

1910

1910

1910

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
1910

## ESTUDIO PRELIMINAR

---

### I

El trabajo de Suetonio, *Roma galante bajo los Césares*, no es un libro recreativo, ni una obra meramente literaria; es la historia ingenua de un período interesantísimo en la vida de la ciudad eterna, avalorada con observaciones, pormenores y detalles que escaparon á la perspicacia de los autores que á Suetonio precedieron en esta clase de labor.

Es muy digna de estudio la evolución de la historia en Roma hasta llegar á la perfección que alcanza en manos de Suetonio, quien la presenta ya muy superior por todos conceptos á la historia que escriben las civilizaciones contemporáneas; de ella han hecho una miserable cortesana que acaricia

con los ditirambos más halagüeños al Duque de Alba, á Carlos XII de Suecia, á Fernando el Católico, á los autores de «la San Bartolomé» y á los asesinos de los judíos y los moriscos, que sigue á los reyes y á los caudillos en sus guerras más injustas, más disparatadas, más ignominiosas, y no se digna conceder una sola de sus páginas á los héroes del taller, de la biblioteca ó de la campiña.

Durante los primeros tiempos, la historia fué en Roma de la exclusiva incumbencia de los patricios; los plebeyos olvidaban sus pasadas amargas para pensar en un porvenir más lisonjero. El único historiador era el Pontífice Máximo, á quien por razón de su cargo le estaba prohibido salir de Roma. En lenguaje etrusco, que era el de las oraciones y prácticas religiosas de aquel hermoso panteísmo, anotaba los sucesos principales del año y exponía al público en su casa esta relación para que fuera rectificadada en caso necesario; en ella figuraban los magistrados, las guerras, los triunfos, las calamidades públicas, la constitución de colonias, las muertes de hombres notables, las recompensas otorgadas, etc.

La mayor parte de las tablas pontificias se quemaron en el incendio de Roma por los galos; otras se depositaron en el Capitolio, junto á los monu-

mentos que de los romanos merecían mayor estimación.

Á las consignaciones del Pontífice suceden los *Anales*, especie de autobiografías escritas por individuos de las familias más preclaras, con el objeto de transmitir á sus descendientes la noticia de los hechos en que se fundaban sus timbres de gloria. En general, estas obras no tienen otro interés que el interés privado y particular de sus autores, quienes, según se deduce de algunas observaciones de Cicerón, ni aun las escribían correctamente. Merecen, sin embargo, ser citados los *Anales* de Q. Fabio Pictor y Lucio Cincio Alimencio.

Después aparece la hermosa obra de Catón, *Orígenes*, cuyo mérito puede calcularse sin más que conocer el contenido de sus siete libros: el primero trata de los sucesos acaecidos bajo la dominación de los reyes; el segundo y tercero investigan los orígenes de cada una de las ciudades itálicas; el cuarto y quinto se ocupan de las guerras púnicas, y los restantes de los sucesos que se desarrollaron hasta la pretura de Servio Galva. La exactitud, el buen juicio, la forma correcta y la tendencia moralizadora. son las notas más salientes en la obra de Catón, último de los primitivos his-

toridores de Roma, pues sus sucesores, hasta el siglo de oro de las letras latinas, concretáronse á imitar á los griegos, quienes no escribían por entonces historia propiamente dicha, sino poemas y leyendas.

Cierra este largo paréntesis la aparición de Julio César, que á sus múltiples aptitudes une la de historiador, muy admirado en tal sentido de Tácito y algunos críticos modernos. Hay, sin embargo, tanto bueno como malo en la obra de Julio César; sus *Comentarios de la guerra de las Galias* es un trabajo admirable por su imparcialidad y su justeza, pues en él ni cuenta nada supérfluo, ni omite nada necesario. Con toda exactitud describe, no sólo sus hechos militares, sino las costumbres, las ideas y las leyes de cuantos pueblos encuentra en su camino.

En cambio, en los *Comentarios de la guerra civil* palpitan todas las bajas pasiones de aquella miserable lucha fratricida, y el historiador, cuando se despeja de la embriaguez de la sangre, corre á revolcarse en los fangosos pantanos del despecho y de la envidia.

En pos de César llega Salustio, el primer historiador profesional entre los romanos. Salustio no escribe una historia ordenada; sólo narra los acontecimientos.

tecimientos más importantes, depurados previamente por una crítica severa, imparcial y documentada. En sus obras abundan los pensamientos delicados, los principios de saludable moralidad y las reglas acertadas de conducta.

Salustio fué un autor fecundísimo, á quien se deben muchas producciones literarias. Entre sus obras de historia son dignas de mención *La guerra de Yugurta*, *Las revueltas de Lépido*, *La conspiración de Catilina*, *La guerra contra Sertorio* y los *Anales de historia romana*. Es el autor más traducido y más consultado por los sabios de nuestro tiempo. La Harpe, en su estudio comparativo entre Salustio y Tito Livio, no se atreve á fallar la superioridad de ninguno sobre el otro.

Cornelio Nepote, según aseguran algunos autores, acometió la obra gigantesca de componer una historia universal; pero hasta nosotros sólo ha llegado como biógrafo, más ordenado que Plutarco y menos perspicaz que Suetonio. De sus dos colecciones de biografías, *Varones ilustres* y *Capitanes ilustres*, la primera se perdió; la segunda se conserva.

Sigue á Nepote Tito Livio, el más conocido entre nosotros de todos los historiadores romanos.

Tito Livio, no obstante su reputación, tiene más

de poeta que de verdadero historiador; en su obra la imaginación es elemento substantivo, y así pone en boca de sus personajes caprichosas arengas que nunca pronunciaron, y acude á inspirarse en la tradición, la fábula y el mito, y no en documentos, copiosos ya en su tiempo. Adolece, además, de una exaltación mística y de un patriotismo fanático, que con frecuencia le hacen interesado y parcial. Sus trabajos deleitan; pero no ponen en posesión de la verdad que el historiador debe á las generaciones posteriores para quienes escribe.

De los ciento cuarenta ó ciento cuarenta y dos libros que comprendía su *Historia romana*, sólo se conservan treinta y cinco. La división en *Décadas* ó grupos de diez libros no está averiguado si se debe á Tito Livio ó á sus glosadores.

Contemporáneo del anterior es Trogo Pompeyo; de este historiador se sabe muy poco, pues aunque algunos escritores modernos han logrado recomponer el índice de su *Historiæ Philippicæ et totius mundi origines et terræ situs*, el texto sólo se conoce mutilado cruelmente por su comentarista Justino.

De esta época fué también Marco Verio Flaco, autor de un compendio de *Acontecimientos memorables* y de los *Fastos Capitolinos*; las dos obras se

refieren al reinado de Augusto, de quien el autor es apasionado panegirista.

A Varrón no puede considerársele como historiador propiamente dicho, sino como enciclopedista, y así sus *Antiquitatum rerum humanarum libri* es una enciclopedia del saber de su tiempo; tal concepto mereció á Cicerón, quien dice que antes de publicarse dicho libro «los romanos vivían como extranjeros en su patria».

En *Vita populi romani* quiso, sin duda, Varrón hacer labor histórica; pero no pudo sujetar su fantasía, que vuela de fábula en fábula, impulsada por su espíritu poético, por su ardiente patriotismo ó por su odio inextinguible á Julio César.

Para completar estos apuntes sobre la evolución de la historia en Roma, es preciso citar el *Epistolario* de Marco Tulio Cicerón, el ingenio más portentoso de aquellos tiempos, ídolo del pueblo en la tribuna y en el Foro, maestro insigne en sus tratados de Retórica y literato inmortal, cuya cultura y cuyo buen gusto resplandecen con fulgor en todas las manifestaciones de su actividad.

En Roma tuvo siempre gran importancia la correspondencia privada, pues cuando los políticos abandonaban la ciudad para gobernar una provincia, gustaban de seguir con interés las agitaciones

del Foro y los debates del Senado; para satisfacer este deseo, cambiaban cartas con sus amigos, y en ellas, con la ingenuidad y la desnudez propias de estos documentos, reflejaban la vida interior del pueblo con todos sus incidentes dignos de atención.

Las cartas de Marco Tulio, escritas confidencialmente y sin propósito de publicarlas, ofrecen con esto la mayor garantía de imparcialidad y de verdad. Sus condiciones de narrador admirable, su maravillosa vivacidad conceptiva para abarcar en una mirada los hombres y los hechos, hacen del *Epistolario Ciceroniano*, escrito en estilo incorrecto, pero sencillo y fácil, una fuente histórica de valor inestimable.

Su antiguo esclavo y amigo Tiron recogió todas las cartas que pudo encontrar, y las coleccionó sin orden cronológico; los sabios del siglo XVIII trabajaron con gran interés por completar y ordenar esta colección, y en 1808 M. Schütz, profesor de Jena, las publicó anotadas y distribuidas en secciones cronológicamente.

## II

De la vida de Suetonio se sabe muy poco. Está comprobado que nació en Roma, en el primer siglo de la Era cristiana, probablemente en el año 65.

Su padre fué soldado de Augusto, y él ejerció la profesión de abogado sin gran éxito, y dió lecciones de Gramática y Retórica.

Sostuvo gran amistad con Plinio el Joven; en una carta que éste escribió al emperador Trajano pidiéndole para Suetonio el *jus trium liberorum*, esto es, el privilegio que otorgaba la ley á los ciudadanos padres de tres hijos, consta este párrafo:

«Suetonio, el más íntegro, el más honrado, el más sabio de todos los romanos, comparte conmigo mi casa desde hace mucho tiempo. Admiro sus costumbres, su erudición, y cuanto más de cerca le veo, me siento más atraído por él.»

Hombre de gusto y de culto ingenio, llegó á ser secretario del emperador Adriano; pero fué bruscamente arrojado de palacio, por haberse permitido ciertas familiaridades con la emperatriz Sabina.

Esta desgracia fué tal vez la causa de su fama

universal, y á ella seguramente se deben sus obras; vuelto á la vida privada, restituído á los entretenimientos de la soledad, se ocupó en componer este libro, que ha hecho inmortal su nombre.

Á partir de su alejamiento de la corte de Adriano se pierden ya las noticias de su vida privada, hasta el extremo de no haberse podido precisar la fecha de su muerte.

Por una triste coincidencia y un doloroso contraste, ninguno de los tres grandes biógrafos de la antigüedad—Suetonio, Plutarco y Cornelio Nepote—ha conseguido la fortuna de legarnos los detalles de su vida íntima. Los tres se afanaron en investigar los pormenores necesarios para dibujar y engrandecer la figura de los varones ilustres; los tres han referido las proezas y cantado la gloria de los demás; pero ni uno solo ha escrito acerca de ellos. Quede la acusación cargada en cuenta á sus contemporáneos, de quienes merecieron por sus obras, siquiera algunas facilidades para que pudieran la posteridad dedicarles monumentos.

### III

Este libro es un cuadro vivo y fiel de la Roma imperial. Suetonio recogió numerosos materiales sobre la vida privada de los emperadores y sobre la conducta y las costumbres de los príncipes que se sucedieron en el trono de César, y estos materiales, ordenados con acierto inmejorable, reconstituyen hoy ante nosotros el panorama más exacto de Roma en aquel período de vicios y virtudes. Como el autor fué testigo presencial, su exactitud es incontrovertible; cuenta lo que le han contado directamente, sin que la opinión lo haya decorado con galas artificiosas antes de llegar á sus oídos y describe lo que ha visto. En su obra no hay reflejos de pasión; habla de lo bueno y de lo malo con la misma impassibilidad. Su estilo es ameno y correctísimo; su verbo florido y elegante; por esto parece más bien un anecdotista que un historiador.

La Harpe, el crítico admirable, el mejor latinista de Francia, ha dicho de Suetonio:

«No es un autor sin mérito; yo no apruebo todo lo que ha escrito; me gustaría encontrar menos inutilidades y menos detalles nimios; pero si no es un escritor elocuente, es un historiador curioso; es

exacto hasta el escrúpulo y rigurosamente metódico. Nada omite de lo que concierne al hombre cuya vida describe, y se cree obligado á referir, no sólo todo lo que ha hecho, sino todo lo que se ha dicho de él. Causa risa la atención con que se preocupa de las cosas más pequeñas, pero no desagrada encontrarlas en sus escritos.

»Si abunda en detalles es, en cambio, muy sobrio en reflexiones; cuenta sin detenerse, sin que al parecer tome interés por nada, sin aducir testimonios de aprobación ni de confirmación, de censura ni de reproche; su función única es la de narrador. De esta indiferencia resulta un prejuicio bien fundado á favor de su imparcialidad: no ama ni odia á los hombres de quienes habla; el juicio se lo encomienda á los lectores. Cita con frecuencia cosas que ha oído, pero nunca las garantiza; basta leer dos páginas de Suetonio para comprender que de ningún partido es y que escribe sin pasión.»

Bajo Suetonio llega la historia de Roma á un grado de perfección que entre nosotros no ha alcanzado todavía; pues hoy, por desgracia, de ningún historiador podemos decir las palabras que La Harpe dice de Suetonio. Los autores modernos han dado en disfrazar su parcialidad, presentando

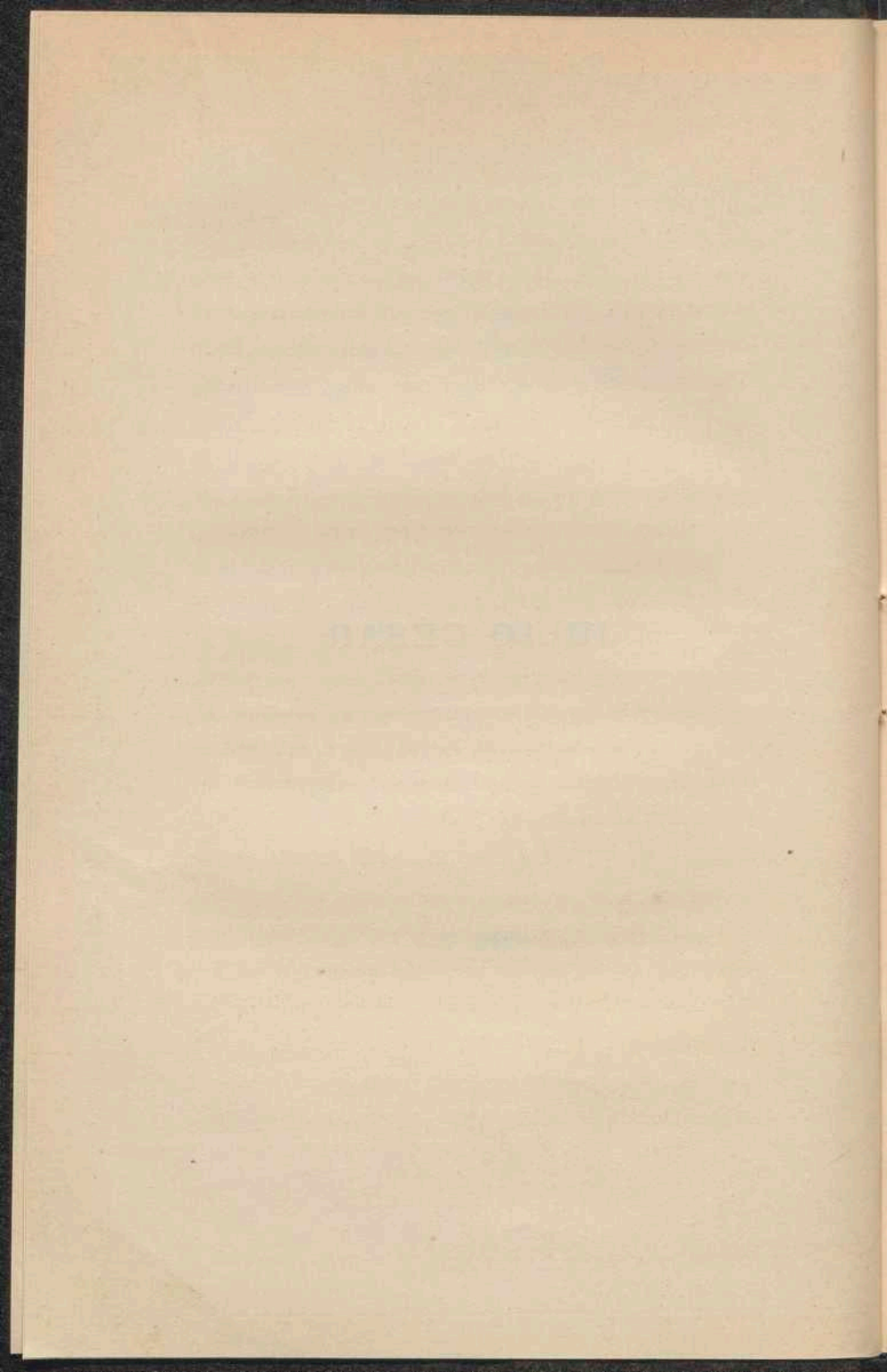
la *Historia crítica*, despropósito igual al que resultaría de amalgamar la Patología con la Terapéutica; el historiador debe entregar á la crítica el relato cierto y circunstanciado de los hechos, porque la crítica de la Historia no puede ser obra personal, sino social. Por esto no hay inconveniente en afirmar la superioridad de la obra de Suetonio sobre cuantas he alistado en la primera parte de este trabajo, y en recomendarla para que sirva de modelo á cuantos á esta clase de labor se dedican hoy.

La lectura de *Roma galante bajo los Césares*, ó *La Crónica escandalosa bajo la vida de los doce Césares*, pues bajo los dos epígrafes es conocida esta obra en el mundo de las letras, produce una sensación encantadora; sin ayuda de la imaginación se puede contemplar en ella la Roma viciosa y grande, panteísta y atea, imperial y democrática; con sus tiranos epicúreos, sus cortesanas sugestivas, sus *parásitos* ingeniosos y decidores, sus *leños* codiciosos, brutales, explotadores del vicio de los hombres y la inocencia de las mujeres; sus guerras [injustas, sus fiestas espléndidas, sus comicios sesudos [y sus motines bravíos, que dan en tierra con las coronas rostrales y los mantos de púrpura, en justa vindicación de los excesos de la tiranía.

Ese pudor mal entendido de nuestros mayores, que tanto daño ha hecho á nuestra salud fisiológica y á nuestra salud intelectual, se ha opuesto á la vulgarización de esta obra, como á la de tantas otras, entre ellas las del divino Ovidio; quede reparado ese yerro con publicar la primera versión castellana de la *Roma galante*, mientras les llega el turno á otros trabajos de igual importancia, por los que pido el aplauso del público, no para mí, que me doy por pagado con mi jornal modesto y la satisfacción de ensanchar para nuestro pueblo la esfera de cultura, sino para el valeroso editor de la BIBLIOTECA INTERNACIONAL ECONÓMICA, que gasta en hacer libros su vida y su dinero, sin parar mientes en que, mientras las letras sólo llevan al hospital ó á la cárcel á quien las cultiva, y á la miseria á quien las edita, es, en cambio, muy fácil saltar desde el mostrador de la casa de préstamos á los escaños del Congreso y á la poltrona ministerial.

**E. Barriobero y Herrán.**

JULIO CÉSAR





## JULIO CÉSAR

I.—Cuando Julio César perdió á su padre, sólo tenía dieciséis años; en el siguiente fué nombrado sacerdote de Júpiter. Apenas había salido de la infancia cuando le fué prometida Cossutia, hija de un caballero romano poseedor de grandes riquezas; la repudió para casarse con Cornelia, hija de Cinna, quien había sido cuatro veces cónsul. Sólo tuvo una hija llamada Julia. Se resistió tenazmente contra Sylla, que era entonces dictador, y quería obligarle á divorciarse de su mujer, y no pudiendo conseguir su intento le privó del sacerdocio, de los bienes de su mujer y de algunas herencias de su familia, y le consideró desde aquella fecha como consagrado al partido del pueblo. César se vió compelido á no presentarse en público, y aun estando enfermo, á pasar las noches en vela,

cambiando cada una de aposento, y sólo á fuerza de dinero pudo escapar de las manos de los que le perseguían. Fué preciso que sus parientes y aliados del orden sacerdotal, Aurelius Cotta y MamerCUS Æmilius, se pusieran en actividad para obtener su perdón. Tiénese por cierto que Sylla lo negó durante largo tiempo á sus mejores amigos y á los hombres más distinguidos de Roma, y que vencido por la obstinación de los ruegos dijo, sin que se sepa si fué una profecía ó un rasgo de penetración: «Vosotros lo queréis y yo consiento; pero sabed que este joven, cuya vida me pedís con tanta insistencia, será el enemigo más fatal del partido que conmigo defendísteis; en César no hay más que un Mario.»

II.—César hizo en Asia las primeras armas á las órdenes del pretor Thermus, en cuya misma tienda se alojó. Enviado á Bithynia para ordenar que vinieran bajeles, permaneció algún tiempo junto al rey Nicomedes, no sin ser acusado de cierto comercio de prostitución con este príncipe; robusteció este rumor el hecho de que algunos días después volviera á Bithynia con pretexto de hacer que se pagara el dinero que se debía á un manumitido cliente suyo. Después adquirió una gran reputación y fué honrado con una corona cívica en la toma de Mithylena.

III.—Sirvió durante algún tiempo en Cilicia á las órdenes de Servilius Isauricus; pero cuando supo la muerte de Sylla determinó volver á Roma bajo

las esperanzas que le daban los alborotos promovidos por Lépido. Sin embargo, no se unió á su partido, rehusó las ventajas que le ofrecía, y no quiso agregarse á un hombre de cuya debilidad de carácter desconfiaba, ni secundar una empresa que no juzgaba feliz.

IV.—Calmados los tumultos, tildó de concusionario á Dolabella, caballero del orden consular, adornado con los resplandores de un triunfo. Fué absuelto el acusado y César determinó marcharse á Rhodas, tanto para ponerse á cubierto de los enemigos que se había creado, como para dedicar algunos momentos de tranquilidad al estudio de la elocuencia y á las lecciones de Molon, célebre profesor. Durante este tiempo fué cuando le apresaron unos piratas cerca de la isla llamada de Pharmacusa, y se vió con indignación retenido por ellos más de un mes, sin otra compañía que la de un médico y dos criados, porque había enviado todo su séquito en busca de dinero para el rescate. Pagó cincuenta talentos, y apenas se vió libre marchó á un puerto vecino en busca de naves, persiguió á los piratas y no se dió punto de reposo hasta que los cogió y los hizo colgar; muchas veces les había amenazado como en broma. Mithrídates asolaba al mismo tiempo los países vecinos al imperio, y César, por no aparecer insensible ante los peligros de los aliados de Roma, pasó al Asia desde Rhodas, organizó tropas, y después de haber arrojado á un

lugarteniente de Mithrídates, sujetó á sus deberes todos aquellos púeblos vacilantes.

V.—De regreso en Roma, la primera dignidad que obtuvo por sufragio del pueblo fué la de tribuno de los soldados; aceptóla y puso gran interés en su desempeño por ayudar á los que querían restablecer la preponderancia tribunicia en todos sus derechos, tal y como estaba antes de que Sylla dirigiera contra ella sus ataques. Restituyó su valor á la ley Plothia para llamar á Roma á Lucius Cinna, su cuñado, y á los demás partidarios de Lépido, que después de su muerte se habían retirado junto á Sertorio; él mismo pronunció un discurso sobre este asunto.

VI.—Cuando era Questor se encargó de la oración fúnebre de su tía Julia y de Cornelia, su mujer, que acababa de morir. En el elogio de su tía exaltó grandemente su origen vulgar, haciéndola descender por una parte de Ancus Martius, uno de los primeros reyes de Roma, y por otra de la diosa Venus, «de donde—decía—se encuentra en mi familia la majestad de los reyes, que son los dueños de los hombres, y la santidad de los dioses, que son los dueños de los reyes».

Después de la muerte de Cornelia, casóse con Pompeya, hija de Q. Pompeyo y sobrina de Sylla, y separóse enseguida de ella por sospechas de adulterio con Clodius, á quien se acusaba públicamente de haberse introducido en casa de Pompeya vestido de mujer, á favor de una fiesta; el Senado

dispuso que se abriera una información acerca de este supuesto sacrilegio.

VII.—Mientras fué Questor tuvo á su cargo el departamento llamado España ulterior, y encargado por el Pretor de asistir á las asambleas de los negociantes romanos allí establecidos, llegó hasta Cádiz; allí fué en donde, habiendo encontrado en un templo de Hércules la estatua de Alejandro, lloró y se reprochó la vergüenza de todavía no haber hecho cosa memorable á la edad en que el héroe de Macedonia había sometido ya una gran parte del universo.

Pidió enseguida permiso para volver á Roma en busca de una ocasión para hacerse famoso y para esperar allí los favores de la fortuna. Los augures alentaron sus esperanzas al interpretarle un sueño que había tenido: soñó que violaba á su madre y le prometieron el imperio del mundo, diciendo que aquella madre á quien había sometido era la tierra, nuestra madre común.

VIII.—Cuando volvió de España encontró las colonias latinas ocupadas en pretender de Roma los derechos de ciudadanía. Él las hubiera sublevado si, para detener sus intentos, no hubieran retenido los cónsules en Roma las legiones destinadas á la Cilicia.

IX.—Pensando siempre en sus grandes empresas, pocos días antes de ser nombrado edil se alió con M. Crassus, cónsul, y con Publius Sylla y L. Antronus, estos dos conocidos perturbadores, á

quienes se había separado del orden consular á que pertenecían, y todos ellos tildados de conspiración, atacar al Senado á mano armada á principio del año, para estrangular á un grupo de él y otorgar la dictadura á Crassus, que hubiera dado á César el mando general de la caballería, y después de haberse hecho dueños del gobierno, restablecer á P. Sylla y L. Antronius en el consulado. Tanusius Geminus en su historia; M. Bibulus, en sus edictos y C. Curion (padre) en sus discursos, hablan de esta conjuración. Cicerón, en una carta á Axius, parece que también hace mención de ella cuando dice que el consulado de César había establecido la tiranía preparada durante el tiempo de su edilidad. Tanusius añade que Crassus, fuera por miedo, fuera por arrepentimiento, no había parecido el día determinado para la ejecución, y que en consecuencia César no dió la señal convenida, que era, según cuenta Curion, dejar caer la ropa de sus espaldas. El mismo Curion, añadiendo el testimonio de Acatorius Naso, le imputa otra conspiración con Piron el joven, y pretende que para prepararla se dió á éste una comisión extraordinaria para España, con el fin de que sublevara los pueblos del lado de allá del Pó, mientras César intrigaba en Roma, y la muerte de Piron hizo abortar todos estos complots.

X.—Mientras fué edil, no sólo tuvo cuidado de hacer decorar las plazas públicas y los templos, sino que además hizo adosar al Capitolio pórticos destinados á exponer á los ojos del pueblo objetos

artísticos de todas clases; dió juegos y combates de bestias, y así se ganó la pública estimación, que procuró fuera para él solo, descartando siempre á este fin el nombre de su colega y colaborador. Por esto Bibulus decía que así como el templo de Castor y Pollux se llamaba templo de Castor, la magnificencia de César y Bibulus se llamaba la magnificencia de César.

A las anteriores prodigalidades añadió un espectáculo de gladiadores, el más numeroso que se había conocido. Hízoles venir á Roma en tal multitud, que asombrados sus enemigos hicieron restringir por una ley especial el número de gladiadores que podían entrar en la ciudad.

XI.—Apoyado por el favor del pueblo, quiso que los tribunos le dieran por un plebiscito el gobierno de Egipto. Esta petición de un mando extraordinario estaba fundada en que los habitantes de Alejandría habían destronado á un rey amigo y aliado del pueblo romano, cuya violencia fué reprobada en Roma por una gran mayoría de ciudadanos. La facción de los grandes hizo fracasar la pretensión de César, quien por su parte, y para debilitar aquel poder, reorganizó las tropas que habían asistido con Mario al combate de Yugurta, los Cimbro y los Teutones, á los que había insurreccionado Sylla. Todavía los mortificó más cuando siendo juez en el procedimiento contra los asesinos y los sicarios, consideró como á tales, sin ningún respeto á las leyes, á los que habían reci-

bido dinero del erario público por llevar al dictador las cabezas de los ciudadanos proscriptos.

XII.—Hizo acusar de crimen capital á E. Rabisius, que algunos años antes había contribuído más que nadie á reprimir los furores sediciosos del tribuno Saturninus. Designado por la suerte para que fuera uno de los jueces del acusado, lo condenó con tanta pasión, que Rabisius, que había convocado al pueblo, no pudo haber tenido mejor defensa que la violencia de su juez.

XIII.—Abandonada la esperanza del gobierno de Egipto, pretendió el cargo de gran pontífice, y repartió tanto dinero, que asustado él mismo de sus gastos y de sus deudas, dijo á su madre abrazándola el día de la elección que no le vería de nuevo sino gran pontífice; así obtuvo tal ventaja sobre los otros dos concurrentes, que le eran superiores en edad y dignidad, que solo en dos tribus recabó tantos sufragios como ellos entre todas.

XIV.—Cuando fué descubierta la conjuración de Catilina era Pretor, y la muerte de los culpables fué decretada por unanimidad en el Senado; él solo se permitió opinar que los culpables fueran reclusos separadamente en distintas villas y confiscados sus bienes. A los que juzgaban con mayor severidad, les echó en cara las consecuencias que algún día podrían aparecer de aquel acto, que seguramente les haría odiosos al pueblo romano, y de tal modo los asustó, que Silanus, cónsul designado, no pudiendo sin rubor desistir totalmente de

su parecer, tomó el partido de darle una interpretación más dulce y quejarse de que no le habían entendido. César, que contaba ya con un gran número y tenía á su lado un hermano de Cicerón, hubiera triunfado si la arenga de Catón no hubiera devuelto al Senado la calma; no perdió ánimos, sin embargo, y se obstinó en su opinión hasta tal punto, de que los caballeros romanos que estaban de guardia volvieron contra él la punta de sus espadas. Algunos senadores se apartaron de él y otros le cubrieron con sus ropas; por fin se vió obligado á ceder y no volvió al Senado en todo el año.

XV.—Al cesar en la Pretura le correspondió por la suerte el gobierno de España; pero retenido por sus acreedores, solo pudo salir de Roma después de haber dado caución.

Pacificada la España no retardó su vuelta á Roma, y ni aun esperó á que se le nombrara sucesor. Solicitaba á la vez el consulado y el triunfo; pero se vió obligado á renunciar á lo último, porque le fué preciso entrar en la ciudad de simple particular para presentarse entre los aspirantes al consulado. Quiso ser exceptuado de la ley, pero no pudo conseguirlo.

XVI.—Cuando tomó posesión del cargo, estableció que se llevara un diario en donde constaran todos los actos del Senado y del pueblo, y que este diario fuera considerado público. Restableció el antiguo uso de dar al cónsul, para cuando fuera á

los actos oficiales, un ujier que marchara delante de él y sus lictores.

Publicó nuevas leyes que regularan las particiones de las tierras, y no pudiendo vencer la resistencia de su colega, le arrojó á mano armada de la plaza pública. Al día siguiente Bibulus llevó sus quejas al Senado; pero nadie, en medio de la consternación general, osó tomar las resoluciones vigorosas que otras veces se hubieran tomado con motivos más fútiles, y el cónsul desesperado se retiró á su casa, desde donde no hizo otra cosa, durante todo el tiempo de su consulado, que marcar su oposición á todos los actos de César. Este, desde entonces, gobernó la República con una autoridad tan absoluta, que muchos ciudadanos, por broma, hablaban del Consulado de Julio y de César, separando así su nombre y su sobrenombre. De este tiempo hay un memorable verso que dice:

«Nadie podrá recordar acontecimiento alguno del consulado de Bibulus.»

La llanura estrellada consagrada á los Dioses por nuestros antepasados y los campos de la Campania que pertenecían al Estado, fueron distribuidos por orden de César, sin sorteo, entre veinte mil ciudadanos de los que tuvieran por lo menos tres hijos. Mostróse muy liberal con el dinero de la República y á nadie rehusó nada; todo, de grado ó por fuerza, se doblegaba á su voluntad; solo Catón se atrevió á oponérsele una vez y César hizo que

á la salida del Senado lo amarraran sus líctores y lo condujeran á una prisión. Lucullus, después de haber braveado algunos momentos en su presencia, se asustó de tal modo de sus amenazas, que le pidió perdón de rodillas. Cicerón, en la vista de un pleito, se extendió en quejas acerca del estado de las cosas: César se vengó de él en el mismo día, colmando de distinciones á Clodius, enemigo encarnizado de Cicerón. Por último, para tener á raya á todos sus enemigos, sobornó contra ellos á un tal Vettius que, ganado con dinero, declaró que le habían solicitado para asesinar á César y Pompeyo, y César se encargó de nombrar públicamente á los miembros de la conspiración; pero muchos de los acusados sin pruebas comenzaron á proclamar el fraude, hasta que la muerte de Vettius, envenenado, según se dice, por César, salvó á éste de las consecuencias de un enredo en el que no había salida fácil.

XVII.—Por entonces fué cuando se desposó con Calpurnia, hija de Pisón, designado sucesor suyo en el consulado, y dió en matrimonio á Pompeyo su hija Julia, prometida antes á Servilius Cepión, uno de los que más habían contribuído á anular el consulado de Bibulus. Después de su nueva alianza con Pompeyo fué cuando quitó el consulado á Crassus, contra ley, porque debiera desempeñarlo todo el año.

XVIII.—Apoyado así por el prestigio de su suegro y de su yerno, entre todas las provincias que

podía haber elegido, eligió las Galias, que entre otras ventajas ofrecían á su ambición un vasto campo de triunfos.

Obtuvo la Galia cisalpina con la Iliria por la ley del tribuno Vatinius, y enseguida la Galia transalpina por un decreto del Senado, que, seguro de que el pueblo lo vería bien, creyó conveniente que la tuviera César. Cuéntase que en un transporte de júbilo se alabó delante de los senadores de haber logrado el colmo de sus deseos, á pesar de sus enemigos, reducidos por entonces á gemir y lamentarse, llegando á decir que se elevaría sobre las cabezas de sus conciudadanos; alguien le replicó que «aquello era difícil para una hembra», y él se contentó con replicar á esta [injuria «que Semíramis había reinado su Assyria y las Amazonas en una gran parte del Asia».

Avidamente buscaba toda ocasión de guerra, ya fuera injusta ó peligrosa. Lo mismo atacaba las naciones aliadas que las enemigas ó salvajes; muchas veces se trató en el Senado de mandar emisarios á reclamarle cuentas de su gestión, y hasta hubo muchos que propusieron el que se le abandonara á los enemigos. Pero sus éxitos fueron tan grandes que hicieron á Roma celebrar muchos días de fiesta.

XIX.—He aquí en pocas palabras lo que hizo en nueve años de mando: Redujo á provincia romana todo el país que se extiende entre el Ródano y el Rhin, detrás de los Alpes, los Pirineos y

los Cevenes, esto es, una extensión de unas doscientas leguas de terreno, sin comprender las villas aliadas y amigas de la República. Les impuso un tributo anual de cuarenta millones de sestercios; fué el primer romano que pasó el Rhin sobre un puente que hizo construir; atacó á los germanos que habitaban al otro lado de este río y obtuvo sobre ellos grandes ventajas. Penetró hasta el país de los bretones, que antes de él eran desconocidos para nosotros, los venció y les impuso tributos. En medio de tantas prosperidades, sólo sufrió tres reveses: uno en la Gran Bretaña, donde su flota fué destruída por una tempestad; otro en la Galia, en donde una de sus legiones fué vencida cerca de Clemont, y el último en las fronteras de Alemania, en donde sus lugartenientes Titurius y Armenleius perecieron en una emboscada.

XX.—Mientras hacía esta expedición por las Galias, perdió primeramente su madre, después su hija y, por último, su sobrina. El asesino de Clodius había sembrado la turbación en Roma, y el Senado opinó que solo se debía nombrar un cónsul, eligiendo como tal á Pompeyo. Los Tribunos de la Plebe querían que hubiera dos, y que lo fuera también César; pero no queriendo éste regresar sin haber terminado la guerra, les encargó que le reservasen el puesto para cuando cumpliera su cometido. Consiguiólo así, y desde este momento, lleno de las mayores esperanzas, no perdonó medio de hacerse partidarios á costa de larguezas pú-

blicas y particulares. Comenzó á construir un mercado con el dinero cogido á los enemigos; por el terreno se pagaron cien millones de sestercios. Anunció espectáculos y festines para el pueblo, en memoria de su hija, de lo cual no había ejemplo, y para hacer más interesantes los preparativos, empleó en ellos hasta sus esclavos. Hizo que á los gladiadores los adiestrasen, no maestros de esgrima, sino caballeros romanos y hasta senadores, á los que obligaba, conjurándolos por medio de cartas que se conservan todavía. Dobló á perpetuidad los sueldos de las legiones. Distribuyó el trigo sin medida ni tasa, y llegó hasta dar esclavos á sus soldados y tierras de las cogidas á los enemigos.

XXI.—Para intimar más con Pompeyo le ofreció á Octavia, sobrina de su hermana, que estaba casada con C. Marcellus, á condición de que Pompeyo le diera su hija, destinada á Faustus Sylla. Todos los que á él se acercaban, aunque fueran miembros del Senado, eran sus deudores, sin que les exigiera interés alguno. Colmaba de presentes á todos los ciudadanos de cualquier orden que fuesen cuando se acercaban á él, y su liberalidad llegaba hasta sus esclavos y libértos. Los acusados, los hombres perdidos de deudas, la juventud viciosa, encontraban en él un seguro refugio, á menos que las acusaciones fueran formidables ó inexcusables las culpas. Entonces les decía en alta voz que solo una guerra civil podría librarlos de sus peligros.

XXII.—No perdonaba medio de atraerse los reyes y las provincias; á los unos les ofrecía devolver los numerosos cautivos sin rescate y á las otras cuantos socorros quisieran, sin consultar al Senado ni al pueblo. Adornaba de bellos monumentos públicos, no solo las Galias, Italia y España, sino hasta las más ínfimas villas de Grecia y Asia. Todo el mundo comenzaba á calcular con terror cuál pudiera ser el término de tantas empresas, cuando Marcus Mandius Marcellus, cónsul, habiendo anunciado antes por medio de un edil que se preocupaba de la salud de la República, dijo ante el Senado que era preciso designar un sucesor para Julio César antes del término marcado, porque la guerra estaba concluída y la Galia pacificada, por lo cual era también conveniente licenciar al ejército; añadiendo que en la próxima elección de cónsules debía no hacerse mención de Julio César, porque Pompeyo no había derogado por un plebiscito la ley en que él estableció que los ausentes no podían figurar como candidatos. Pompeyo, en efecto, no había exceptuado á César, por un actó expreso de esta ley general. Marcellus, no contento con haber quitado á César sus privilegios y su mando, excluyó del número de ciudadanos á los habitantes de una colonia que César había fundado en las Galias, alegando como razón que el derecho de ciudadanía romana les había sido concedido contra las leyes y por solo la voluntad de un general.

XXIII.—César, herido de tantos golpes y persuadido de que, como él mismo decía con frecuencia, había de ser más difícil hacerle descender del primer rango al segundo que del segundo precipitarle al último, resistió con toda su energía á Marcellus y le puso en frente á los tribunos del pueblo y á Servius Sulpicius, segundo cónsul. Al año siguiente no le costó más que dinero adquirir el auxilio de Paulus Emilius, cónsul, y de Curión, uno de los Tribunos más impetuosos, contra Caius Marcellus, que había sucedido á su primo Marcus y que seguía el mismo plan. Pero César, encontrando una resistencia obstinada y viendo en contra suya los dos cónsules, tomó la determinación de escribir al Senado, para conjurarle á que no le privara del favor particular del pueblo romano, ó por lo menos á que ordenara que los demás generales dimitieran su mando como él. Se alababa de poder reunir cuando quisiera más veteranos que tropas nuevas pudiera reunir Pompeyo. Ofreció á la facción contraria licenciar ocho legiones, abandonar la Galia transalpina y guardar solo con dos legiones el país del lado de acá de los Alpes y la misma Ilisia hasta que se nombrara cónsul.

XXIV.—El Senado no dispensó atención á estas cartas, y sus enemigos le contestaron que no sacaban al mercado la salud de la República. Entonces pasó los Alpes y después de una gran Asamblea se paró en Rávena, dispuesto á vengar á brazo armado á los tribunos que le eran adic-

tos, si el Senado tomaba contra ellos alguna determinación violenta. Tal fué el pretexto de la guerra civil; pero se pretende que tuvo otras causas. El había querido trastornar la República, si creemos á Pompeyo, porque no se sentía con fuerzas para hacer por el pueblo todo lo que había prometido, y porque sus prodigiosos gastos superaban á sus medios. Según otros, temía que le obligaran á rendir cuentas de todas las violencias que había llevado á cabo, de todas las ilegalidades y de todos los privilegios de su primer consulado. Catón declaraba bajo juramento, que le citaría ante la justicia en el momento en que hubiese licenciado sus tropas, y decía muy alto que sería tratado como Milon y obligado á suplicar por su suerte ante los jueces entre soldados armados. Cuenta además Asinius Pollión, que después de la batalla de Farsalia, viendo á sus enemigos destruidos ó huyendo, pronunció estas palabras: «Ellos lo han querido: después de tantas victorias, César hubiese sido condenado á no implorar el auxilio de sus soldados». Unos pensaban que estaba corrompido por la costumbre del mando y que, habiendo comparado las fuerzas de sus enemigos y las suyas, creyó llegado el momento de intentar su gran deseo. Así parece ser que pensaba Cicerón, quien dice en el libro tercero de su *Tratado de los deberes*, que César tenía siempre en los labios estos dos versos de Eurípides:

Respeto á la virtud, más si reinar conviene  
el interés solo importa y lícito es dañar á la virtud.

XXV.—Cuando César supo que nada podía temer de los tribunos porque todos habían salido de Roma, destacó secretamente algunas cohortes que les tomaran la delantera y él, mientras tanto, para no despertar sospechas, asistió á un espectáculo público; trazó el plan de una sala de esgrima que quería hacer construir para los gladiadores, y se entregó, como de costumbre, á los goces de un espléndido festín; pero antes de ponerse el sol, hizo enganchar á un carro las mulas de una panadería vecina y tomó, con muy poca servidumbre, los caminos menos frecuentados. Las antorchas que le guiaban se apagaron antes de la media noche y se detuvo; á la llegada del día encontró quien le guiara, y atravesando á pie los senderos más estrechos llegó hasta el Rubicón y se unió allí á sus cohortes. Este río era el límite de su demarcación. Allí se detuvo, y meditando la astucia de su empresa, dijo: «Todavía es tiempo, podemos volver sobre nuestros pasos, y si no pudiéramos, el hierro lo decidiría todo.»

XXVI.—Dudaba, y un augurio le determinó: Un hombre de descomunales proporciones apareció de pronto en la ribera tocando la flauta. Los pastores del contorno, los centinelas y los trompeteros, se reunieron para escucharle. Cogió el instrumento de uno de éstos, saltó al río, y tocándolo cruzó de una á otra orilla. «Marchemos, pues,—

dijo César—marchemos á donde nos llama la voz de los dioses y la injusticia de mis enemigos; la suerte está echada.»

XXVII.—Su ejército pasó el río detrás de él; recibió á los tribunos del pueblo que, arrojados de Roma, corrieron á refugiarse á su lado. Arengó á sus soldados y reclamó su fidelidad y su auxilio, llorando y rasgando sus vestiduras; dicese que les prometió, además del botín, los derechos de ciudadanía; pero esto es un error, y lo que dió lugar á ello es que, en el calor de la improvisación, mostraba muchas veces el dedo en donde llevaba el anillo, protestando que él daría todo, hasta aquel anillo, para pagar á los que le habían ayudado; de suerte que los que estaban más lejos y podían ver mejor que entender, juzgaron su discurso por el gesto que les engañó, y dijeron en público que les había prometido el anillo, y con él el derecho de ciudadanía romana. Resumamos ahora en pocas palabras lo que hizo en la guerra civil.

XXVIII.—Dueño de Picentino, de la Ombría y de la Etruria, capturó á Domitius, quien durante la primera consternación había sido designado para reemplazarle, y se había encerrado en Corfinium. Después pasó á Brindas, á la orilla del río Adriático, pues allí se habían retirado Pompeyo y los cónsules resueltos á embarcarse. Después de haber intentado inútilmente oponerse á su salida, vuelve á Roma, convoca al Senado y lo arenga; marcha contra las mejores tropas de Pompeyo, que

estaban en España á las órdenes de los tres lugartenientes, Petricius, Afanius y Varron. Había dicho, hablando de estos asuntos: «Voy á combatir un ejército sin general, y después marcharé contra un general sin ejército.» Ni Marsella cerrándole sus puertas, ni la carencia de víveres, pudieron detenerle.

XXIX.—Todo lo sojuzga y vuelve á Roma; pasa á Macedonia, ataca á Pompeyo y lo tiene sitiado cuatro meses; por último, en las llanuras de la Farsalia los deshizo por completo y los persiguió hasta Alejandría. Pompeyo no estaba allí, y César, sorprendido en la capital de un rey poderoso, careciendo de todo, en la más ruda estación del año y en la posición más desventajosa, pudo escapar á duras penas de las emboscadas del enemigo. Vencedor, dió á Cleopatra el reino de Egipto, y adjuntó á ella el más joven de sus hermanos, temiendo que si lo hacía provincia romana podría caer en manos de un gobernador mal intencionado. De Egipto pasó á Syria, y de allí al Ponto, en donde le llamaban los acontecimientos de Pharnaces. Este hijo de Mitrídates, aprovechando favorables ocasiones, había logrado algunas ventajas, que le habían enorgullecido mucho. Cinco días de guerra y cuatro horas de combate, bastaron á César para destruirlo. En Africa venció también á Scipión y á Juba.

XXX.—Concluida la guerra triunfó cinco veces, la última sobre los hijos de Pompeyo. El triunfo

que obtuvo en las Galias fué, sin duda, el más hermoso de todos. Hacíase acompañar de gran aparato; en una de sus ceremonias, al pasar junto al monte Aventino, se cayó de su carro, al que se le había roto el eje. Subió al Capitolio entre antorchas atadas á los lomos de cuarenta elefantes, colocados en dos filas. Cuando triunfó de Pharnaces, escribió, dando cuenta de sus victorias, estas palabras: «Vine, ví y vencí», que sólo explicaban la rapidez de su expedición, en lugar de contar los detalles, como los triunfadores tenían costumbre de hacer.

XXXI.—Dió á sus veteranos veinticuatro mil sestercios por cabeza, además de dos sestercios grandes que habían recibido en los comienzos de la guerra. Asimismo les asignó las mejores tierras. Distribuyó al pueblo diez modios de trigo por cabeza y otras tantas libras de aceite, mas trescientos sestercios que les había prometido, á los que añadió cien más en concepto de atrasos. Perdonó el alquiler de las casas en Roma hasta el precio de dos mil sestercios, y en el resto de Italia hasta quinientos. A todos estos dones añadió un festín público, una distribución de carne, y después de sus victorias en España dió dos banquetes consecutivos; el primero cuéntase que no estuvo á la altura de su magnificencia; el segundo fué suntuoso hasta la exageración.

XXXII.—Prodigó los espectáculos de todo género: combates de gladiadores, representaciones

teatrales en todas las lenguas y en todos los barrios de la ciudad y por comediantes de todos los países, juegos de circo, luchas y una batalla naval. Jurius Septinus, hijo de un pretor, y L. Calpenus, que había sido senador y había defendido causas ante el pueblo, combatieron en uno de estos espectáculos públicos.

Los hijos de muchos príncipes de Asia y de Bithinia danzaron en el pínico. Décimus Labenus, caballero romano, presentó á sus bufones y recibió de César un presente de quinientos sesteracios y un anillo de oro. Al salir de la escena pasó por la orquesta para ir á sentarse en los bancos de los caballeros. César hizo agrandar el circo y estableció un lago circular. La joven nobleza de Roma hacía rodar los carros y voltijear los caballos en este circo, dividida en dos tropas distinguidas por la diferencia de edad, y celebraba los juegos llamados troyanos. Se consagraron cinco días á los combates de bestias, y, por último, se presentó al pueblo una especie de batalla simulada entre dos ejércitos pequeños, compuestos cada uno de quinientos hombres de á pie, trescientos caballos y veinte elefantes. Para tener mayor espacio, habían quitado las barreras del circo y dividídolo en dos campos, uno enfrente de otro. Los atletas justaron tres días en un terreno elevado expresamente en el Campo de Marte. Galeras con tres y cuatro líneas de remos y navíos tirios y egipcios, llenos de soldados, se botaron al lago. Llegó de todas

partes tal número de espectadores, que la mayor parte durmieron en tiendas colocadas en las calles y en las encrucijadas, y muchos, entre ellos dos senadores, perecieron ahogados por el gentío.

XXXIII.—Á los espectáculos sucedieron los cuidados del Gobierno. Corrigió el calendario, tan desarreglado, que las fiestas de la siega no caían en verano ni las de la vendimia en otoño. Reguló el año según el curso del sol, de manera que estuviese compuesto de trescientos sesenta y cinco días y que cada cuatro años hubiese uno bisiesto; para que todo estuviera en orden, en las calendas de Enero del año siguiente, añadió dos meses al año aquel en que se hicieron las reformas y los colocó entre Noviembre y Diciembre.

XXXIV.—Formaba magníficos proyectos para el embellecimiento y policía de la villa y para la seguridad y engrandecimiento del imperio. Ante todo quería elevar un templo á Marte, más vasto que ningún templo del mundo, sobre el lago en que diera el espectáculo naval, y edificar un teatro inmenso al pie del monte Tarpeyo. Quería también recopilar un código, desembarazado de leyes inútiles; formar una biblioteca pública griega y latina lo más numerosa que fuera posible, y encomendar á Varron el cuidado y ordenación de los libros. Quería también desecar los pantanos, dar desagüe á un lago, construir un camino del Adriático al Tiber sobre la pendiente de los Apeninos, calar el istmo de Corintho, elevar murallas

contra los Dacios, que se habían extendido en el Ponto y la Thracia; llevar la guerra á los Parthos, atravesando la Armenia, y no atacarles en batalla franca hasta después de haber estudiado bien sus posiciones. Le sobrevino la muerte entre los preparativos de estas grandes empresas; pero antes de hablar de su muerte, creo que debo dar una idea sucinta de su figura, de su exterior, de su modo de vestir, de sus costumbres, de sus gustos y de sus negocios civiles y militares.

XXXV.—Era de estatura elevada, de piel blanca, grueso, de rostro lleno, negros y vivos los ojos y robusto; sin embargo, al fin de su vida padeció desfallecimientos súbitos y frecuentes insomnios. Tuvo dos ataques de epilepsia y los dos mientras celebraba audiencias públicas. Llevaba hasta la exageración el cuidado de sí mismo. Le apenaba el ser calvo, y mucho más porque sus enemigos se burlaban de ello con frecuencia; por esto tenía costumbre de peinar hacia su frente los pocos cabellos que tenía, y de todos los decretos que el Senado y el pueblo dieron en honor suyo, ninguno le fué tan grato como aquel que le otorgaba derecho á llevar siempre una corona de laurel. Su vestido era muy estudiado: su túnica estaba guarnecida de franjas que le llegaban hasta las manos. Llevaba el cinturón por encima del lacticlavo y lo llevaba generalmente flojo, lo cual dió lugar á esta frase que Sylla dijo á los grandes: «Desconfiad de ese joven de la cintura floja.»

XXXVI.—Vivió, con bastante modestia, en el barrio llamado Subusa; pero cuando fué gran pontífice se alojó en la calle Sagrada á costa de la República. Se dice que amó con pasión la magnificencia y el lujo.

Más allá de Aritia tenía una casa de campo, cuya edificación le había costado bastante; la hizo tirar porque no le gustaba, y eso que todavía no tenía más que un mediano caudal y muchas deudas.

Cuando fué á la guerra llevó adornos de marquetería para decorar su tienda.

XXXVII.—Refiérese que sólo fué á Inglaterra para buscar perlas, y que allí se divertía en comparar sus tamaños y cogerlas él mismo; que buscaba con avidez los monumentos antiguos, las estatuas y los cuadros; que atribuía un precio exorbitante á la juventud y á la belleza de las esclavas, en lo cual le daba vergüenza de sí mismo, y prohibía que se anotara la compra en sus registros.

XXXVIII.—Todos los días daba de comer en sus estados en dos mesas diferentes: una para las personas distinguidas, tanto de su séquito como de la provincia, y la otra para los de un rango inferior. La disciplina doméstica era en su casa severa y exacta, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Hizo atormentar á un esclavo, su panadero, porque daba á sus convidados pan distinto del suyo. Condenó á muerte, sin que nadie se lo exigiera, á un manumitido, á quien quería mucho,

por haber ultrajado á la mujer de un caballero romano.

XXXIX.—Nada mejor para dar una vaga idea de sus costumbres, que sus relaciones con Nicomedes. El oprobio es eterno é imborrable, y cien bocas lo han perpetuado. Testimonio, estos versos de Licinius Calvus:

«El rey de Bithynia es el amante de César», etc.

Los discursos de Dolabella y Curion el padre, los edictos de Bibulus, en los que á César se le llama *reina de Bithynia*, y se añade que «después de haber amado un rey amó la realeza», confirman lo anotado. Por este tiempo, según Marcus Brutus, un tal Octavius, loco, que tenía derecho á todo, saludó á Pompeya, delante de numerosa asamblea, llamándola *rey*, y á César llamándole *reina*. C. Memnius le reprocha el haber servido á Nicomedes á la mesa con los esclavos y los eunuco<sup>s</sup> de aquel príncipe, de haberle presentado la sopa ante un gran número de convidados y de muchos mercaderes romanos, de cuyos nombres da cuenta. Cicerón, no contento de haber escrito en sus cartas que César había sido conducido por guardias á la alcoba de Nicomedes y se había acostado con él en un lecho de oro cubierto de púrpura, y que un descendiente de Venus se había prostituído en Bithynia, le dijo un día en su rostro, en medio del Senado, cuando César defendía la causa de Nisa, hija de Nicomedes, recordando las obligaciones

que debía á este príncipe: «Deja esas obligaciones; sabemos lo que tú le has dado y lo que de él has recibido.»

Para terminar: en las Galias sus soldados, entre otras bromas con que tenían costumbre de acompañar la marcha del vencedor, le repetían esta copla conocida:

«César ha sometido las Galias,  
Nicomedes ha sometido á César,  
César triunfa por haber sometido las Galias,  
Nicomedes no triunfa por haber sometido á César.»

XL.—Dícese que pagaba caros sus placeres. Sedujo á muchas mujeres del primer rango, entre otras á Postumia, mujer de Servius Sulpicius; á Lollia, mujer de Anlus Gabinus; á Tertullia, mujer de M. Crassus, y á la misma Mutia, mujer de Pompeyo. Los dos Curion, padre é hijo, y muchos otros, reprocharon á Pompeyo «haber escuchado el interés de su ambición, hasta el punto de haberse desposado con la hija de César, repudiando para ello á una mujer que le había dado tres hijos».

César á quien amó fué á Servilia, madre de Brutus, y para ella compró, durante su primer consulado, una perla que le costó seis millones de sestercios, y durante la guerra civil, entre otros presentes, le hizo adjudicar, á bajo precio, una hermosa tierra que se vendía en subasta. Cuando esto se comentaba, dijo Cicerón: «Cuéstale á Servilia

más cara de lo que creéis, porque antes ha entregado su hija á cuenta.» Sospechábase que Servilia había fraguado unos amores deshonestos entre César y su hija Tertia.

XLI.—Parece ser que en las Galias no respetó más que en Roma la santidad del lecho conyugal, según las canciones militares: «Ciudadanos, encerrad vuestras mujeres; con nosotros viene el libertino calvo, que compra las hembras de la Galia con el dinero que tomó prestado en Roma».

XLII.—Tuvo varias reinas por queridas, entre otras á Ennoé, mujer de Boguda, rey moro, á quien colmó de presentes, así como á su marido, y sobre todo á Cleopatra, con quien cenó y pasó muchas noches. Quiso pasar con ella el Nilo y llegar hasta Ethiopía en un bajel del rey de Egipto; pero su ejército se negó á seguirle. Trájola á Roma y la envió luego á su país cargada de regalos y honores, cor sintiendo, además, que el hijo que con ella tuvo llevara su nombre. Dicese que este hijo se le parecía mucho en la figura y el modo de andar, y Antonio afirmó en el Senado que César lo había reconocido, según testimonio de sus amigos Matius y Oppius. Oppius creyó que el asunto era demasiado grave para tratado así, y publicó luego un escrito que se titulaba: «Pruebas de que el hijo de Cleopatra no es hijo de César».

Helvius Cinna, tribuno de la plebe, aseguró muchas veces que había obtenido de César una ley, para publicarla cuando quisiera, que le permi-

tía cambiar de mujer tantas veces como le conviniere, hasta tener herederos. En una palabra, tan degradado estaba en sus costumbres, que Curión el padre le llamó en uno de sus discursos «el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos.»

XLIII.—Por lo que al vino respecta, hasta sus enemigos convienen en que hacía de él un uso moderado. Se recuerdan estas palabras de Catón: «De todos los que han trastornado la República, César es el único que no ha sido borracho». Opius refiere que era tan poco delicado para comer, que un día que habían guisado con aceite alterado en casa de un caballero que le convidó, fué el único que no rehusó los alimentos, y hasta repitió sus raciones por no disgustar á su huésped.

XLIV.—No fué desinteresado en el mando, ni en la magistratura. Está probado que en España recibió, del pro-cónsul y de los aliados, dinero, que pedía con insistencia, como socorro necesario para pagar sus deudas. Entregó al saqueo muchas villas de Lusitania, aun cuando, lejos de hacer resistencia, abrieron las puertas á su llegada. Saqueó también en las Galias los templos de los dioses enriquecidos de ofrendas y regalos. Destruyó las plazas más veces por el botín que para el ejemplo, y viendo en sus manos gran cantidad de oro en lingotes, lo hizo vender en Italia y las provincias por dinero acuñado, al cambio de tres mil sestercios por cada libra de oro. En su primer consulado,

quitó del Capitolio tres mil libras de oro y las sustituyó por otras tantas de cobre dorado. Vendió la alianza de los romanos; vendió los reinos; solo de Ptolomeo obtuvo por el reino de Egipto cerca de seis mil talentos; solo, en fin, á fuerza de dinero y sacrilegios, pudo subvenir á los quebrantos de la guerra civil, de los triunfos y de los espectáculos.

XLV.—La ocasión le determinó muchas veces á combatir sin que de ello tuviera propósito; con frecuencia se vió atacado después de una marcha, cuando hacía muy mal tiempo ó cuando menos lo esperaba. Solo en los últimos años de su vida estuvo menos dispuesto á reñir batallas, convencido de que no debía abusar de su suerte, y de que ganaría con una victoria menos que perdería con una derrota.

Jamás puso en huida un enemigo sin apoderarse de su campo, y no le daba tiempo para rehacerse. En los momentos críticos enviaba todos los caballos, incluso el suyo, á lugar lejano, para poner á sus soldados en la necesidad de vencer, impidiéndoles la retirada.

XLVI.—Su caballo era notable; tenía los pies hendidos de manera que parecían los dedos de un hombre. No había nacido en su casa, y los augures lo miraron como un pronóstico del imperio del mundo que su amo debía conseguir; así él lo educó cuidadosamente, y fué el primero y el único que lo montó. En sus últimos tiempos lo hizo fundir en

bronce, y lo colocó ante el templo de la Madre Venus.

XLVII.—Muchas veces animó á sus tropas, que se replegaban, arrancándoles las armas de las manos y obligándoles á volver el rostro al enemigo. La mayor parte de sus soldados tenían tal espanto, que un porta-enseña á quien se dirigió en esta forma le presentó la punta de su espada, y otro á quien había cogido el estandarte lo abandonó en sus manos.

XLVIII.—En muchas ocasiones dió pruebas aún mayores de su valor intrépido. Después de la batalla de Farsalia, había hecho salir antes á las tropas, que enviaba al Asia, y pasó el estrecho del Helesponto en una pequeña barca de transporte; encontró á L. Cassius, uno de los lugartenientes de Pompeyo, y no pensó en huir, aunque el enemigo llevaba diez galeras; avanza, le exhorta á rendirse y consigue su sumisión.

XLIX.—En el ataque de un punto en Alejandría, vióse obligado á arrojarle en una barca para escapar de los egipcios; precipitóse tras él la multitud y no le quedó otro partido que lanzarse al mar; nadó unos doscientos pasos hasta el bajel más próximo, llevando su mano izquierda levantada para no mojar los papiros que llevaba, y sosteniendo su escudo con los dientes por no abandonar al enemigo este despojo.

L.—No estimaba al soldado ni [por [su fortuna ni por sus costumbres, sino por sus fuerzas, [y le

trataba con extremo rigor ó con extrema indulgencia. Severo cuando el enemigo estaba próximo, mantenía la más exacta disciplina; él no anunciaba ni los días de marcha, ni los días de combate; quería que su gente estuviera dispuesta en todos los momentos. Algunas veces hacía marchar su ejército sin objeto, sobre todo los días de fiesta ó de lluvia. Encargaba que no le perdieran de vista, y de repente se alejaba de día ó de noche y forzaba su marcha para alejarse de los que le seguían.

LI.—Tenía por norma no despreciar ni disminuir ante sus soldados las fuerzas de sus enemigos; antes bien las aumentaba á sus ojos. Así, cuando los vió asustados por la marcha de Tuba, los reunió y les dijo: «Sabed que el rey de Mauritania tendrá dentro de pocos días diez legiones, treinta mil caballos, cien mil hombres de tropa ligera y trescientos elefantes. A los que intenten esparcir falsos rumores, los colocaré en el peor de mis bajeles y encargaré al viento que los conduzca.»

LII.—Durante diez años que duró la guerra de las Galias, César no tuvo en sus tropas ninguna sedición. En las guerras civiles hubo muchas, pero fueron apaciguadas prontamente, más bien por la autoridad que por la indulgencia, porque jamás se doblegó ante los soldados sublevados, ni se ocultó de ellos; antes al contrario, fué á buscarlos siempre. En Plasencia castigó y disolvió toda una legión, aunque entonces Pompeyo estaba sobre las

armas, y no la reorganizó sino al cabo de repetidas súplicas y previo el exterminio de los culpables.

LIII.—En Roma, cuando la décima legión pedía con amenazas su disolución y su recompensa y se creía la ciudad en peligro, mientras vibraba la guerra en Africa no vaciló, á pesar de los consejos de sus amigos, en marchar á su encuentro. Pero con una sola palabra, con llamar á los insurrectos *ciudadanos*, en lugar de soldados, les hizo cambiar de actitud y los sometió, hasta el extremo de que le siguieron al Africa, aun cuando dispuso que á los más revoltosos se les privase de la tercera parte del botín y de las tierras que les pertenecieran.

LIV.—Su celo y su fidelidad para con sus clientes brillaron siempre como en su juventud. Defendió al joven Marinha, de nacimiento distinguido, contra el rey Hyempsal con tanto calor, que en lo más culminante de la disputa juró por la barba de Tuba, hijo de este príncipe, y cuando vió á Marinha declarado tributario de Hyempsal, lo arrancó de las manos de los que se lo llevaban, lo encerró en su casa, y cuando después de su pretura marchó á España, lo colocó en su litera á favor del gentío que le rodeaba y lo llevó consigo.

LV.—Continuamente trató á sus amigos con bondad y consideraciones sin límites. Caius Oppius, que de ordinario le acompañaba, habiendo caído enfermo repentinamente, vió que le cedía el único albergue que encontraron en el camino y se acostaba él en el suelo al aire libre. Cuando estuvo

al frente del gobierno elevó á los más grandes honores á los que le habían sido adictos, por bajo que fuera su nacimiento, y cuando se le reprochaba esto, decía: «Si brigantes y asesinos me hubieran hecho los mismos servicios que ellos, lo mismo los hubiera recompensado».

LVI.—Nunca estuvo tan irritado contra uno que no se doblegara voluntario á la ocasión de hacer las paces. Caius Mennius le había atacado con dureza en sus discursos, y él le había contestado en la misma forma; esto no impidió que le ayudara con toda su fuerza cuando solicitó el consulado. Fué el primero que ayudó á Calvus, que había hecho contra él sangrientos epigramas, cuando recibió la intervención de algunos amigos para que se reconciliara con él. Catulo, según expresión del mismo César, «le había señalado con una mancha eterna en sus versos contra Mamurra». Admitió sus excusas, le sentó á su mesa aquel mismo día y no dejó de tener con toda su familia la misma amistad que antes.

LVII.—Era por naturaleza dulce hasta en sus venganzas. Cuando se apoderó de los piratas que le habían hecho prisionero, como juró crucificarlos, no cumplió su juramento hasta después de haberlos estrangulado. Jamás hizo mal alguno á Cornelius Phagita, que, habiéndole preparado emboscadas en los tiempos en que andaba oculto, había estado á punto de conducirlo ante Sylla, enfermo y languideciente, y no le había dejado escapar sino

por una fuerte suma de dinero. Hizo morir á su secretario Philemón, que había prometido envenenarle; pero no le infligió tormentos. Llamado como testigo contra Publius Clodius, amante de su mujer y acusado de sacrilegio, respondió que nada sabía, y que su hermana Julia, y Aurelia, su madre, habrían declarado la verdad; y como le preguntaran por qué había repudiado á su mujer, contestó: «Porque es preciso que todo lo que me pertenece esté tan exento de sospecha, como de crimen».

LVIII.—Se le atribuyen, sin embargo, palabras que expresan abuso de poder y parecen justificar su muerte. No contento con aceptar los honores excesivos, como la prolongación del consulado, la dictadura perpetua, las funciones de Censor, los nombres de emperador y padre de la patria, una estatua entre las de los reyes y una cátedra en la orquesta, llegó á rebasar los límites de las grandezas humanas: tuvo un púlpito de oro en el Senado y en el tribunal; su estatua fué llevada al Circo con la misma pompa que las de los dioses; tuvo templos, altares y sacerdotes; dió su nombre á uno de los meses del año, y lo mismo daba dignidades que las recibía. En sus consulados tercero y cuarto, solo tuvo de cónsul el nombre, y ejerció la dictadura. Nombró dos cónsules en su lugar para los tres últimos meses de estos dos años, durante los cuales no hizo más elecciones que las de los tribunos y las de los ediles. Estableció lugartenientes en vez de pretores, para que gobernaran la ciudad

bajo sus órdenes. Murió uno de los cónsules la víspera de las calendas de Enero, y creó un nuevo cónsul para el resto del día, Caninius, que le pidió esta gracia. Con la misma licencia y el mismo desprecio de las leyes, dispuso de las magistraturas durante muchos años; dió los ornamentos consulares á diez pretores; dió el título de ciudadanos lo mismo á los senadores que á los galos semi-bárbaros; hizo á muchos esclavos administradores y recaudadores de impuestos, y dió el mando de tres legiones, que dejó en Alejandría, á uno de sus queridos, hijo de Rufino, su liberto.

LIX.—Se permitía en público discursos tan poco circunspectos como sus acciones, según testimonio de Appiano. «La República, decía, no es más que un nombre sin realidad. Sylla sabía de esto bien poco, puesto que abdicó la dictadura. Es preciso que en lo sucesivo se me hable con la mayor reverencia y se tengan como leyes mis palabras». Llevó su audacia hasta replicar á un augur que le hablaba de un mal presagio, «que él volvería felices los presagios cuando quisiera».

LX.—Lo que excitó contra él un odio implacable, fué el que un día recibiera, sentado en el pórtico del templo de la Madre Venus, al Senado, que venía en corporación á presentarle los decretos honoríficos dictados en su favor. Algunos aseguran que Cornelius Balbus lo retuvo cuando se fué á levantar; otros dicen que esto no es cierto, y además miró con malos ojos á Trebatius, que le advir-

tió se levantara. Esto pareció más intolerable, porque él mismo había estado indignado con Pontius Aquila, el único tribuno que no se levantó cuando pasó en triunfo por su tribunal. César le gritó: «Tribuno Aquila, sustitúyeme en la República», y durante muchos días nada concedió sino con esta cláusula: *Si Pontius Aquila lo encuentra bien.*

LXI.—A esta afrenta que hacía al Senado, añadió todavía un rasgo de mayor arrogancia. Volviendo de las fiestas latinas entre las mayores aclamaciones, un hombre del pueblo puso sobre su estatua una corona de laurel con una cinta blanca. Algunos tribunos hicieron quitar la cinta y ordenaron la prisión de aquel hombre. César vió con dolor que aquella tentativa no resultó y que le quitaban la gloria de ser coronado; reprendió severamente á los tribunos y los separó del cargo. Desde este momento no pudo lavarse del reproche de haber aceptado el título de rey, aun cuando respondió á los del pueblo que le daban este nombre, que él era César y no rey, y que el día de las Lupercales había consagrado á Júpiter Capitolino la corona que Marco Antonio ensayó muchas veces colocar sobre su frente en la tribuna de las arenas. En el Senado se dijo que Cotta, quindecenviro, iba á proponer una ley para dar á César el título de rey, porque estaba escrito en los libros de las Sybilas que los Parthos sólo serían vencidos por un rey.

LXII.—Los conjurados, para no prestar sus

votos á esta ley, se apresuraron á ejecutar su empresa. Reuniéronse en consejo general y, lejos de aplaudir la situación del gobierno, acordaron detestar la tiranía y pedir vengadores.

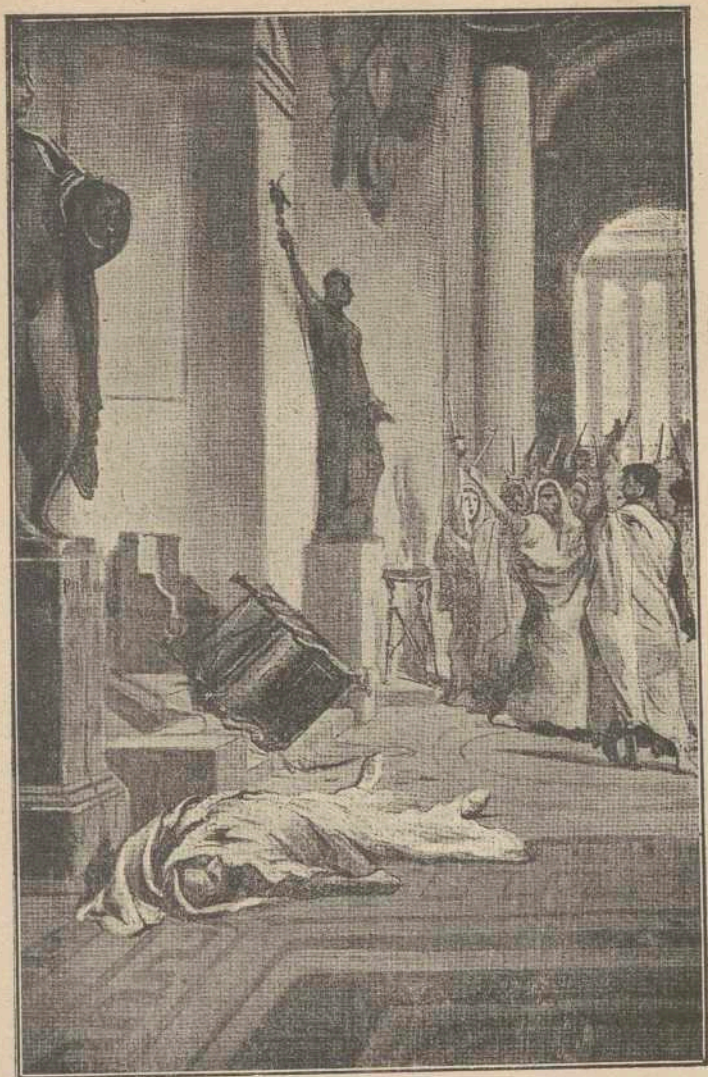
Quintus Máximus, nombrado cónsul por tres meses, llegó al Senado, y cuando el lictor lo anunció siguiendo la costumbre, le gritaron desde todas partes que no era cónsul. Cuando Cesatius y Marullus fueron arrojados del cargo de tribunos, fueron á los comicios seguidos de gran multitud. Al pie de la estatua de Lucius Brutus escribieron: «Pluguiera á los dioses que tú vivieses», y sobre la de César: «Brutus fué elegido cónsul por haber destronado á los reyes; éste ha sido rey por haber arrojado á los cónsules.» Más de cuarenta ciudadanos conspiraron contra él, teniendo á su frente á C. Carius, Marcus y Décimus Brutus. Dudaron acerca del modo de realizar su intento; si en el momento de la Asamblea del Campo de Marte, en que llamaron á las tribus para emitir los sufragios, una partida de ellos cortaría el puente y otra asesinaría abajo; si atacarían en la vía Sagrada ó á la entrada del teatro. Pero cuando en la Asamblea del Senado indicaron que para los idus de Marzo en la sala edificada por Pompeyo, dejaron todos de buscar sitio ni momento más favorables.

LXIII.—Hubo prodigios admirables, que anunciaron á César su próximo fin. Algunos meses antes, los colonos á quienes había dado los terrenos de la Campania quisieron edificar allí casas, y al

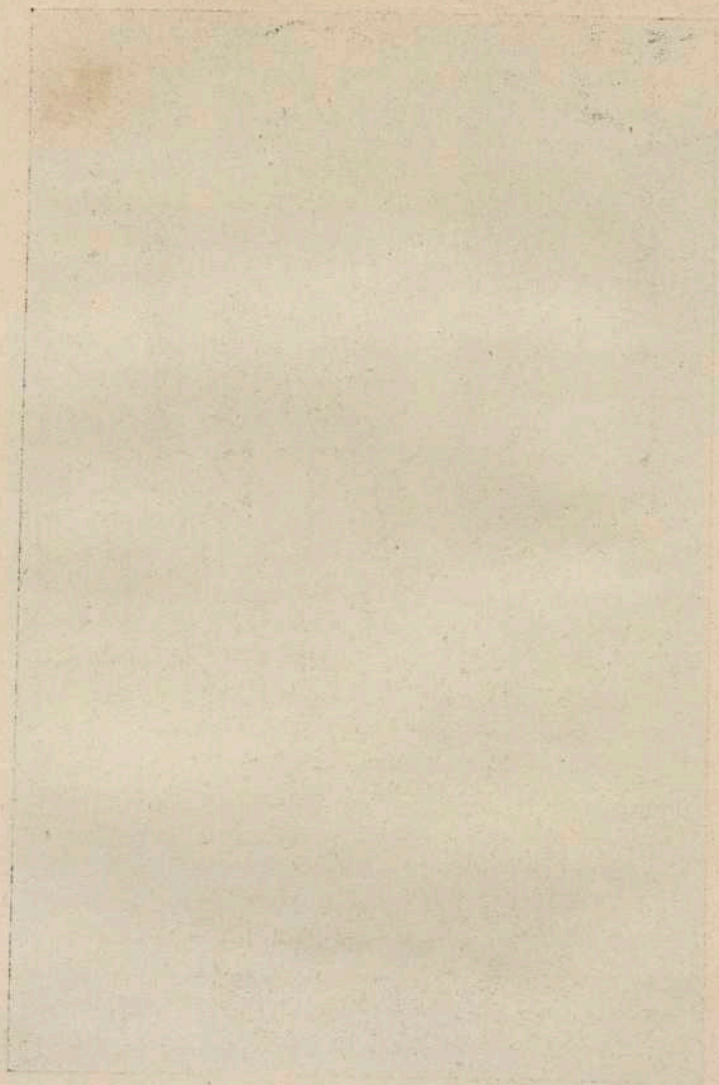
cimentar encontraron tumbas y monumentos antiguos: en el sitio en que se cree estaba enterrado Capys, el fundador de Capua, encontraron una tabla de bronce con una inscripción griega, cuyo espíritu significaba, que cuando se descubrieran las cenizas de Capys, un descendiente de Julio perecería á manos de sus prójimos y las desgracias de Italia vengarían su muerte. Este hecho, que no puede reputarse fabuloso, lo cuenta Cornelius Balbus, íntimo amigo de César. En los mismos días se observó que los caballos que había consagrado cuando el paso del Rubicón y los había dejado pacer en libertad, se abstendían de tomar alimento y lloraban abundantemente. El augur Spurrinna le advirtió en un sacrificio que estaba amenazado de un peligro, al que se vería expuesto en los idus de Marzo. La misma noche anterior al día de su muerte, soñó que volaba sobre las nubes y tocaba la mano de Júpiter. Calpurnia, su mujer, soñó que caía el tejado de su casa y que su marido estaba en sus brazos herido de muchos golpes. Las puertas de su alcoba se abrieron por sí mismas. Todas estas razones y su salud, que era muy débil por entonces, le hicieron dudar si debía quedarse en casa y diferir para otro día lo que aquél tenía que hacer en el Senado; pero Décimus Brutus le exhortó á no faltar al Senado, adonde le esperaban en gran número y desde hacía mucho tiempo. Salió á la quinta hora del día y le entregaron un escrito que contenía detalles de la conjuración; lo puso entre otros que llevaba en

la mano izquierda, como dejando para más tarde su lectura. Inmoláronse muchas víctimas, sin que una sola diera presagios felices, y despreciando estos temores religiosos entró en el Senado, después de haber dicho á Spurrina: «Ved cómo los idus de Marzo llegaron sin accidente». — «Todavía no han pasado» — contestó el augur.

LXIV.—Cuando tomó asiento rodeáronle los conjurados como para hacerle la corte, y de pronto Tullius Cimber, que estaba encargado de comenzar la tragedia, se acercó á él como para pedirle una gracia. César le hizo señal para que dejase su petición para otro momento, y como Cimber le agarrara de la ropa, gritó: *¡Esto ya es violencia!* Entonces uno de los dos Carea le pegó en el cuello suavemente; César cogió por el brazo á Carea y le dió con un punzón que tenía en la mano; de pronto vió en todas partes aceros levantados contra él, y entonces se envolvió la cabeza y con la mano izquierda se estiró la ropa para caer con más decencia. Infiriéronle veintitrés golpes. Al primero lanzó una queja sin pronunciar una palabra. Algunos cuentan que dijo á Brutus cuando avanzaba para herirle: *¡También tú, hijo mío!* Permaneció algún tiempo tendido en el suelo. Todos habían emprendido la fuga. Por último, tres esclavos lo condujeron á su casa en una litera, de la que colgaba uno de sus brazos. De todas las heridas, la única que su médico Antistius encontró mortal fué la segunda, recibida en el pecho. Los conjurados tenían propó-



Muerte de Julio César.



sito de arrastrar el cadáver hasta el Tíber, declarar confiscados sus bienes y nulos todos sus actos; pero el miedo que les inspiraban el cónsul Antonio y Lépido, general de la caballería, se lo impidió.

LXV.—Por iniciativa de Lucius Pison, su suegro, se abrió su testamento y se leyó en casa de Antonio. Habíalo hecho en el mes de Septiembre precedente en una casa de campo llamada Lavicanum, y lo había confiado á la Vestal Máxima. Q. Tuberon cuenta que desde su primer consulado hasta el comienzo de la guerra civil, tuvo designado por heredero á C. Pompeyo, y que en un discurso había leído á sus soldados esta cláusula. En su última disposición designaba tres herederos, que eran sobrinos segundos suyos: C. Octavius tenía las tres cuartas partes de la herencia; Lucius Pinarius y Quintus Pedius tenían la otra cuarta parte. Al final del testamento adoptaba á Octavio y dábale su nombre. Nombraba á muchos de sus asesinos tutores de sus hijos, si llegaba á tenerlos. Colocaba á Décimus Brutus en la [segunda clase de sus legatarios, dejaba al pueblo romano sus jardines de junto al Tíber y trescientos sestercios por cabeza.

‡ LXVI.—El día señalado ¶ para sus funerales se colocó una hoguera en el Campo ¶ de Marte, junto á la tumba ¶ de Julia, y una ¶ capilla dorada frente á la tribuna de ¶ las ¶ arengas, conforme al modelo del templo de la Madre Venus; colocóse allí un lecho de ¶ marfil, con una cubierta de tela de oro y

púrpura, y junto al lecho un trofeo con armas y las ropas que llevaba cuando murió. Como se calculó que el día no bastaba para que fueran por orden cuantos quisieran llevar ofrendas y regalos al Campo de Marte, se dispuso que fueran sin orden y por el camino que quisieran. En los juegos funerarios se cantaron muchos trozos compuestos para excitar la piedad ó la indignación, como el monólogo de Aujax, en la obra de Pacuvius, que se titula *Las Armas de Aquiles*. En lugar de oración fúnebre, el cónsul Antonio hizo que un heraldo leyera el último Senado-consulta, que le atribuía todos los honores divinos y humanos, y la plática por la cual se obligaba á defenderlo aun con peligro de su vida. A esta lectura añadió muy pocas palabras.

Magistrados en funciones llevaron el féretro en la plaza pública; unos querían quemarlo en el santuario de Júpiter y otros en el Senado; de pronto dos hombres armados de espadas y azagayas prendieron fuego con antorchas, y á continuación todos trajeron madera seca, bancos, asientos de los jueces y todo lo que encontraron á mano. Histriones y tocadores de flauta tiraron allí las ropas triunfales que llevaban puestas para la ceremonia; los legionarios veteranos, las armas con que asistían á los funerales de su general; las mujeres sus adornos y los de sus hijos. Hasta los extranjeros tomaron parte en este duelo público, y cada uno dió muestras de desolación conforme al uso de su

país. Los judíos velaron muchas noches junto á sus cenizas.

LXVII.—El pueblo corrió con hachas después de los funerales á las casas de Brutus y Cassius. Encontró á un tal Helvius Cinna y le confundió con Cornelius Cinna, que la víspera había declamado furiosamente contra César; lo asesinó y llevó su cabeza clavada en una pica. Por último, en la plaza pública se levantó una columna de mármol de Africa, con veinte pies de altura, y en ella se puso esta inscripción: AL PADRE DE LA PATRIA. Durante mucho tiempo el pueblo fué allí á ofrecer sacrificios, formular votos y terminar ciertas diferencias, jurando por el nombre de César.

LXVIII.—Algunos han sospechado que César no se preocupaba por vivir mucho tiempo, y por esta razón era muy indiferente para con su delicada salud, las predicciones funestas y los presentimientos de sus amigos. Otros creen que se consideraba tan seguro por los decretos del Senado y el juramento citado arriba, que despidió una guardia española que le rodeaba espada en mano; otros creen que prefería caer en las emboscadas de sus enemigos á temerles continuamente, y otros cuentan que tenía costumbre de decir: «la República está más interesada que yo en mi conservación.»

LXIX.—Conviene casi todos en que su muerte ocurrió poco más ó menos como él había deseado. Un día, leyendo en Xenofonte que Ciro, durante su última enfermedad, había dado instrucciones

para sus funerales, significó su antipatía por aquel género de muerte, y deseó que la suya fuera súbita. La víspera de los idus de Marzo, cenando con Lépido, se habló de cuál era el género más dulce de muerte, y él se decidió por la más rápida y la más inopinada.

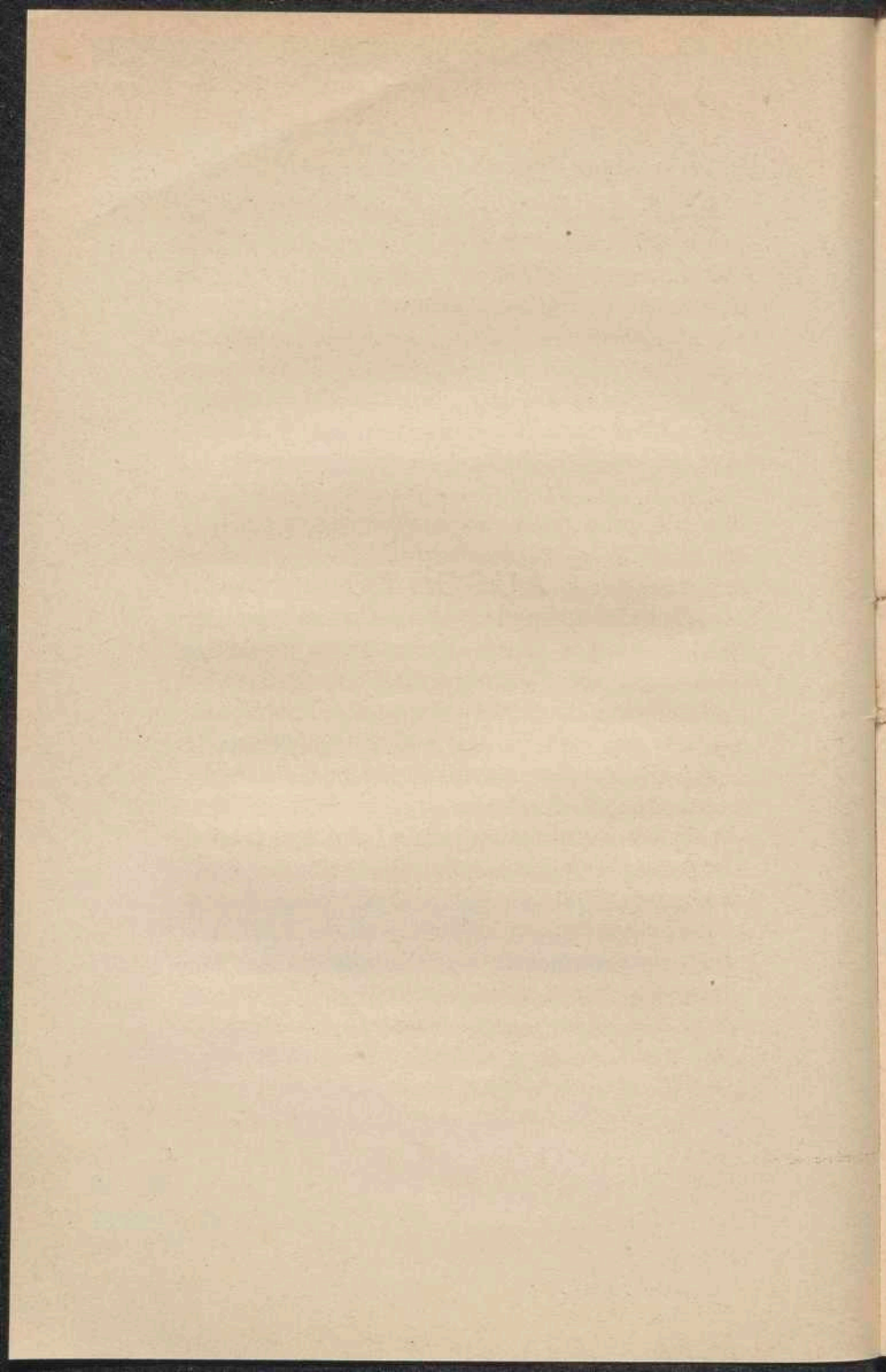
LXX.—Murió á los cincuenta y seis años de edad. Fué colocado entre los dioses, no solo por las ceremonias religiosas, sino por la íntima persuasión del pueblo.

Cuando los juegos que su heredero Augusto celebraba para su apoteosis, brilló un cometa con barba durante siete días; aparecía á las once y se creyó que era el alma de César colocada en el cielo; por ésto le representan siempre con una estrella sobre la cabeza. Hízose tapiar la sala del Senado en donde fué muerto. Se les llamó á los idus de Marzo *días parricidas*, y se prohibió que en lo sucesivo se reuniera el Senado en este día.

LXXI.—Ninguno de sus asesinos le sobrevivió más de tres años, y ninguno murió de muerte natural; todos fueron condenados, todos perecieron, y cada uno de manera diferente: unos en un combate, otros en un naufragio, y muchos se suicidaron con el mismo hierro que levantaron contra César.

---

AUGUSTO





## II

# AUGUSTO

---

I.—La familia Octavia era una de las principales de Velletria; de ello dan fe muchos monumentos. Esta familia, agregada por Tarquino el Antiguo á una de las clases inferiores del Senado y después elevada, por Sevius Tullius, al rango patricio, descendió luego á plebeya y, con gran esfuerzo fué, por último, restablecida por César en su primera dignidad.

II.—Octavio, padre de Augusto, fué rico y estimado desde su juventud, y es bien extraño que se haya asegurado que fué cambiante y corredor. Educado en la opulencia, llegó fácilmente á los empleos y los ejerció con dignidad. Después de su pretura obtuvo el gobierno de Macedonia, y antes de llegar allí, destrozó en su camino los restos de

las huestes que habían seguido á Catilina y Espartaco, que ocupaban el país de Thurium. Esta comisión se la había confiado el Senado. Gobernó su provincia con tanta equidad como valor; ganó una gran batalla contra los Thraccios, y trató tan bien á los aliados del pueblo romano, que Cicerón, en cartas que existen hoy, exhorta á su hermano Quintus, pro-cónsul de Asia, de quien estaban todos descontentos, á hacerse querer de los aliados á la República, como su vecino Octavio.

III.—A su vuelta de Macedonia, cuando iba á presentarse candidato al consulado, le sorprendió la muerte. De Ancharia, su primera mujer, dejó una hija, llamada Octavia, y de Atia, la segunda, otra Octavia y Augusto. Atia era hija de Marcus Atius Balbus y de Julia, hermana de César. Balbus era originario de Aricia por la línea paterna, y tenía en su familia una serie de senadores; por parte de su madre, era próximo pariente de Pompeyo. Háblele sido concedida la pretura y fué, además, uno de los veinte comisarios designados por la ley de César para distribuir las tierras de la Campania. En tanto Antonio, obstinado en desacreditar el nacimiento de Augusto, pretendió que su abuelo materno era africano y había tenido una tienda, en Aricia, de perfumería ó panadería. Cassius de Parma, en una de sus cartas, trata á Augusto de hijo de panaderos y le apostrofa de esta manera: «Tu madre vendía harina en el molino más despreciable de Aricia, y tu padre la amasaba con las ma-

nos ennegrecidas por el dinero que manejaba en Nerulum».

IV.—Augusto nació bajo el consulado de Cicerón y Antonio, el 20 de Septiembre, al amanecer, frente al monte Palatino, cerca de un paraje que se llama *Cabeza de Buey*, en donde hay ahora una capilla, levantada poco después de su muerte. En las actas del Senado se lee que C. Lectorius, joven patricio, convicto de adulterio, para obtener la dulcificación de su pena, alegó que había sido poseedor del terreno en que había nacido Augusto.

V.—En Velletria enseñan todavía en un arrabal la casa de sus antepasados en donde se crió. La habitación en donde fué amamantado es pequeñísima, parece un armario. En la población creen que nació en ella, y sólo entran en caso de necesidad y con gran respeto. Según antigua tradición, los que entran allí con irreverencia se ven atacados de un escalofrío súbito, y ha confirmado esta opinión el que un sobrino, propietario de la casa, habiéndose acostado en esta pieza, por casualidad ó de intento, fué empujado por una fuerza extraña y se encontró con su cama ante la puerta medio muerto.

VI.—Perdió á su padre cuando tenía cuatro años; á los doce pronunció la oración fúnebre por su abuela Julia; á los dieciséis tomó la ropa viril y recibió los dones militares del triunfo de César sobre los africanos, aun cuando su edad todavía no le permitía ir á la guerra. Algún tiempo después,

cuando partió su tío á combatir en España á los hijos de Pompeyo, le siguió, convaleciente de una enfermedad, con una débil escolta por un camino lleno de enemigos. Hasta naufragó, pero al fin llegó junto á César, que se maravilló de este celo y lo consideró caracterizado por la destreza que manifestó para escapar de los peligros. César, después de haber sometido á España, deseoso de agredir á los Dacios y á los Parthos, lo envió de avanzada por el camino de Oriente á Apollonia, en donde estudió las letras; allí supo la muerte del dictador, que le nombraba su heredero. Al principio pensó solicitar el apoyo de las legiones vecinas; pero consideró este partido como imprudente y precipitado. Así, pues, vino á Roma y se presentó como heredero de César, á pesar de las irresoluciones de su madre y los consejos de su suegro Martius Philipus, caballero consular, que con gran interés trató de disuadirle. Pronto se vió á la cabeza de un gran ejército; gobernó la república con Antonio y Lépido y enseguida con Antonio sólo, durante doce años, llegando, por último, á ser soberano solo y absoluto por espacio de cuarenta y cuatro años.

VII.—Tales son los detalles de su vida. Estudiémosla ahora por partes, no siguiendo el orden de los tiempos, sino la naturaleza de sus asuntos.

Sostuvo cinco guerras civiles: la de Módena, la de Macedonia, la de Perusa, la de Sicilia y la de Actium; la primera y la última contra Marco Antonio; la segunda contra Brutus y Cassius; la ter-

cera contra Antonio, hermano del triunviro, y la cuarta contra Sextus, hijo del gran Pompeyo.

VIII.—En todas tuvo por principio la obligación en que se creía de vengar la muerte de su tío y de sostener la validez de su testamento y de los actos de su dictadura.

Desde que llegó de Apollonia estuvo decidido á proceder judicialmente contra Brutus y Cassius, y aunque habían salido de Roma para colocarse al abrigo de todo peligro, les acusó como asesinos. Celebró él mismo los juegos instituidos en memoria de la jornada de Farsalia, porque los que de esto se hallaban encargados parecían no acordarse. Para realizar sus empresas con mayor entusiasmo, quiso reemplazar á un tribuno del pueblo que había muerto y lo hizo con un patricio. Cierta que todavía no era senador. Pero encontrando gran oposición en el cónsul Marco Antonio, en quien creía encontrar su principal apoyo, se pasó al partido del Senado: sabía que allí detestaban á Antonio, sobre todo desde que quiso arrojar de la Galia cisalpina y tenía sitiado en Módena á Décimus Brutus, á quien César había dado este gobierno con aprobación del Senado.

Se le aconsejó que hiciera asesinar á Antonio; pero no prosperó el complot, y comenzando á temer por sí mismo se deshizo en larguezas para atraerse á los veteranos de César, á los que llamó en su socorro y en el de la República. Cuando hubo reunido las fuerzas tuvo su mando como

pro-pretor, y recibió el encargo de ir con Hirtius y Paussa, cónsules, á socorrer á Décimus Brutus. Se terminó esta expedición en dos meses con tres combates. En el primero tomó la retirada, si damos crédito á Antonio, y no pareció hasta dos días después, sin caballo ni armadura. Durante el segundo, cumplió sus deberes de jefe y de soldado: herido el porta-enseña de su legión, le tomó el águila y la llevó sobre sus espaldas largo tiempo.

IX.—Hirtius y Paussa murieron en esta guerra: el primero en un combate; á consecuencia de sus heridas el otro. Dijose que Augusto era culpable de estas muertes, porque como después de la derrota de Antonio, la República no tenía cónsules, tenía esperanzas de disfrutar él sólo el mando del ejército vencedor. Lo cierto es, que la muerte de Paussa levantó tales sospechas, que Glycon, su médico, fué preso y acusado de haber envenenado sus heridas. Aquilinus Niger afirma que el mismo Augusto mató á Hirtius durante la pelea.

X.—Sea de ello lo que fuere, cuando supo que Antonio, después de su derrota, se había refugiado en el campo de Lépido, y los otros generales con sus legiones se habían adherido al Senado, no dudó en cambiar de táctica. Como pretexto de su cambio alegó que tenía quejas de sus palabras y sus acciones; que unos le habían tratado de niño, que otros habían dicho que era preciso anularle, y se habían opuesto á las recompensas acordadas para él y sus veteranos. Para hacer resaltar la pena que

sentía por haber servido al Senado, condenó á una multa considerable á los habitantes de Nurrium, que habían levantado un monumento á los soldados de la República muertos delante de Módena, con esta inscripción: A LAS VÍCTIMAS DE LA LIBERTAD, y como no pudieron pagar la multa, los arrojó de su ciudad.

XI.—Unido con Antonio y Lépido, convaleciente todavía de una enfermedad, terminó en los campos de Filippus la guerra de Macedonia. Tuvo allí dos combates. En el primero, lo arrojaron de su campo y tuvo que refugiarse en el de Antonio: en el segundo salió victorioso; pero usó de la victoria con moderación. Envió á Roma la cabeza de Brutus para que la colocaran al pie de la estatua de César. Trató mal á los prisioneros más ilustres, llegando hasta faltarles de palabra. Uno le suplicó que le diera sepultura; le contestó que los buitres se la darían. Un padre y un hijo suplicaban les perdonara la vida, y les ordenó que combatieran y otorgaría esta gracia al vencedor: el padre se arrojó sobre la espada de su hijo, y éste se hirió con la suya. Augusto los vió expirar. Así, cuando Favonius, imitador de Catón y otros prisioneros, comparecieron encadenados ante los triunviros, saludaron á Antonio con respeto llamándole emperador, y motejaron á Augusto con graves injurias.

En el reparto que siguió á la victoria, Antonio se encargó de los negocios de Oriente. El trajo á Italia los veteranos para darles posesión de las

tierras que les había prometido. Todo el mundo quedó descontento: los propietarios por verse despojados, y los veteranos por creer que no estaban bien recompensados.

XII.—Por entonces L. Antonius, hermano del triunviro, quiso exaltar las turbas en Roma. El consulado que ejercía y el poder de su hermano, hinchaban sus esperanzas. Augusto le obligó á retirarse á Perusa, y allí lo sitió por hambre, pero no sin correr grandes peligros durante la guerra y durante el sitio. Sucedió que en unos juegos públicos, un soldado se colocó en uno de los catorce bancos destinados á los caballeros; Augusto envió á un líctor para hacerle retirar. Momentos después, sus enemigos hicieron correr la voz de que el soldado había perecido en los mayores tormentos, y esto levantó tal indignación en sus compañeros, que Augusto estuvo á punto de ser muerto; felizmente para él, el soldado apareció de pronto sano y salvo. En otra ocasión, ofrecía un sacrificio junto á los muros de Perusa; un pelotón de gladiadores salió bruscamente de la villa y estuvo á punto de matarle.

XIII.—Después de la toma de esta plaza se ensañó contra sus enemigos, y á sus ruegos y sus quejas, contestaba con estas palabras: *Es preciso morir*. Dícese que eligió trescientos para inmolarlos como víctimas el día de los idus de Marzo en un altar consagrado á César. Otros creen que sólo había promovido esta guerra para que se dieran á co-

nocer sus enemigos secretos y para pagar á sus veteranos con el botín.

XIV.—Comenzó la guerra de Sicilia, que fué larga y la interrumpió varias veces, tanto para reparar las pérdidas que le ocasionaron dos naufragios, cuanto para calmar al pueblo, que no tenía víveres, y acosado por el hambre pedía la paz á gritos. Al fin, después de haber ejercitado sus tropas durante todo el invierno, batió á Pompeyo el Joven, entre Mylo y Neruloque. En el momento del combate se hallaba profundamente dormido; fué preciso despertarle para dar la señal, por lo que mereció los reproches de Antonio. Otros le acusan también de haber dicho, recordando sus bajeles destrozados por la tempestad, que había vencido á despecho de Neptuno y de haber hechó quitar del Circo la estatua de este dios.

En esta guerra es en la que se vió expuesto á los mayores peligros. Después de haber llevado sus tropas á Sicilia, él mismo fué á hacer que viniera el resto del ejército, que se hallaba en Italia. De improviso se vió atacado por los lugartenientes de Pompeyo, y sólo á duras penas pudo salvarse con un sólo navío.

Marchando á pie á Regis, vió dos galeras de Pompeyo que costeaban aquella ribera, las confundió con las suyas, y al acercarse estuvo á punto de caer prisionero; tuvo que huir por senderos impracticables. Un esclavo de Ametius Paulus, que le acompañaba, recordó que antes había proscripto á

su abuelo materno, y en venganza quiso matarlo. Después de la retirada de Pompeyo, Lépido, uno de los triunviros, que Octavio había llamado de Africa en su socorro, envanecido de mandar veinte legiones, le habló con altivez y en tono de amenaza; lo despojó del mando y le perdonó la vida porque se lo suplicó de redillas; pero lo desterró á perpetuidad en la isla de Circe.

XV.—Después de varias discordias y varias reconciliaciones, rompió definitivamente con Marco Antonio, y para probar cómo atacaba este triunviro las costumbres de Roma, hizo abrir y leer públicamente su codicilo, en que nombraba herederos suyos á los hijos de Cleopatra; después de haberle hecho declarar enemigo de la República, despidió á todos sus parientes y amigos, entre otros á Cayus Sossius y Titus Domitius, cónsules. Poco tiempo después lo destruyó en una batalla naval cerca de Actium, y fué á Samos á establecer sus cuarteles de invierno; allí supo que los soldados que había enviado á Brindis después de la victoria, se habían sublevado y pedían su salario y recompensas. Tomó el camino de Italia, y junto al Peloponeso se vió combatido dos veces por las tempestades. Una parte de las embarcaciones ligeras que le seguían se sumergió, y la suya perdió los aparejos y el timón. Permaneció sólo en Brindis veintisiete días para sus arreglos militares, y marchó por el Egipto al Asia Menor y Siria. Sitió Alejandría, en donde Antonio estaba con Cleopatra, y

enseguida se hizo dueño de la ciudad. Antonio quiso hablar de paz; pero ya no era tiempo, tuvo que matarse, y Augusto gozó de este espectáculo. Quiso llevarse á Cleopatra en triunfo; pero ésta se hizo morder por un aspid, y ordenó que la enterraran con Antonio, haciendo terminar, á este fin, la tumba que ellos habían comenzado á edificar. Antonio, el menor de los hijos que el triunviro había tenido con Julvia, después de muchos ruegos inútiles, se refugió en la estatua de César; arrancado de allí, se le condenó á muerte. Cesarión, que pasaba por hijo de César, fué alcanzado en su huída y conducido al suplicio.

XVI.—Hizo abrir el sepulcro de Alejandro, y sacar de él su cuerpo; púsole una corona de oro en la cabeza, lo cubrió de flores, y le rindió toda clase de homenajes. Le preguntaron si asimismo quería ver á Ptolomeo, y contestó: *He querido ver un rey; no quiero ver muertos*. El Egipto fué reducido á provincia romana, y para hacerlo más fértil y más productivo para Roma, hizo que sus soldados limpiaran los canales abiertos para recibir las inundaciones del Nilo. Para perpetuar la memoria de la jornada de Actium hizo edificar á Nicópolis, y fundó allí juegos, que debían celebrarse cada cinco años. Ensanchó el antiguo templo de Apolo, y el sitio en que había acampado su ejército de tierra fué consagrado á Marte y Neptuno, y adornado con un trofeo naval.

XVII.—Descubrió y sofocó conspiraciones en

todo tiempo: la del joven Lépido, la de Varrón, la de Cepión y otras muchas; hasta en una ocasión, se encontró un paje del ejército de Iliria oculto bajo su lecho y armado de un cuchillo de caza. Sometido al tormento, no se le pudo arrancar confesión.

XVIII.—En cuanto á guerras extranjeras, sólo en dos tomó parte: la de Dalmacia, en su primera juventud, y la de los Cántabros, después de la derrota de Antonio. En Dalmacia fué herido dos veces: una en la rodilla derecha, por una piedra; la otra en los brazos y en un muslo por la caída de un puente. En las demás pelearon sus lugartenientes. Fué también varias veces á Hungría y Alemania.

XIX.—Por sí mismo ó por sus lugartenientes, sometió á los Cántabros, los Gascones, los Húngaros, los Dálmatas, los Ilirios y los pueblos de los Alpes. Reprimió las insurrecciones de los Dacios y derrotó á tres de sus jefes. Rechazó á los Alemanes, hasta el lado de allá del Elba. Parlamentó con los Suevos y los Sicambros, y los transportó á las Galias junto al Rhin, y sometió, por último, otros pueblos inquietos y bulliciosos. Jamás hizo guerra sin razón ó necesidad, porque no sentía ambición por aumentar su territorio ni su gloria militar, que obligó á muchos reyes extranjeros á jurar en el templo de Marte. A muchos les obligó á que le dieran mujeres en rehenes, porque había visto que se preocupaban poco por la vida de los hombres, reservándoles el derecho á retirar sus mujeres cuando

quisieran, y solo castigó las frecuentes revueltas y las perfidias, enviando á los prisioneros á que sirvieran treinta años en un país lejano. Tanta moderación y bondad determinaron á los indos y los seítas, pueblos recientemente descubiertos, á mandarle embajadores para solicitar su amistad y la del pueblo romano. Los mismos Parthos le cedieron la Armenia y le devolvieron las águilas tomadas á Crassus y Marco Antonio, que había solicitado. Además, le encomendaron que eligiera un soberano entre varios que se disputaban la realeza.

XX.—El templo de Juno, que sólo se cerró dos veces antes de él, se cerró tres en su reinado. La paz reinaba en los mares y en la tierra.

Obtuvo dos triunfos pequeños en las guerras de Macedonia y Sicilia, y tres grandes: en Dalmacia, en Actium y en Alejandría.

XXI.—No tuvo más desgracias considerables, ni más derrotas vergonzosas, que las de Lollius y Varus, las dos en Alemania. La primera fué más bien una afrenta que una pérdida; la segunda pudo ser funesta para el imperio. Tres legiones fueron cortadas en pedazos, con sus jefes, sus lugartenientes y sus tropas auxiliares.

Ante esta noticia hizo colocar centinelas en la ciudad para prevenir los desórdenes, y continuó sus expediciones en las demás provincias, para sostener la fidelidad de los aliados. Creció á Júpiter grandes juegos por el restablecimiento de la prosperidad del imperio, y se cuenta, por último, que

se encontraba abatido, hasta el extremo de dejar crecer su barba y sus cabellos durante varios meses seguidos, y que golpeando muchas veces su cabeza contra el muro, decía: *¡Quintilius Varus, devuélveme mis legiones!* El aniversario de este desastre fué siempre para él un día de duelo y de tristeza.

XXII.—Hizo muchas reformas en la disciplina militar. Restableció muchas costumbres y las hizo guardar con severidad. A ningún teniente de provincias le permitía venir á Roma para ver á su mujer más que durante el invierno, y aun esto con desagrado. Un caballero romano había hecho cortar los pulgares á sus dos hijos para eximirlos del servicio militar, y Augusto hizo vender en subasta sus bienes y su persona, y como vió que se presentaban falsos licitadores, lo entregó á un liberto suyo, á condición de que lo dejara vivir libre en el campo. Castigó con ignominia á la décima legión, declarada culpable de amotinamiento. Dió el retiro á otras que lo pedían con insolencia, pero privándolas de toda recompensa. Infingió, por último, graves castigos por quebrantamientos de la disciplina.

XXIII.—Después de las guerras civiles, no llamó á los soldados *compañeros* en sus arengas, ni en sus edictos, ni consintió que sus hijos, cuando tuvieron mando, les llamasen más que soldados, como los llamaba él. Veía en el apelativo *compañeros* una adulación que no convenía, ni para el

sostenimiento de la disciplina, ni para la majestad de los Césares. Sirvióse de manumitidos, en vez de soldados, en dos ocasiones: una para la defensa de las colonias de la Iliria y otra para guardar las riberas del Rhin. De todos modos fueron esclavos, que las personas más ricas recibieron orden de comprar y manumitir en el mismo campo. Los colocó en la primera línea, separados de los hombres libres y con armas distintas.

Daba fácilmente regalos militares, que eran objetos de plata y oro, como collares, arneses, etc. Pero era poco pródigo en cuanto á las recompensas puramente honoríficas, pues éstas no las daba más que al verdadero mérito, con frecuencia á simples soldados. A Agripa le dió un manto de color de mar, después de su victoria en Sicilia. Nunca hizo don á los generales que habían vencido, porque creía que los que tenían facultad para otorgar recompensas, no debían recibirlas.

Nada estaba peor á un jefe—según él—que la precipitación ó la temeridad; continuamente repetía este proverbio griego: *Camina lentamente; precaución es mejor que confianza*; y este otro: *Las cosas se hacen bastante de prisa, cuando se hacen bien*. Decía que no se debía emprender una guerra, ni tramar un combate, sino cuando se iba á ganar más con la victoria que lo que se podía perder con la derrota. «Los que arriesgan mucho—decía—para ganar poco, se parecen á un hombre que pescara con un anzuelo de oro, pues la pérdida no

podía ser compensada por las presas que pudiera lograr».

XXIV.—Estuvo diez años al frente de la república con el título de triunviro. Al principio se opuso á la proscripción que anunciaban sus compañeros, pero luego usó de más rigor que todos. Los demás se dejaron influir algunas veces por amistades ó ruegos; él jamás hizo gracias de ninguna clase; no perdonó-ni á su tutor Toranius, que en la edilidad había sido compañero de su padre. A última hora pareció arrepentirse de estas crueldades, cuando hizo caballero al manumitido Philopemon, que había ocultado á su padre en el tiempo de las proscripciones.

Muchos detalles lo hicieron odioso durante su triunvirato. Un día que arengaba á sus soldados y había permitido acercarse á los campesinos, vió á un caballero llamado Piniarius, que escribía en tablillas; lo tomó por un espía y lo hizo extrangular. Tediús Afur, nombrado cónsul, se había permitido juicios malignos acerca de una de las gestiones del gobierno; hizole amenazas tan terribles que el desgraciado se dió la muerte.

Quintus Gallus, pretor, fué á verle, llevando unas tablillas ocultas bajo su ropa; Octavio sospechó que aquello pudiera ser una espada; cuando salió, lo hizo prender, lo mandó al tribunal, lo sometió al tormento como á un esclavo, y como no se exculpó, lo condenó á muerte después de haberle arrancado los ojos con sus propias manos. Después

ha escrito que Gallus había querido matarle en una entrevista particular que le había pedido y que preso y desterrado había perecido en un naufragio ó á manos de bandidos.

Fué revestido á perpetuidad del poder tribuni- cio y se nombró un compañero que se renovaba cada cinco años. Tuvo también la inspección per- petua de las leyes y de las costumbres, sin usar el nombre de censor.

XXV.—Corrigió muchos abusos perniciosos, creados por la licencia de las guerras, que la paz no pudo destruir. Los malhechores llevaban en pú- blico sus armas, bajo el pretexto de la defensa personal; los viajeros se veían asaltados en el campo y obligados á trabajar por la fuerza. Pasó revista á las prisiones de los esclavos. Quemó los registros en donde constaban los antiguos deudores al fisco, porque circulaban insuperables acusaciones falsas. Absolvió á los acusados de mucho tiempo atrás, y para impedir que los culpables escaparan al casti- go ó los procesos se alargaran demasiado, hizo días de trabajo más de treinta de los consagrados á los *juegos honorarios* (juegos de los pretores). Dispuso que los jueces fueran mayores de treinta años, esto es, cinco más que hasta entonces, y como muchas personas rehusaban estas penosas funciones, estableció que cada decuria vacara por turno un año, y que además cada año tuviera de vacaciones los meses de Noviembre y Diciembre.

XXVI.—Cuando no tenía bastantes candidatos

para las plazas de tribunos militares, los escogía entre los caballeros romanos y los hacía senadores, con la condición de que cuando cesaran en el cargo podían elegir entre ser senadores ó caballeros. Como muchos de ellos, arruinados por la guerra civil, no osaban asistir á los juegos públicos por miedo á incurrir en las penas legales, dispuso que bastara ser caballero para no incurrir en estas penas. Distribuyó el pueblo romano en barrios, como Julio César, y á fin de que las distribuciones de trigo no paralizaran los trabajos, resolvió hacerlas tres veces al año; pero cuando le pidieron que se hicieran todos los meses, restableció esta costumbre.

Estatuyó, en las elecciones, la integridad antigua. Distribuyó á las dos tribus de que era miembro mil sestercios por cabeza, el día de los comicios, para que nada recibieran de los candidatos. Para que el pueblo romano conservara toda su pureza, otorgaba raramente el derecho de ciudadanía y puso límites á las manumisiones. A Tiberio, que le escribió para que á un griego lo hiciera ciudadano y cliente suyo, le contestó que no lo haría hasta que le expusiera de viva voz las razones que había para ello. Livio solicitaba la misma gracia para un galo tributario, y la rehusó; pero le otorgó la exención de tributos, prefiriendo, decía, quitar cualquier cosa al fisco á prostituir la dignidad de la ciudadanía romana. No contento con haber puesto dificultades á las manumisiones y haber

arreglado el número, las condiciones y diferencias, prohibió el que un esclavo que hubiera huido ó hubiera sufrido tormento, pudiera en ningún caso obtener el derecho de ciudadanía. Dedicóse, asimismo, á conservar el antiguo modo de vestir de los romanos, y viendo un día muchas ropas de luto en una reunión del pueblo, dijo, citando un verso de Virgilio. He aquí:

Estos conquistadores del mundo,  
estos vencedores de toga.

Y encargó á los ediles que velaran porque nadie se presentara en el circo ni en la plaza con adornos sobre la túnica.

XXVII.—Lo que mejor prueba que sólo quería servir al pueblo y no adularle, es que respondió severamente á las quejas que se le dieron de la carestía del vino, promovidas por su yerno Agripa; pues dijo, que había en Roma bastante agua para que nadie muriera de sed. Otra vez que le pidieron una donación pública prometida antes al pueblo, contestó que se atendería á su palabra; pero en otra ocasión que le pidieron lo que no había prometido, los reprochó con acritud, diciendo que nada daría aunque de ello tuviera intención.

La extrema carestía y la falta de subsistencias, le movieron á echar de Roma los esclavos que estaban de venta, los gladiadores y todos los extranjeros, excepto los médicos y los preceptores. Cuando vino la abundancia, formó el proyecto de abolir

las distribuciones gratuitas de trigo, porque hacían abandonar el cultivo de las tierras; pero renunció á este proyecto, porque previó que podrían ser restablecidas como un medio de seducción.

Mientras tanto, vigiló porque los labradores y los comerciantes de trigo tuvieran existencias proporcionadas á la población.

XXVIII.—Fué más apasionado que nadie por los espectáculos, y dió los más variados y magníficos que jamás se habían visto. Los dió en los diferentes barrios, en muchos teatros, con actores de todos los países, en la plaza pública, en el anfiteatro, en el circo y hasta en el lugar de los comicios. Unas veces, eran combates de bestias; otras, luchas de atletas; dió asimismo un combate naval en un remanso del Tiber, junto al sitio en donde hoy está el bosque sagrado de los Césares; mientras duró puso guardias en la ciudad por miedo á los ladrones, porque todas las casas quedaron abandonadas. Dió en el circo carreras á pie y de carros, y organizó luchas de los jóvenes de selecto nacimiento contra las fieras. Le gustaba ver que la flor de la juventud romana celebrara juegos troyanos, creyéndola digna de las antiguas costumbres, así como de probar su destreza y su valor. C. Nonius Asprenas fué herido por la caída de un caballo en uno de estos juegos. Augusto le regaló un collar de oro, y le concedió para él y sus descendientes el nombre de *Torquatus*. Hizo, sin embargo, que concluyeran estos juegos, por las amar-

gas quejas que profirió en el Senado Asinius Pollion, cuyo sobrino Essenius se había roto una pierna. Empleó á los caballeros romanos en el teatro y en la arena, hasta que un decreto del Senado lo prohibió, y aun después presentó al público al joven Nuncius, de honrado nacimiento, que sólo tenía dos piés de altura; no pesaba más que diez y siete libras, y era su voz de una extensión prodigiosa. Si encontraba alguna cosa extraordinaria y digna de las miradas del público, la exponía en todas las esquinas de la ciudad. Así, mostró un rinoceronte en el Campo de Marte, un tigre en la escena y una serpiente de cincuenta codos en la plaza de los comicios. Estando enfermo un día que había juegos, para cumplir un voto siguió en litera la marcha de los pontífices. En otros juegos celebrados para la dedicación del teatro de Marcellus, se rompió su silla de marfil y cayó al suelo: el pueblo salió gritando alarmado, porque creyó que se desplomaba el anfiteatro, y él mismo marchó á contenerlo en el punto más expuesto.

XXIX.—Remedió la confusión y el desorden que reinaban en los espectáculos, cuando supo que en una numerosa asamblea no había tenido sitio un senador; obtuvo del Senado un decreto por el que sus miembros tenían puestos preferentes. Prohibió que los diputados de naciones libres y aliadas se sentaran en la orquesta, porque había sabido que muchos eran de raza de esclavos manumitidos. Separó el pueblo de los soldados; separó los pue-

tos de los plebeyos casados, de los que correspondían á los adolescentes. No permitió á las mujeres ver á los gladiadores más que desde un sitio más elevado; antes los dos sexos estaban confundidos. A las vestales las colocó en el teatro en un lugar separado, junto al tribunal del pretor. Prohibió á las mujeres la vista de las luchas de atletas, y en los juegos que dió siendo pontífice, como el pueblo le pidiera estas luchas, las señaló para el amanecer, y anunció que no encontraría bien el que las mujeres acudieran antes de la quinta hora del día.

XXX.—En cuanto á él, tenía costumbre de ver los juegos desde una casa vecina y otras veces desde un templo, sentado entre su mujer y sus hijos. De tiempo en tiempo se ausentaba durante algunas horas y á veces durante días enteros; en estos casos se excusaba y enviaba en su puesto á alguno de sus amigos para que presidiera. Cuando asistía prestaba gran atención, fuera para evitar los murmullos que levantó César leyendo en el espectáculo cartas y memorias y contestándolas, sea que tuviera en ello un gran placer, como aseguró varias veces. Así, con frecuencia, daba coronas y recompensas, hasta en las fiestas en que no hacía los honores, y jamás asistió á los ejercicios de los griegos sin gratificar á los campeones, según su mérito. Las justas de atletas era lo que más le gustaba ver entre los romanos, y no sólo á los luchadores de profesión educados en Grecia, á los que miraba con avidez, sino á los que sin arte ni

educación luchaban en las calles. Todo el que trabajaba en los juegos públicos le parecía digno de su atención. Mantuvo los privilegios de los atletas y los aumentó. Prohibió el que se hiciera luchar á los gladiadores sin recompensas para los vencedores. Restringió la autoridad coercitiva que los magistrados tenían en los teatros; reprimió las demasías de los histriones y llegó hasta desterrar á Stéphanion, que se hacía servir á la mesa por una mujer casada, vestida de muchacho y con la cabeza rapada como un esclavo. Hizo también azotar públicamente al pantomimista Hylas, de quien el pretor le había dado quejas, y arrojó de Roma y de Italia al comediante Pylades, por haber señalado con el dedo á uno de los espectadores que le silbaba.

XXXI.—En su primera juventud había estado prometido á la hija de Servilius Yasaúricus; pero después de su primera reconciliación con Antonio, cediendo á las instancias de los dos partidos, se casó con Claudia, pariente de Antonio, que apenas era nubil; pero poco después la repudió, todavía virgen, para casarse con Scribonia, viuda de dos caballeros del orden consular, de uno de los cuales tenía hijos. También se disgustó con ella y la despidió á causa de sus malas costumbres. Enseguida se casó con Livia, que se la robó á Tiberio Nerón, aunque estaba muy gruesa; la amó y la consideró hasta el fin de sus días.

XXXII.—De Scribonia tuvo una hija llamada

Julia, y aunque de Livia los deseó mucho, no consiguió tener hijos; concibió una vez y abortó. Julia fué prometida á Marcellus, hijo de Octavio, que murió, y entonces Augusto pidió á su hermana, que le cediera su yerno Agripa, casado entonces con una de las hijas de Octavio, con la que tenía descendencia; muerto Agripa buscó, durante largo tiempo, un buen partido para su hija, en los diferentes órdenes de la ciudad; al fin eligió á Tiberio, obligándole á repudiar á su esposa, que estaba en cinta, y que antes ya le había hecho padre. Marco Antonio ha escrito que Julia estuvo antes destinada para su hijo Antonio y después Augusto quiso casarla con Cotison, rey de los Getas.

XXXIII.—De Agripa y Julia tuvo tres nietos: Caius, Lucius y Agripa, y dos nietas, Julia y Agripina; Julia se casó con L. Paulus, hijo del censor; Agripina, con Germánicus, sobrino de Augusto. Adoptó á Caius y Lucius, se los compró á su padre con la fórmula acostumbrada y los llamó al gobierno desde su primera juventud, los nombró cónsules y los presentó al ejército de las provincias. Educó á su hija y á sus nietas en la sencillez más grande, hasta hacer que aprendieran á hilar. Les prohibió hacer ó decir nada sino delante de testigos y de modo que de ello pudiera darse cuenta siempre. Las alejó de todo comercio con los hombres. El mismo enseñó á leer y escribir y otros ejercicios á sus hijos adoptivos, y puso empeño en que imitaran su carácter de letra. En la mesa los

hacía colocar por bajo de él, en el mismo lecho, y en viaje iban siempre delante de él á caballo ó en coche.

XXXIV.—La confianza y los goces que le inspiraba una familia numerosa y bien ordenada, fueron turbadas amargamente; vióse obligado alejar á las dos Julias acosadas por todos los oprobios. A Caius y Lucius los perdió en corto espacio de tiempo; el uno en Lycia, el otro en Marsella. Adoptó á Agripa su tercer nieto, y á Tiberio, su yerno; pero poco después desterró á Agripa á causa de la bajeza y la ferocidad de su carácter y lo desterró á Sorrento. Fué más sensible al deshonor de los suyos que á la muerte. Dió cuenta al Senado de los motivos de su conducta para con su hija en una memoria que dió á leer á un questor; tuvo tanta vergüenza, que estuvo largo tiempo sin ver á nadie y hasta dudó si debía dar muerte á su hija. Lo que hay de cierto es que un manumitido, llamado Phebeo, cómplice de los desmanes de Julia, se suicidó colgándose, y Augusto dijo que le gustaría más haber sido su padre que el de Julia. A ésta le prohibió el uso del vino durante su destierro y todas las dulzuras de una vida delicada. Prohibió asimismo que ningún hombre libre ó esclavo, se le acercara sin que él lo supiera con detalles acerca de su estatura, color y hasta las marcas que pudiera tener en su cuerpo. Cinco años después la trasportó desde la isla en donde estaba hasta el continente y la hizo tratar con el mayor cariño; pero

nunca consintió en llamarla á su lado, y cuando el pueblo romano se lo pedía con insistencia, le traía mujeres parecidas á Julia. La otra Julia, su nieta, dió á luz un hijo ilegítimo: Augusto rehusó reconocerlo y prohibió que se le diera de mamar. Encerró en una isla á Agripa, que lejos de suavizarse cada día era más intratable, y lo hizo custodiar por sus soldados. Obtuvo asimismo un senado consulto que le confinaba á perpetuidad en el sitio en donde estaba, y cuando le hablaban de él ó de sus hijas se quejaba citando este verso de Homero:

Feliz el que vive y muere sin mujer y sin hijos.

Jamás llamaba á los suyos más que sus chan-cros y sus plagas.

XXXV.—Su amistad no se ganaba fácilmente, pero era duradera. Sabía apreciar el mérito y los servicios, y perdonar los pequeños defectos y las faltas ligeras. No se pueden citar más que dos hombres que, después de ser amigos suyos, cayeron en su desgracia: Salvidienus Rufus, á quien había elevado al consulado, y Cornelius Gallus, á quien había hecho gobernador de Egipto; los dos de baja extracción. Al primero le prohibió la entrada en su casa y en las provincias que gobernaba, en castigo de su ingratitud y su maldad; al segundo, que quiso sublevar las turbas, lo condujo ante el Senado, y cuando las acusaciones de los jueces lo movieron á darse la muerte, Augusto alabó su celo, y lloró diciendo que él era el único hombre que no

podía extremar sus resentimientos. Los demás que fueron sus amigos conservaron siempre su rango y sus riquezas, á pesar de algunas nubes que turbaron dichas amistades. Agripa, entre otros, careció una vez de paciencia y Mecenas de discreción. El uno se retiró á Mytilena, como despechado, porque prefería á Marcellus; el otro quebrantó un secreto de Augusto, prendiendo á su esposa Terencia que había descubierto una conspiración.

A sus amigos les exigía gran cariño durante su vida y para después de su muerte; porque aunque no era ávido para las herencias, era agradecido para las últimas voluntades de sus amigos, y no disimulaba su pena cuando era tratado con poca liberalidad ó se le regateaban honores. Los legados que le dejaban los cedía á los hijos de los testadores, y si eran menores, se los guardaba hasta que tomaban la ropa viril, y entonces añadía á ellos un regalo.

XXXVI.—Supo ser á tiempo dulce ó severo con los libertos y los esclavos; á muchos, como Licinius Enceladus, los trató con honor y confianza. A uno que había hablado mal de él, se conformó con condenarlo á los hierros. Su tesorero Diomedes, paseando con él, lo abandonó á un jabalí que venía y no tomó en cuenta la falta. Hizo morir á Prociillus, uno de sus libertos á quien distinguía, porque fué acusado de adulterio con mujeres de honesta condición. A Tallus, su secretario, le hizo romper las piernas porque había recibido quinientos dine-

ros por violar una carta. Hizo arrojar al Tiber con una piedra al cuello al preceptor de los esclavos de Caius, su nieto, que se había aprovechado de su enfermedad y de su muerte para cometer actos de tiranía y de avaricia en su gobierno.

XXXVII.—En su juventud, su reputación se vió afligida por más de un oprobio. Sexto Pompeyo le trató de afeminado. Antonio le reprochó el haber comprado la adopción de Julio César por el precio de su infamia. Lucius, hermano de Antonio, pretende que después de haber sacrificado á César la flor de su juventud, se había prostituído en España con Aulus Hirtius por trescientos mil sesteracios y que tenía costumbres de quemarse el vello de las piernas con aceite encendido de nueces. Todo el pueblo le aplicó un día un verso pronunciado en el teatro al hablar de un sacerdote de Cibeles que tocaba el salterio. Este verso, tomado en sentido equívoco, podía significar:

Estos prostituídos gobernantes del mundo.

XXXVIII.—Sus amigos no le justifican sus amores adúlteros más que diciendo que eran efecto de la política y no de la pasión, y que se servía de las mujeres para conquistar los secretos de los maridos. Marco Antonio, no contento con reprocharle la indecente precipitación de su matrimonio con Livia, pretende que en un festín hizo pasar del comedor á otra pieza á la mujer de un cónsul en presencia del marido, y cuando volvió á traerla

tenía encarnadas las orejas y los cabellos en desorden, que solo había repudiado á Scribonia porque no quería sufrir las rivalidades de una concubina, y que sus amigos le buscaban por dinero mujeres casadas y núbiles que hacían desnudar previamente y las examinaban como á esclavas en venta.

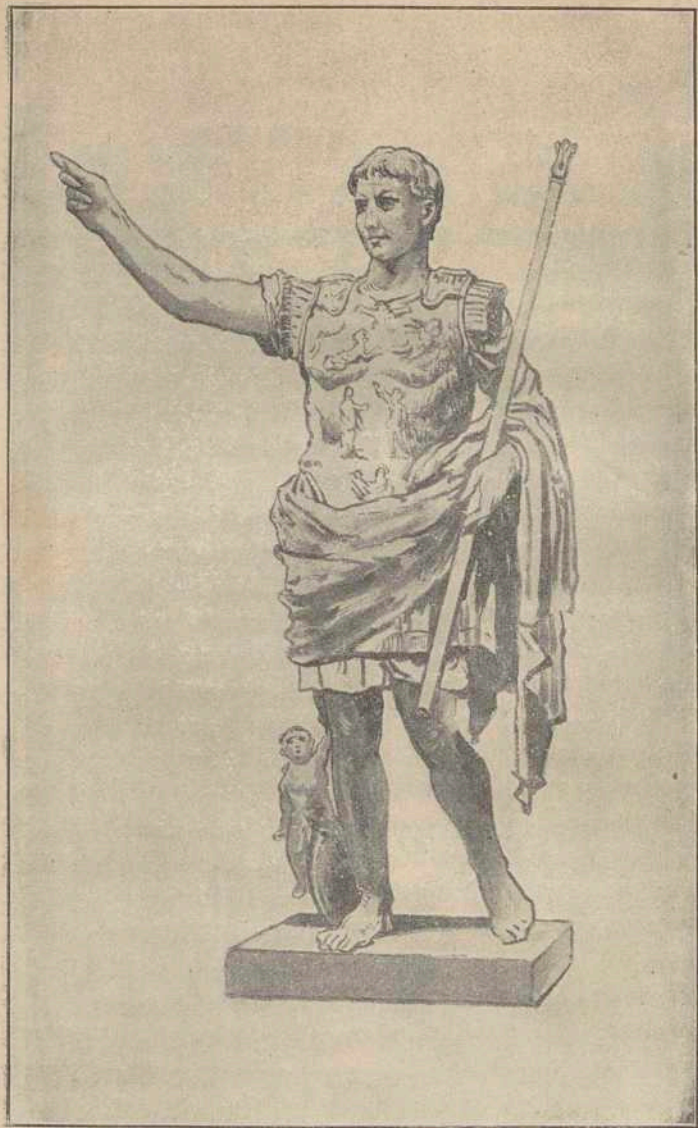
XXXIX.—Se habla también mucho de una comida secreta, llamada *la comida de las doce divinidades*, en la cual los convidados estaban vestidos de dioses y diosas y él representaba á Apolo. Antonio, en cartas muy violentas contra él, nombra á los que estuvieron en el festín, sobre el cual un anónimo escribió estos versos:

Quando entre los gritos, el escándalo y el ultraje,  
profanando de Apolo la noble y santa imagen,  
César y sus amigos en sus innobles juegos  
parodiaban los placeres y los crímenes de los dioses,  
todos estos dioses protectores de Roma y de Italia  
volvieron sus ojos hacia esta escena impía,  
y el gran Júpiter descendió irritado  
del trono en que Rómulo le colocó sobre nosotros.

La disolución que reinaba entonces en la ciudad no fué obstáculo para que la fiesta pareciera escandalosa; se decía muy alto *que los dioses se habian comido todo el trigo*. Se censuraba también su gusto por los muebles lujosos, su pasión por los vasos de Corinto y su afición á los juegos de azar. Junto á su estatua en el tiempo de las prescripciones, se escribió: *Mi padre tenía banca; yo*

*tengo tienda de muebles de Corinto*, porque se creía que había desterrado á muchos para quedarse con su vajilla.

XL.—Se justificó bastante del reproche de prostitución por el respeto de sí mismo que parecía tener. Después de la toma de Alejandría también pareció amortiguársele algo el amor á los objetos raros y preciosos; de todo lo de su palacio no conservó más que un vaso de mirra, y sus servicios de oro de uso diario los hizo fundir. En cuanto á las mujeres, las amó mucho, sobre todo á las vírgenes. Se recreaba en los juegos de azar y los deseaba; sobre todo en su vejez los practicaba día de fiesta y de labor y hasta en las saturnales. Así se ve por una carta original suya: «He cenado, querido Tiberio, con los que tú conoces y, además, con Vicinius y Silvius padre. Nosotros los viejos hemos jugado á los dados ayer y hoy después de la comida»; y escribe además al mismo Tiberio: «Hemos pasado agradablemente las fiestas de Minerva; no hemos abandonado la sala del juego. Tu hermano ponía el grito en el cielo porque perdía mucho; por fin cambió su suerte y perdió algo menos. A mí me valió veinte mil sestercios, gracias á mis liberalidades ordinarias; si me hubiera hecho pagar ó no hubiera dado nada á los que perdían, hubiera ganado más de cincuenta mil. No me arrepiento, porque mi bondad me valdrá la gloria.» A su hija le escribe: «Te he enviado ciento cincuenta dineros, otro tanto he dado á cada uno de mis



Augusto.

su mujer, su hermana y sus hijas. Su toga y su lacticlavo no eran largos ni estrechos. Usaba un calzado alto para mejorar su estatura y dentro de su casa en disposición de presentarse en público en caso de un suceso imprevisto.

XLIII.—Sus comidas eran regulares y los extranjeros eran admitidos á ellas en casos raros. Valerius Messala asegura que ningún liberto comió jamás á su mesa, excepto Menas, liberto de Pompeyo, que había tenido la libertad por haber salvado la flota de su señor. Augusto mismo cuenta que una vez había hecho comer á su mesa á uno de sus antiguos guardas en cuya casa estaba. Sus comidas constaban ordinariamente de tres servicios y jamás de más de seis; allí reinaba la libertad más bien que la profusión. Comenzaba con los taciturnos ó con los que hablaban bajo, y para divertir á los convidados hacía venir tocadores de instrumentos y comediantes, y con más frecuencia *declamadores*.

XLIV.—Celebraba los días de fiesta con magnificencia y algunas veces solo con alegría. En las saturnales y en otros tiempos enviaba regalos, que consistían en telas, oro, plata, monedas de todos los años y medallas, y otras veces regalaba por broma telas groseras, esponjas, tenazas, etc.

XLV.—Comía poco (punto que no quiero omitir), y su alimentación era por extremo sencilla. Le gustaba el pan, los pescados pequeños, el queso de leche de vacas y los higos blancos frescos. No

tenía hora para comer, y solo atendía á la necesidad. En una de sus cartas dice: «Viniendo del palacio de la calle Sagrada á casa, he comido en mi litera una onza de pan y algunos granos de uva seca.» A Tiberio le escribe: «No hay judío que ayune con más rigor el sábado que yo he ayunado hoy: ya era de noche cuando me he desayunado en el baño antes de que me perfumasen.» Muchas veces cenaba solo, antes ó después que las personas de su casa.

XLVI.—Le gustaba poco el vino. En el campamento de Módena, según Cornelio Nepote, solo bebía tres tragos á las comidas, y en sus mayores excesos seis; si pasaba de este limite vomitaba. Prefería el vino de los Alpes á todos los otros, pero fuera de las comidas bebía rara vez. Para refrescar tomaba pan mojado en agua, leche ó fruta.

XLVII.—Después del almuerzo reposaba un poco vestido y calzado, con los pies extendidos y las manos sobre los ojos. Después de cenar velaba en su litera parte de la noche, y concluía lo que le quedaba de sus ocupaciones diurnas; después se trasladaba á su cama, en la que nunca estaba más de siete horas. Si no podía conciliar el sueño, se hacía leer ó recitar cuentos. Nunca veló sin tener alguien á su lado. El velar hasta el día le incomodaba, y si tenía que concurrir de madrugada á un sacrificio ú otro acto, para dormir más descuidado se acostaba en una habitación que estuviera cerca del sitio á donde debía ir, y aun

así, á veces le cogía el sueño en las calles cuando su litera se paraba.

XLVIII.—Tenía buena figura y el tiempo no la estropeó. Muchos barberos le aviaban á la vez y mientras tanto leía ó escribía. Tenía el rostro tan tranquilo y sereno cuando hablaba ó cuando callaba, que uno de los galos que tenía propósito de aprovechar el momento en que Augusto, al pasar con él los Alpes, le hablara familiarmente para precipitarlo desde lo alto de las montañas, se vió desarmado por la dulzura de su rostro. Tenía los ojos claros y brillantes y pretendía que se le creyera dotado de una especie de fuerza divina. Cuando hablaba parecía besar con los ojos; el izquierdo lo tuvo malo en sus últimos años. Sus dientes eran pequeños, separados y fuertes; sus cabellos rubios y rizados, sus cejas juntas, sus orejas ni grandes ni pequeñas, su nariz aguileña y puntiaguda, su piel entre gris y blanca, su estatura pequeña, tanto que el liberto Marathus escribe que solo tenía cinco pies y cuatro pulgadas; sus miembros eran proporcionados, tanto que no desmerecía por la cortedad de su talla.

XLIX.—Tenía el cuerpo tatuado en el pecho y en el vientre, con signos como las estrellas de la Osa; tenía el muslo y la pierna izquierda un poco débiles; sin embargo, saltaba, y cuando se resentía se aplicaba arena caliente. Algunas veces tenía el dedo índice de la mano derecha tan hinchado, que se lo entablillaba con cuerno para poder escribir.

Se quejaba también de la vejiga, y no se aliviaba hasta que al orinar arrojaba unas piedrecillas.

L.—Tuvo varias enfermedades graves, sobre todo una, después de la derrota de los Cántabros. Los ataques al hígado hicieron desesperar de su vida; los remedios calientes no le causaban efecto; apeló á los remedios fríos y curó. Tenía también enfermedades anuales y periódicas: en el mes en que había nacido se encontraba siempre mal. Tenía hinchado el diafragma al principio de la primavera y fluxiones cuando soplaba el viento del Mediodía. Así, siempre débil, no soportaba cómodamente el calor ni el frío.

LI.—En el invierno llevaba cuatro túnicas debajo de una gruesa toga; su pecho, sus muslos y sus piernas estaban también forrados. En el verano dormía en una habitación abierta, y con frecuencia en un peristilo refrescado por surtidores de agua y abanicos. No podía sufrir el sol ni aun en invierno. Jamás se paseaba al aire libre, ni aun en su casa, sin llevar la cabeza cubierta. Viajaba en litera, en jornadas pequeñas; para ir de Preneste á Tívoli empleaba dos días; cuando podía viajar por mar lo prefería. Sostenía su fragil salud con muchos cuidados, sobre todo bañándose rara vez; prefería hacerse frotar con aceite y sudar cerca del fuego. Después se lavaba con agua tibia al sol, y cuando lo necesitaba para sus nervios, con agua del mar ó de los baños calientes de Alba; se sentaba en una cuba de madera, que llamaba *dureta*, y se compla-

cía en sumergir sus manos y sus pies alternativamente.

LII.—Renunció á los ejercicios del caballo y las armas después de las guerras civiles, y se concretaba á jugar á la pelota. Se paseaba en litera ó á pie y concluía su paseo comiendo y saltando largo tiempo con un vestido ligero. Se divertía en pescar con caña y jugar á los bolos con niños agradables por su figura y su palique, que hacía buscar en todas partes, y especialmente en Siria y Mauritania: á los enanos y niños contrahechos los despreciaba, como abortos de la naturaleza y objetos de mal agüero.

LIII.—Desde su niñez estudió la elocuencia y las artes liberales con tanto gusto como aplicación. Durante el sitio de Módena y durante el caos de negocios políticos, leía y componía todos los días y se ejercitaba en los discursos orales. Nunca pronunció una arenga, en el Senado, ante el pueblo ni ante el ejército, sin haberla antes meditado y preparado, aun cuando no carecía de condiciones para improvisar. Para no exponerse á que le faltara la memoria, ni perder su tiempo en fijar en ella datos, leía en vez de recitar, y cuando tenía que comunicar á alguien cosas de interés, aunque fuera á su mujer, lo apuntaba para no decir más ni menos que lo que se proponía. Tenía una pronunciación dulce y apropiada y estudiaba constantemente con un profesor de eufonía; pero algunas veces

los males de la garganta le hacían servirse de un heraldo para hablar al pueblo.

LIV.—Compuso distintas obras en prosa, entre otras la *Respuesta á Brutus*. Se las leía á sus amigos, y cuando fué viejo tuvo por su lector á Tiberio. Escribió también *Exortaciones filosóficas* y trece libros de su vida, hasta la derrota de los cántabros; de aquí no pasó. También ensayó la poesía, y de él queda una obra en versos exámetros, titulada *La Sicilia*, y un libro pequeño de epigramas, que componía generalmente en el baño. Había comenzado una tragedia sobre Ajax con gran entusiasmo; pero no contento de su estilo, le pasó la esponja por encima, y cuando sus amigos le preguntaban por Ajax, solía contestar: *Ajax se ha matado con una esponja*.

LV.—Había ciertos presagios que consideraba como seguros, por ejemplo, el meter el pie derecho en el calzado izquierdo, lo tenía por signo de desdicha. Si cuando partía para un largo viaje de mar ó tierra se caía en el rocío, aquel era signo de dicha y de vuelta rápida y feliz. Le atraían sobre todo ciertos fenómenos. Colocó en el santuario de los dioses penates, y la hizo cultivar con gran cuidado, una palmera nacida delante de su casa en la juntura de dos piedras. En la isla de Caprea creyó ver que las ramas de una vieja encina curvadas hacia la tierra se levantaban á su llegada; tuvo en ello tanta alegría, que propuso á los napolitanos que le cambiaran por otra dicha isla. Tenía

también escrupulos en ciertos días; jamás se ponía en camino el día siguiente á los de feria, y ningún negocio serio comenzaba en día non, todo por evitar la malignidad del presagio inherente á estos días.

LVI.—En cuanto á las devociones extranjeras, tenía respeto por las que eran antiguas y estaban aprobadas en Roma; todas las otras las despreciaba. Recibido en el número de los iniciados de Atenas, tuvo ocasión de conocer los privilegios que tenían los sacerdotes de Ceres, y como en ello había secretos, hizo retirar á todos y quedó sólo con ellos. En Egipto no desdeñó apartarse un momento de su camino para visitar el templo de Apis, y alabó á su nieto Caius, el que al pasar cerca de Jerusalem no había sacrificado al dios de los judíos.

LVII.—Puesto que de este asunto tratamos, no estará fuera de propósito contar aquí los presagios que antes y después de su nacimiento parecieron anunciar su grandeza futura y su dicha constante. Habiendo caído un rayo antiguamente en las murallas de Veletria, dijo el oráculo que un ciudadano de esta villa poseería un día el imperio. Desde este momento y en esta confianza sus habitantes hicieron á los romanos una guerra obstinada. Julius Marathus cuenta que algunos meses antes de que él viniera al mundo, ocurrió en Roma un prodigio del que todos los habitantes fueron testigos, y los augures dijeron que la naturaleza paría un rey para los romanos, y el Senado, temeroso, de-

cretó que se hiciera morir á todos los niños nacidos durante el año, y los maridos de mujeres en cinta habían impedido que el decreto llegara á tener efectos; he leído también en las *Pláticas de Asclepiades*, que la madre de Augusto, al llegar la noche, en un sacrificio solemne en honor de Apolo, se durmió en su litera en el templo, así como las demás mujeres, y en la litera suya entró una serpiente, que salió pocos momentos después; al despertar se encontró como si su marido se hubiera aproximado á ella, y desde este momento tuvo en su cuerpo la huella de una serpiente, que no se pudo quitar, por lo cual no volvió á los baños públicos. Augusto [nació diez meses después y pasó por hijo de Apolo. La misma soñó, que antes de mostrarlo al mundo, sus entrañas habían sido elevadas á las nubes y llenaban el cielo y la tierra. Octavio soñó asimismo que el sol salía de los costados de su mujer. El día en que Augusto nació, deliberaban en el Senado acerca de la conjuración de Catilina. Nigidius, después de haberse hecho dar cuenta de la hora en que el niño había nacido, aseguró que acababa de nacer el dueño del mundo. Consultando Octavio á los sacerdotes de Tracia, vió que la llama se elevaba en la misma forma que cuando consultaron sobre Alejandro el Grande á los mismos. La noche siguiente creyó ver á su hijo de estatura más que humana, con el rayo y el cetro en sus manos, vestido de Júpiter, coronado de luz y conducido entre laureles en un carro tirado por

doce caballos de resplandeciente blancura. En las memorias de Caius Drusus se lee que su nodriza, habiéndole colocado una tarde en su cuna, por la mañana no le encontró, y después de haberle buscado largo tiempo, lo encontró en lo alto de una torre orientada hacia levante. Desde que pudo hablar le molestaba el ruido que hacían las ranas en una casa de campo de su abuelo; las mandó que callaran y no se las volvió á oír. A cuatro millas de Roma, camino de Campania, comía en un bosque; un águila le arrancó bruscamente su pan, se elevó hasta perderse de vista, y después vino dulcemente á devolvérselo. L. Catulus, después de haber hecho la dedicación del Capitolio, tuvo dos sueños: en el primero, vió un grupo de niños jugando junto al altar de Júpiter, que llamó uno aparte y le puso en el seno el estandarte de la república que llevaba en la mano; en el segundo, vió á este mismo niño en los brazos de Júpiter y quiso hacerle retirar, á lo cual el dios se opuso, diciendo que él educaba en aquel niño al sostén de la república. Al día siguiente encontró á Augusto, á quien no conocía, y quedó admirado de su semejanza con el niño que había visto en sueños. Cicerón, acompañando á César al Capitolio, contó á sus amigos un sueño que había tenido la noche precedente: había visto un niño de figura distinguida, que bajaba del cielo con una cadena de oro, al cual Júpiter había dado un látigo. En el momento vió á Augusto, á quien no conocía, y Cice-

rón declaró que aquél era el niño á quien había visto en su sueño. Cuando tomó la ropa viril, su lacticlavo, descosido en los dos costados por un golpe, cayó á sus pies, y dedujeron los presentes que los que llevaban lacticlavo serían sometidos á él. En su retirada de Apolonia, estando Augusto con Agripa en el observatorio del matemático Theógenes, oyó que le anunciaban á Agripa prosperidades tan maravillosas, que le dejaron asombrado. Theógenes se precipitó á sus pies y lo adoró como á un dios. Augusto desde entonces tuvo tal confianza en su destino, que publicó un horóscopo y acuñó una medalla de plata con el signo de Capricornio bajo el cual había nacido.

LVIII.—Después de la muerte de César, cuando entraba en Roma volviendo de Apolonia, de pronto, en un horizonte sereno, apareció una especie de arco iris, y la tormenta cayó sobre un monumento erigido á Julia, la hija del dictador. Cuando recibía los auspicios en su primer consulado se le ofrecieron doce buitres, como á Rómulo, y descubiertos á su vista los hígados de todas las víctimas, anunciaban todo grande y feliz.

LIX.—Su última enfermedad comenzó con una diarrea. No dejó de recorrer la Campania y las islas adyacentes. Estuvo cuatro días retirado en Caprea, en completa ociosidad y del mejor humor. Pasando cerca de la bahía, los marineros y pilotos de un bajel de Alejandría que estaba en la rada, llegaron hasta él vestidos de blanco y coronados

de flores; haciendo libaciones le colmaron de alabanzas, diciendo que á él debían su salvación, la libertad de navegar y todos sus bienes. Se entusiasmó con esto y dió á cada uno de su séquito cuarenta piezas en oro, á condición de que por juramento se comprometieran á no emplearlas más que en mercancías de Alejandria. Los días sucesivos distribuyó, entre otros presentes, vestido griegos y romanos, haciendo colocar á los griegos los de los romanos, y viceversa, haciéndoles asimismo cambiar el lenguaje. Se divirtió mucho viendo un grupo de adolescentes que en Caprea hacían ejercicios griegos; les dió una comida, exigiéndoles que jugasen y se quitaran por la fuerza las frutas y regalos que él les hacía. Al fin se dedicó á toda clase de entretenimientos. Llamaba á Caprea la *villa de la ociosidad*, á causa de la vida que allí hacían los de su séquito. Estando á la mesa, vió á lo lejos la tumba de un tal Masgaba, al que había querido mucho y le llamaba en broma el fundador de Caprea. Había muerto un año antes, y los habitantes del país venían en grupos alrededor de su tumba con antorchas. Augusto, al verlos, hizo un verso griego, que pronunció en alta voz y que significaba:

Veo del fundador la tumba en medio del fuego.

De allí pasó á Nápoles, siempre molesto por el dolor de las entrañas. Asistió á los juegos quincenales establecidos en su honor y condujo á Tiberio hasta Benevento. Pero á la vuelta sintióse mal, se

paró en Nola, hizo volver á Tiberio, le habló largo tiempo en secreto y después no se ocupó de negocio alguno.

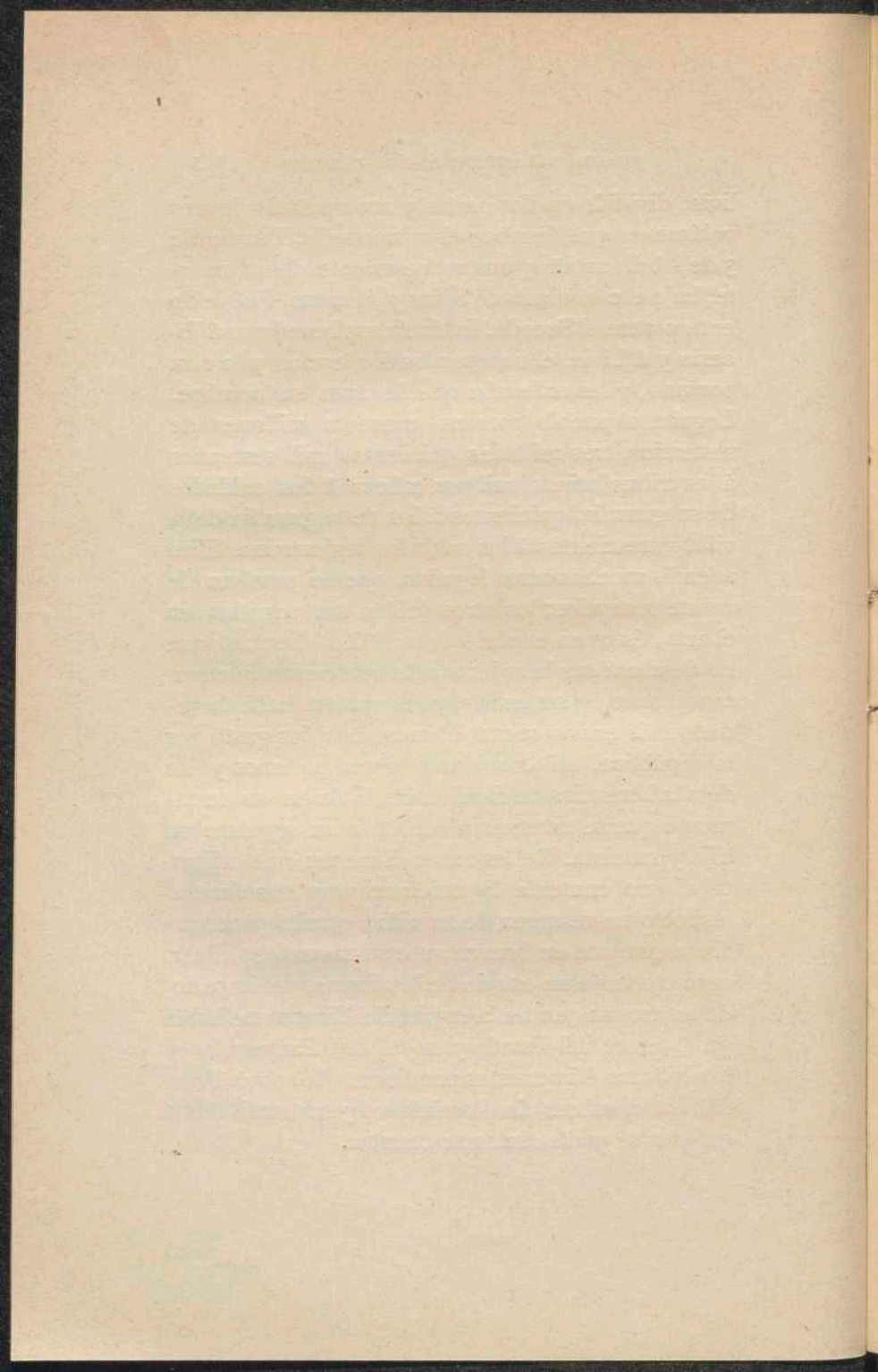
LX.—El día de su muerte preguntó muchas veces si pasaba algo extraordinario que tuviera relación con él. Pidió un espejo y se hizo peinar los cabellos. Entraron sus amigos y les dijo: *¿Os parece que he representado bien la comedia de la vida?* Y añadió un griego: *Si estáis contentos batid las manos y aplaudirme.* Después hizo retirar á todos, pidió noticias de la hija de Druso, que estaba enferma en Roma, y enseguida espiró entre los brazos de Livia, diciendo: *Adios, Livia, vive y acuérdate de nuestra unión.* Estas son sus últimas palabras. Su muerte fué dulce y tal como había deseado; no tuvo más que un insignificante delirio: decía con espanto que cuarenta jóvenes lo llevaban. Estas palabras fueron tomadas por una profecía, porque cuarenta soldados de su guardia llevaron su cuerpo.

LXI.—Murió en la misma habitación en que murió su padre Octavio, bajo el consulado de Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo, el 19 de Agosto á las tres de la tarde, á la edad de setenta y seis años menos un mes y cinco días. Su cuerpo fué conducido de Nola á Bovillas por los magistrados municipales de la villa y de las colonias, por la noche, á causa del calor de la estación. Durante el día se le depositó en los lugares públicos ó en los mejores templos. Después, conducido á Roma, fué colocado en el atrio de su casa. El Senado dispuso

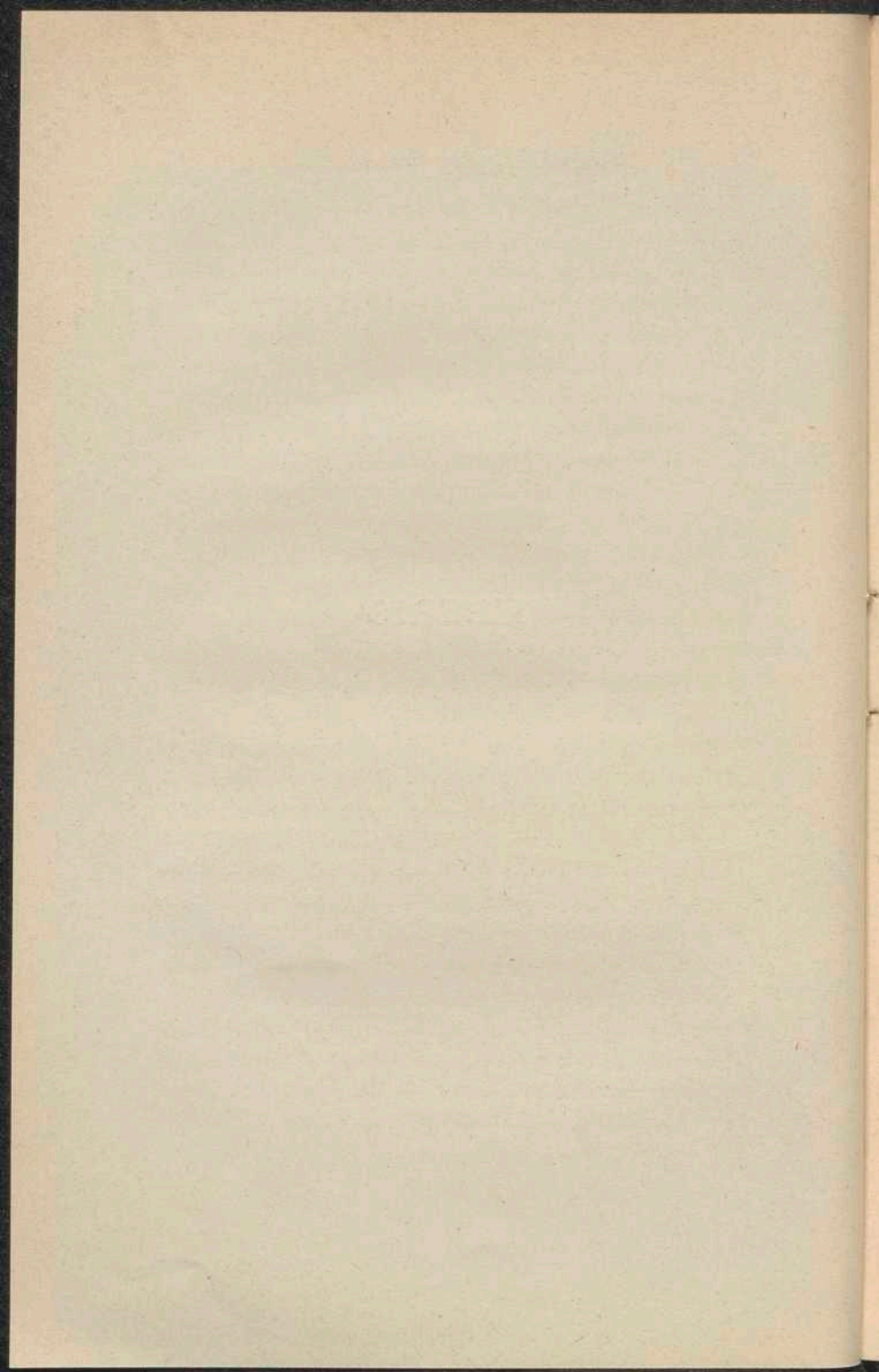
celebrar y honrar su memoria con un celo excesivo. Se quería hacer pasar la comitiva por la puerta triunfal precedida de la estatua de la Victoria, que está en el Senado, y seguido de la nobleza joven de los dos sexos cantando himnos fúnebres. Otros querían que el día de sus funerales se llevaran anillos de hierro en vez de anillos de oro y sus huesos fueran recogidos por los pontífices de los colegios superiores. Algunos querían dar su nombre al noveno mes del año, mejor que al octavo, porque había nacido en aquél y muerto en éste; otros proponían que el tiempo de su vida se llamara *el siglo de Augusto* y consignarlo bajo este título en los fastos; pero á todos estos honores se les puso límites. Tiberio hizo su oración fúnebre ante el templo de Julio César; Drusus, hijo de Tiberio, pronunció otra desde la antigua tribuna de las arengas. Los senadores lo llevaron en hombros hasta el Campo de Marte en donde fué colocado en la pira. Un hombre que había sido pretor, aseguró que había visto que se elevaba al cielo. Los principales caballeros recogieron sus restos, con los pies desnudos, sin cinturón y sin toga, y los depositaron en un mausoleo que había hecho elevar él durante su sexto consulado entre los bordes del Tíber y la vía Flaminia. Alrededor había plantado un bosque que era paseo público.

LXII.—Se abrió su testamento, que estaba depositado en poder de las Vestales, escrito parte de su letra y parte por dos manumitidos, Hilarión y Po-

livio, dividido en dos partes y acompañado de tres volúmenes que llevaban el mismo sello. Databa de 3 de Abril, un año y cuatro meses antes de su muerte, bajo el consulado de Silius y Plaucus. Fué leído entero ante el Senado. Instituía sus herederos á Tiberio y á Livia, el uno por los dos tercios y la otra por uno, y les ordenaba que llevaran su nombre. Legaba al pueblo romano cuarenta millones de sestercios, tres millones quinientos mil sestercios á las tribus latinas, mil por cabeza á los soldados de su guardia, quinientos á los de la guardia de la villa y trescientos á los soldados legionarios. Hizo además muchos otros legados, que no pasaban de veinte sestercios; los otros debían ser pagados en el acto, éstos en el plazo de un año. Declaró que no dejaba á sus herederos más que ciento cincuenta millones de sestercios, pues aunque había heredado más en los veinte últimos años, los gastó por la república, así como sus bienes paternos y las demás herencias de familia. Prohibía en su testamento que se enterraran con él en su sepulcro su hija y su nieta. De los tres volúmenes que adjuntaba, uno contenía disposiciones para sus funerales, otro un resumen de su vida, escrito para que fuera grabado en bronce ante su mausoleo; el tercero contenía un estado de las fuerzas del imperio, de las tropas que tenía en pie, del dinero que había en el tesoro del Estado y en el del Emperador y los tributos é impuestos pendientes de cobro. Añadía los nombres de los esclavos y manumitidos á quienes se podía reclamar cuentas.



TIBERIO



### III

## TIBERIO

---

I.—La familia patricia de los Clandianos (porque hubo una familia plebeya de este nombre que no le fué inferior en poder ni en dignidad), era originaria de una villa de los Sabinos llamada Regiles. Vino con un numeroso séquito de clientes á establecerse en Roma, edificada nuevamente por disposiciones de Titus Tatius, compañero de Rómulo, ó lo que es más probable, se agregó por decreto del Senado al rango de los patricios seis años después de la expulsión de los Reyes, teniendo entonces por jefe á Atta Clausus. La república le dió tierras para sus clientes al lado de allá de Treverón y un lugar para su sepultura al pie del Capitolio. Cuenta entre sus títulos veintiocho consulados, cinco dictaduras, siete censuras, siete triunfos y dos ovaciones. Se la distinguía con ciertos motes y sobrenombres, entre otros el de *Nerón*, que en lengua sabina significa *valiente*.

II.—Los Claudianos dispensaron á Roma buenos y malos servicios. He aquí los más importantes de las dos clases: Appius el ciego impidió que se hiciera con Pyrrus una alianza desventajosa. Claudius Caudex fué el primero que pasó el mar con una flota y arrojó de Sicilia á los Cartagineses. Claudius Nerón venció á Asdrúbal, que venía de España para auxiliar á Aníbal con un ejército considerable. Claudius Apius Regillanus, nombrado decenviro para que redactara las leyes, reclamó como su esclava una joven libre, y empleó la violencia para satisfacer su pasión, lo que ocasionó una ruptura entre el Senado y el pueblo. Claudius Drusus se hizo erigir una estatua con una diadema en la cabeza detrás del mercado de Appius y puso en armas á todos sus clientes para sublevar la Italia. Claudius Pulcher que comandaba en Sicilia, viendo que los pollos sagrados no querían comer, hizo que los arrojaran al mar por encima de todos los escrúpulos religiosos, diciendo: *Que beban, ya que no quieren comer*. Enseguida dió una batalla naval y la perdió, y teniendo orden de nombrar un dictador, desafió el peligro público eligiendo á uno de sus ujieres llamado Glidia. Las mujeres de esta familia dieron tambien ejemplos contradictorios. Claudia atrajo hacia sí con su cinturón el navío que llevaba la estatua de Cibeles, que había encallado en las arenas del Tiber, rogando á los dioses que le dieran fuerzas para mover aquel navío como prueba de su castidad. Otra Claudia

fué acusada dei crimen de lesa majestad, por haber dicho en alta voz un día que la gente no dejaba pasar su carro, que todavía podía volver al mundo su hermano Claudio y armar una flota para reducir el número de los romanos. Todos, excepto Clodius, fueron defensores de la dignidad de los patricios y enemigos del pueblo, con tanta violencia y obstinación, que en las ejecuciones capitales ninguno tomó la ropa de duelo, ni se ablandó á ruegos, y llegaron hasta agredir á los tribunos populares. Claudia, que era vestal, se sentó en el carro de su hermano, á su lado, que triunfaba á despecho del pueblo, y lo acompañó hasta el Capitolio á fin de que los tribunos no atentaran contra él.

III.—Durante sus primeros años estuvo expuesto á grandes fatigas y peligros. Cuando con todos sus parientes iba secretamente á embarcarse para abandonar á Nápoles, á donde llegaban los enemigos, estuvo dos veces á punto de descubrirlos con sus gritos en el momento en que lo separaban del pecho de su nodriza y de los brazos de su madre, que en aquellas circunstancias quería librarse de aquella carga. Otra vez comenzó á arder por todas partes un bosque enmedio de cual se encontraba.

Todavía se enseñan en Baies los regalos que le hizo en Sicilia Pompeya, hermana de Sexto Pompeyo: una túnica, un broche y anillos de oro. A su vuelta á Roma, el senador Gallius lo adoptó por testamento. Tiberio recogió su herencia, pero no

tomó su nombre, porque Gallius había sido adversario de Augusto. A la edad de nueve años pronunció en la tribuna de las arengas la oración fúnebre de su padre. Todavía era adolescente cuando siguió á caballo el triunfo de Augusto después de la batalla de Actium. Iba á la izquierda del carro, y Marcelo, hijo de Octavio, á la derecha. Presidió asimismo los juegos actiáticos, y en los juegos troyanos estuvo á la cabeza del primer grupo.

IV.—He aquí lo que hizo desde que tomó la ropa viril hasta que comenzó á reinar: dió dos veces espectáculos de gladiadores, una en memoria de su padre y otra en honor de su abuelo Drusus, en tiempos y lugares distintos; la primera en la plaza pública y la segunda en el Circo. Trajo gladiadores veteranos, á los que pagó cien mil sesteracios por cabeza. Se casó con Agripina, hija de Marcus Agrippa y sobrina de Pomponius Atticus, caballero romano, á quien Cicerón cita en sus cartas. Con ella tuvo un hijo llamado Drusus, al que perdió, y se vió obligado á repudiarla, aunque la quería y estaba en cinta por segunda vez. Le hicieron casarse con Julia, hija de Augusto, lo que le causó gran pena, porque estaba enamorado de Agripina y no quería á Julia, que se le había insinuado públicamente cuando estaba con su primer marido. Sintió vivamente la falta de Agripina, y habiéndola encontrado una vez, la miró con gran pasión y procuró no verla más. En lo sucesivo vivió en buena inteligencia con Julia; pero bien

pronto se separó de ella, hasta el extremo de no compartir su lecho. Un hijo que tuvieron murió de tierna edad. Tiberio perdió en Alemania á su hermano Drusus y siguió en su convoy á pie durante todo el camino hasta Roma.

V.—Defendió ante Augusto al rey Arquelao, á los Trallianos y á los Thesalios, en diferentes causas, y este fué el aprendizaje de sus deberes civiles. Intercedió en el Senado en favor de los habitantes de Laodicea, Thyatira y Chio, que habían sufrido un temblor de tierra y pedían socorros. Acusó de lesa majestad é hizo que se condenara á Cepión, que con Varrón había conspirado contra Augusto. En este tiempo tenía dos cargos diferentes: la intendencia de los víveres, que comenzaban á escasear, y la inspección de las cárceles destinadas para los esclavos. Los dueños de estas prisiones se habían hecho odiosos y estaban acusados de retener por fuerza, no solo á los viajeros que podían sorprender, sino á los que allí se ocultaban para esquivar el servicio militar.

VI.—Hizo sus primeras armas contra los Cántabros cuando tenía el grado de tribuno de los soldados. En seguida comandó en Oriente, devolvió á Triganes su reino de Armenia y le impuso la corona estando sentado en su tribunal. Recogió las águilas romanas que los Parthos habían quitado á Crassus. Gobernó la Galia, durante un año, la cual estaba perturbada por las incursiones de los bárbaros.

Sometió á los pueblos que habitaban en los Alpes, Alemania, Hungría y los Dálmatas. Llevó á las Galias cuarenta mil alemanes y les dió tierras en las riberas del Rhin. Después de estas expediciones alcanzó los honores de la ovación y entró en la ciudad con los ornamentos del gran triunfo, cosa que á nadie hasta entonces se había concedido. Obtuvo enseguida todas las magistraturas, ejerció la questura, la pretura y el consulado, y fué revestido con el poder tribunicio por cinco años.

VII.—En medio de tantas prosperidades, en la flor de su edad y con envidiable salud, se retiró de pronto para huir de su mujer, á la que no quería repudiar ni acusar. Su madre trabajó lo increíble para retenerlo: Augusto se quejó ante el Senado de verse sólo. Tiberio fué inflexible, y viendo que se oponían á su retiro, estuvo cuatro días sin comer. Al fin se lo consintieron; dejó á Roma, á su mujer y á su hijo, y tomó el camino de Ostia. No cambió una sola palabra con los que le acompañaban.

VIII.—De Ostia continuó costeando los bordes de la Campania, cuando supo que la salud de Augusto estaba comprometida. Se detuvo algunos días; pero como se dijo que estaba esperando el momento decisivo se apresuró á embarcar, á pesar del mal tiempo, para la isla de Rhodas, de cuyo aire puro gustaba, así como de los encantos del retiro, desde que se detuvo allí á la vuelta de Armenia. Allí vivió modestamente como un simple ciu-

dadano, sin líctor ni ujier, paseando algunas veces por el lugar de los ejercicios públicos y tratando á los griegos como iguales suyos. Un día se le ocurrió decir que quería visitar á todos los enfermos de la villa; le entendieron mal los que le oían y los enfermos fueron trasportados á una galería pública y clasificados allí según sus dolencias. Sorprendido así nó supo que hacer; por fin tomó el partido de dar excusas á todos, hasta á los de rango más bajo. No usó más que una vez de los derechos de la investidura tribunicia y fué en las escuelas, que visitaba asiduamente. Suscitóse una querrela entre los sofistas; uno, creyendo que Tiberio favorecía á su adversario, lo injurió. Tiberio se fué á su casa sin decir palabra, hizo citar al tribunal á su injuriador y lo redujo á prisión.

Supo enseguida que su mujer Julia había sido condenada por sus escándalos, y que Augusto, con su propia autoridad, había disuelto su matrimonio. A pesar del gozo que le produjo esta noticia creyó que debía escribir á su suegro en favor de Julia, exhortándole á que le dejara todos los dones que le había hecho, por indigna que fuese. Cuando acabó el tiempo de su poder tribunicio, después de haber evitado toda sombra de concurrencia con Caius y Lucius, pidió que se le permitiera volver á ver en Roma á todas las personas queridas que allí había dejado y quería regresar. Se le rehusó el permiso y se le dijo que no soñara con la amistad de aquellos á quienes había abandonado.

IX.—Permaneció en Rhodas con disgusto, y por intercesión de su madre consiguió, para ocultar su rubor, que Augusto le hiciera en Rhodas su lugarteniente. Después de esto vivió, no sólo como particular, sino como hombre intimidado y suspicaz. Se ocultaba en las tierras alejadas del mar, y rehuía las visitas que le hacían de todas partes los que venían á tomar posesión de algún mando. Todavía tuvo más motivos de inquietud. En Samos, á donde pasó á visitar á Caius, observó que las insinuaciones de Lollius, ayo del joven príncipe, le habían alejado su favor. Se le acusó asimismo de conversaciones equívocas con los centuriones, y enterado de esto por Augusto, le rogó encarecidamente le diera un vigilante que observara con cuidado sus actos y sus palabras.

X.—Renunció á sus ejercicios habituales de armas y caballos, abandonó las vestiduras romanas y se vistió á la griega. Permaneció cerca de dos años en este estado, cada vez más odiado, hasta el punto que los habitantes de Nimea derribaron sus estatuas, y en una comida en que se hablaba de él, un amigo del joven Caius propuso á este príncipe ir á Rhodas y traerle la cabeza del desterrado (así es como le llamaban). Creyéndose en verdadero peligro, no tuvo más remedio que unir sus ruegos á los de su madre para conseguir su vuelta. El azar contribuyó á hacer que se acordara. Augusto había dispuesto que en este asunto se hiciera la voluntad de su hijo. Caius estaba enton-

ces indispuerto con Lollius y se dejó convencer en favor de Tiberio. Entonces fué llamado, pero á condición de que no se mezclara en los asuntos del gobierno.

XI.—Volvió á Roma después de ocho años de ausencia con grandes esperanzas para el porvenir, fundadas en los presagios que habían acompañado su primera juventud. Su madre, estando embarazada de él, y queriendo saber si iba á dar á luz un varon, tomó á una gallina uno de sus huevos y lo incubó en sus manos, hasta que salió un pollo con la más hermosa cresta. El matemático Scribonius había predicho de él las cosas más grandes, asegurando que alguna vez reinaría, pero sin llevar los atributos de la realeza. En su primera expedición militar, conduciendo su ejército por Macedonia para ir á Siria, pasó cerca del campo de batalla de Philipo, y los altares levantados á las legiones victoriosas parecieron encenderse. Cuando iba á Glisia, consultó cerca de Padua al oráculo de Gerión, que le mandó echar los dados de oro en la fuente de Apolo. Hizolo y marcaron felicidad completa; todavía se ven hoy los dados en el agua. Pocos días antes de su repatriación, un águila de una especie que todavía no se había visto en Rodas, se colgó sobre el alero del tejado de su casa. La víspera de recibir el permiso para volver á Roma, cuando se cambiaba de ropa, su túnica se partió por medio. Desde este momento, sobre todo, tuvo gran confianza en las luces del astrólogo Thrasilo.

á quien tenía como su maestro de filosofía, y que le había anunciado que el bajel que iba á llegar le traía buenas noticias. Poco tiempo antes, como sus negocios no iban bien, estuvo decidido á arrojarle al mar al pasear con él, para castigarle por haberse envanecido de poseer una falsa ciencia para descifrar los secretos peligrosos.

XII.—De vuelta á Roma acompañó á la barra á su hijo Drusus y presidió sus primeros ejercicios. Abandonó el barrio de Carenas y la casa de Pompeyo para alojarse en los jardines de Mecenas. Se dedicó por completo al reposo, no desempeñando funciones públicas y viviendo como un particular. Muertos Caius y Lucius en el espacio de un año, fué adoptado por Augusto á la vez que Agripa, y fué obligado adoptar á su sobrino Germánicus. Nada hizo en calidad de padre de familia; se condujo en todo como un hijo adoptivo; no hizo donaciones ni manumisiones, ni recibió herencias más que á título de peculio. Mientras tanto, nada omitía de lo que pudiera hacerle más considerable, sobre todo después que Agripa, desdeñado por Augusto y desterrado de Roma, hizo que sobre él sólo recayera la esperanza de la sucesión en el imperio.

XIII.—Le concedieron el poder tribunicio por otros cinco años y recibió el encargo de pacificar la Alemania. De vuelta de este país, en donde estuvo dos años, celebró el triunfo que había obtenido; sus lugartenientes le seguían con los hábitos

triumfales que había hecho les concedieran. Antes de llegar al Capitolio bajó de su carro y se abrazó á las rodillas de Augusto, que presidía la ceremonia. Hizo preparar mil mesas para un festín público y dió á los ciudadanos trescientos sestercios por cabeza. Dedicó un templo á la Concordia y otro á Castor y Pollux, en el nombre de su hermano y en el suyo, con los despojos recogidos al enemigo:

XIV.—Algún tiempo después acordaron los cónsules que gobernara las provincias conjuntamente con Augusto y que hiciera el censo. Rehusó esto y partió para Iliria. Fué llamado enseguida y encontró á Augusto desfalleciente, pero todavía vivo; se encerró sólo con él y estuvo un día entero. Se cree generalmente que después de esta conversación, los esclavos que había en la antecámara entendieron, cuando Tiberio salía, estas palabras: «El pueblo romano, y yo lo siento, no dará ya que hacer á esta quijada tarda». Yo no ignoro que Augusto censuraba públicamente la dureza de sus costumbres, hasta el punto de interrumpir una conversación jovial cuando él llegaba, y que solo por consideración á Livia no revocó su adopción; pero no puedo convencerme de que un príncipe tan prudente y circunspecto obrara ligeramente en un asunto de tanta importancia; creo que puestas en una balanza las buenas y las malas cualidades de Tiberio, encontró que las buenas pesaban más. Asimismo creo lo que dijo en una arenga pública, que solo había adoptado á Tiberio por el bien de

la república, y lo que leo en sus cartas: que le tiene por un general consumado y por el único apoyo de Roma. He aquí algunos ejemplos: «Adiós, mi muy querido Tiberio; te deseo toda clase de felicidades; acuérdate de que eres nuestro general entre todos. Juro por mi fortuna que eres el más bravo y el más sabio de nuestros generales. Adiós.» «Dormid en vuestros cuarteles de verano... Estoy persuadido, mi querido Tiberio, de que en una situación tan delicada y con tropas tan poco animadas al trabajo, no es posible conducirse más prudentemente que tú. Todos los que están contigo te aplican este verso de Ennius parodiado:

Velando, un solo hombre restableció el Estado.»

XV.—No hizo pública la muerte de Augusto hasta después de asegurarse de la del joven Agrippa. Un tribuno militar, dedicado á la guarda de este príncipe, lo mató después de haberle enseñado la orden que había recibido. No se sabe si Augusto al morir firmó esta orden, ó si la había dado Livia por indicación de Tiberio. Sea lo que fuere, cuando el tribuno anunció á éste lo que había hecho porque se lo habían mandado, contestó que él no había dado ninguna orden, y que el Senado juzgaría; pero esto fué para no aparecer públicamente con este asesinato del que nunca se habló.

XVI.—Convocó al Senado en virtud de su cargo de tribuno, y habiendo comenzado á hablar se detuvo repentinamente como ahogado por los

suspiros y sucumbiendo á su dolor. Hubiera preferido, dijo, perder la vida con la palabra, y dió á leer su discurso á su hijo Drusus. Enseguida presentó el testamento de Augusto: lo leyó un liberto, y comenzaba con estas palabras: «Puesto que la desgracia me ha quitado á Caius y Lucius, nombro á Tiberio César mi heredero en los dos tercios de mi sucesión.» El que se expresara de este modo contribuyó á hacer pensar que por necesidad y no por cariño se había fijado en Tiberio.

XVII.—Aunque Tiberio no tenía por qué retardar el momento de hacerse cargo del imperio, lo aplazó algún tiempo, contestando á las instancias de sus amigos: *Vosotros no sabéis el monstruo que es el imperio*; y teniendo al Senado en suspenso con respuestas ambiguas y una incertidumbre artificiosa, mientras se deshacía en súplicas y estaba prosternado á sus pies, hasta que algunos perdieron la paciencia y uno dijo á la multitud: «*Que acepte ó que renuncie.*» Por fin aceptó como á disgusto, deplorando la miserable y onerosa servidumbre con que se le cargaba y que la dejaría en cualquier ocasión. Sus palabras expresas fueron: «Espero el momento de que juzguéis equitativo conceder reposo á mi vejez».

XVIII.—Tenía razones para dudar; muchos peligros le amenazaban, y con frecuencia decía que tenía el lobo en las orejas. Un esclavo de Agripa llamado Clemente, había reunido un grupo numeroso para vengar la muerte de su amo, y el noble

L. Scribonius Libo tenía designios secretos y meditaba una revolución. Las tropas se habían sublevado en Hiria y Alemania; hacían muchas peticiones extraordinarias y, sobre todo, querían tener la misma paga que los soldados pretorianos. Algunos se resistían á reconocer un príncipe que no habían elegido. Esto sobre todo inspiraba á Tiberio serias preocupaciones. Ofreció no tomar del gobierno más que la parte que el Senado quisiera concederle, asegurando que no se sentía con fuerzas para llevar toda la carga y que quería compartirla con uno ó varios compañeros. Fingió asimismo estar enfermo á fin de que Germánicus ó le señalara sucesor, ó compartiera con él la soberanía. Las sediciones se apaciguaron: Clemente fué preso por traición con Libo, y Tiberio, no queriendo inaugurar su reinado con rigores, esperó un año para proceder contra ellos. Un día, sacrificando con los pontífices, hizo dar á Libo, que también estaba allí, un cuchillo de plomo en lugar de la hacha de acero de que ordinariamente se servían. Otra vez Libo habíale pedido una entrevista particular y no se la concedió sino en presencia de su hijo Drusus, que le tenía de la mano como para apoyarse en él, y estuvo paseándose hasta el fin de la entrevista.

XIX.—Libre de todos temores vivió con moderación como un particular. Aunque se le ofrecieron muchos y grandes honores, solo aceptó los pequeños y en corto número. Un aniversario de su nacimiento que estaba en el circo, no consintió que

por él se añadiera más que un carro con dos caballos. No quería ni templos, ni sacerdotes, ni imágenes, ni estatuas, á no ser que diera un permiso especial y á condición de que no fueran colocadas entre las estatuas de los dioses y de que fueran miradas como un mueble ó un ornamento. Se opuso á que el mes de Septiembre se llamara *Tiberio* y el de Octubre *Livio*. Rehusó el nombre de emperador y el sobrenombre de Padre de la patria y la corona cívica con que se quiso adornar el vestíbulo de su palacio. No se servía del nombre de Augusto, que le pertenecía por su familia, más que en sus cartas á los reyes y soberanos. Sólo tres veces fué cónsul; la primera durante pocos días, la segunda por tres meses, la tercera ausente de Roma hasta los idus de Mayo.

XX.—Para subrayar esta moderación trataba á todo el mundo con deferencia y hasta con respeto. Habiendo contradicho á Haterius en el Senado, le dijo: «Perdóname si como senador he hablado libremente contra tu opinión», y dirigiéndose al Senado añadió: «Lo he dicho muchas veces y lo digo una más, padres conscriptos: es preciso que un buen príncipe que reina para el bien general, y que le habéis investido con un poder tan grande y tan poco limitado, se crea sumiso al Senado; á todos los ciudadanos en general, y á cada uno en particular, lo he dicho y de ello no me arrepiento, porque aquí en vosotros he encontrado amos llenos de equidad y benevolencia.»

XXI.—Conservó una apariencia de libertad, pero manteniendo la majestad y los privilegios del Senado y las magistraturas. No hubo asunto del que no diera cuenta al Senado. Le consultaba sobre los impuestos, los monopolios, las edificaciones, las convocatorias de tropas, licenciamientos de soldados, estados de las legiones, marcha de las guerras extranjeras, respuestas que había que dar á los reyes y fórmulas que debían observarse. Jamás entró en el Senado sino solo; un día que fué en litera porque estaba enfermo, hizo retirar á su séquito.

XXII.—Cuando no se seguía su parecer no se quejaba. Un pretor obtuvo permiso para ausentarse, aunque Tiberio había dispuesto que los magistrados, por honor al cargo, debieran permanecer en la ciudad. Quería que una cantidad de dinero legada á la ciudad de Trebia para construir un teatro, fuera empleada en hacer un camino; á pesar de esto se realizó la voluntad del testador. Un día que el Senado se dividía, se incorporó al grupo más pequeño sin que nadie le siguiera.

XXIII.—Reformó los gastos de los juegos y los espectáculos, restringiendo el salario de los actores y el número de los gladiadores. Se quejaba amargamente de que los vasos de Corinto se vendieran á un precio excesivo. Puso límites al lujo. Dió orden á los ediles de cerrar las tabernas y los lugares de crápula, con tanta severidad, que ni aun las pastelerías dejaron abiertas. Tiberio, para dar

ejemplo de economía, hacía servir en su casa en las comidas más solemnes manjares sencillos, diciendo que la mitad de un jabalí era tan buena como el jabalí entero. Abolió la costumbre de besar todos los días á los amigos, y prohibió dar ó recibir regalos después de las calendas de Enero. Tenía costumbre de devolver en el acto cuádruple de lo que recibía; pero fatigado por verse un mes entero acosado por los que no habían podido verle el primer día del año, no devolvió nada.

XXIV.—Restableció la costumbre de hacer juzgar por una asamblea de parientes á la mujer adúltera cuando no había acusador público. Relevó de su juramento á un caballero romano, que había jurado no repudiar á su mujer, y la había sorprendido en comercio criminal con su yerno. Las mujeres perdidas, para ponerse al abrigo de las penas que les correspondían, afectaban en público estar dedicadas á un tráfico infame, y jóvenes libertinos de uno y otro sexo se hacían notar de ignominia por los jueces para tener el derecho de parecer impunemente en el teatro ó en la arena como ciudadanos degradados. Tiberio los desterró á todos para que no burlaran las leyes. Despojó del lacti-clavo á un senador porque había hecho maquinaciones inmorales para obtener una vivienda á bajo precio. A otro le quitó la questura por haber repudiado al día siguiente de su matrimonio una mujer que había ganado la vispera en el juego.

XXV.—Prohibió las ceremonias extranjeras y

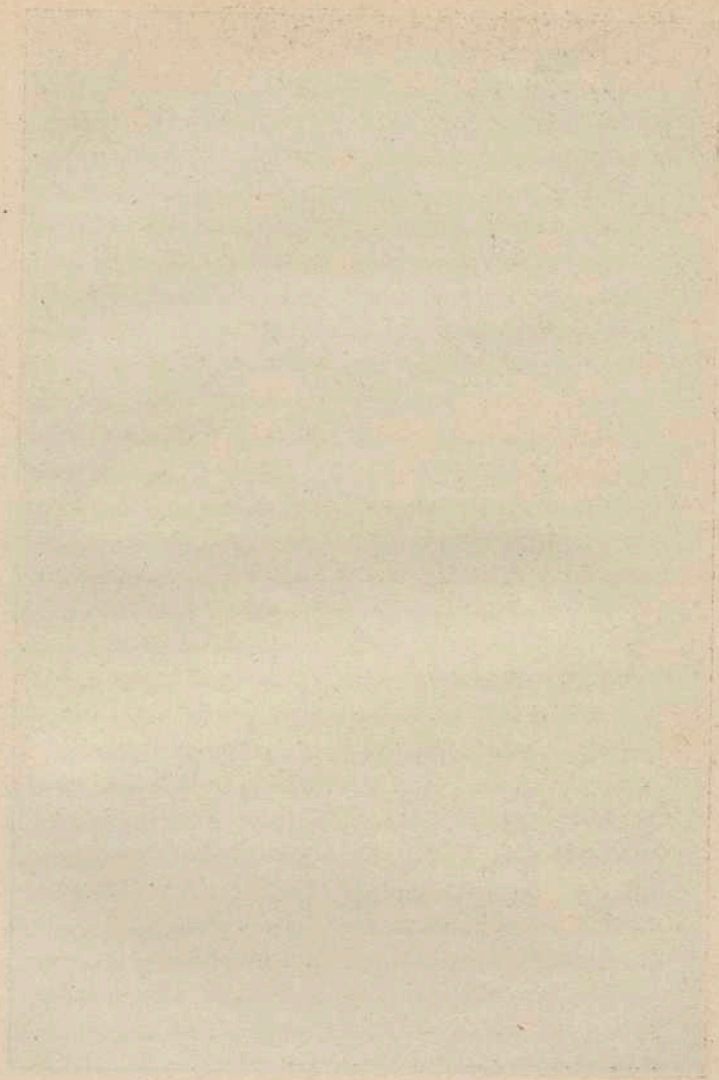
los ritos judío y egipcio; á los que los practicaban los obligó á quemar sus ropas y los instrumentos de su religión. Distribuyó la juventud judía en las provincias en que el aire era malsano, y los retuvo en ellas por una especie de juramento militar; desterró de Roma al resto de esta nación de sectarios, bajo pena de esclavitud si volvían. También extrañó á los astrólogos, pero les permitió volver, bajo promesa de no ejercer su arte.

XXVI.—Después de haber recorrido la Campania y hecho la dedicación del Capitolio en Capua y del templo de Augusto en Nola, pretexto de su viaje, se encerró en Caprea. Le gustaba esta isla, porque no se la podía abordar más que por un lado y con dificultad; las rocas escarpadas de gran altura, el abismo y los mares, hacíanla inaccesible. Fué llamado muy pronto por los ruegos del pueblo, conmovido por un desastre que acababa de ocurrir en Fidenes, en donde la caída de un anfiteatro había hecho morir á más de veinte mil personas en un espectáculo de gladiadores. Volvió al continente y se dejó ver con más facilidad que antes, pues por un edicto había dispuesto que nadie se le acercara.

XXVII.—De vuelta en su isla abandonó de tal modo el cuidado de la República, que no reemplazaba ninguno de los caballeros que morían, ningún tribuno militar ni ningún comandante de provincia. Dejó España y Siria durante algunos años sin procónsules. Dejó la Armenia como presa á los



Tiberio.



Parthos, la Mesia á los Dacios, y los Sármatas y las Galias á los Germanos, sin preocuparse del deshonor ni del peligro del Imperio.

XXVIII.—A favor de la soledad y lejos de las miradas de la capital, se entregó á todos los vicios, que hasta entonces había disimulado mal. Desde su primera juventud había dado á conocer en los ejércitos su gran pasión por el vino. En lugar de *Tiberius* le llamaban *Biberius* y *Nero Mero*, que en bajo latín quiere decir *bebedor*. Siendo general, pasó dos días y dos noches bebiendo con Pomponius Ilacus y Lucius Pisón, mientras trabajaba por la reforma de las costumbres, y enseguida dió á uno el gobierno de la Syria y al otro el cargo de prefecto de Roma, llamándoles en una carta «sus más queridos amigos de todas las horas.»

Después de haber reprendido en el Senado á Sestius Gallus, viejo disipador y escandaloso, notado antes de infamia por Augusto, hizo que le convidara á cenar, á condición de que no cambiara su manera ordinaria de vivir y los platos fueran servidos por muchachas desnudas.

Entre muchos candidatos distinguidos que pretendían la questura, prefirió al más desconocido, porque había vaciado en su mesa una ánfora de vino que le había servido él mismo. Dió cuatrocientos mil sestercios á Asellius Sabinus por haber hecho un diálogo en el que la seta, el papahigo, la ostra y el tordo disputaban. Por último, estableció una nueva magistratura, que podía llamarse

la *intendencia de las voluptuosidades*, y la confió á Cesonius Priscus, caballero romano.

XXIX.—Tenía en la isla de Caprea reductos muy secretos para sus escándalos; allí hombres y mujeres jóvenes imaginaban placeres monstruosos; formaban entre ellos una triple cadena, y así enlazados se prostituían delante de él para reanimar con este espectáculo los extinguidos deseos de un viejo. Tenía muchas habitaciones decoradas con las pinturas más lascivas, y poseía libros en los que se encontraban lecciones sobre las maneras distintas de gozar. Los bosques y las florestas no eran sino asilos consagrados á Venus, y en ellos se veía en todas partes á la juventud de los dos sexos, en los picos de las rocas y en las grutas, en actitudes voluptuosas, vestidos de ninfas y silvanos. Se le llamaba Tiberio Caprino, del nombre de su isla.

XXX.—Llevó su liviandad hasta un punto indescriptible. Se dice que desnudaba niños de pecho un poco robustos, á los que llamaba sus *pececitos*, y les hacía jugar entre sus piernas, morderle y lamerle cuando estaba en el baño, género de placer apropiado á su edad é inclinaciones. Se dice también que en un sacrificio, prendado repentinamente de la belleza del que le ofrecía el incienso, apenas atendió á la ceremonia, y acabó por hacer violencia al joven y á su hermano que tocaba la flauta, y después hizo que les rompieran las piernas porque reprocharon su infamia.

XXXI.—Jugaba asimismo con la honra de las mujeres más ilustres, como puede verse por la muerte de Mallonia, que constantemente rechazaba sus deseos. Hizo que la acusaran delatores, y durante la acusación no cesó de preguntar si se arrepentía; pero ella, sin contestar, se marchó á su casa y se mató, después de haberle tratado de viejo impuro y antipático.

XXXII.—Era ciego por el dinero. Daba de comer á los que le acompañaban á la guerra ó en los viajes, pero no les pagaba. No hizo en su vida más que una liberalidad, y fué á expensas de Augusto. Dividió á los de su séquito en tres clases, según su dignidad; distribuyó á la primera seiscientos sestercios, á la segunda cuatrocientos. A esta última clase la llamaba la de los *griegos*, y á las otras dos, las de los amigos.

XXXIII.—De su reinado no quedó ningún monumento; los que comenzó los dejó incompletos, y fueron el templo de Augusto y las reparaciones del teatro de Pompeyo. No dió espectáculos, y asistía rara vez á los que daban los demás; temía que se aprovecharan del momento para pedirle alguna cosa, desde que por las instancias del pueblo se vió obligado á manumitir al comediante Accius. Remedió la miseria de algunos senadores; pero para que esto no se hiciera costumbre, dijo que no volvería á dar socorros más que á los que el Senado declarara que los merecían; así que muchos se mataron por vergüenza, entre otros Ortalus, sobri-

no de Hortensius el orador, que con una fortuna muy menguada se había casado por complacer á Augusto y tenía cuatro hijos.

XXXIV.—Solo dos veces hizo larguezas públicas en calidad de emperador: una, cuando prestó al pueblo cien millones de sestercios sin interés, por tres años; la otra, cuando indemnizó á los dueños de las casas incendiadas en el monte Celius. La falta de dinero era grande. Tiberio había dispuesto por un senado-consulta, que los que se hubieran enriquecido por medio de la usura contribuyeran con los dos tercios de sus bienes y los deudores pagaran en metálico al Estado solo los dos tercios de sus deudas. Cuando socorrió á los del monte Celius lo hizo con tanto ruido, que hasta quiso que desde entonces se llamara *monte de Augusto*. Después de repartir los legados que Augusto hizo á los soldados, jamás les dió nada en su nombre, excepto mil dineros por cabeza, que hizo distribuir á los pretorianos y algunas gratificaciones á las legiones de Siria por su fidelidad. Dió pocos retiros á los veteranos, porque prefería que murieran en el servicio, á fin de heredar las recompensas á que tenían derecho. No hizo ninguna liberalidad á las provincias, excepto al Asia Menor, en donde un temblor de tierra había destruído muchas villas.

XXXV.—De la avaricia pasó á la rapiña. Consta que hizo morir de pena al augur Cneus Léntulus, hombre muy rico, y le obligó á que le declarara su único heredero; que condenó á muerte á Lépida,

mujer distinguida, después de veinte años de divorcio por haber querido envenenar á su marido, solo porque quería la herencia de este marido, que era rico y no tenía hijos; que confiscó los bienes de muchos príncipes de las Galias, España, Syria y Grecia, con los más fútiles pretextos; que muchos particulares y muchas villas se vieron privados del derecho á explotar sus minas y otros privilegios y, por último, que Vonona, rey de los Parthos, arrojado por los suyos y refugiado con sus tesoros en Antioquía, bajo la salvaguardia del Imperio, fué muerto á traición y confiscadas sus riquezas.

XXXVI.—Se opuso á dulcificar el destierro de Julia, su mujer, prohibiéndole que saliera de casa, aunque Augusto le había dado una villa entera por prisión; le quitó asimismo el dinero que su padre le daba todos los años para sus gastos menudos, bajo pretexto de que esta cláusula no estaba en su testamento. A su madre Livia le tomó también odio; creyó ver en ella un rival de su poder. Rehusaba sus asiduidades y evitó verse sólo con ella durante mucho tiempo, por miedo á tener que someterse á sus consejos; los siguió, sin embargo, algunas veces, aunque á disgusto. Le sentaba mal el que en los actos del Senado le llamaran *el hijo de Livia* ó *el hijo de Augusto*. Jamás permitió que fuera llamada *madre de la patria*, ni que recibiera en público honores señalados. Le advirtió también muchas veces que no se mezclara en los asuntos importantes por que no era propio de su sexo.

XXXVII.—La discordia estalló entre ellos bien pronto. Livia rogó á Tiberio que colocara un manumitido en el rango de los caballeros; él contestó que sólo lo haría si constaba en los registros que aquella gracia le había sido impuesta por su madre. Livia ofendida le mostró un billete de Augusto, que había ocultado largo tiempo, en el que se hablaba del carácter duro y tiránico de Tiberio. Este, indignado, rompió con su madre, y en tres años solo la vió una vez; después no la visitó cuando estuvo enferma, y una vez muerta dilató largo tiempo sus funerales, hasta que el cadáver estaba ya descompuerto. Tiberio prohibió que se le discernieran honores divinos, pretendiendo que tal había sido la última voluntad de ella. Anuló su testamento, y causó en poco tiempo la ruina de todos sus amigos y deudos, hasta de los que había encargado de sus funerales; á uno de ellos, caballero romano, le condenó al trabajo de dar á una bomba para sacar agua.

XXXVIII.—Jamás tuvo corazón paternal ni para su hijo Drusus, ni para Germánicus, su hijo adoptivo. Aborrecía en Drusus el carácter débil y la vida perezosa; de esta manera fué insensible á su muerte y apenas solemnizó sus funerales. Unos enviados de Troya, pasado algún tiempo, le dieron el pésame por la muerte de Drusus, y contestó que él también se condolía de la muerte de Héctor, que había sido uno de sus mejores ciudadanos. Celoso de la gloria de Germánicus, afirmó que todo

cuanto había hecho era inútil, y algunas de sus victorias perjudiciales al Imperio. Ante el Senado se quejó de que no le hubiera pedido permiso para pasar á Alejandría. Se cree que se sirvió de Encius Pisón, lugarteniente de Syria, para darle muerte, y confirma esta sospecha el que persiguiera encarnizadamente á su viuda y sus hijos.

XXXIX.—En una ocasión Agripina se le quejó alusivamente de la muerte de su marido, la cogió por la mano y le citó este verso griego:

¡Ah! Si no reinaras, te quejarías siempre.

y no habló más con ella. Un día que le convidó á comer rehusó ciertos frutos en su mesa, y desde entonces cesó de convidarla, bajo pretexto de que le creía capaz de envenenarla. Esta escena estaba preparada de antemano, porque había hecho que oficiosamente la previnieran. Después la desterró á la isla de Pandataria, y como ella le hiciera cargos y le dirigiera reproches, hizo que un centurión la golpeará y le arrancara un ojo. Resolvió ella dejarse morir de hambre, pero le hizo tomar alimento á la fuerza; sin embargo, murió.

XL.—Después de la muerte de Germánicus le quedaban tres nietos, hijos de Germánicus: Nerón, Drusus y Caius, y uno de Drusus, Tiberio. A Nerón y Drusus los puso bajo la protección del Senado, y el día en que tomaron la ropa viril lo celebró haciendo regalos al pueblo. Luego se desencadenó su odio contra ellos, llegando hasta hacer

que fueran declarados enemigos de la patria. Los dos murieron de hambre. Nerón en la isla Pontia, y Drusus en el monte Palatino. El primero se determinó á morir así, porque un verdugo que se le envió le enseñó los instrumentos de su suplicio, y al otro se le quitaron los alimentos con tanta crueldad, que llegó á comerse su almohada. Sus restos fueron dispersados de manera que no pudieran recogerse.

XLI.—Tiberio se rodeó, además de sus ancianos amigos, de veinte ciudadanos principales, como para que le sirvieran de consejeros. Excepto á dos ó tres, á todos les dió muerte bajo distintos pretextos, entre otros á Sejano, cuya ruina causó la de muchos. Hábito elevado al más alto grado de poder, no tanto por amistad como para servirse de él contra sus nietos y asegurar el Imperio para el hijo de Drusus.

XLII.—No fué más dulce con los literatos griegos que vivían con él. Un día preguntó á Zenón, que cuidaba mucho su lenguaje, cuál era aquel dialecto tan difícil que hablaba; contestó que era el dialecto dórico usado en Rhodas; Tiberio vió en la respuesta un epigrama sobre su destierro en dicha isla, y lo desterró. Por algo parecido dió muerte al gramático Selencus.

XLIII.—Su ferocidad se reveló desde su infancia. Su maestro de retórica Theodoro lo caracterizó bien, diciendo que era *un lodo de sangre*, y tuvo en todo tiempo rasgos de crueldad en medio

de su afectada moderación. Un bufón que veía pasar un muerto le dijo: «Comunica á Augusto que sus buenas leyes no rigen para el pueblo.» Tiberio le quitó sus bienes y lo llevó al suplicio, encargándole que le dijera á Augusto la verdad.

XLIV.—En un viaje de pocos días que hizo á Caprea, le sorprendió un pescador en el momento que estaba solo para poner á sus pies un mulo marino de gran tamaño que había cogido; Tiberio se asustó, y disgustado hizo que le frotaran el rostro con su regalo; el pobre hombre se felicitaba de no haberle traído una langosta colosal que también había pescado, y Tiberio hizo que asimismo le frotaran la cara con la langosta.

XLV.—Se entregó á toda clase de monstruosidades, persiguiendo á todos sus parientes y amigos, sobre todo después de la muerte de Sejano. Dice, sin embargo, en sus memorias, que solo mató á Sejano porque había descubierto en él designios contra los hijos de Germánicus. La verdad es, que uno de estos jóvenes murió antes, y otro después de Sejano. Sería muy largo contar al detalle sus crueldades; me conformaré con dar una idea general. No dejó pasar un solo día sin suplicios; en las condenas envolvía las mujeres y los hijos de los acusados, y prohibía á los deudos que lloraran á las víctimas. Las mayores recompensas se daban á los acusadores y á los testigos. Un poeta fué acusado de injurias á Agamenón en una tragedia, y un historiador de haber llamado á Brutus

y Cassius *los últimos romanos*; fueron los dos condenados y quemadas sus obras, aunque databan del tiempo de Augusto. A los prisioneros les prohibía toda lectura y toda conversación. Algunos condenados se herían ó envenenaban para evitar el suplicio; pero á él se los llevaba medio muertos; sus cadáveres los arrojaba al Tíber. Como no había costumbre de estrangular á las vírgenes, las entregaba al verdugo para que las violara previamente. Obligaba á vivir á los que querían morir; cuando se mató un condenado que se llamaba Carvilius, dijo: «Carvilius se me ha escapado.» Un día que le rogó un prisionero que acelerara su muerte, le contestó: «Todavía no somos bastante amigos.» La muerte la miraba como el más ligero de los suplicios.

XLVI.—Sus furores se redoblaron cuando supo que su hijo Drusus, á quien creía muerto por sus excesos, había sido envenenado por su mujer Livilla y por Sejano. Los tormentos y los suplicios eran su única ocupación, hasta el punto que Rhodiense, invitado por él á venir á Roma, fué también llevado al suplicio, y cuando el error fué reconocido, hizo que lo mataran para borrar el rastro de su furia. Todavía se enseña en Caprea el lugar de las ejecuciones. Entre otros tormentos, había ideado el de hacer beber mucho vino á un hombre y atarlo enseguida de forma que no pudiera orinar. Si la muerte no le hubiera detenido, aún hubiera hecho más víctimas; no hubiera perdonado á ninguno de

los suyos, porque envidiaba la dicha de Priamo, que sobrevivió á toda su familia.

XLVII.—Cuando condenó á su nuera y sus nietos, los hizo llevar encadenados en una litera con un guarda, que tenía orden de impedir el que los transeuntes se pararan á mirar.

XLVIII.—Recibía continuamente agravios: los ciudadanos condenados le injuriaban cara á cara ó por medio de libelos, que tan pronto hacía recoger como afectaba despreciar y publicaba él mismo. Nada le dolió tanto como una carta de Artaban, rey de los Parthos, que le reprochaba sus asesinatos y sus escándalos y le exhortaba á que se hiciera justicia dándose muerte. Al fin se hizo odioso á sí mismo, y su disgusto se refleja en una carta que escribió al Senado, que comenzaba así: «Que los dioses y las diosas me hacen padecer tan cruelmente todos los días, que me siento perecer poco á poco.»

XLIX.—Era fuerte, robusto, de talla elevada, desarrollados la espalda y el pecho y bien proporcionados los miembros. Su mano izquierda era más ágil que la derecha; sus dedos eran tan fuertes que aplastaban una manzana sin madurar y hería á un hombre de un papirotazo; tenía la piel blanca y el cabello largo; su fisonomía era hermosa, aun cuando solía padecer de tumores. Sus ojos eran grandes, y lo que es muy singular, cuando despertaba entre noche, veía durante algún tiempo como de día, y en seguida su vista se oscurecía poco á

poco. Andaba con el cuello un poco ladeado. Su rostro era severo, siempre serio y taciturno; hablaba poco, con lentitud y afectación desagradable, que revelaba su dureza. Augusto conocía sus defectos y trató muchas veces de disculparlos. Gozaba de buena salud y fué el médico de sí mismo.

L.—Era menos religioso que aficionado á la astrología; creía en el fatalismo, temía mucho á la tempestad, y mientras duraba tenía en la cabeza una corona de laurel, fundado en la creencia vulgar de que la hoja de laurel protege contra el rayo.

LI.—Cultivó las letras griegas y latinas y tuvo siempre maestros; pero oscurecía su estilo con la afectación, y lo que se le ocurría de pronto valía más que lo que meditaba. Compuso versos líricos sobre la muerte de César. En sus poesías griegas imitó á Euphosium y á Parthenius. Estos poetas hacían sus delicias; hizo colocar sus retratos y sus libros en las bibliotecas públicas. Estudió la mitología con un cuidado, que le ponía en ridículo por las preguntas que hacía en todas partes, y la imitación en sus sacrificios y ceremonias á los mitos griegos.

LII.—Mientras estuvo en Caprea vino á Roma dos veces: la primera llegó en un navío de tres remos hasta los jardines de César; la segunda solo llegó hasta dar vista á las murallas y retrocedió, según se dice, á causa de un prodigio: una serpiente que había domesticado y alimentaba en su mano, se la encontró comida por las hormigas, y

un oráculo le advirtió que temiera á las fuerzas de multitud. Volvió y cayó enfermo en la isla de Circe; para disimular su estado asistió á unos juegos militares y hasta disparó saetas contra un jabalí herido; pero del esfuerzo y de haberse enfriado repentinamente después del ejercicio le acometió una pulmonía; sostúvose algún tiempo, sin embargo.

LIII.—La última vez que celebró el aniversario de su natalicio creyó ver en sueño á un Apolo Ternevita, de una talla y una belleza raras, que había hecho traer de Syracusa para colocarlo en la biblioteca de un templo recientemente construído, y aquel Apolo le decía que no había de ser él quien hiciera la dedicación.

Algunos días antes de su muerte, un temblor de tierra hizo caer la torre del faro en la isla de Caprea, y en Misena las cenizas calientes que habían llevado para templar su habitación, se habían apagado y volvieron á encenderse y á brillar toda la noche.

LIV.—La primera noticia de su muerte produjo tal gozo en Roma, que todos corrían por las calles diciendo que había que arrojarlo al Tíber; se conjuraba á la tierra y á los dioses á no concederle un sitio sino entre los impíos en el Tártaro. El Senado había establecido que el suplicio de los condenados sería diferido hasta el décimo día; algunos desgraciados debían ser ejecutados el día en que se supo la muerte de Tiberio y pedían gracia por este



hecho; pero como no había quien pudiera concedérsela, los guardias los estrangularon y expusieron sus cadáveres. El odio se redobló contra el tirano, cuya barbarie se prolongaba hasta más allá de su muerte. Cuando se trajo su cuerpo de Misena quisieron quemarlo en el camino, los soldados se opusieron y se quemó en Roma con las solemnidades ordinarias.

LV.—Había hecho su testamento dos años antes, y de él había dos ejemplares, uno escrito de su mano y otro por un liberto; pero los dos iguales y con los mismos testigos. Instituí a sus nietos Caius y Tiberio sus herederos por mitades, y los sustituía recíprocamente. Hacía muchos legados á las vestales, á los soldados, á cada ciudadano y á los principales de cada barrio.

FIN DEL TOMO I

1911年11月11日

11月11日  
星期一  
晴  
今日无事  
下午无事  
晚上无事  
11月12日  
星期二  
晴  
今日无事  
下午无事  
晚上无事

GINÉS CARRIÓN, EDITOR

VERÓNICA, 13 Y 15.—MADRID

Publicaciones de esta casa:

**BIBLIOTECA INTERNACIONAL ECONÓMICA**

VOLÚMENES PUBLICADOS Á PESETA

I.—*Balzac*: **El Hijo maldito**, versión española de Luis Falcato.

II.—*Martí-Miquel*: **El Proceso de Satanas**, novela original.

III.—*Voltaire*: **La poesía épica y el gusto de los pueblos**, traducción de E. Barriobero Herrán.

IV.—*A. Herculano*: **Leyendas y narraciones**, versión española de Luis Falcato.

V y VI.—*Suetonius*: **Roma galante bajo los Césares**, primera versión del latín al castellano por E. Barriobero (dos tomos).

*Martí-Miquel*: **La hija del ajusticiado**, novela original. Precio: 5 PESETAS.

BIBLIOTECA "SOL Y SOMBRA", A 50 CÉNTIMOS TOMO

Volúmenes publicados:

I.—**Manuel García (el Espartero)**.

II.—**Rafael Guerra (Guerrita)**.

III.—**Antonio Reverte Jiménez**.

IV.—**Salvador Sánchez (Frasuelo)**.

V.—**Rafael Molina (Lagartijo)**.

VI.—**Rafael González (Machaquito)**.

VII.—**Ricardo Torres (Bombita chico)**.

VIII.—**Antonio Montes**.

IX.—**Antonio Fuentes**.

Roma galante bajo los Césares





BIBLIOTECA INTERNACIONAL ECONÓMICA

VOLUMEN VI

SUETONIUS

Secretario del Emperador Adriano.

Roma galante  
bajo los Césares

Primera versión directa al castellano, con un estudio  
biográfico-crítico del autor

POR

E. Barriobero y Herrán

ILUSTRACIONES DE

SÁNCHEZ SOLÁ

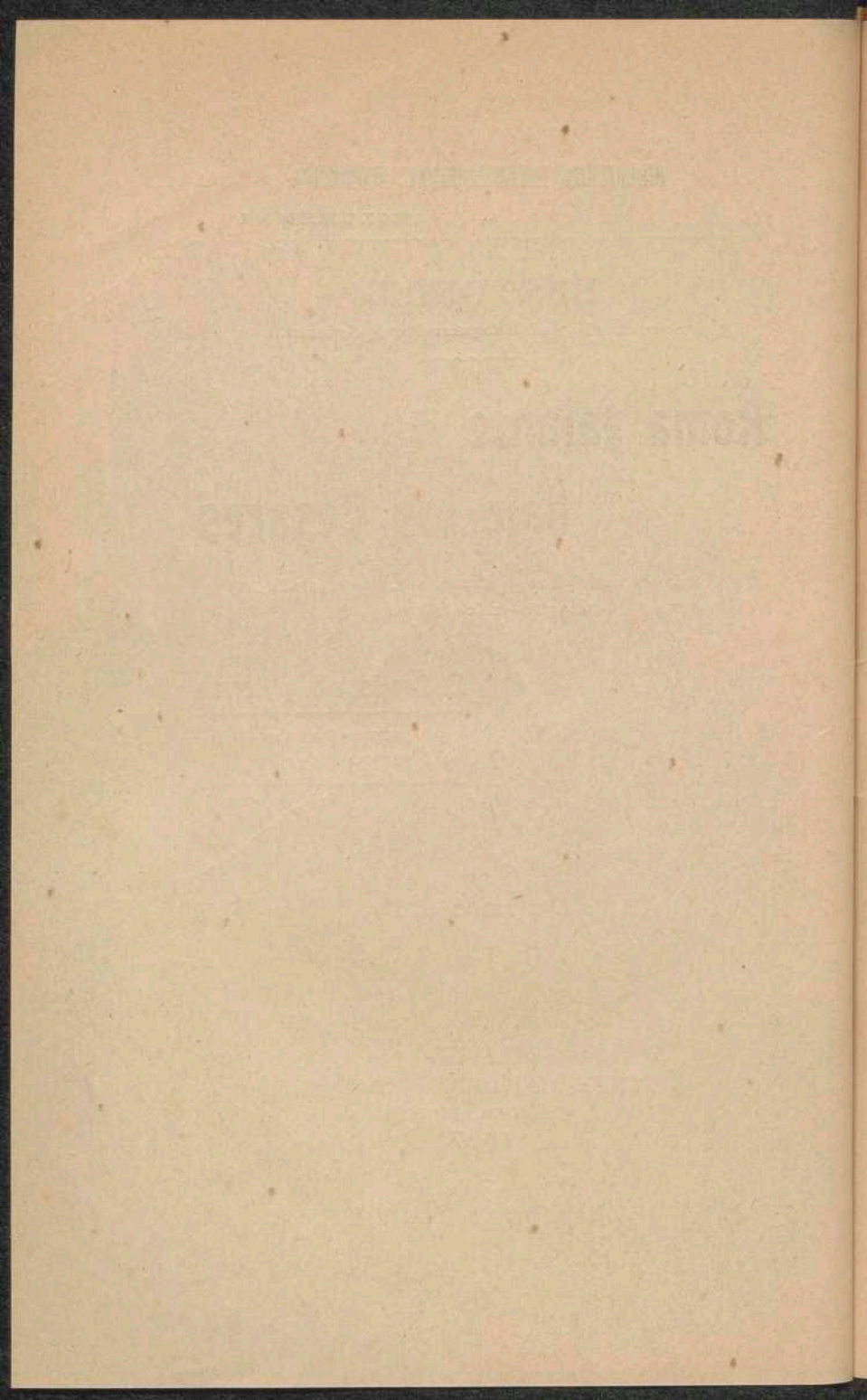
—  
T o m o II  
—

MADRID  
GINES CARRIÓN, EDITOR  
VERÓNICA, 13 Y 15  
1907

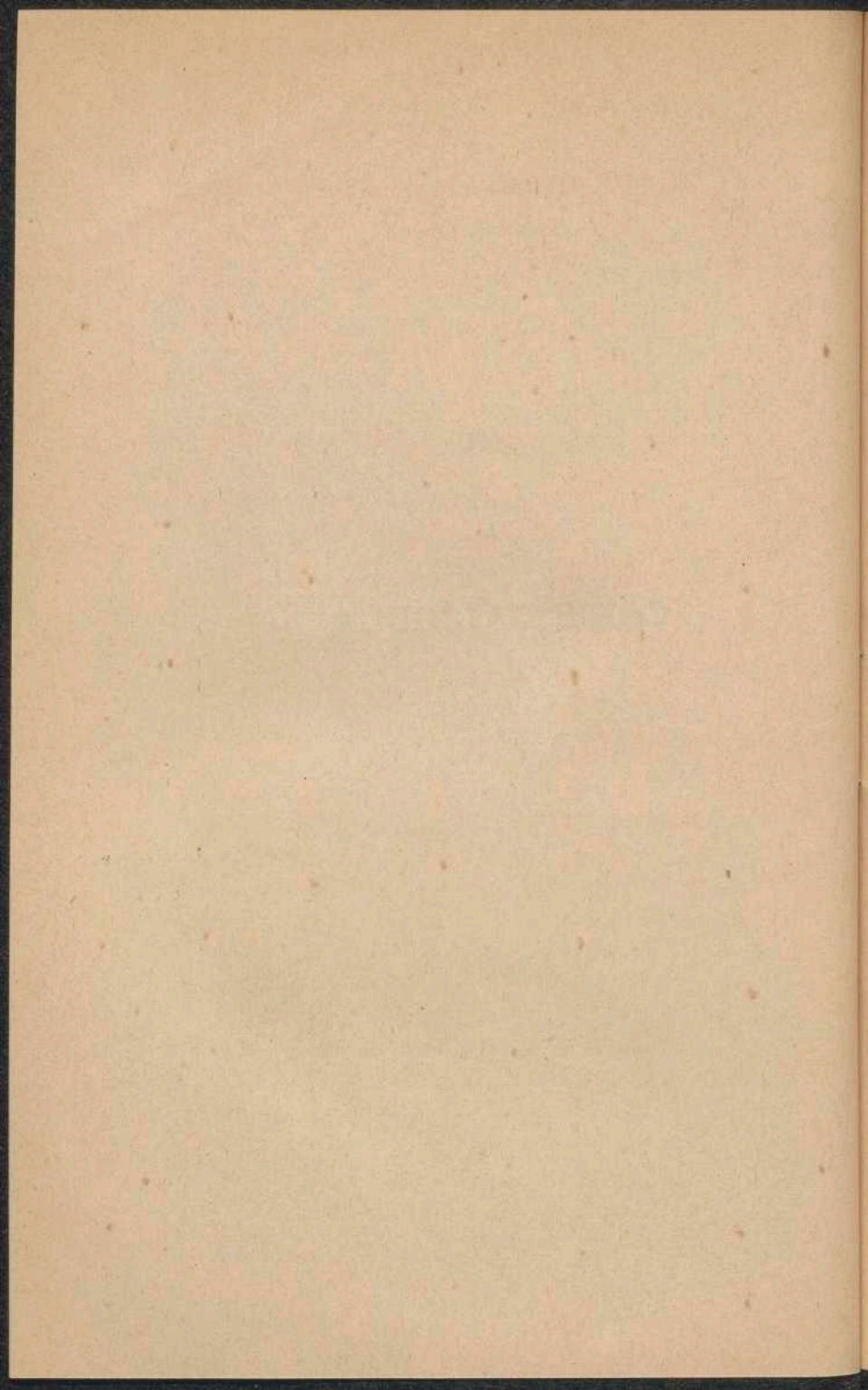


INSTITUTO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS

BIBLIOTECA



CAIUS CALÍGULA





#### IV

### CAIUS CALIGULA

---

I.—Germánicus, padre de Caius César Calígula é hijo de Drusus y Antonia, el más joven de los hijos de Antonio, fué adoptado por su tío Tiberio; ejerció la questura cinco años antes de tener la edad legal, y el consulado inmediatamente después. Enviado para mandar los ejércitos de Germania, contuvo con tanta firmeza como celo las legiones, que ante la noticia de la muerte de Augusto se negaban obstinadamente á reconocer á Tiberio por emperador, y querían coronar á su general. Venció á los enemigos, y fué nombrado cónsul por segunda vez; pero antes de tomar posesión Tiberio lo arrojó de Roma, con pretexto de encargarle los asuntos del Oriente. Después de haber dado un rey á la Annasia y hecho la Capadocia provincia romana, murió en Antioquía á la

edad de treinta y cuatro años, envenenado, según se sospecha, por ciertos caracteres que su cadáver presentaba.

II.—Su muerte se atribuyó al odio de Tiberio y á las maniobras de Lucius Pison. Este Pison, gobernador de Syria al mismo tiempo que Germánico mandaba en Oriente, no disimuló su enemistad y le ultrajó con palabras y acciones, causándole las penas más amargas. Así, al volver á Roma, quiso el pueblo hacerlo pedazos, y fué condenado á muerte por el Tribunal.

III.—Germánico tenía cualidades extraordinarias de cuerpo y espíritu. Belleza y valor singulares, genio eminente para las letras griegas y latinas y para las dos lenguas, gran bondad de alma, deseo de amar y ser amado, y un gran talento. Su único defecto corporal era tener las piernas un poco cortas, pero lo remedió montando á caballo. Mató por su mano á muchos enemigos. Entre otros monumentos de sus estudios, nos quedan algunas comedias griegas. Era muy afable en su vida privada y pública. Entraba sin líctor en las villas. Honraba las tumbas de los grandes hombres. Recogió por su mano y enterró los restos de los soldados muertos en Varus. A las envidias oponía la dulzura.

IV.—Tanta virtud no quedó sin recompensa. Era tan estimado de sus parientes, que Augusto (sin hablar de otros) dudó mucho tiempo si lo elegiría por su sucesor, y le hizo á Tiberio que lo

adoptara. Gozaba del favor popular, hasta el extremo de que la turba le rodeaba siempre cuando salía de casa, y hasta llegó á veces á poner en peligro su vida. A su vuelta de Alemania, sofocada la sedición, todas las cohortes fueron ante él, y el pueblo romano entero salió á su camino hasta veinte millas de Roma.

V.—Los mayores testimonios de afecto brillaron en el día de su muerte y los siguientes; se cubrieron las estatuas de los dioses, se arrojaron á la calle los dioses domésticos, y algunos expusieron los niños recién nacidos. Dícese que los bárbaros, con quienes teníamos entonces guerra, consintieron en una tregua, como cuando acontecía una calamidad universal; que algunos príncipes se raparon la barba y la cabeza en señal de duelo, y el rey de los reyes se abstuvo de la caza, y no admitió los grandes á su mesa, lo que entre los Parthos equivale á nuestra clausura de Tribunales.

VI.—En Roma la consternación llegó al colmo con la primera noticia de su enfermedad, y cuando llegaron nuevos correos por la tarde, corrió la voz de que se había restablecido; corrieron al Capitolio con antorchas y víctimas, y rompieron sus puertas en la impaciencia por ofrecer sacrificios. A Tiberio le desvelaron estos gritos, que se oían en todas partes: *¡Roma se ha salvado!* *¡La patria se ha salvado!* *¡Germánicus se ha salvado!* Cuando se supo su muerte nada hubo que pudiera conte-

ner el desbordamiento del dolor público, que duró hasta las fiesta del mes de Diciembre.

VII.—Se casó con Agripina, hija de Agripa y de Julia, y con ella tuvo nueve hijos, dos de los cuales murieron de tierna edad, y otro al salir de la infancia; éste era notable por su gallardía. Livia colocó su estatua en traje de Cupido en el templo de Venus. Augusto tenía su retrato en su cuarto, y lo besaba siempre que lo veía. Los otros sobrevivieron á su padre. Fueron tres hijas: Agripina, Lusila y Livila; y tres hijos: Nerón, Drusus y Caius César. Nerón y Drusus, acusados por Tiberio, murieron condenados por el Senado.

VIII.—Caius César nació el último día de Agosto, bajo el consulado de su padre y de Fonteius Capitón; no se recuerda el lugar en donde nació. Encius Sértulus pretende que en Tivoli, y Plinio en Treves, y cita como prueba un altar, que tenía esta inscripción: «*A la fecundidad de Agripina.*» Algunos versos alusivos á su reinado, dicen que nació en el ejército en los cuarteles de invierno. En los *Actos de los Emperadores*, se dice que nació en Antium; él tuvo este lugar por el de su nacimiento, y hasta quiso trasladar á él la capital del Imperio.

IX.—El nombre Calígula era un apodo militar; llamábase así una especie de calzado de los soldados, que él usó. Las tropas eran muy afectas á este príncipe, que se educó entre ellas. De ello se vió una prueba después de la muerte de Augusto,

pues su presencia calmó á los sediciosos, prestos á los mayores excesos, y llegaron hasta detener su carro para pedirle perdón.

X.—Acompañó á su padre en la expedición á Syria. A la vuelta permaneció con su madre, y cuando fué desterrada vivió con Livia, su bisabuela, cuya oración fúnebre hizo en la tribuna de las arengas, vistiendo aún la ropa de la infancia. Después pasó con su abuela Antonia. A los diez y nueve años Tiberio le hizo venir á Caprea, y en un solo día le hizo vestir la ropa viril y cortarse la barba sin ninguna de las ceremonias acostumbradas. Allí supo escapar á todas las asechanzas que le preparaba; pareció no enterarse de la muerte de sus hermanos, y soportaba las afrentas con un disimulo increíble. Su complacencia fué grande con Tiberio y cuantos le rodeaban; con razón se dijo de él, que no podía haber tenido mejor criado ni mejor amo.

XI.—Sin embargo, reveló desde entonces sus inclinaciones bajas y crueles. Uno de sus mayores placeres era el de asistir á los suplicios de los que condenaba. Por la noche recorría los malos lugares envuelto en una gran capa y con la cabeza oculta por una peluca. Su mayor pasión era la danza teatral y la música, y Tiberio se lo consentía, con la esperanza de que estos gustos suavizaran su carácter feroz. El perspicaz anciano lo conocía tan bien, que decía muchas veces: «Dejo vivir á Caius para su mal y para el de los demás;

educó una serpiente para el pueblo romano y un Phaeton para el universo.»

XII.—Algún tiempo después se casó con Junia Claudilla, hija de M. Silanus, de una de las más notables familias de Roma. Nombrado augur para suceder á su hermano Drusus, antes de tomar posesión pasó al pontificado. Tiberio entonces, privado de todo otro apoyo, quiso ganar el cariño de Caius, que por grados se aproximaba al trono; para asegurar su herencia Caius, que acababa de perder á su mujer, sedujo á Ennia Nevia, mujer de Macrón, jefe de las cohortes pretorianas; le prometió bajo juramento casarse con ella si llegaba al trono, y le firmó esta promesa. Por este medio ganó á Macrón y se sirvió de él, según se dice, para envenenar á Tiberio. Hizo arrancar el anillo al viejo cuando aún no había expirado, y como parecía quererlo retener; arrojó sobre él un colchón y lo extranguló por sus propias manos. Un liberto que estaba presente comentó la ferocidad de esta acción, y Caius hizo que lo colgaran en el acto. Este relato está tan cerca de la verdad, que Calígula se alabó varias veces, si no de haber cometido el parricidio, al menos de haberlo protegido. Antes llegó á entrar con un puñal en el cuarto de Tiberio dormido; pero la piedad le detuvo y arrojó el puñal, retirándose sin que Tiberio, que lo había visto, le impusiera el menor castigo.

XIII.—Sea lo que fuere, lo elevaron al trono los votos del pueblo entero ó, mejor dicho, del uni-

verso entero. Era muy querido en las provincias y en los ejércitos, que le habían conocido de niño, y para los romanos, porque veían en él un hijo de Germánicus y el último vástago de una familia destruida. Desde que salió de Misena se vió rodeado por la multitud, que le llamaba astro y le daba los nombres más aduladores.

XIV.—Apenas entró en la ciudad fué reconocido como dueño y árbitro del Estado, á pesar del testamento de Tiberio, que le daba como coopartícipe á su sobrino Tiberio, niño todavía. El gozo público fué tan grande, que en menos de tres meses se sacrificaron más de sesenta mil víctimas. Algunos días después hizo un viaje á las islas de la Campania, y también se hicieron votos y sacrificios por su vuelta feliz. En este tiempo cayó enfermo, y el pueblo rodeó su palacio, queriendo sacrificarse por su restablecimiento. A este prodigioso amor de los ciudadanos, se unía la más solícita consideración de las cortes extranjeras. Artabán, rey de los Partos y enemigo de Tiberio, vino desde el Eufrates á rendirle homenaje.

XV.—La afabilidad del pueblo para con él crecía por momentos. Después de hacer la oración fúnebre de Tiberio vertiendo muchas lágrimas, y después de haber ordenado la pompa de sus funerales, se cuidó de marchar á las islas Pandataria y Pontia á recoger las cenizas de su madre y sus hermanos. Para hacer que resaltara su celo partió con el viento contrario. Recogió las cenizas, y en

una galera las llevó á Roma por el Tíber. Fueron recibidas con gran solemnidad y colocadas en un mausoleo. En su honor y memoria estableció sacrificios anuales y juegos en el circo. Al mes de Septiembre le llamó Germánicus, y á su abuela Antonia, hizo que el Senado le concediera todos los honores que había tenido Livia, y tomó por compañero en el consulado á su tío Claudio, entonces caballero romano. Adoptó á su hermano Tiberio el día en que tomó la ropa viril, y le dió el título de príncipe de la juventud. Quiso que se usara esta fórmula para todos los juramentos: «Caius y sus hermanas, me son tan queridos como yo mismo y mis hijos»; y esta otra para los actos de los cónsules: «Por la prosperidad de Caius y sus hermanas.» Concedió una amnistía y una rehabilitación generales.

XVI.—Desterró de Roma á los inventores de libertinajes escandalosos, y costó trabajo conseguir de él que no los ahogara en el Tíber. Hizo rebuscar las obras de Labienus, Gordus y Severus, que el Senado había suprimido, y recomendó su lectura, ensalzando la fidelidad en la historia. Publicó las actas del imperio, siguiendo la iniciativa de Augusto. Revistó con severidad á los caballeros romanos, y quitó públicamente el caballo á los convictos de ciertas bajezas. Añadió una quinta decuria á las cuatro primeras para facilitar el trabajo de los jueces. Intentó restablecer los comicios y el derecho de sufragio. Pagó fielmente y sin retraso los

legados hechos en el testamento de Tiberio y en el de Livia, aun cuando los dos se habían anulado. Indemnizó muchos incendios. Devolvió su reino á muchos despojados por Tiberio, y les pagó el tiempo que habían estado sin su trono. Celoso por enaltecer la virtud, premió con ochenta mil sesteracios á un liberto que no había querido denunciar á su amo. Entonces, entre otros honores, se le concedió á Caius un broquel de oro, que todos los años el colegio de pontifices debía llevar al Capitolio, seguido de todo el Senado y la juventud noble de los dos sexos, cantando versos en su alabanza. Se estatuyó que al día de su advenimiento al imperio se le llamara *Palilia*, como si en él se hubiera realizado una nueva fundación de Roma.

XVII.—Fué cuatro veces cónsul. Las dos primeras consecutivamente. Dió dos veces al pueblo trescientos sesteracios por cabeza, y una comida suntuosa al Senado y á los caballeros con sus mujeres y sus hijos; y para aumentar á perpetuidad los placeres públicos, añadió un día á las saturnales, y lo llamó el día de la juventud.

XVIII.—Dió espectáculos de gladiadores en el anfiteatro de Statilius Tausus y en el Campo de Marte, reuniendo para ello lo más escogido de las tropas de africanos y atletas de Campania. Cuando no presidía él, lo encargaba á sus amigos ó á los magistrados. Dió juegos escénicos de muchas clases, algunas veces de noche y con antorchas. Repartió al pueblo muchos regalos, entre otros,

cestas de pan y carne. Enterado de que un caballero que tenía enfrente comía con avidez, le envió su ración, y habiendo visto lo mismo en un senador, lo nombró en el acto pretor extraordinario. Dió juegos de circo, que duraban mañana y tarde, y en el intermedio presentaba fieras de Africa ó juegos troyanos. En algunas de estas fiestas se pintaba la arena de rojo y oro.

XIX.—Lo que imaginó poco después es inaudito: hizo elevar sobre el mar, en el espacio de tres millas, un puente formado por una doble línea de bajeles de transporte, sujetos con áncoras, y sobre él tendió una calzada que imitaba la vía Apia. Fué y vino por espacio de dos días sobre el puente; el primero, sobre un caballo magníficamente aderezado, con una corona de encina en la cabeza, armado de un hacha, un broquel galo y una espada, y cubierto con un casco dorado; el segundo, vestido de cochero guiando un carro con dos caballos de rara belleza, y haciendo caminar delante de él al joven Darius, que los Parthos le habían dejado en rehenes, seguido de la guardia pretoriana y de sus amigos también en carros. Se ha creído que Calígula solo hizo este puente por imitar á Jerjes, á quien admiraba mucho, cuando atravesó de la misma manera el Helesponto. Otros creen que sólo se propuso asustar de alguna manera á los germanos y á los bretones, á quienes amenazaba con una guerra; pero yo he oído decir á mi abuelo, que la verdadera causa de esta idea extraña y bi-

zarra, si crédito merecen los cortesanos y los amigos de Calígula, era una predicción del divino Thrasilo, que viendo á Tiberio inquieto sobre su sucesor é inclinado hacia el joven Tiberio, su sobrino, le aseguró que Caius no sería emperador si no pasaba á caballo el estrecho.

XX.—Dió asimismo espectáculos fuera de Italia; juegos atrios en Siracusa y juegos de todas clases en Lyon y en las Galias, un combate de elocuencia griega y latina, en el que los vencidos estaban obligados á coronar á los vencedores y cantarles alabanzas, y cuando las composiciones resultaban malas debían borrarlas con la lengua, bajo pena de ergástula.

XXI.—Concluyó las obras que Tiberio había dejado imperfectas: el templo de Augusto y el teatro de Pompeyo. Comenzó un acueducto junto á Tivoli y un anfiteatro al lado del Campo de Marte. Su sucesor Claudio acabó uno de estos edificios y abandonó el otro. Los muros de Siracusa y los templos arruinados de los dioses, se reedificaron. Había proyectado también reedificar el palacio de Polycrates en Samos, concluir el templo de Cybèles y edificar una villa en la cima de los Alpes; pero antes de todo cortar el istmo de Corinto, á cuyo fin mandó á un centurión para que lo midiera.

XXII.—Hasta aquí he hablado de un príncipe; voy á hablar de un monstruo cargado de sobrenombres, pues se le llamaba *piadoso, hijo del ejército, padre de los soldados, bueno, grande, etc.*

Cuando oía hablar de otros reyes, contestaba: «No hay más que un rey, no hay más que un amo»; y muchas veces estuvo á punto de tomar las insignias de la realeza, y hasta pretendió los honores divinos. Hizo traer de Grecia las mejores estatuas de los dioses más venerados, entre otras la de Júpiter Olímpico. Hizo ensanchar su palacio hasta el templo de Castor y Pollux, y en él puso un vestibulo, en el que se presentaba sentado á recibir adoraciones. Unos le saludaban bajo el nombre de *Júpiter latino*. Tuvo un templo con los sacerdotes y las víctimas de carácter muy raro; en él estaba su estatua en oro, vestida todos los días como él. Los ciudadanos más ricos ambicionaban estos cargos de sacerdotes. Las víctimas sacrificadas eran fenicópteros, pavos, pollos de la India, ocas negras y faisanes, una especie distinta cada día. Por la noche, cuando la luna estaba en plenilunio, la invitaba á acostarse con él; durante el día conversaba con Júpiter, bien hablándole al oído, bien en alta voz; una vez se le oyó decirle en tono de amenaza: «Voy á enviarte á Grecia, de donde te he traído.»

XXIII.—No quería que se dijera ni se creyera que descendía de Agripa. Le parecía el rango de Agripa muy bajo y se indignaba cuando le oía colocar entre los Césares. Pretendía que su madre había nacido de un incesto entre Augusto y su hija Julia, y no contento con calumniar así la memoria de Augusto, prohibió que se celebrara la victoria de Actima y la derrota de Pompeyo el joven

en Sicilia, á las que llamaba jornadas funestas para el pueblo romaúo. A su bisabuela Livia la llamaba *Clives hembra*. A su abuela Antonia la negó una entrevista que le pedía, y con parecidas indignidades la hizo morir de pena, si es que no la envenenó, como se ha dicho. Le negó todos los honores fúnebres, y desde su mesa vió tranquilamente cómo la pira devoraba sus restos. Mandó un tribuno militar á matar á su hermano Tiberio, y á su suegro Sillanus le obligó á cortarse la garganta. Como pretexto de estos asesinatos, alegó que su hermano habíase negado á seguirle por mar en tiempo de borrasca y Sillanus, durante el viaje, se había preparado con un antídoto temiendo que quisiera envenenarle. Sábese, sin embargo, que el primero se quedó en Roma porque estaba enfermo con una tos muy fuerte, y el segundo solo quiso curarse del mareo.

XXIV.—Tuvo continuo comercio criminal con todas sus hermanas; les hacía colocarse á la mesa encima de él, mientras su mujer estaba debajo. Se dice que le arrebató la virginidad á Drusilla cuando todavía llevaba la ropa infantil. Dícese también que fué sorprendido en sus brazos por Antonia, en cuya casa se habían criado juntos. La casó con Lucius Canius Longinus, del orden consular; se la quitó enseguida, y la trató públicamente como su esposa legítima. En una enfermedad que tuvo, la declaró heredera de sus bienes y del imperio. A su muerte hizo cesar todas las funciones públicas, y en algún tiempo fué crimen capital reir ó

estar contento. No pudiendo resistir el dolor, corría por la noche por los campos de Campania y Siracusa. Dejó crecer su barba y sus cabellos, y en lo sucesivo no juró más que por el nombre de Drusilla, hasta en los asuntos más importantes, y entre el pueblo y los soldados. No trató lo mismo á sus otras hermanas; las prostituyó escandalosamente, y las desterró como cómplices de la conjuración de Lépido y como adúlteras.

XXV.—En sus matrimonios fué tan infame como en sus divorcios. Habiendo ido á visitar á Caius Pison, que acababa de casarse con Orestilla, se llevó esta mujer á su casa, la repudió á los pocos días, y dos años después la desterró, bajo pretexto de que en este tiempo había recibido á su primer marido. Otros dicen que estando sentado frente á Pison en el festín nupcial, y viéndole cerca de Orestilla, le dijo: «No te acerques tanto á mi mujer»; que enseguida se la quitó, y al día siguiente hizo publicar que se había casado como Rómulo y como Augusto. Oyó decir que la abuela de Lollia Paulina, mujer de Memmius, había sido muy bella; enseguida hizo venir á Lollia de la provincia en donde estaba, la gozó y la despidió, prohibiéndole que en lo sucesivo tuviera comercio con ningún hombre.

A la que amó con más constancia y pasión fué á Cesonia, que no era joven ni bella y tenía tres hijos, pero adolecía de la más impudente lubricidad.

Muchas veces la presentó á los soldados vestida con una cota de armas, un broquel y un casco y montada á caballo junto á él. A sus amigos se la presentó desnuda.

Cuando fué madre la honró con el nombre de esposa, se declaró padre de la hija que dió á luz, la llamó Julia Drusilla, la hizo llevar al templo de las diosas, y la colocó en el seno de Minerva, á quien encargó de alimentarla y educarla. Nada prueba mejor que la ferocidad de esta niña que era hija suya; cuando jugaba con otras les echaba las uñas á los ojos.

XXVI.—Después de estos detalles, no sorprenderá la manera que tuvo de tratar á sus deudos y á sus amigos. Ptolomeo, por ejemplo, su primo, porque era sobrino de Marco Antonio, Macron y Ennia, murieron de muerte violenta. Para el Senado no fué más dulce; hizo que muchos miembros de este cuerpo, revestidos de las más altas magistraturas, caminaran á pie delante de su carro durante muchas millas, y se arrastraran á sus pies como esclavos. A unos los hizo morir secretamente, y siguió nombrándolos como si aún vivieran; después hizo creer que se habían suicidado. Destituyó á los cónsules por haber olvidado anunciar por un edicto el aniversario de su nacimiento, y la república estuvo tres días sin primeros magistrados. A su questor le quitó la ropa él mismo y dispuso que lo apalearan los soldados.

Trató á todos con tanto orgullo como violen-

cia. Importunado de noche por el ruido que hacía la multitud al tomar los sitios en el circo, hizo que la echaran á palos. En el tumulto murieron muchos. En un espectáculo de gladiadores, hizo quitar los toldos que protegían contra el sol, y prohibió el que nadie se moviera de su asiento, y en lugar de los combates ordinarios, hizo exponer á las bestias los más viejos de los gladiadores y algunos padres de familia enfermos. Algunas veces cerró los graneros públicos y amenazó al pueblo con el hambre.

XXVII.—He aquí los rasgos más salientes de su barbarie: Como la carne para los animales del circo costaba cara, los alimentaba con los criminales, que se los daba á devorar vivos. Un día que visitaba la prisión, al llegar á la portería, condenó á las fieras á todos los que había en ella, sin hacer excepciones. Condenó á los trabajos de las minas y de los caminos y á las fieras una porción de ciudadanos distinguidos, después de haberlos hecho marcar con un hierro candente, ó los encerraba en las cuevas y les hacía estar en cuatro pies como las bestias, cuando no quedaban contentos de un espectáculo ó no juraban por su genio. A los padres los obligaba á asistir al suplicio de sus hijos; á uno que se excusó con su falta de salud le envió su litera. Invitó á comer con él á uno que acababa de ver morir á su hijo, y le excitó cuanto pudo á reír y estar alegre. Hizo cargar con cadenas durante muchos días á un organizador de espectácu-

los, y no le dió muerte hasta que le molestó el olor de sus llagas. Un poeta de Aletta fué quemado en la arena por un verso equívoco. Un caballero romano, expuesto á las bestias, gritó que era inocente; le separó, le arrancó la lengua, y volvió á enviarle al suplicio.

XXVIII.—A un ciudadano que llamó del destierro, le preguntó qué tenía costumbre de hacer allí; por adularle le contestó: «Pedía á los dioses lo que ha sucedido, que muriera Tiberio y reinaras tú.» De aquí dedujo que todos los que él había desterrado le deseaban la muerte, y envió soldados para que los extrangularan á todos. Queriendo hacer pedazos á un senador, apostó hombres que le llamaran enemigo público y se lo entregaran al pueblo, y no estuvo contento hasta que no vió sus miembros y sus entrañas esparcidos en las calles.

XXIX.—La atrocidad de sus palabras aumentaba la de sus actos; se alababa de su inflexibilidad. A su abuela Antonia, que le reconvenía, le contestó: «Tened entendido que todo me está permitido contra todos». Cuando dispuso la muerte de su hermano, como le dijeran que había tomado contra veneno, contestó: «¡Contra veneno contra César!» Y cuando desterró á sus hermanas les dijo en tono de amenaza, «que tenía no sólo islas, sino cuchillos.» Cada diez días hacía la lista de los prisioneros á quienes se debía ejecutar, y á esto le llamaba arreglar sus cuentas. Una vez que condenó

juntamente á galos y griegos, se alababa de haber sojuzgado la Galo-Grecia.

XXX.—Hacia que todos los días golpearan lentamente á sus víctimas, y decía á sus verdugos: «Hacedlo de modo que se sientan morir.» Atacó muchas veces á todos los senadores á la vez, como clientes de Sejano ó como acusadores de su madre y sus hermanos. Furioso de ver al pueblo de parecer contrario al suyo en una representación, exclamó: «quisiera el cielo que el pueblo romano solo tuviese una cabeza.» Se acusaba delante de él á un malhechor llamado Tetrinius, y dijo que los que pedían justicia eran otros tantos Tetrinius. Cinco gladiadores habían derribado á sus cinco enemigos sin dificultad y se había pronunciado su sentencia de muerte; uno de los vencidos se levantó, cogió su acero y mató á todos los vencedores; este asesinato le pareció afrentoso, lo reprobó por un edicto y cargó de injurias á los que habían sostenido el espectáculo.

XXXI.—Se quejaba de que en su reinado no había habido ninguna gran calamidad, y sería olvidado por haber transcurrido feliz, por lo que deseaba derrotas sangrientas, pestes, hambres y temblores de tierra.

XXXII.—Su ferocidad se revelaba en sus juegos, en sus diversiones y en sus festines. Decretaba muertes mientras comía ó se divertía. Un soldado hábil para cortar cabezas lo hacía en su presencia. Al hacer la dedicación del puente de que he-

mos hablado, invitó á muchos de los que estaban en la ribera á que se acercaran á él y los arrojó al mar, y á los que querían acercarse á los bajeles los rechazaba con garfios y harpones. Una vez se divertía en esgrimir con un gladiador; éste cayó al suelo voluntariamente y Caius lo atravesó con un puñal y corrió con la palma en la mano como los vencedores. Reía con toda su fuerza en un festín; los cónsules que estaban con él le preguntaron de qué se reía: «Porque pienso—dijo—que con una señal hecha con la cabeza puedo hacer que os estrangulen á todos.»

XXXIII.—He aquí algunas de sus diversiones: Estando ante una estatua de Júpiter, preguntó á un actor trágico llamado Apeles quién le parecía más grande, si Júpiter ó él. Como el actor dudara para dar la respuesta, hizo que lo azotaran; entonces se fijó en que tenía la voz muy dulce en sus gemidos. Cuando abrazaba á su mujer, decía: «Esta hermosa bestia caerá cuando yo quiera.»

XXXIV.—Su maldad envidiosa y su orgullo cruel, ultrajaban á todos los hombres de todos los siglos. Abatió y dispersó las estatuas de los grandes hombres que Augusto había llevado desde el Capitolio, en donde estaban muy estrechas, al Campo de Marte, y cuando se quiso restablecerlas no se pudieron encontrar sus títulos. Prohibió el que se erigieran estatuas sin consultarle. Quiso destruir las obras de Homero, y faltó poco para que quitara de todas las bibliotecas las obras de

Virgilio y Tito Livio. Al primero lo encontraba falto de genio y ciencia, y al segundo locuaz é inexacto. Quiso abolir la jurisprudencia y establecer que no hubiera más derecho que su capricho.

XXXV.—Despojó á las familias más ilustres de los adornos de sus antepasados: á los Torcuatos el collar, á los Cincinatos el cabello largo y rizado, á los Pompeyos el sobrenombre de Grandes. A los que se presentaban á él con hermosa cabellera los hacía rapar. Un tal Próculus, hijo de un centurión, era llamado el *Coloso*. á causa de su gran estatura; en los juegos públicos le hizo combatir contra dos gladiadores, y cuando los hubo vencido, lo encadenó, lo cubrió de harapos y lo paseó para estrangularlo á continuación. Un tal Posius, amo de gladiadores, habiendo manumitido públicamente á uno de sus esclavos por haber combatido gallardamente, recibió del pueblo grandes aplausos. Caius salió bruscamente de la asamblea, y lleno de indignación se precipitó por las gradas con tal ímpetu, que estuvo á punto de caer, gritando que el primer pueblo del mundo honraba más á un gladiador que á los Césares.

XXXVI.—En sus costumbres fué corrompido y corruptor. Se dice que amó infamemente al pantomímico Lépidus Menester. Valerius Catullus, joven de familia consular, le reprochó públicamente el haber abusado de él hasta fatigarle. Sin hablar de los incestos con sus hermanas ni de su conocida pasión por la cortesana Pyrallida, no respetó

ninguna de las mujeres distinguidas. Las invitaba á cenar con sus maridos y les hacía desfilar ante él, examinándolas con la atención de un mercader de esclavos, y levantándoles la barba con su mano si el rubor les hacía bajar la cabeza. Llevaba á una cámara vecina á la que le gustaba, y á poco volvía con el dejo de la crápula todavía ostensible, alabando ó censurando lo que su cuerpo y sus aptitudes para gozar tenían de bueno ó de malo. A algunas las repudió en nombre de sus maridos ausentes, haciendo inscribir estos divorcios en las actas públicas.

XXXVII.—En sus prodigalidades sobrepujó todo lo que hasta él se había visto. Inventor de nuevos baños y nuevos alimentos, se lavaba con perfumes, comía perlas y piedras preciosas diluidas en vinagre, y hacía servir á sus convidados panes y manjares de oro. Decía que era preciso ser económico ó ser César; desde lo alto de la basílica arrojó al pueblo muchas veces monedas de gran valor. Fabricó galeras de cedro, con la popa cubierta de pedrerías y las velas de telas pintadas. En ellas había baños, galerías y comedores de gran extensión, viñas y árboles frutales de todas clases. En estos navíos costeaba la Campania, sentado á la mesa entre músicas y bailes. En sus edificios quería todo lo que se consideraba impracticable. Echaba diques en lo más profundo y tempestuoso de los mares, hacía hender las rocas más duras y allanar las montañas con extraordinaria rapidez;

la lentitud la consideraba crimen capital. En un año gastó todos los tesoros de Tiberio, que ascendían á dos mil setecientos millones de sestercios.

XXXVIII.—Reducido á la indigencia buscó recursos en las rapiñas y estorsiones más inauditas. Pretendió que aquellos cuyos antepasados habían conseguido el derecho de ciudadanía, no debían usarlo, porque la palabra descendientes no alcanzaba más allá de la generación inmediata. Los diplomas de Augusto y César eran nulos para él. Rompió los testamentos de los centuriones que desde el reinado de Tiberio no le habían dejado heredero; á su juicio eran culpables de ingratitud, y para anular los de otros ciudadanos, bastaba que asegurara cualquiera que habían tenido deseo de nombrar á César su heredero. La alarma cundió, y todos le incluían en el testamento entre sus hijos ó sus amigos. Entonces creía que se mofaban de él, viviendo después de haberle nombrado heredero, y les mandaba pastelés envenenados. Llevó á una venta los esclavos que le quedaban de un espectáculo y fijó él mismo el precio, que hizo pagar por fuerza á muchos ciudadanos que estaban arruinados y se cortaron las venas. No cesaba de pujar él mismo, hasta que hizo adjudicar por diez millones de sestercios trece gladiadores á Aponius Saturninus, que estaba durmiendo en un banco.

XXXIX.—En las Galias vendió las alhajas, los muebles, los esclavos y los libertos de sus hermanas cuando las desterró, obteniendo un precio in-

menso; para venderlos también, llevó todos los muebles de la vieja corte y los hizo pagar á precios fabulosos. Supo que un caballero muy rico de provincias había dado doscientos mil sestercios á sus ujieres para que lo sentaran á su mesa sin que él se enterara, y se envaneció de que tan caro se pagara el cenar con él. Pero al día siguiente, viéndole en una subasta, le hizo adjudicar un mueblecillo sin valor en una suma igual á la que antes había dado y le dijo que le invitaría á cenar.

XL.—Impuso tributos nuevos, cuyo cobro encargó á los centuriones y tribunos pretorianos. No hubo cosa ni persona que no fuera tasada. Se gravaron todos los comestibles que se vendían en Roma. A los litigantes les exigió la cuarta parte de lo que litigaban; á los jornaleros la octava parte de su jornal. A las prostitutas se las inscribió en registros y se les exigió el precio íntegro en que se vendían.

XLI.—Estos impuestos estaban establecidos, pero no proclamados, y se cometían muchas faltas por ignorancia: cediendo á muchas instancias dió un edicto escrito en letra muy fina y lo colocó de manera que no se pudiera sacar copia. Para recabar dinero fuere como fuese, estableció un lugar de recreo y escándalo en su propio palacio. Algunas celdas fueron construídas y adornadas según la dignidad del sitio. Allí se llevaron mujeres libres y hombres jóvenes de honrado nacimiento, y algunos esclavos iban por las plazas públicas invitando á la

juventud y á los viejos libertinos. No desdenaba enriquecerse por la usura, el juego, la trampa y el fraude. Un día encargó á un vecino suyo que jugara por él, y al salir un momento á la puerta de su casa vió pasar á dos caballeros muy ricos; los hizo encarcelar confiscándoles los bienes, y entró muy contento diciendo que había hecho un buen golpe de dados.

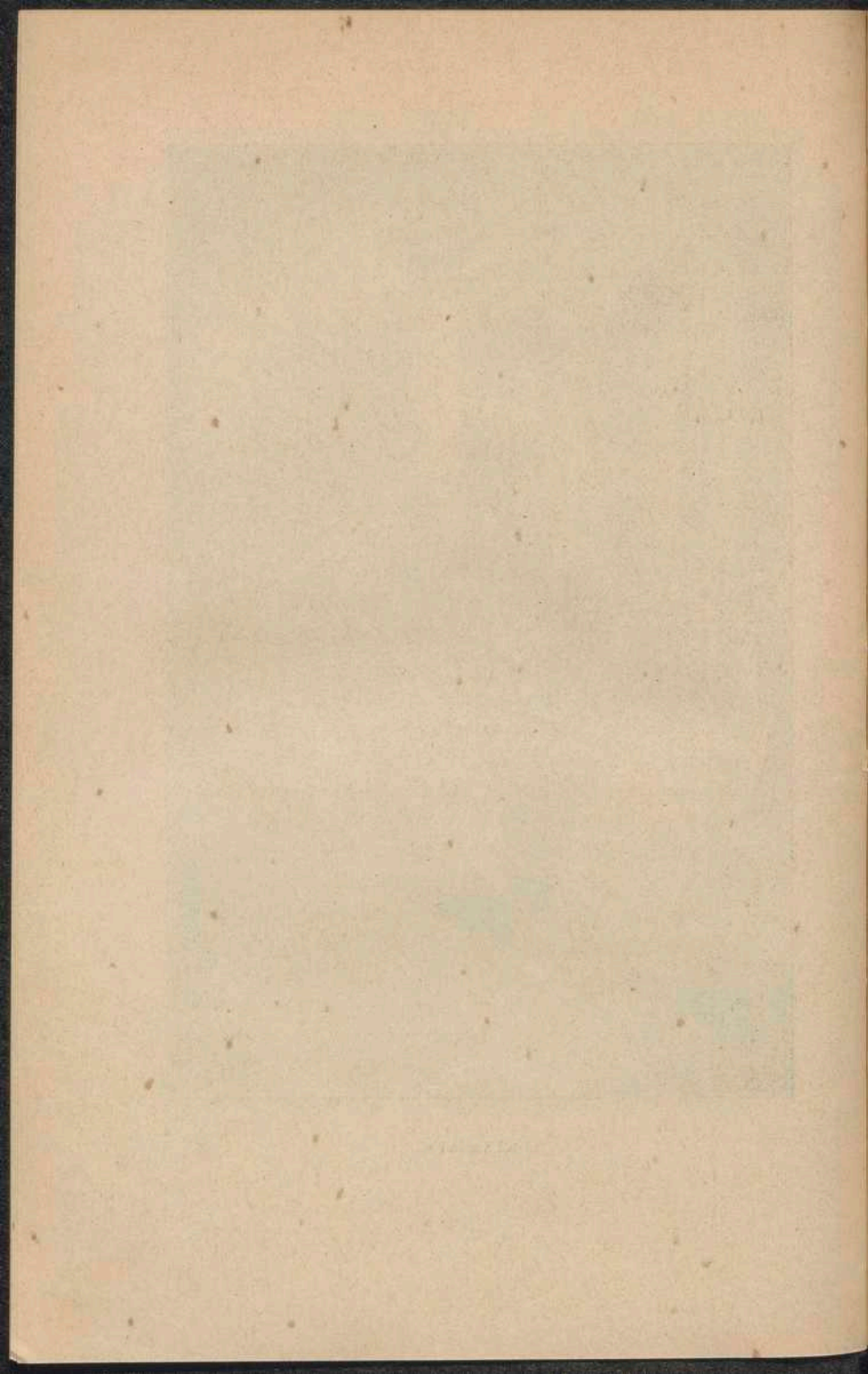
XLII.—Cuando tuvo una hija comenzó á decir que era pobre, que le pesaban el imperio y la familia y quiso que contribuyeran para mantener y dotar á su hija. Anunció que recibiría regalos el primer día del año; le llevaron dinero á manos llenas, y más apasionado que nunca por este metal, andaba con los pies desnudos ó se revolcaba sobre los montones.

XLIII.—He aquí cómo hizo la guerra: Habiendo ido á visitar el río Clitumnus, había llegado á Mevania y le aconsejaron que reclutara su guardia bátava. Se le ocurrió atacar la Germania y no perdió un momento. Hizo venir de todas partes legiones y tropas auxiliares, provisiones abundantísimas y se puso en marcha tan rápidamente, que las cohortes pretorianas se vieron obligadas, para servirle, á cargar sus insignias sobre las bestias. El caminaba en una litera conducida por ocho esclavos, y los habitantes de las villas tenían orden de limpiar los caminos y rociarlos para evitar el polvo.

XLIV.—Cuando llegó al campo, para mostrarse severo y exacto, despidió con ignominia á los ofi-



Caligula.



ciales que habían llegado tarde con las tropas que conducían, y en la revista que pasó al ejército despidió también á los centuriones viejos. Llevado por su avaricia restringió la paga de los veteranos á seis mil sestercios. Recibió en su campo al hijo del rey de los bretones, que arrojado por su padre se refugió allí con un séquito poco numeroso. Entonces, como si hubiera sometido todo el país, escribió á Roma cartas fantásticas, advirtiéndoles á los correos que sólo las entregaran en el Campo de Marte.

XLV.—Enseguida hizo pasar el Rhin á ciertos alemanes y les mandó que se ocultaran. Cuando salía de la mesa vino un tumulto á anunciarle que llegaba el enemigo. De pronto se lanzó al bosque con sus guardas, cortó ramas de árboles y las trajo como trofeo de una victoria, recriminando á los que no habían querido seguirle y concediendo coronas llamadas por él *explatorias* á los que habían ido con él. Hizo que soltaran á los rehenes jóvenes que estaban en una escuela y empezó á perseguirlos con su caballería como á fugitivos y á mandarlos al suplicio. Cuando volvió le anunciaron que las tropas estaban congregadas; hizo sentar armados á su mesa á los que se lo decían y les citó este verso de Virgilio:

Valor, amigos míos, contad con la fortuna.

En un edicto reprendió severamente al pueblo y al Senado el que se ocuparan de juegos mientras

el César se exponía á las fatigas y los peligros.

XLVI.—Con gran aparato de máquinas y buques, como si intentara una gran empresa, llegó hasta el Océano, y allí ordenó que se llenaran los cascos de conchas. Aquellos eran, según él, los despojos del Océano con que era preciso adornar el Capitolio y el palacio de los Césares. Elevó como monumento de su victoria una torre muy alta en donde hizo colocar un faro. Anunció á los soldados una gratificación de cien dineros por cabeza, y como si se tratara de una gran liberalidad, les dijo: «Marchad ricos y contentos.»

XLVII.—Enseguida se ocupó de preparar su triunfo; escogió entre los prisioneros los más corpulentos, les hizo aprender el alemán y vestirse de alemanes; llevó á Roma por tierra las galeras y escribió á sus intendentes que le prepararan la ovación más magnífica que se hubiera visto, pero lo menos costosa que pudieran, aun cuando podían disponer del dinero de todo el mundo.

XLVIII.—Antes de salir de las Galias tuvo el designio más abominable; asesinar las legiones que se habían amotinado á la muerte de Augusto. Costó mucho trabajo disuadirle de esta idea y al fin quiso diezmarlas; hízolas reunir sin armas y las rodeó con su caballería; pero los soldados, temiendo una violencia, se dispersaron para recoger sus armas; entonces él emprendió la huida y llegó á Roma, volviendo todo su furor contra el Senado.

XLIX.—Entró en la villa el día de su cumplea-

ños, contentándose con la ovación y aplazando el triunfo: murió cuatro meses después, meditando crímenes mayores aún que los que había cometido.

Quería retirarse de Roma después de haber hecho perecer á la gente más ilustre de todas las clases y órdenes. Entre sus papeles se encontraron dos memorias tituladas, una *La espada*, y la otra *El puñal*, y eran listas de condenados á muerte. También se encontró una gran caja llena de venenos. Claudio los hizo arrojar al mar, que arrojó á la ribera muchos pescados muertos.

L.—Era alto, pálido, de cuerpo enorme, piernas pequeñas, corto el cuello, ceñudo, la frente larga, pobre de cabellos y muy velludo en el cuerpo; así era crimen capital mirar al alto cuando él pasaba ó nombrar una cabra con cualquier pretexto. Su cara era horrorizante, y más aún porque estudiaba en el espejo gestos terribles. No era sano de cuerpo ni de espíritu. Epiléptico desde su infancia, padecía debilidades súbitas, que no le dejaban andar ni sostenerse. El insomnio le atormentaba; no podía dormir más que tres horas y siempre turbado por fantasmas y pesadillas. Una vez soñó que el mar le hablaba y así, en vez de dormir, erraba por las galerías invocando al sol.

LI.—A la enajenación de su espíritu se deben atribuir casi todos sus crímenes y sus contradicciones: despreciaba los dioses, y se ocultaba asustado cuando había tempestad. En un viaje á Sicilia se

burló de los milagros que se le contaban, y huyó de Mesina asustado de los ruidos del Etna.

LII.—Su vestido y su calzado no eran de un romano, de un ciudadano ni de un hombre. Llevaba una túnica pintada y cubierta de pedrería con mangas y brazaletes; se presentaba en público con ropas de seda de hechura femenina, calzado teatral ó militar y con una barba de oro, llevando en la mano un tridente ó un caduceo. Se vestía de Venus, llevaba asiduamente los ornamentos triunfales y la coraza de Alejandro, que había hecho sacar de su tumba.

LIII.—Se aplicó poco á la erudición y mucho á la elocuencia; hablaba con facilidad, con pronunciación animada y voz retumbante. Despreciaba las obras de Séneca por su estilo sencillo; le gustaba lucir su oratoria, y cuando iba á hacer algún discurso, invitaba por un edicto á los caballeros para que fueran á oirlo.

LIV.—Fué gladiador, cochero, cantor y danzante. Una vez llamó á media noche tres personajes consulares que llegaron temblando y temiendo todo lo temible; los colocó en el teatro, y se puso á danzar vestido de músico al son de las flautas. Este hombre, que sabía tantas cosas, no sabía nadar.

LV.—Su afecto á los que le agradaban era exagerado: abrazaba públicamente á Mnester, y si alguno hacía ruido cuando danzaba, lo azotaba él mismo. De dos partidos de gladiadores favoreció

á uno, hasta el punto de elegir en él jefes para su guardia alemana, y persiguió al otro hasta quitarle las armas. Quería tanto á un caballo llamado *In-citatus*, que la víspera de unas corridas en el circo hizo que los soldados impusieran silencio al vecindario para que el caballo durmiera tranquilo. Le hizo una pila de mármol, un pesebre de marfil, arneses de púrpura y collares de perlas. Le dió una casa completa con esclavos y muebles; se dice que hasta quiso hacerlo cónsul.

LVI.—En medio de tantas locuras y excesos, muchos ciudadanos intentaron castigarle. Dos conspiraciones fueron descubiertas, y mientras llegaba mejor ocasión, dos romanos se comunicaron su proyecto y lo ejecutaron favorecidos ocultamente por los manumitidos más poderosos y por los oficiales del Pretorio, que por sospechas de haber tomado parte en una conspiración se habían hecho odiosos á Caius; éste los llamó, y sacando su espada les dijo que estaba dispuesto á darse muerte si creían que la merecía; después no paró de acusarlos y excitar el odio contra ellos. Convinieron en atacarle á mediodía, al salir del espectáculo que debía celebrarse en su palacio. Casius Cherea, tribuno de la cohorte pretoriana que estaba de guardia, pidió dar el primer golpe; Caius insultaba continuamente su vejez, le trataba de afeminado, le reprochaba con ultrajes sus costumbres blandas y desarregladas, y cuando le preguntaba la palabra de contraseña, le contestaba: *Priapo* ó *Venus*, ó le

daba á besar su mano con un gesto obsceno.

LVII.—El 24 de Enero, una hora después de mediodía, dudaba si se levantaría á comer, porque sentía su estómago ocupado; á ruego de sus amigos se levantó y salió. Era preciso pasar por una bóveda en donde había una porción de jóvenes asiáticos de familia noble que venían al teatro de Roma. Se paró un momento á examinarlos y exhortarles á que lo hicieran bien; el jefe de ellos le dijo que moriría de frío, y Caius quiso volver sobre sus pasos para hacer que repitiera sus palabras; no se sabe lo que sucedió en este momento: unos dicen que mientras hablaba con los jóvenes Cherea le había pegado por detrás en el cuello, hiriéndole gravemente y gritando: «¡A mí!» y el tribuno Cornelius Sabinus, conjurado también, le había atravesado el corazón. Otros aseguran que Sabinus, después de haber hecho que los centuriones conjurados arrojaran la gente, le pidió la contraseña; Calígula contestó: *Júpiter*, y Cherea le dijo: «vete con él», dándole un golpe en la mandíbula; cayó á tierra, y los conjurados lo acabaron con treinta puñaladas; muchos le clavaron sus cuchillos en los órganos genitales. A los primeros gritos acudieron sus porteros y su guardia alemana, y mataron muchos asesinos y algunos senadores inocentes.

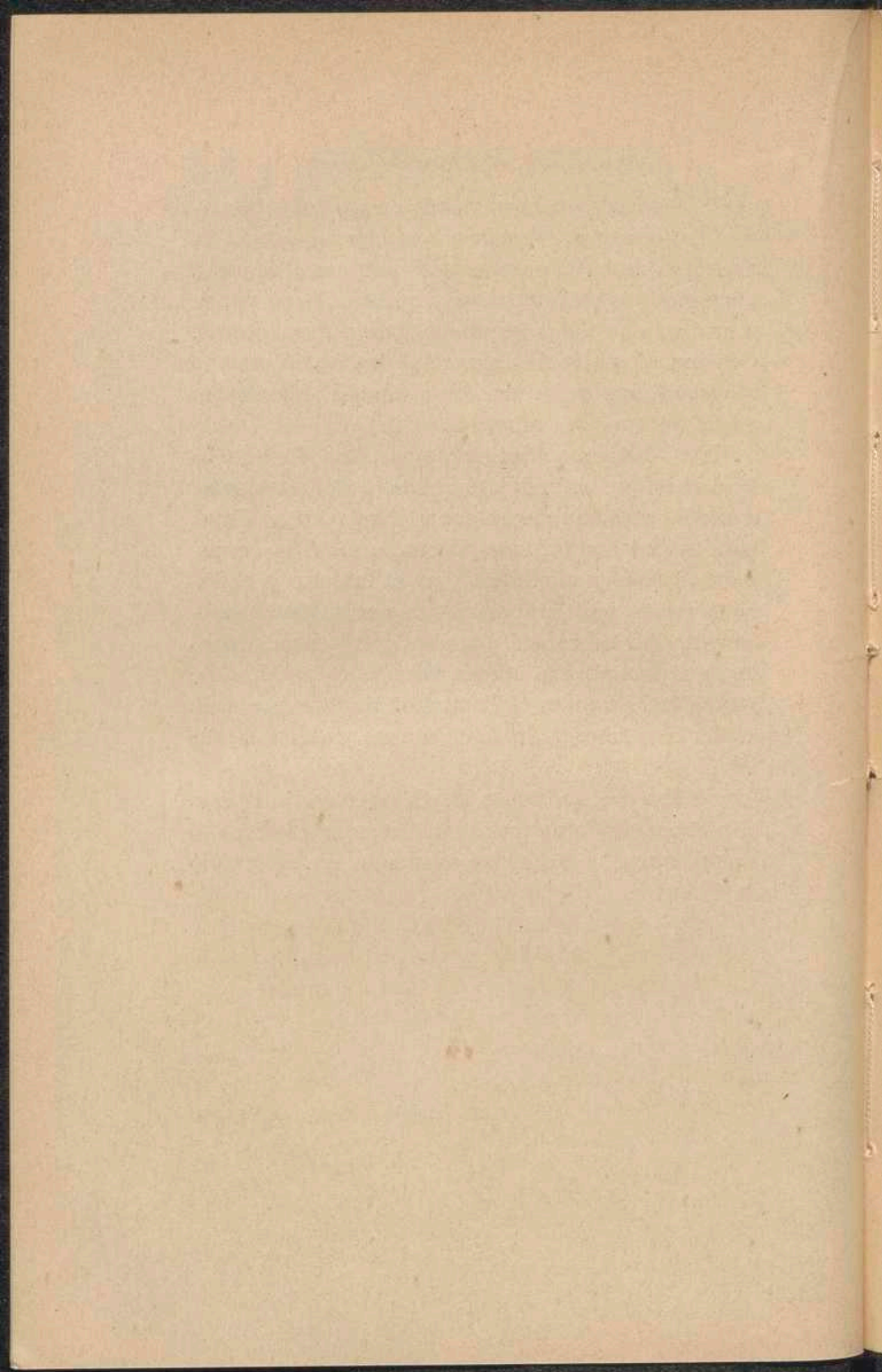
LVIII.—Vivió veinte y nueve años y reinó tres, diez meses y ocho días. Su cadáver fué llevado secretamente á los jardines de Samia; se quemó y se enterró, aponando la tierra con césped. Cuando

sus hermanas volvieron del destierro lo exhumaron, lo redujeron á cenizas y enterraron éstas. Se asegura que hasta entonces los jardineros se veían perseguidos por fantasmas, y en la casa en donde murió se oían todas las noches ruidos espantosos. Cesonia, la mujer de Caius, fué en aquel tiempo muerta á golpes por un centurión, y su hija despedazada junto á las murallas.

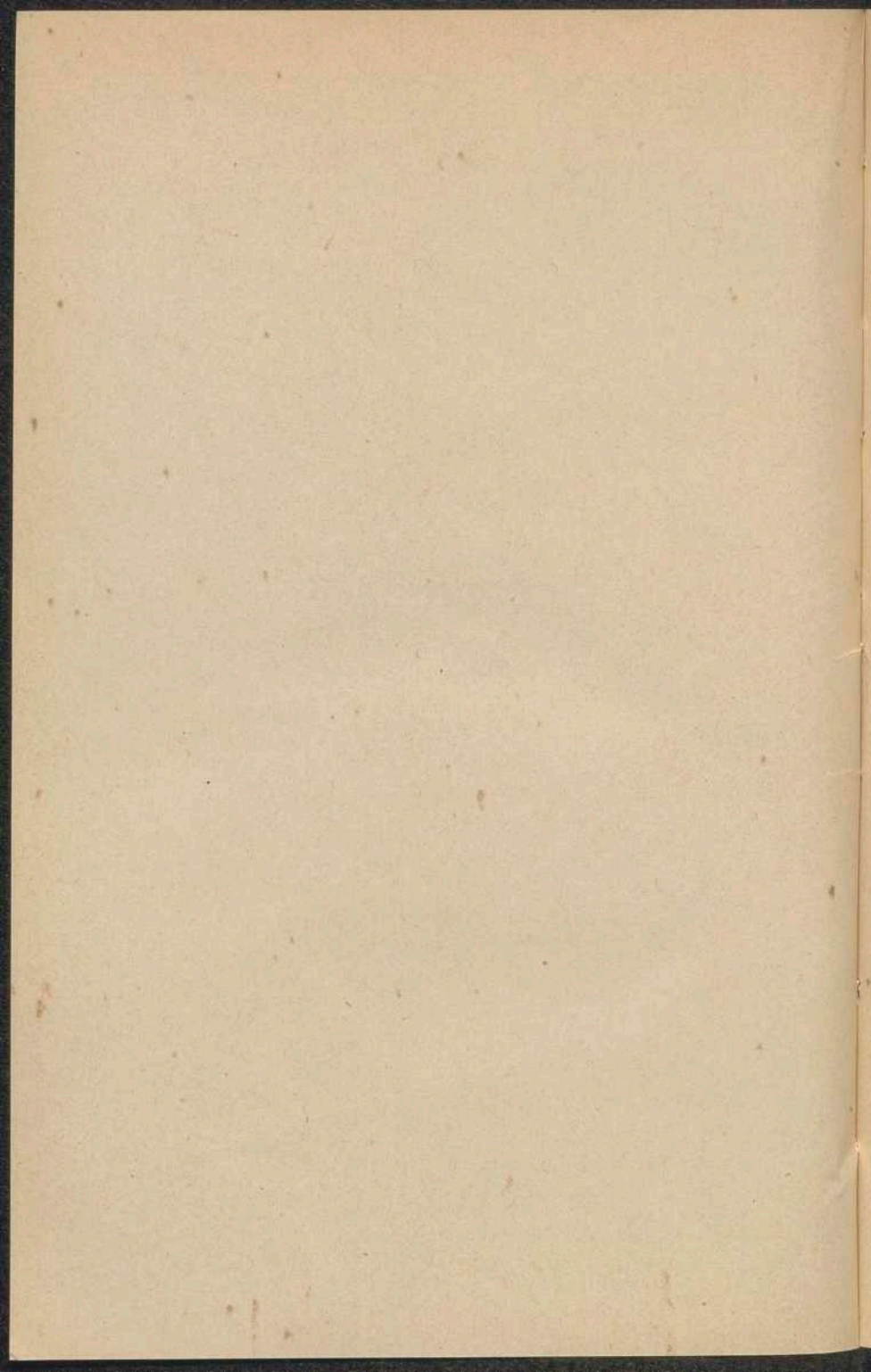
LIX.—Lo que mejor puede dar idea de aquella época, es que difundida la noticia del asesinato, nadie la creía. Se decía que lo hacía creer Caius para probar á ver lo que decían de él. Los conjurados no tenían candidato para el Imperio y el Senado estaba tan de acuerdo para restablecer la libertad, que los cónsules no lo convocaron en el lugar acostumbrado porque llevaba el nombre de Julio César, sino en el Capitolio. Muchos quisieron abolir la memoria de los Césares y destruir sus templos.

Se observa que todos los Césares que llevaron el nombre de Caius murieron de muerte violenta, empezando por el que fué asesinado en el templo de Cinna.

---



CLAUDIO





V

CLAUDIO

---

I.—Livia, que estaba en cinta cuando se casó con Augusto, dió á luz tres meses después á Drusus, que luego se llamó Décimus y en seguida Nerón y fué padre de Claudio César. El nacimiento de Drusus dió lugar á esta frase que le decían á Augusto: «Las gentes felices tienen hijos á los tres meses de matrimonio.» Drusus fué questor y pretor, se distinguió mucho como general en la guerra contra los pueblos de los Alpes y los alemanes; alcanzó la ovación y los honores del triunfo. Después fué cónsul, y habiendo vuelto á Alemania murió allí de enfermedad. Su cuerpo se trajo á Roma y fué recibido por los magistrados en todos los pueblos por donde pasó. Fué enterrado en el Campo de Marte y se le erigió un monumento. El Senado le levantó un arco en la via Apia y con-

cedió á sus sucesores el nombre de Germánicus. Fué partidario de la república y se ha dicho que Augusto le envenenó; pero esto no es creíble, porque le quiso mucho, tanto que le dejó heredero.

II.—Claudio nació en Lyon el 1.º de Agosto, bajo el consulado de Julio-Antonio y Fabio Africano, el mismo día en que se hizo la dedicación del altar de Augusto. Se llamó Tiberio-Claudio-Drusus, y tomó el sobrenombre de Germánicus cuando su hermano fué adoptado por la familia de los Julios. Abandonado por su padre en su infancia, la pasó entre enfermedades graves y largas, de las que quedó tan débil que se le creía incapaz para todo. Al salir de la tutela se le encomendó á un preceptor que había sido conductor de bestias. En una memoria se quejó de que habían puesto aquel hombre á su lado para hacerle sufrir. Por la falta de salud acudió con manto griego á un espectáculo de gladiadores, y el día que tomó la ropa viril lo llevaron en litera al Capitolio á media noche y sin ceremonias.

III.—Se aplicó al estudio de las letras y las practicó alguna vez en público; pero no se distinguió. Su madre, Antonia, decía que era un aborto, un monstruo de la naturaleza, y cuando hablaba de un imbécil decía: «es más bestia que mi Claudio.» Su abuela Livia le despreciaba y lo mismo su hermana Livilla. En cuanto á Augusto, para demostrar cómo pensaba, citaré algunos de sus escritos.

IV.—«He consultado con Tiberio, querida Li-

via, sobre lo que debemos hacer con Claudio en las fiestas de Marzo. Es cosa muy desagradable deliberar sobre Claudio continuamente sin haber determinado si le consideramos ó no capaz de ejercer los empleos. Sea lo que fuere, en la ocasión presente, permitiré que tenga la tabla de los pontífices en las fiestas de Marzo, pero teniendo á su lado al hijo de Sillanus, su pariente, que le impedirá hacer cosas ridículas ó desentonadas. Creo que no debe asistir á los juegos del circo en un lecho de ceremonia; esto le expondría mucho á las miradas de la asamblea. Tampoco quiero que vaya á los sacrificios del monte Albano, ni que permanezca en Roma por las fiestas latinas. He aquí, mi querida Livia, lo que creo más conveniente, y aun añadido que hay que acomodar para siempre nuestra conducta á su condición para no fluctuar entre el temor y la esperanza. Si os parece bien, podéis leer á Antonio esta parte de mi carta.»

En otra decía: «Durante vuestra ausencia, invitaré todos los días á Claudio á cenar conmigo para que no esté siempre solo con Sulpicus y su Athenodoro. Quisiera verle elegir menos locamente sus amistades, y que tuviera mejores modelos para su conducta y, sobre todo, para su exterior. No tiene las mejores inclinaciones.»

He aquí otra: «He oído hablar en público á Claudio, y me he asombrado de que lo haga con tanta corrección.»

Augusto tomó al fin su resolución y dejó á

Claudio sin más dignidades que las de sacerdote y augur, y no le asignó más que una sexta parte de su sucesión.

V.—Su tío Tiberio le concedió los ornamentos consulares, y como le pidiera con insistencia el cargo, le contestó secamente: «Os envió cuarenta piezas de oro por las saturnales, como regalo que es costumbre hacer.» Entonces se retiró, viviendo en un arrabal de Roma ó en la Campania con el populacho más vil, añadiendo á sus vicios el de la embriaguez y la pasión por los juegos de azar.

VI.—Se le guardaron, sin embargo, algunos respetos; la orden de los caballeros le encargó dos veces de ser el intérprete de sus demandas y se puso bajo su protección: la primera, cuando pidieron á los cónsules llevar el cuerpo de Augusto á Roma; la segunda, cuando hicieron sus cumplimientos por la muerte de Sejano. El Senado quiso darle ciertos honores y Tiberio lo impidió, alegando la estupidez de Claudio; sin embargo, al morir le dejó un tercio de su sucesión, le hizo un legado de dos millones de sestercios y lo recomendó al ejército, al Senado y al pueblo.

VII.—Bajo Caius, su sobrino, disfrutó grandes honores y fué durante dos meses su compañero de consulado. La primera vez que se presentó solemnemente en la plaza, vino á posar un águila sobre su espalda. Después fué nombrado cónsul por cuatro años, y en sustitución de Caius presidió algunos espectáculos entre las aclamaciones del pueblo,

que deseaba prosperidades al tío del emperador y al hermano de Germánicus.

Fué el juguete de la corte. Si llegaba tarde á cenar, sólo se le recibía á costa de súplicas. Si se dormía de sobremesa, cosa frecuente, le tiraban nueces, aceitunas y dátiles, ó los bufones le despertaban con una verga ó un látigo ó le ponían zapatos en las manos para cuando se las llevara al rostro.

IX.—Se vió expuesto á muchos peligros; estuvo á punto de perder el consulado por colocar con poco acierto algunas estatuas; se vió acusado por continuos delatores. Enviado á Germania para felicitar á Caius, estuvo á punto de perder la vida; pues indignado Caius de que así le enviaran á su tío, se dice que lo arrojó al Rhin vestido como estaba. Fué el último de los cónsules en el Senado. Por último, obligado á gastar para la recepción del sacerdocio ocho millones de sestercios, se vió en tal penuria, que no pudiendo atender sus obligaciones fueron sus bienes puestos á la venta.

X.—Así pasó su vida hasta los 50 años, á cuya edad fué elevado al imperio de una manera bien extraordinaria. Cuando los asesinos de Calígula arrojaban á la gente, Claudio se refugió en un comedior, y al primer grito se retiró á una galería y se ocultó detrás de los tapices que cubrían la puerta. Un soldado le vió y le saludó como emperador, mientras Claudio, arrojándose á sus pies, le pedía

que le perdonara la vida. Lo llevó á donde estaban sus colegas, que le colocaron en una litera, y como habían huído los esclavos, lo llevaron sobre sus espaldas al campo. La multitud, al verle pasar triste y abatido, creyó que iban á darle muerte sin merecerla. Pasó la noche entre centinelas, mientras el Senado votaba por restablecer la república. Claudio fué llamado por un tribuno para que fuera á dar su opinión y contestó que le retenían por fuerza; pero al día siguiente el Senado, débil para con el pueblo, que pedía un sólo amo, nombró á Claudio, que recibió juramento á las tropas y prometió á cada soldado quince sestercios. Fué el primer César que dió el ejemplo de comprar con dinero la fidelidad de las legiones.

XI.—Afirmado en el trono concedió una amnistía general, castigando algunos tribunos militares y algunos centuriones que habían intervenido en la conjuración contra Caius, tanto para dar ejemplo, como porque habían pedido su muerte. Dió muchas pruebas de piedad. Su juramento más solemne era *por el nombre de Augusto*. Concedió á su abuela Livia los honores divinos. Aprovechando todas las ocasiones para honrar la memoria de su hermano, hizo representar en su honor comedias griegas en Nápoles y coronó la que los jueces declararon que era mejor. Concluyó un arco triunfal del mármol que el Senado había querido hacer elevar á Tiberio, junto al teatro de Pompeyo, y aquél se había negado. Rompió todas las actas de

Caius y prohibió que fuera día de fiesta el de su muerte, aunque había sido el primero de su reinado.

XII.—Moderado en los honores, no usó el título de emperador y solo celebraba en su casa las fiestas de familia. No decretó destierros sino por iniciativa del Senado. Asistía á los procesos y se sentaba entre los jueces. Cuando entraban los magistrados á un espectáculo, se levantaba y los saludaba con la voz y el gesto como un particular. Se lamentaba de no tener sitio en su tribunal para hacer sentar á los tribunos del pueblo cuando iban á hablarle. Así se hizo querer, hasta el extremo de que habiendo corrido voces de que en un viaje á Ostia lo habían muerto á traición, el pueblo estuvo consternado y maldiciendo á los asesinos, hasta que los magistrados declararon en la tribuna de las arengas que la noticia era inexacta.

XIII.—Tuvo bastante que temer de las emboscadas, las sediciones y la guerra civil. A un hombre del pueblo lo encontraron junto á su lecho con un puñal. También se arrestó á dos caballeros armados que lo esperaban para matarlo. Asimismo Gallus y Stalilius Corvinus, intentaron una revolución con gran número de esclavos y libertos. Fusius Camillus intentó una guerra civil que pudo ser evitada.

XVI.—Fué cuatro veces cónsul durante su reinado y administró justicia con asiduidad hasta en los días de fiesta. No se atenía al texto de la ley,

la dulcificaba ó la hacía más severa, según la equidad natural.

XV.—No fué siempre acertado en sus juicios; unas veces era circunspecto, otras imprudente y otras extravagante y ligero. Una madre se negaba á reconocer á su hijo; las pruebas resultaban equívocas; Claudio obligó á la madre á casar al joven y á declararse su madre. Sentenciaba contra los ausentes, sin tomar en cuenta las excusas que en su nombre se alegaban. Uno pidió que se le cortaran las manos á un falsario, y en el acto hizo venir al verdugo con los instrumentos del suplicio. He oído decir á los viejos que los abogados abusaban de su paciencia, hasta el punto de cogerle de la ropa y hacerle detener cuando ya se marchaba, lo que no debe sorprender, porque un griego le dijo en el tribunal un día: «Eres viejo é imbécil.» Un caballero romano muy escandaloso, pero perseguido injustamente, viéndose mezclado con las mujeres prostituídas, reprochó á Claudio su bestialidad y su dureza y le arrojó á la cara el punzón y las tabletas, hiriéndole en las mejillas.

XVI.—Sólo hizo una expedición militar de poca importancia; el Senado le había concedido los ornamentos triunfales; pero quiso un triunfo completo y se fué á Inglaterra, embarcando en Ostia. Un viento contrario estuvo á punto de hacerle perecer en las costas de la Liguria; desembarcó en Marsella y fué por tierra hasta Gessoriac. En pocos días se apoderó sin combate de una porción de terrenos

y volvió á Roma seis meses después de su marcha, entrando con el mayor aparato. Permitió á los gobernadores de las provincias y á los desterrados que vinieran á Roma para ver el triunfo, y colocó en la fachada del palacio de los Césares una corona naval junto á la corona cívica para conmemorar su victoria en el Océano. Su esposa Mesalina seguía en un carro el carro triunfal del vencedor, y muchos que en la guerra habían merecido recompensas marchaban detrás á pie ostentando la ropa *pretexta*.

XVII.—Claudio se ocupó con gran cuidado de la seguridad y aprovisionamiento de Roma. En el incendio del barrio Emiliano hizo acudir á todo el pueblo, y estuvo allí dos noches enteras. Después recompensó con dinero á los que más se habían distinguido. Un día de escasez de víveres se amotinó el pueblo, insultándole; tuvo que refugiarse en su palacio, y desde entonces hizo grandes esfuerzos para que nada faltara en Roma en los años de escasez.

XVIII.—Ofreció ganancias considerables á los acaparadores y tomó á su cargo las pérdidas; á los que construyeran bajeles para el comercio, les ofreció premio y los privilegios de la ley Papia Popena á sus mujeres. Todas estas prerrogativas subsisten hoy.

XIX.—Levantó pocos monumentos públicos y, fueron más grandes que necesarios. Condujo á Roma el agua llamada Claudia en canales de pie-

dra, y la distribuyó en tres fuentes. Para dar salida al lago Tucino, tuvo que perforar una montaña con un túnel de tres mil pasos; la obra duró once años, aunque trabajaron sin interrupción treinta mil hombres. Construyó un puerto en Ostia con una mole que se extendía á los dos lados y un dique á la entrada sobre un bajel que había traído de Egipto. Sobre el dique se elevaba una torre muy alta con un faro parecido al de Alejandría.

XX.—Distribuyó al pueblo muchas gratificaciones y dió magníficos espectáculos, inventando algunos nuevos y restableciendo los antiguos. Cuando dedicó el templo de Pompeyo, quemado y reedificado por él, puso un tribunal en la orquesta para dar la señal de los juegos. Celebró los juegos seculares que, á su juicio, Augusto los había adelantado. Llevó las carreras del circo á la montaña del Vaticano, y en los intermedios dió combates de bestias. Adornó el gran circo con barreras de mármol y hierros dorados; antes eran de piedra y madera; señaló sitios á los senadores. Añadió las evoluciones troyanas á los combates de carros, y la caballería pretoriana luchó contra los monstruos de Africa. Se vió también á los caballeros tralianos perseguir á los toros furiosos, saltar sobre su dorso y tirarlos á tierra, cogiéndolos por los cuernos. Multiplicó los espectáculos de gladiadores. Se le veía en público contar las piezas de oro para los vencedores, excitar á los ciu-

dadanos al gozo y la alegría, gastando bromas con ellos. Hizo representar en el Campo de Marte la toma y saqueo de una villa y la sumisión de los reyes de Inglaterra, y lo presidió vestido de guerrero. Antes de las obras del lago hizo representar una naumaquia; habiéndole dicho los combatientes: «Buenos días, nuestro Emperador; te saludamos los que vamos á morir», contestó: «Buen día». Tomaron esto por una palabra de gracia y se negaban á combatir. Claudio quedó perplejo acerca de si les haría perecer por el hierro ó por el fuego; al fin se levantó, y entre promesas y amenazas les obligó á luchar. Doce galeras de Rhodas y otras tantas de Sicilia lucharon en este combate al son de la trompeta que tocaba un tritón de plata por medio de una máquina.

XXI.—En su juventud estuvo casado con dos mujeres: Emilia Lépida, de la familia de Augusto, y Levia Medulina, de la del dictador Camilo. Repudió á la primera, todavía virgen, porque sus padres habían caído en la desgracia de Augusto; la otra murió de enfermedad el día señalado para sus nupcias. Después se casó con Plautia; después con Allia Pétina, y se divorció de las dos, de la primera por ligeras faltas, y de la segunda por graves escándalos. Tomó, por último, á Mesalina, hija de Mesalus Barbatas, su primo; pero, enterado de las afrentas que le proporcionaba y de su matrimonio público con Casius Lilius, la dió muerte, y juró guardar el celibato; no obstante, trató de unirse

otra vez con Pétina y con Lollia; pero seducido poco á poco por las caricias de Agripina, hija de Germánicus, hizo que un senador propusiera casarle con ella, por interés de la república, no obstante el parentesco. Al fin se casó con ella.

XXII.—Con tres mujeres tuvo hijos: con la primera, á Drusus y Claudia; con Pétina, á Antonia, y con Mesalina, á Octavia y Germánicus. A éste, que luego se llamó Británicus, fué al que más quiso. Adoptó á Nerón, uno de sus yernos, y dió muerte á los otros dos.

XXIII.—De sus libertos, al que más elevó fué al eunuco Posides, que le dió una pica sin hierro (recompensa militar), en su triunfo sobre los ingleses; á Félix, que le dió varios mandos militares y el gobierno de Judea; éste se casó con tres reinas; á Harpoeas, que obtuvo permiso para andar en litera y dar espectáculos; á Polibio, secretario para las bellas letras; y sobre todos á Narciso y Pallas, cuyas rapiñas fueron tales, que quejándose un día Claudio en el Senado de su pobreza, le dijeron que sería muy rico si partiera con sus libertos.

XXIV.—De ellos fué esclavo, como de las mujeres. Todo dependía del capricho de ellos. Revocaban los dones que quería hacer, dispensaban los juramentos y dictaban ó falseaban sentencias. Condenó á muerte á su suegro y á las dos Julias, hija una de Drusus y la otra de Germánicus, por acusaciones vagas y sin oírlos. Lo mismo trató, como queda dicho, á sus yernos. Lo más asombroso es

que á él mismo se le hizo signar el contrato de matrimonio de Mesalina con Lilius, su amante, haciéndole creer que no era más que un juego para destruir ciertos malos presagios.

XXV.—No le faltaba cierta dignidad en su exterior, sobre todo cuando reposaba. Era alto y fornido; sus cabellos, blancos, daban belleza á su fisonomía; tenía el cuello grueso; pero cuando andaba temblaban sus rodillas, y en los actos serios de su vida tenía cierta acrimonia, una risa ofensiva y una cólera que le producía gran humedad en las narices, una pronunciación embarazada y un temblor de cabeza continuo.

XXVI.—Tuvo mala salud hasta su advenimiento al trono, y muy buena después, á excepción de algunos dolores de estómago, tan fuertes algunas veces, que le ponían á punto de suicidarse.

XXVII.—Era muy dado á los placeres de la mesa, y sus festines eran largos y numerosos. Comía en galerías largas, teniendo á veces hasta seiscientos convidados. Tenía siempre sus hijos á la mesa, y la joven nobleza de los dos sexos comía sentada y apoyada contra los pilares de los lechos. Un comensal fué acusado de haber robado una copa de oro; lo invitó al día siguiente y mandó que le pusieran una taza de barro. Se dice que proyectó dar un edicto permitiendo lanzar vientos en su mesa, porque supo que uno se había puesto enfermo por retenerlos en su presencia.

XXVIII.—Estaba siempre dispuesto á comer y á

beber en toda hora y lugar. Un día juzgaba en el mercado de Augusto y le llegó el olor de una comida que se daban, en el templo vecino, los sacerdotes de Marte; dejó el tribunal y se fué á comer con ellos. Siempre terminaba inflado, y cuando ya se dormía le ponían una pluma en la garganta para hacerle vomitar. De noche dormía poco, y así acostumbraba á roncar en el tribunal; por esto los abogados gritaban para despertarle. Llevó la afición á las mujeres hasta el exceso; pero este fué su amor único. Muy aficionado también á los juegos de azar, compuso una obra sobre este asunto. Jugaba hasta en los viajes; sus coches estaban hechos de modo que su movimiento no turbara el juego.

XXIX.—Dió muchas pruebas de su natural sanguinario; presenciaba las torturas y las ejecuciones. En los espectáculos de gladiadores hacía estrangular á los que caían, aunque fuera por azar, y gozaba viendo sus rostros expirantes. En los descansos hacía luchar hasta á los empleados para divertirse.

XXX.—Lo que más le caracterizaba era la desconfianza y la timidez. En los primeros días de su reinado se hacía rodear en la mesa de una guardia armada de lanzas y servir por soldados. Hacía registrar á todos. En una fiesta popular un tal Camilo, seguro de asustar á Claudio, le escribió una carta injuriosa y amenazadora, en la que le ordenaba renunciara al mando y viviera en un retiro particular. Claudio deliberó con los principales de Roma si debía obedecer.

XXXI.—Realmente estuvo muchas veces á punto de abdicar, asustado de ciertas conspiraciones tramadas contra él. Dominó su amor ardiente por Mesalina, menos por los ultrajes que de ella recibía, que por el miedo que tuvo de que el imperio pareciera pertenecer á Sillanus. En este tiempo, preso de un miedo vergonzoso, se marchó al campo, preguntando á lo largo de todo el camino si todavía era emperador.

XXXII.—Las más ligeras sospechas y los más vagos temores, bastaban para determinarle á la precaución y la venganza. Un litigante le dijo que había soñado que mataban en su presencia al emperador; un momento después el litigante, en uno que se acercó á Claudio, reconoció al asesino visto en sueños (era su adversario), y Claudio lo envió al suplicio. Lo mismo hicieron para perder á Sillanus. Mesalina y Narciso, que habían formado el complot, se repartieron los papeles; entró uno asustado en su cámara á decirle que en sueños había visto á Sillanus levantar un puñal contra él; la otra, más asustada, dijo que también había tenido el mismo sueño. Claudio le condenó á muerte.

XXXIII.—Continuamente daba pruebas de la desorganización de su cabeza: después de la muerte de Mesalina, cuando se iba á sentar á la mesa, preguntó cómo no venía la emperatriz. Convidaba á comer y á jugar á los que había condenado á muerte la víspera y hasta se quejaba de su tardanza.

XXXIV.—Llevaba el olvido de sí mismo en sus palabras y sus actos, hasta tal punto, que muchas veces parecía no saber quién era ni en qué tiempo, con quién, ni en qué sitio hablaba. Votó para questor á uno, porque su padre le había dado una posición fría en una enfermedad. Hizo comparecer como testigo en el Senado á una mujer y dijo: «Esta mujer fué camarera de mi madre y está manumitida; sin embargo, me ha mirado siempre como su amo. Digo esto, porque en mi casa hay gentes que no me miran como amo.» A cada momento decía: «¿No tengo yo el aire de un hijo de los dioses? ¿No soy un gran orador?» Y otras cosas por el estilo, indecentes en un particular, cuanto más en un príncipe que tanto había estudiado.

XXXV.—Al fin de su vida se arrepintió de su matrimonio con Agripina y de haber adoptado á Nerón. Sus libertos le felicitaban por la equidad de una sentencia dictada contra una adúltera y les dijo: «El destino quiere que haya esposas culpables, pero no impuras. Un momento-después abrazaba tiernamente á Británicus exhortándole á enterarse de su suerte, añadiendo en griego: «El que ha herido puede curar», y proponiéndose hacerle tomar la ropa viril antes de la edad porque estaba muy desarrollado, dijo: «Al fin el pueblo romano tendrá un verdadero César.»

XXXVI.—Había hecho un testamento que estaba firmado por todos los magistrados; pero Agripina, atormentada por su conciencia, previno el

efecto de sus intenciones. Se conviene en que fué envenenado; pero no se sabe por quién ni cómo. Unos dicen que fué en una comida en el Capitolio con los pontífices por el eunuco Hallotus; otros, que en un festín doméstico por Agripina, que le presentó una seta, cosa que á él le gustaba mucho. De lo que pasó luego, tampoco se sabe mucho. Unos dicen que quedó mudo y murió al día siguiente, después de haber sufrido toda la noche; según otros, cuando comenzó con los vómitos le dieron otra dosis de veneno y murió enseguida.

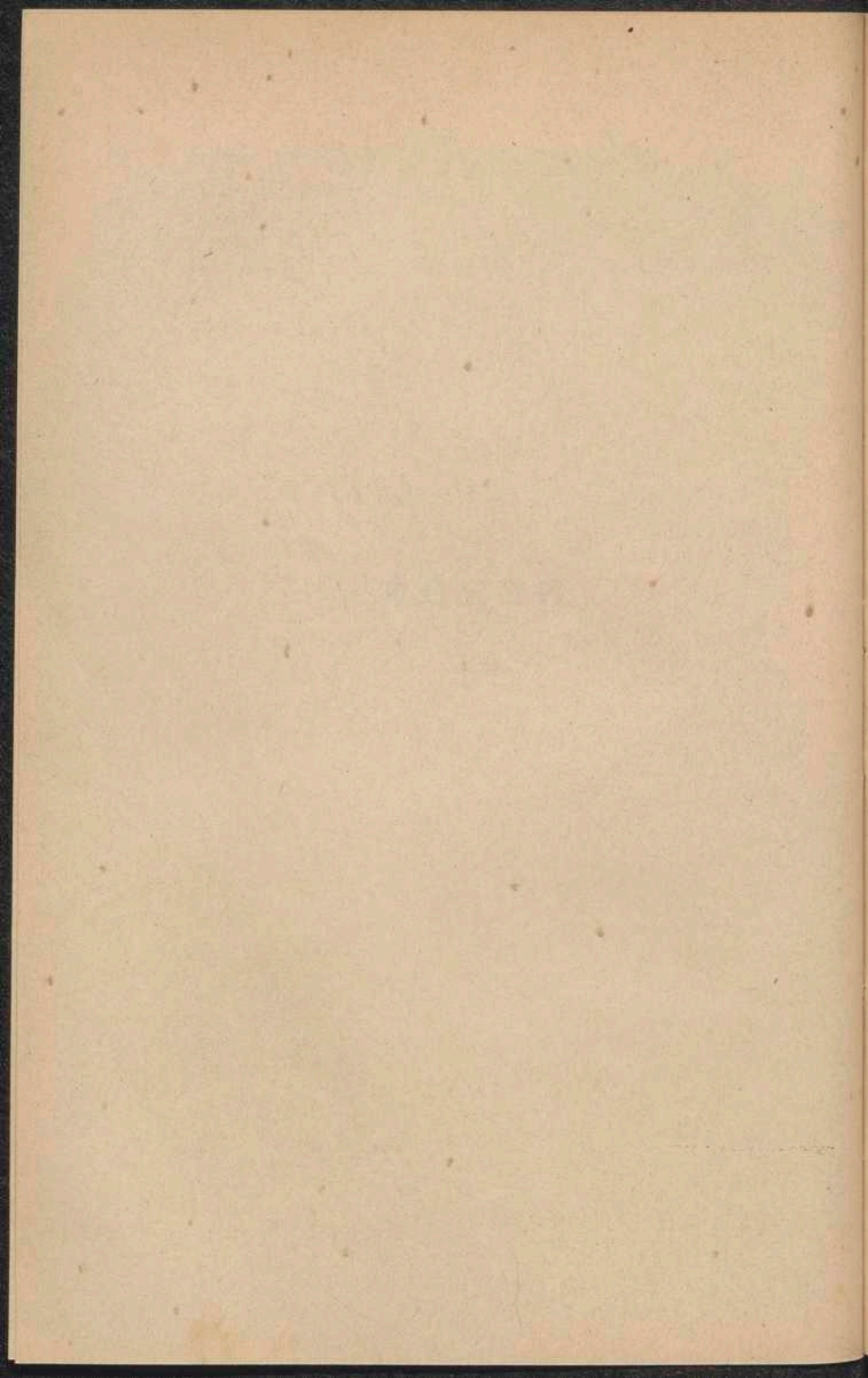
XXXVII.—Su muerte se ocultó hasta que estuvo todo arreglado para asegurar el imperio á su sucesor. Se hacían votos por su curación y se mandaban comediantes para divertirle. Murió el 13 de Octubre, bajo el consulado de Asinius Marcellus y Acilius Aviola, á los sesenta y cuatro años de edad y catorce de reinado. Sus funerales fueron celebrados con toda la pompa conveniente á su rango y fué colocado en el rango de los dioses; pero su apoteosis, cuyas ceremonias interrumpió Nerón, que también quiso destruir sus monumentos, no fué confirmada hasta Vespasiano.

XXXVIII.—Su muerte pareció anunciada, principalmente por la aparición de un cometa con barba, por el terreno que golpeó la tumba de su padre Drusus y por la muerte de casi todos los magistrados de aquel año. El mismo pareció preverla; en la última asamblea del Senado á que asistió, exhortó á sus hijos á la concordia y recomen-

dó su inexperiencia á los senadores en el tono más suplicante. La última vez que se sentó en su tribunal repitió que llegaba al término de la condición humana, y todos los que le rodeaban parecían horrorizarse de tal presagio.

---

NERÓN





## VI

# NERON

---

I.—Nerón nació en Antium, nueve meses después de la muerte de Tiberio, el 15 de Diciembre al salir el sol; de modo que sus rayos le llegaron antes de que tocara en la tierra. Por varias conjeturas que se hicieron ante su nacimiento, se consideró como un presagio la respuesta de Domitius, su padre, á las felicitaciones de sus amigos: «De Agripina y de mí, no puede nacer más que un monstruo.» Se notó también otro pronóstico desagradable: el día en que se le dió nombre, Caius César, invitado por su hermana á darle el que quisiera, por broma le llamó Claudio, como su tío, que lo adoptó cuando fué Emperador, y este nombre fué rechazado por Agripina, porque entonces Claudio era el juguete de la Corte. A los tres años perdió á su padre, y no tomó la parte de herencia

que le pertenecía porque Caius se apoderó de todo y desterró á su madre. Reducido á la indigencia, lo mantuvo su tía Lépida, y pasó la infancia entregado á un danzador y un barbero. En el reinado de Claudio recuperó sus bienes y se enriqueció heredando á su suegro Crispus. La influencia de su madre cuando volvió á Roma fué tan grande, que corrieron voces de que Mesalina había querido estrangular á Nerón durante su sueño porque le creía un rival de Británicus; se añadía que los asesinos corrieron asustados ante una serpiente que parecía salir de su lecho. Lo que dió lugar á esta fábula, fué el que se encontraran un día junto á sus ropas algunos trozos de piel de serpiente. Enseguida se los hizo llevar durante algún tiempo en un brazaletes en el brazo derecho. Después arrojó el brazaletes porque le evocaba un recuerdo importuno; en sus últimos momentos lo pidió y no lo encontraron.

II.—En su infancia fué uno de los actores más asiduos de los juegos troyanos en el Circo, y recibió muchos testimonios del favor del público. A los once años lo adoptó Claudio y lo puso bajo la dirección de Séneca, que era senador. Se dice que Séneca soñó que era preceptor de Calígula, y Nerón hizo verdad este sueño, dando abundantes muestras de su carácter execrable.

Hizo grandes regalos al pueblo con ocasión de sus primeros ejercicios en el juego de la barra; llevó el escudo en la revista de las guardias pretoria-

nas, y en el Senado hizo un discurso de gratitud á su padre adoptivo. Pleiteó, en latín, ante Claudio, por los boloneses y, en griego, por los rodios y los troyanos. Su primera magistratura fué la de gobernador de la ciudad, en las fiestas latinas. Después se casó con Octavia, y dió juegos en el circo, en forma de votos, por la conservación de Claudio.

III.—Tenía diez y siete años cuando se anunció la muerte de Claudio. Se presentó ante las guardias y fué saludado emperador en las gradas del palacio y llevado en litera al campo; allí reunió á los soldados y volvió al Senado, de donde no salió hasta la tarde, no habiendo rehusado ninguno de los honores que se le tributaban, excepto el de Padre de la patria, que no cuadraba con su edad.

IV.—Pasando de allí á los alardes de piedad, hizo á Claudio magníficos funerales, pronunció su oración fúnebre y lo hizo colocar en el rango de los dioses. Rindió grandes honores á la memoria de su padre, Domitius; concedió á su madre una autoridad sin límites, y el primer día dió al tribuno de guardia, como frase de contraseña: «La mejor de las madres». Continuamente la llevaba en su misma litera. Estableció una colonia en Antium, compuesta de pretorianos, veteranos y centuriones ricos; allí mismo hizo construir un hermoso puerto.

V.—Para dar buena idea de su carácter anunció que reinaría siguiendo los principios de Augusto, y aprovechó todas las ocasiones para probar su liberalidad, su clemencia y su dulzura. Abolió

ó disminuyó los impuestos, redujo á la cuarta parte el salario de los delatores, fijado por la ley Pápia, y distribuyó al pueblo cuatrocientos sestericios por cabeza. A los senadores bien nacidos y pobres les asignó pensiones, algunas de las cuales llegaban á quinientos sestericios grandes. Hizo dar todos los meses raciones de trigo á los soldados pretorianos, y un día que firmó una sentencia de muerte, dijo: «Quisiera no saber escribir.» Saludaba á todos los ciudadanos por sus nombres, y cuando le daba gracias el Senado, decía: «Gratificadme cuando lo merezca». Pronunció muchas veces discursos en público, á los que llamaba *declamaciones*. Recitaba versos en el teatro con regocijo universal; alguna de sus composiciones fué grabada en letras de oro y dedicada á Júpiter Capitolino.

VI.—Dió muchos espectáculos de todas clases. Admitió viejos consulares y viejas matronas á los juegos de la juventud. Señaló á los caballeros un sitio en el circo, y en las grandes fiestas llamadas por él «para la eternidad del imperio», la nobleza de los dos sexos tomó parte. Un caballero muy conocido corrió sobre un elefante. Se representó una comedia de Afranius, titulada *El incendio*, en la que se entregaban los actores al saqueo de una casa que ardía en la escena. Distribuyó al pueblo provisiones de todas clases, pájaros, trigo, ropas, oro, plata, perlas, cuadros, esclavos, bestias y tierras.

VII.—Veía las comedias desde el proscenio. Frente al Campo de Marte hizo construir un anfiteatro de madera, y en él dió un espectáculo de gladiadores en el que no murió nadie, ni aun los que combatían como criminales; pero expuso cuatrocientos senadores, seiscientos caballeros con las bestias más feroces. Dió una naumaquia en un canal de agua de mar con monstruos marinos. Niños extranjeros bailaron la danza llamada *pinhica* y después les dió á todos cartas de ciudadanía romana. El asunto de uno de estos bailes era *Pasi-phae*: aparecía una mujer encerrada en una vaca de madera y un toro parecía violarla realmente. Al primer esfuerzo cayó un Icaro sobre Nerón, que nunca ocupaba su sitio de honor y, le cubrió de sangre. Mandó que cada cinco años se celebraran los juegos triples á imitación de los griegos, que se llamarían *neronianos*, compuestos de música, carreras de caballería y ejercicios gimnásticos. Hizo consagrar el lugar de los ejercicios y los baños y distribuir aceite á los senadores y á los caballeros; dispuso que estos juegos los presidieran los pretores; después bajaba á la orquesta y recibía la corona de la elocuencia y la poesía latina, por acuerdo unánime de la concurrencia, que la formaba lo más ilustre de Roma. La que recibió como tocador de arpa la consagró á los pies de la estatua de Augusto. En los juegos gimnásticos del Campo de Marte, depuso su primera barba en un sacrificio, la cerró en una caja de oro con pedre-

rías y la ofreció á Júpiter Capitolino. Invitó á las vestales á que vieran los atletas, ya que las sacerdotisas de Ceres asistían á los juegos olímpicos.

VIII.—Entre sus espectáculos se comentan con razón los que organizó á la llegada de Tiridates á Roma. Este rey de Armenia, atraído por sus promesas, debía aparecer ante el pueblo un día anunciado por un edicto, pero el mal tiempo puso obstáculos. Nerón lo presentó de la manera más ventajosa para él; las cohortes estaban alineadas sobre las armas junto á la plaza pública; él estaba sentado en la tribuna de las arengas, en una silla de marfil con ropas triunfales y enseñas militares y á su lado las águilas romanas. Tiridates subió las gradas y se arrojó á sus rodillas: Nerón le levantó, le abrazó, escuchó sus ruegos, le quitó el birrete que le cubría y le puso la diadema en la cabeza. Mientras tanto, un pretor explicaba á la multitud los cumplimientos de Tiridates. De allí lo condujo al teatro, en donde lo colocó á su derecha. Nerón fué saludado como emperador, llevó su corona de laurel al Capitolio y cerró el templo de Jano, sin preocuparse de si había guerra ó no.

IX.—Fué cuatro veces cónsul; la primera dos meses, la segunda y la última á seis y la tercera cuatro. Sus dos primeros consulados fueron consecutivos; los otros dos en distintos intervalos.

X.—No contestaba las demandas de los litigantes, sino por escrito y al día siguiente. Administraba justicia de modo distinto al ordinario, reci-

biendo á la vez varias causas. Cuando quería tomar consejo, lo pedía por escrito y lo estudiaba cuando se veía solo; después pronunciaba la sentencia. Durante mucho tiempo no admitió en el Senado á los hijos de los libertos, y no concedió honores á los que habían entrado en estas condiciones. Ordinariamente no concedía los consulados más que por seis meses, y á los candidatos derrotados les daba como indemnización el mando de legiones. Concedió los ornamentos del triunfo á los questores y á simples caballeros, á veces sin que hubieran servido en el ejército. Enviaba muchas veces al Senado memorias que leían los cónsules, aun cuando este era oficio del questor.

XI.—Dió un nuevo plano para la construcción de las casas en Róma, y á sus expensas hizo construir pórticos delante de cada una, para que desde sus plataformas se pudieran combatir los incendios. Quería extender los límites de Roma hasta Ostia y hacer que allí llegara el mar por un canal. Reprimió muchos abusos y puso límites al lujo. Los festines que daba al pueblo quedaron reducidos á simples raciones, y en las tabernas prohibió que se vendieran cosas cocidas, excepto legumbres.

Arremetió contra los cristianos, especie de hombres entregados á las supersticiones y los sortilegios. Puso freno á la licencia de los cocheros, que se divertían en robar, corriendo por la villa. Desterró á los que maquinaban contra las pantomimas y á los pantomímicos que no eran correctos.

XII.—Para evitar los engaños de los falsificadores, ordenó que las tabletas fueran horadadas por distintos sitios y se pasara un hilo por los agujeros; que en el original de un testamento, las dos primeras páginas sólo contuvieran el nombre del testador y que todo en ellos fuera autógrafo. Reguló y aseguró el salario de los abogados, y permitió que se apelara, ante el Senado, de todas las sentencias.

XIII.—Jamás cedió á la esperanza ni á la tentación de aumentar el imperio; hasta quiso retirar las legiones de Inglaterra, pero se abstuvo por no borrar los títulos de gloria de su padre. Se conformó con reducir á provincias romanas el reino del Ponto, que le cedió el rey Polemon, y el de Cottius, en los Alpes, después de la muerte de este príncipe.

XIV.—Sólo emprendió dos viajes, uno á Alejandría y el otro á la Achaia; renunció al primero por temor y escrúpulo, el día en que debía partir, porque estando sentado en el templo de Vesta se enredó en su ropa al tiempo de levantarse y sintió que sus ojos se oscurecían. En Achaia intentó cortar el istmo de Corinto, y habiendo arengado á las cohortes pretorianas para exhortarlas á esta obra, hizo sonar la señal en las trompetas, dió el primer azadonazo y llevó á sus espaldas el primer cesto de tierra. Meditaba una expedición militar á los puertos capianos, y para ello había convocado una numerosa legión italiana, compuesta de hombres de seis pies, á la que llamaba la falanje de Alejandro el Grande.

He reseñado todos estos hechos, unos plausibles y otros no censurables, para separarlos de los crímenes y las infamias, cuyo relato voy á comenzar.

XV.—La música era una de las artes que había aprendido en su infancia. Cuando fué elevado al imperio trajo á Terperun, el mejor tocador de arpa que ha habido. Le oía cantar desde después de la comida hasta bien entrada la noche. Después se dedicó á este ejercicio con todas las precauciones que usan los artistas para conservar la voz y embellecerla; cuando estaba acostado tenía en el pecho una hoja de plomo; tomaba enjuagatorios y vomitivos; se abstenía de los alimentos y bebidas que pudieran perjudicarle, y, por último, quiso presentarse en el teatro, atento al proverbio griego que dice: «La música nada es hasta que el público la oye.» Se presentó primero en Nápoles, y cuando había comenzado á cantar se sintió un temblor de tierra que conmovió la sala y no le dejó concluir. Después cantó muchas veces, y descansó algún tiempo; impaciente por reaparecer, al salir del baño fué al teatro y comió en la orquesta á la vista de un público numeroso, diciendo en griego que, cuando hubiera bebido un poco, cantaríá alguna cosa exquisita. Envanecido por las alabanzas que de su música hicieron los de Alejandría, que venían al comercio de víveres con Nápoles, á esta villa hizo venir muchos de aquel país, eligió algunos caballeros jóvenes y los colocó con cinco mil plebeyos robus-

tos, distribuidos en diferentes cuerpos, para enseñarles las distintas maneras de aplaudir. Mientras cantaba, niños perfumados, que llevaban un anillo en la mano izquierda, le servían en la escena; sus jefes tenían de honorarios cuatrocientos mil sestercios.

XVI.—Todo el mundo quería escuchar su voz celestial, y contestó que daría este gusto en sus jardines á los que quisieran; pero cuando sus guardias unieron sus ruegos á los del pueblo, accedió á presentarse en la escena, haciendo que se colocara su nombre en la lista de músicos que debían concurrir. Tiró á la suerte con los demás y tuvo su turno, haciendo que llevaran su arpa los comandantes de los pretorianos, y entró seguido de los tribunos y sus amigos más íntimos. Cuando hubo preludiado, Cludius Rufus anunció que César iba á cantar *Niobe*. Cantó, en efecto, hasta las cuatro de la tarde, y prometió que al año siguiente cantaría otra vez. Pareciéndole el intervalo demasiado largo, no cesó de representar en los espectáculos que daban los magistrados; un pretor le ofreció por hacerlo un millón de sestercios. Cantó papeles en las tragedias, y los dicse, los héroes, las diosas y las heroínas, llevaban en escena máscaras que representaban á Nerón y á su mujer. Entre otros trozos cantó: *Canaceo en su infancia*, *Orestes parricida*, *Edipo ciego* y *Hércules furioso*. En esta última obra un joven soldado, que estaba de centinela á la entrada del teatro, al

ver encadenar á su amo, acudía para socorrerle.

XVII.—En sus primeros años fué apasionado por los ejercicios á caballo, y hablaba constantemente de las carreras del circo. Se divertía en hacer rodar sobre una tabla un carro de marfil y no faltaba al espectáculo más insignificante, yendo en secreto y de incógnito algunas veces. Dijo que quería aumentar el número de los premios para prolongar el espectáculo hasta la tarde, y las carreras se multiplicaban de tal modo, que los jefes de los *verdes* y los *azules* sólo dejaban ir á sus cocheros á condición de que estuvieran todo el día. Nerón mismo quiso asistir, y ensayó antes en sus jardines ante sus esclavos y el pueblo; después uno de sus libertos apareció un día dando la señal desde donde la daban los magistrados. No contento con haber ensayado en Roma, quiso pasar á Achaia, sólo porque las villas en donde se daban espectáculos de música habían resuelto enviarle coronas; tan envanecido estaba, que los que se las llevaron fueron recibidos los primeros de todos y los invitó á su mesa. Algunos le rogaron que cantara antes de cenar, y, colmado de aplausos, dijo que sólo los griegos sabían escuchar la música y eran dignos de su talento. Partió en seguida, y en Cariope cantó ante el altar de Júpiter Cassius.

XVIII.—Se presentó bien pronto en todos los espectáculos, y á este efecto, en el mismo año los organizaba en distintos sitios muy distantes. En los juegos olímpicos tuvo un concurso de músicos,

contra costumbre. A su liberto Helius, que le escribía sobre los negocios de Roma y llamándole, le contestó: «Mejor que desear que vuelva pronto, debéis desear que vuelva digno de mí mismo.»

Cuando cantaba, no se permitía salir ni aun por la causa más indispensable; así, muchas mujeres parieron, y muchos espectadores, rendidos de cansancio, saltaron por los muros, ó fingiendo estar muertos, para que los sacaran. No se puede describir con qué temor, con qué desconfianza y con qué celo de los jueces se disputaba los premios. Espiaba á sus adversarios, los desacreditaba en secreto y hasta los dirigía injurias cuando los encontraba. Corrompía á los que tenían talentos superiores, y á los jueces les hablaba con gran respeto, diciendo que había hecho todo lo que podía, que el éxito dependía de la fortuna, que en hombres hábiles é instruídos debía excluirse todo azar, y cuando le exhortaban á tener ánimo, se retiraba un poco más tranquilo, pero no sin inquietud, atribuyendo á malignidad ó mal humor el silencio que guardaban algunos por vergüenza, y diciendo que le eran sospechosos.

XIX.—Se sometía á las leyes del teatro, hasta el punto de no escupir y enjugar con el brazo el sudor de su frente; en una tragedia dejó caer una sortija que tenía en la mano y la cogió furtivamente, temblando que por aquella falta lo dejaran fuera de concurso; para su tranquilidad, fué preciso que un actor le dijera que aquel movimiento había

pasado inadvertido entre los aplausos. Él mismo solía proclamarse vencedor, y no quería que quedara recuerdo de más victorias que de las suyas, á cuyo fin hizo derribar las estatuas erigidas á los vencedores de los juegos.

Pretendió, asimismo, el premio en las carreras de coches, y condujo uno con diez caballos á los juegos olímpicos, aunque había censurado esto mismo á Mitrídates, en unos versos que había compuesto; pero se cayó de su carro, y el dolor le impidió seguir. Aunque no acabó la carrera fué coronado, y al marcharse dió libertad á toda la provincia y una gran suma de dinero á los jueces, con el derecho de ciudadanía romana. El mismo proclamó estas recompensas en la liza de los juegos isthmicos.

XX.—A su vuelta de Grecia entró en Nápoles, primer teatro en donde trabajó, en un carro tirado por caballos blancos y haciendo tirar un paño de muralla, como se hacía para los vencedores de los juegos. Lo mismo entró en Actium, en Alba y en Roma; para entrar en Roma se sirvió del carro triunfal de Augusto, decorado con púrpura. Llevaba un manto con estrellas de oro, en la cabeza la corona de los juegos olímpicos y en la mano la de los juegos pytienses. Las demás coronas las llevaban delante de él con la explicación de los motivos con que las había ganado. El grupo de sus alabadores le seguía gritando que ellos eran los compañeros de triunfos de César. De allí, habiendo hecho

derribar la puerta del gran circo, atravesó la plaza pública para volver al templo de Apolo Palatino. Durante su marcha se inmolaron víctimas, se arrojaron perfumes, cintas y pasteles y se soltaron pájaros. Colocó sus coronas en su dormitorio alrededor de su lecho, y allí hizo colocar su estatua vestido de músico. También se acuñó moneda, en donde estaba representado en ésta forma: Se hallaba muy lejos de renunciar á sus gustos; para conservar la voz, llamaba á sus soldados por medio de un oficial que hablaba por él, y siempre tenía á su lado su maestro de canto, que le decía cómo había de cuidar sus pulmones y le ponía un pañuelo delante de la boca. El criterio de su odio ó de su amistad era la cantidad de alabanzas que se tributaban á su talento.

XXI.—No se entregó más que por grados y con precaución al desorden, al escándalo, al lujo, á la avaricia y á la crueldad; pero á pesar de su juventud, nadie dudó que sus vicios encarnaban más bien en su carácter que en su edad. Al caer la tarde, se cubría la cabeza y marchaba á las tabernas á exponer su persona, insultando y pegando á la concurrencia. Atacaba y desbalijaba las tiendas modestas y vendía en su casa los despojos. En estas correrías estuvo á punto de perder la vida, ó por lo menos los ojos. Un senador á cuya mujer había insultado lo molió á golpes; desde entonces hizo que le siguieran los tribunos de su guardia. Un día que se hizo conducir al teatro en una litera

cerrada, vió desde lo alto de la escena al pueblo que, excitado por las pantomimas, venía á las manos y empezó á tirarle piedras y bancos, hiriendo á un pretor en la cabeza.

XXII.—Bien pronto se fortificaron sus vicios y los ocultó menos. Permanecía en la mesa desde medio día hasta media noche, tomando enseguida baños calientes y en el verano fríos. Cenaba muchas veces en un sitio público que hacía cerrar, tal como la Naumaquia, el Campo de Marte ó el gran Circo, y se hacía servir por cortesanas y tocadores de flauta. Cuando iba á Ostia ó navegaba por el Tíber, se disponían en la ribera pequeñas tiendas llenas de mujeres públicas, que le llamaban y le invitaban á desembarcar á su lado.

Daba comidas á sus amigos; en una de ellas, un manjar preparado con miel, costó hasta cuatro millones de sestercios, y otro de esencias de rosa, todavía costó más.

XXIII.—Sin hablar de su comercio infame con los hombres libres, ni de sus amores adúlteros, violó á una vestal llamada Rubria. Estuvo á punto de casarse con su liberta Acté, y preparó caballeros del rango consular para que bajo juramento afirmaran que era de real stirpe. Hizo eunuco á un joven llamado Sposus, pretendió metafosearlo en mujer y se casó con él solemnemente. Lo hizo vestir como una emperatriz y lo acompañó en litera por las asambleas y los mercados de Grecia y por los barrios de Roma, dándole besos de cuando

en cuando. Consta que quiso gozar de su madre, y los enemigos de Agripina le disuadieron, miedosos de que aquella mujer despótica y violenta tuviera mayor ascendiente. Entre sus concubinas, colocó una que se parecía mucho á Agripina, y se asegura que cuantas veces salió con su madre en litera se vieron en sus ropas señales de polución.

XXIV.—Se prostituyó de manera que no llegó á tener un miembro sano. Imaginó como nueva especie de juego cubrirse con una piel de bestia y lanzarse en una habitación sobre hombres y mujeres atados convenientemente; cuando había satisfecho su deseo, empujaba á que hiciera lo mismo á su liberto Doriphoro, con quien se casó como con Sposus, y con él imitó los gritos que el dolor arranca á la virginidad arrebatada. Sé por muchas personas que estaba persuadido de que ningún hombre era casto en ninguna parte de su cuerpo, sino que muchos disimulaban sus vicios; así perdonaba á todos los que hacían alarde de impurezas.

XXV.—Creía que la prodigalidad era el único uso de las riquezas. Para ser avaro á sus ojos, bastaba contar, y para ser magnífico, arruinarse. Lo que más admiraba en su tío Caius, era que hubiera dilapidado en poco tiempo las riquezas atesoradas por Tiberio; así, ningún límite puso á sus gastos. A Tiridates le dió, durante su estancia en Roma, más de ochenta mil sestercios diarios, y cuando se fué, más de un millón. Al músico Menécrates y al

gladiador Spicillus, les dió los mismos bienes que á los ciudadanos que habían obtenido los honores del triunfo. Hizo funerales casi regios al usurero Panerotes, después de haberle enriquecido con las más hermosas posesiones. Jamás se puso una ropa dos veces. Jugaba á los dados á quinientos sestericios el punto. Pescaba con hilos de púrpura y anzuelos de oro. Jamás viajó con menos de mil coches. Sus mulas iban cubiertas de plata, y sus muleros vestidos con la más bella lana de Canusa. Sus cocheros y sus corredores llevaban preciosos brazaletes.

XXVI.—Lo que más caro le costó fueron sus edificaciones. Extendió su palacio desde el monte Palatino hasta el Esquilino. Se le quemó, y volvió á construirlo, llamándole desde entonces Palacio de oro. Para dar idea de su extensión y magnificencia, bastará decir que en el vestíbulo, la estatua colosal de Nerón tenía ciento veinte pies de altura; los pórticos, con tres hileras de columnas, tenían una milla de longitud; encerraba en su recinto un estanque que parecía un mar, edificios que representaban una gran ciudad, campos, viñas, praderas, florestas y bosques llenos de bestias bravías. El interior era todo dorado, con perlas y nácar. El pavimento lo formaban tablas de marfil, móviles, que repartían entre los convidados flores y perfumes. En su comedor principal había un globo que imitaba los movimientos de la tierra; tenía muchos recipientes de agua de Alba y agua de mar. Cuan-

do terminado el palacio hacía su dedicación, dijo que estaba muy contento, porque comenzaba á estar alojado como un hombre. Quería construir un baño cubierto, desde Misena hasta el lago del Averno, y rodearlo de pórticos. Desde allí hasta Ostia quería hacer un canal de ciento sesenta millas de largo, y tan ancho, que pudieran caminar dos galeras, con cinco líneas de remos, á la vez. Para hacer estas obras abrió todas las prisiones del imperio y ordenó que todos los criminales fueran condenados á trabajos. Lo que aumentaba su prodigalidad, era la esperanza de encontrar un tesoro que un caballero romano decía que enterró en Africa la reina Dido al huir de Tyro.

XXVII.—Pero defraudadas sus esperanzas, pobre y sin recursos, se vió obligado á diferir la paga de las tropas y las pensiones de los veteranos, y buscó recursos en las rapiñas.

Estableció que en lugar de la mitad de los bienes de los libertos heredaría las cinco sextas partes; que los bienes de los que fueran tildados de ingratitud pasaran al fisco, y los jurisconsultos que hubieran redactado sus testamentos serían castigados. Exigió á las villas del imperio el precio de las coronas que le habían ofrecido en los juegos. Prohibió el uso de los colores de púrpura y amatista, y un día mandó á un mercader que los vendiera para tener motivo de imponer multas. Cantando en el teatro vió una dama vestida de estos colores, la hizo salir y la condenó á perder sus ropas y sus

bienes. Jamás concedió cargos sin decir: «Ya conoces mis necesidades, de manera que nadie tiene nada suyo.» En fin, despojó los templos y mandó fundir las estatuas de los dioses.

XXVIII.—Por lo que á parricidas y asesinos respecta, sobre Claudio hizo su primer ensayo. Nerón fué ciertamente cómplice de su muerte, si no fué el autor. No se ha ocultado que para nombrar á las setas que habían envenenado á Claudio, se servía de una expresión griega y las llamaba manjar divino. Ultrajó su memoria acusándole de crueldad y dureza. Decía que había cesado de *morar* entre los hombres, alargando la última sílaba del vocablo latino para pronunciar equívocamente otro griego, que significa *estar loco*. Anuló muchas de sus leyes y en su tumba no puso magnificencia ni solidez. Empleó el veneno contra Británico, de quien estaba celoso, porque tenía una voz más hermosa que la suya, y además, podía ganarse al pueblo á favor del recuerdo de su padre. Locusta, que en varios envenenamientos fué cómplice de Nerón, le proporcionó uno que no causó á Británico más que diarrea. Nerón la golpeó, reprochándole el que le había dado un antídoto en lugar de un veneno, y la obligó á componer en su presencia otro; lo ensayó en un cabrito, que no murió hasta después de cinco horas. Lo hizo más fuerte y ordenó que se le sirviera á Británico con la cena; cayó en cuanto lo hubo probado, y Nerón dijo á los circunstantes que aquello era un ataque de epilepsia. Al día

siguiente lo hizo enterrar, con muy mal tiempo y sin pompa. A Locusta la recompensó con posesiones, asegurándole la impunidad y dándole varias discípulas.

XXIX.—Comenzaba á cansarse de su madre, que le reprendía sus actos y sus palabras. Intentó primero hacerla odiosa, diciendo de tiempo en tiempo que le cedería el imperio y se retiraría á Rhodas. Después la privó de sus honores y su poder, le quitó su guardia romana y alemana, y la desterró de su presencia y de su palacio. No se contentó con esto; mientras estuvo en Roma la hizo atormentar, y cuando se retiró al campo mandó hombres que la injuriaran y ultrajaran. Pero temeroso de la violencia de su carácter, decidió perderla. Pensó en el veneno y se enteró de que estaba sobre aviso. Inventó una máquina que cuando durmiera debía hacer caer sobre ella el techo de su alcoba, pero no llegó á poner en práctica este designio. Entonces pensó en un bajel que se debiera sumergir ahogándola. Fingió reconciliarse con ella, y en cartas muy tiernas la invitó á venir con él á Bales á pasar las fiestas de Minerva. La retuvo para dar tiempo á que ocultaran como perdida la galera en que vino, y cuando quiso volver á su casa le ofreció la que había preparado, á la que la condujo con muestras de gozo y le besó el seno al despedirla; pero cuando supo que se salvó á nado, quedó perplejo; llegó un liberto de Agripina, Lucios Agerinus, á dar la noticia, y Nerón, sin

que él se enterara, arrojó á sus pies un puñal y lo hizo prender como á un asesino enviado por Agripina. Dispuso que le mataran, y al ver su crimen descubierto, hizo correr la voz de que se había suicidado. Se refieren de esto detalles atroces; que corrió á ver el cadáver, que lo tocó con sus manos, que alabó algunas partes de su cuerpo y censuró otras, y mientras tanto pidió de beber. A pesar de las adulaciones del pueblo y del Senado, no pudo dominar su conciencia; desde aquel momento su efigie le perseguía y las furias le amenazaban con sus látigos y sus tizones. En un viaje á Grecia, renunció á iniciarse en los misterios de Eleusina, asustado de la voz de un pregonero que mandaba alejarse á los malvados y á los impíos. A este parricidio siguió la muerte de su tía; cayó enferma con una irritación de las entrañas; fué á verla y esta mujer, de edad muy avanzada, cogiéndole la barba como acariciándole, le dijo: «Si yo hubiera visto caer esta barba, habría vivido.» El, como en broma, dijo á los presentes que se la iba á quitar enseguida, y mandó al médico que la purgara con exceso. Todavía no había muerto, cuando se apoderó de sus bienes y anuló su testamento.

XXX.—Después se casó con Popea, casada antes con un caballero romano, y luego con Statilia Mesalina; para casarse con ésta asesinó á su marido, Alticus Vertinus, entonces cónsul.

A Octavia, después de haberla querido asesinar varias veces, la repudió, bajo pretexto de este-

rilidad; pero ante los gritos del pueblo, que protestaba de este divorcio, la desterró, y luego la hizo matar como culpable de adulterio. Con Popea se casó doce días después, y la amó; pero esto no impidió el que la matara de un puntapié, porque estando embarazada y enferma le había dicho injurias un día que vino muy tarde de unas carreras. Tuvó con ella una hija, llamada Claudia Augusta, que murió de corta edad.

Nada hubo que pudiera considerarse libre de sus atentados. Acusó de conspiración y dió muerte á Antonia, hija de Claudio, que rehusó la plaza de Popea. Lo mismo trató á todos sus amigos y aliados, entre otros al joven Aulus Plautius, á quien violó antes de llevarlo al suplicio, diciendo: «Para que mi madre pueda abrazar pronto á mi sucesor», porque creía que Agripina le amaba, y quería elevarlo al imperio. Popea, antes de casarse con él, había tenido un hijo, llamado Rufinus Crispinus, á quien le gustaba jugar á los mandos y los imperios; esto fué bastante para que le diera muerte. Desterró á Tusau, su hermano de leche, porque, estando de gobernador en Egipto, se había lavado en los baños del emperador. Obligó á su preceptor, Séneca, á darse la muerte; este filósofo le había ofrecido todos sus bienes. Había prometido á Bunhus, jefe del pretorio, un remedio para el mal de garganta, y le envió un veneno; y de la misma manera mató á los libertos ricos que más le habían ayudado.

XXXI.—No fué menos cruel con los extraños.

Apareció varias noches un cometa con barba, astro que, según se dice, amenazaba los poderes; turbado, llamó al astrólogo Babilus, quien le dijo que los príncipes destruirían este presagio con asesinatos expiatorios, haciéndolo caer sobre la cabeza de los grandes. Desde aquel momento resolvió destruir todo lo que había de ilustre en Roma, y para que no le faltara pretexto descubrió las dos conjuraciones de Pisón y Vinicio. Hizo comparecer á los conjurados con triples cadenas; unos negaron y otros le dijeron que sólo con la muerte se podía borrar la infamia de que estaba cubierto. Los hijos de los conjurados fueron arrojados de Roma, y murieron envenenados ó de hambre. Unos fueron estrangulados, en una comida, con sus preceptores y sus esclavos, y otros fueron privados de todo alimento.

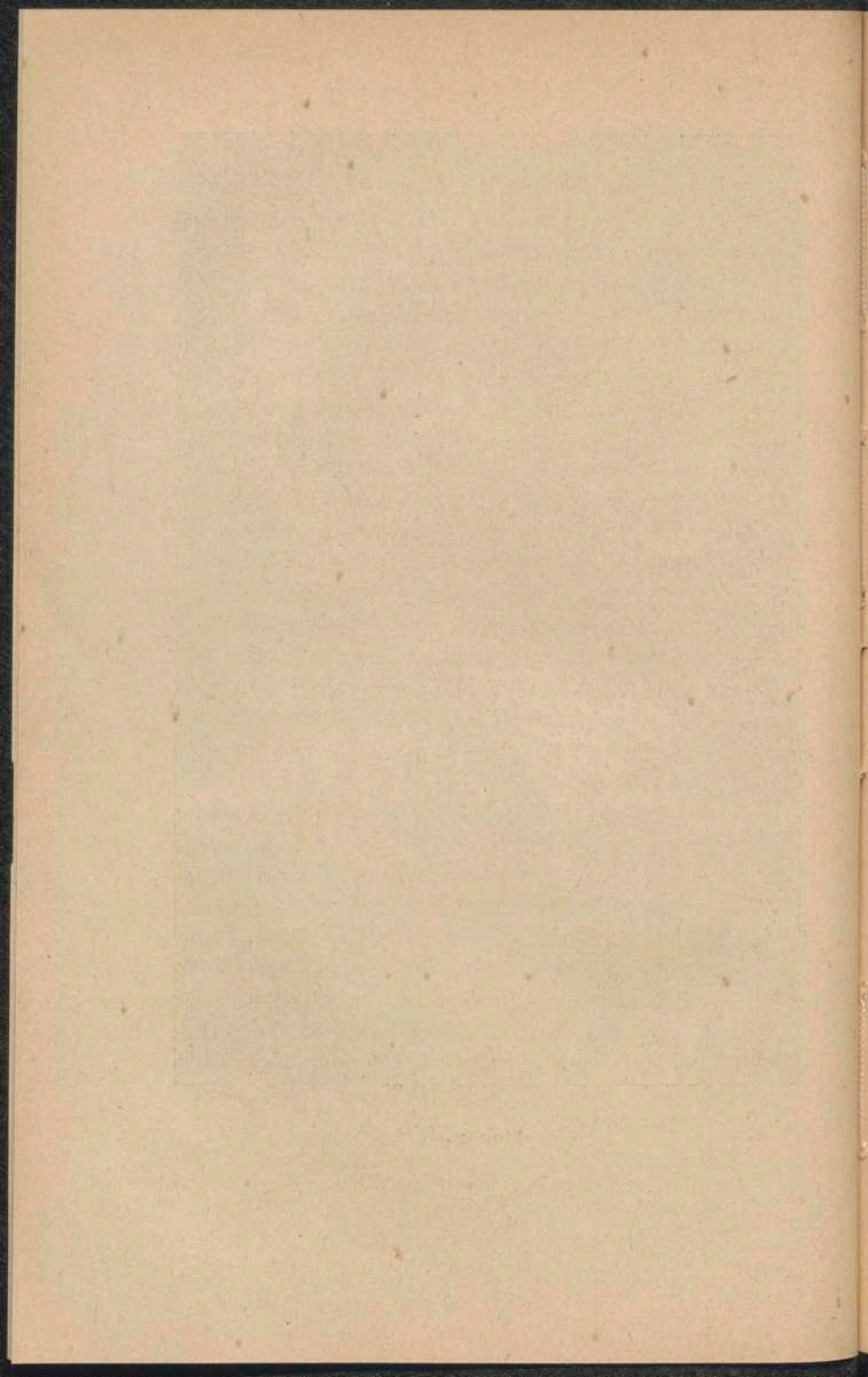
XXXII.—Desde entonces sacrificó indistintamente con toda clase de pretextos á todos aquellos de quienes quería deshacerse. Le imputó como crimen á Salvidienus Orfitus el haber alquilado á extranjeros tres tiendas situadas en su casa, junto á la plaza pública; á Casius Longinus, jurisconsulto ciego, el haber colocado el retrato de Casius, el asesino de César, entre los de sus antepasados. No se les daba más que una hora para morir á los que eran condenados, y con la sentencia de muerte se les enviaba un médico para que les *asistiera*, según su frase, esto es, para que les cortara las venas. Quiso dar de comer hombres á un egipcio que co-

mía carne cruda. Pretendía que antes que él ningún príncipe supo lo que se puede hacer desde un trono. Dió á entender muchas veces que exterminaría á los senadores y daría el mando de las tropas á los caballeros romanos y á los libertos. Jamás abrazó ni saludó á ningún senador, y el ruego que dirigió antes de comenzar los trabajos del istmo, pronunció votos por él y por el pueblo romano sin mencionar al Senado.

XXXIII.—No respetó al pueblo romano, ni aun los muros de Roma. Repitiendo el proverbio griego: «Que con mi muerte todo perezca», lo enmendó así: «Que todo perezca en mis días», y obró en consonancia. En efecto, molestado, según decía, por el mal gusto de los edificios antiguos, la pequeñez y la irregularidad de las calles, prendió fuego á la ciudad tan públicamente, que los ciudadanos consulares no osaron apresar á los esclavos que incendiaban sus casas con estopas ardiendo. Los graneros inmediatos al palacio de oro fueron destruidos por máquinas de guerra porque eran de piedra sillar; el incendio duró seis días y siete noches. El pueblo, mientras tanto, estuvo retraído en las catacumbas. El fuego consumió infinito número de casas particulares, las moradas de los ancianos generales, adornadas todavía con despojos de los enemigos, los templos edificadas por los reyes de Roma y todos los monumentos más notables de la antigua república. Miraba el espectáculo desde lo alto de la torre Mecenas, encantado, según



Nerón.



decía, de la belleza del fuego y cantando, en traje de comediante el *Incendio de Troya*. Había dicho que permitiría aprovechar los despojos; pero ávido de enriquecerse con ellos no permitió que nadie se aproximara. Para reconstruir la ciudad impuso contribuciones que arruinaron á las provincias y los particulares.

XXXIV.—A los males causados por él, hay que añadir algunas desgracias ocurridas en su reinado: una peste, que mató treinta mil personas; una derrota sangrienta en Inglaterra, seguida de la pérdida de dos importantes fortalezas, y otra en Armenia, en la que las legiones tuvieron que rendirse á discreción.

Lo más sorprendente es lo bien que soportaba las sátiras y las injurias; con nadie fué más dulce que con los que se las dirigían en prosa y verso.

Se publicaron contra él muchos epigramas griegos y latinos, tales como éstos:

*La recién casada, Nerón, ha muerto á su madre.  
Mientras Nerón temple las cuerdas de su arpa,  
templa el Partho las cuerdas de su arco; el uno será  
Apolo músico; el otro, Apolo arquero.*

No persiguió á los autores, y se opuso á que se castigara severamente á los que fueron denunciados al Senado. Isidoro le dijo en público: «Cantad á maravilla los males de Nauplius y comed bien.» El actor Destus le saludó así: «Salud, padre mío; salud, madre mía»; con signos de beber y nadar, como aludiendo á la muerte de Claudio y de Agri-

pina. Nerón se contentó con desterrarlos de Roma á los dos.

XXXV.—El mundo, después de haber soportado á este monstruo cerca de catorce años, hizo por fin justicia. Vindex, que comandaba las Galias como propretor, dió la señal sublevando su provincia.

Se le predijo á Nerón que sería despojado, y por esto repetía: «El artista vivirá sobre todo.» También se le había prometido que después tendría el imperio de Oriente y el reino de Jerusalén, y que el de Roma le sería devuelto. El recobrar la Armenia y la Inglaterra le hizo creer en este augurio. La primera noticia de la sublevación la tuvo en Nápoles, el aniversario del día en que había muerto á su madre; no le causó ningún efecto: fué á ver un combate de atletas y lo contempló con atención. Recibió noticias más graves y se desató en amenazas contra los revoltosos. Durante ocho días no se ocupó del asunto.

XXXVI.—Al fin escribió al Senado, excitándole á vengar al imperio y excusándose de ir á Roma por un mal de garganta. Nada le indignó tanto como el verse tratado por Vindex de mal músico y llamado Enobarbus en vez de Nerón. Como continuamente llegaban malas noticias, tomó asustado el camino de Roma. Un frívolo presagio le devolvió la calma: vió en el camino un bajorelieve, que representaba un soldado galo vencido por un caballero romano, y, transportado de júbilo, dió gracias á los dioses. Ya en Roma, no reunió al pueblo ni al Senado; tuvo

consejo con algunos caballeros que llamó á su casa, y pasó el resto del día ensayando unas nuevas máquinas hidráulicas.

XXXVII.—Pero ante la nueva insurrección de Galba y de las Españas, perdió el ánimo y quedó mucho tiempo tendido en tierra medio muerto. Vuelto en sí, desgarró sus ropas y se golpeó la cabeza. Su nodriza le consolaba, recordándole parecidas desgracias acaecidas á otros príncipes; él contestaba que la suya no tenía ejemplo, pues perdía el trono antes que la vida. Sin embargo, no cambió su vida muelle y afeminada. Habiendo recibido algunas noticias felices dió un gran banquete, y contra los jefes de la revolución hizo sátiras, que cantó con gestos grotescos que coreaba el público; asistió secretamente al espectáculo, y envió á decir á un comediante que lo hacía mal, que se considerara feliz porque César tenía otras preocupaciones.

XXXVIII.—Se asegura que ante la revolución concibió proyectos dignos de su carácter: quería estrangular á todos los gobernadores y lugartenientes de las provincias; asesinar á todos los desterrados y á todos los galos que había en Roma; autorizar á las legiones para que saquearan las Galias; envenenar al Senado entero en un festín; prender fuego á Roma, y lanzar bestias feroces contra el pueblo. Disuadido de esto, acaso por el miedo, se creyó obligado á huir. Destituyó á los cónsules y asumió sus cargos, creyendo que así sometería las Galias, según declaró en un festín, diciendo que iba

aquella noche á componer los cantos de victoria.

XXXIX.—El primer preparativo de marcha fueron los instrumentos de música; cortó los cabellos á sus concubinas, y las llevó armadas de hachas y escudos y vestidas de amazonas. Llamó á las armas á las tribus de Roma y no acudieron; exigió á cada amo un cierto número de esclavos y eligió los mejores. Hizo pagar los tributos antes de tiempo, en plata y oro recién acuñados, á lo cual se resistieron los contribuyentes.

XL.—La carestía de los víveres hizo más odiosos á los atletas; en este tiempo llegó de Alemania un bajel cargado de arena para ellos y el pueblo se sublevó; al pie de su estatua se puso este cartel: «Llegó el momento del combate», y por la noche las gentes pedían á gritos un *vengador*.

XLI.—Sus temores aumentaron con los sueños y presagios funestos. Después de la muerte de su madre soñó que le quitaban de la mano el timón de un navío y su mujer Octavia le arrastraba á las tinieblas. Las puertas del mausoleo del Campo de Marte se abrieron por sí mismas y se oyó una voz que llamaba á Nerón. El día de las calendas de Enero, los dioses lares se cayeron en el momento de recibir las ofrendas. Se observó, también, que en el papel de Edipo, el último que había representado, cayó al suelo en el teatro al decir este verso:

*Madre, esposa, parientes: todos queréis que muera.*

XLII.—Enseguida supo que todos los ejércitos

se adherían á Vindex. Desgarró la carta que le trajo la noticia cuando comía, tiró la mesa, rompió dos vasos que apreciaba en mucho y los llamaba homéricos porque tenían esculpidos asuntos de la Iliada; se hizo traer veneno por Locusta, lo guardó en una caja de oro y se fué á los jardines de Servilius. Mientras sus libertos más jóvenes iban á Ostia para preparar bajeles, quiso convencer á los centuriones y tribunos para que protegieran su huída, pero no pudo; uno le dijo: «¿Es tan difícil morir?» Entonces pensó si se retiraría con los parthos, ó iría á echarse á los pies de Galba, ó pediría perdón en la tribuna de las arengas, ó renunciaría al imperio, solicitando el gobierno de Egipto. Entre sus papeles encontró un discurso sobre este asunto; pero desistió porque se le dió á entender que podían hacerle pedazos antes de llegar á la plaza pública. Dejó su resolución para el día siguiente: despertó á media noche y vió que sus guardias le habían abandonado. Se levantó, mandó llamar á sus amigos y ninguno acudió; fué á sus casas y encontró las puertas cerradas; volvió á su cuarto, los centinelas le habían robado las colgaduras del lecho y la caja de oro con el veneno. Preguntó que quién quería estrangularle; pero no encontrando quien lo hiciera, gritó: «¡No tengo amigos, ni enemigos!», y corrió para precipitarse en el Tíber.

XLIII.—Se detuvo y pareció desear un pequeño retiro para sus últimos momentos. Su liberto

Phaon le ofreció un campo entre la vía Salaria y la Nomentana, á cuatro millas de Roma. Montó á caballo con los pies desnudos, envuelto en un manto viejo y con un velo en la cabeza; le seguían cuatro personas, entre ellas Sporus. Creyó sentir un temblor de tierra y notar un relámpago en sus ojos. Oyó también á los soldados, que hacían imprecaciones contra él y votos por Galba; uno, al pasar, dijo: «He ahí á los que persiguen á Nerón»; y otro les preguntó: «¿Qué se sabe de Nerón?» El olor de un cadáver asustó á su caballo; al caer al suelo se le descubrió el rostro, y un soldado le saludó por su nombre. Antes de llegar al retiro despidió los caballos; Phaon le aconsejó que se ocultara en una caverna llena de arena, y contestó que no quería enterrarse vivo. Como era difícil entrar en la caseta de su liberto sin ser visto por los enemigos, se hizo en el muro un agujero, y por él pasó arrastrándose hasta llegar á una sala angosta, en donde se tendió sobre un mal colchón y se arropó con una manta vieja. Acosado por el hambre y la sed, le ofrecieron pan muy salado y lo rehusó, y agua tibia, de la cual bebió un poco.

XLIV.—Todos los presentes le exhortaban á no sufrir las afrentas que le amenazaban. Hizo cavar su fosa en su presencia y á la medida de su cuerpo; pidió que se pusieran algunos mármoles si se encontraban, y que se trajera agua y leña para rendir á su cadáver los últimos honores, llo-

rando continuamente y repitiendo confrecuencia: «¡Qué suerte para un gran músico!» En medio de estos preparativos un correo trajo un billete á Phaon; lo arrebató y vió que el Senado le declaraba enemigo de la patria y le hacía buscar para castigarle á la última pena. Preguntó que cuál era ésta, y se le dijo que colgarle desnudo por el cuello de un gancho y azotarle hasta que muriera. Asustado sacó dos puñales que tenía, y, mirando su punta, dijo que su hora fatal no había llegado. Tan pronto excitaba á los demás á llorar, como á que alguno se matara antes para darle ejemplo. Algunas veces se reprochaba su debilidad, diciéndose: «Mi vida es vergonzosa é infame; lo que he hecho no es digno de Nerón; hay que tomar un partido; vamos, Nerón, ámate.» Ya se acercaban los caballeros que tenían orden de cogerlo vivo; los oyó, y temblando dijo un verso griego, que significa:

A mi oído llega ruido de caballos.

Al fin se clavó el hierro en la garganta auxiliado por su secretario. Un centurión, como si quisiera socorrerlo, trató de sacarle el puñal, y Nerón le dijo: «¡Bah!, es tarde; he aquí la fidelidad.» Pronunciando estas palabras expiró con los ojos abiertos y fijos, como para causar terror á los que le veían. Había recomendado que no se dejara su cabeza en poder de los enemigos y se la quemara de cualquier modo, y así se hizo.

XLV.—Sus funerales costaron doscientos mil sestercios. Sus nodrizas, Egloga y Alejandra y su mujer Actea, encerraron sus cenizas en la tumba de Domitius, que estaba en una altura en el Campo de Marte. En este monumento se ve un solio de pórfiro y sobre él un altar de mármol español rodeado de una balaustrada de mármol thario.

XLVI.—Su talla era mediana; tenía el cuerpo cubierto de manchas, los cabellos castaños, más belleza en las facciones que en el rostro; los ojos, azules; la vista, baja; el cuello, grueso; el vientre, abultado; las piernas, cortas, y el temperamento, robusto. A pesar de sus abusos, sólo tres veces estuvo enfermo durante los catorce años. En sus ropas no atendía á la solemnidad ni á la decencia.

XLVII.—Ensayó todas las artes. Su madre le apartó del estudio de la filosofía que, á su juicio, no era útil para un príncipe, y Séneca lo alejó de los antiguos oradores. Dedicado á la poesía, compuso versos con facilidad; no es cierto que diera los de otros como suyos; he visto algunos de sus originales; están escritos de su mano y llenos de tachaduras, como propiamente escritos en el momento de componerlos.

XLVIII.—También le gustaron la pintura y la escultura; pero celoso de los aplausos del pueblo, tuvo envidia á todos los que con cualquier motivo los ganaban. Se dijo que, además de presentarse en el teatro, se presentaría en la arena con los atletas en los juegos olímpicos; se adiestraba, en

efecto, en la lucha y gimnasia, y concurría siempre entre los jueces de estos juegos. Rival de Apolo en el canto y del Sol en el arte de guiar un carro, quiso serlo también de Hércules, y se aseguró que tenía preparado un león para luchar con él en la arena en presencia del pueblo.

XLIX.—Hacia el fin de su vida había hecho voto, si salía vencedor, de tocar en el teatro la flauta y la cornanusa, y danzar el *turnus*. Se dice que hizo matar al histrión Paris, como antagonista y rival irreducible.

L.—El deseo de la inmortalidad era en él una ciega manía. Cambió el nombre de muchos lugares para sustituirlo con el suyo. Llamó al mes de Abril Nerón, y quiso llamar á Roma Nerópolis.

LI.—Despreciaba todos los cultos menos el de la diosa de Syria; este mismo concluyó también por despreciarlo y orinar en su estatua. De otra superstición se vió constantemente atacado: llevó siempre el retrato de una niña desconocida que un hombre del pueblo le dió como talismán para descubrir las conspiraciones. Como la de Pisón estalló al mismo tiempo, fué su primera divinidad; le hacía tres sacrificios diarios y hacía creer que le predecía el futuro. Algunos meses antes de morir observó las entrañas de sus víctimas, y nunca encontró un presagio feliz.

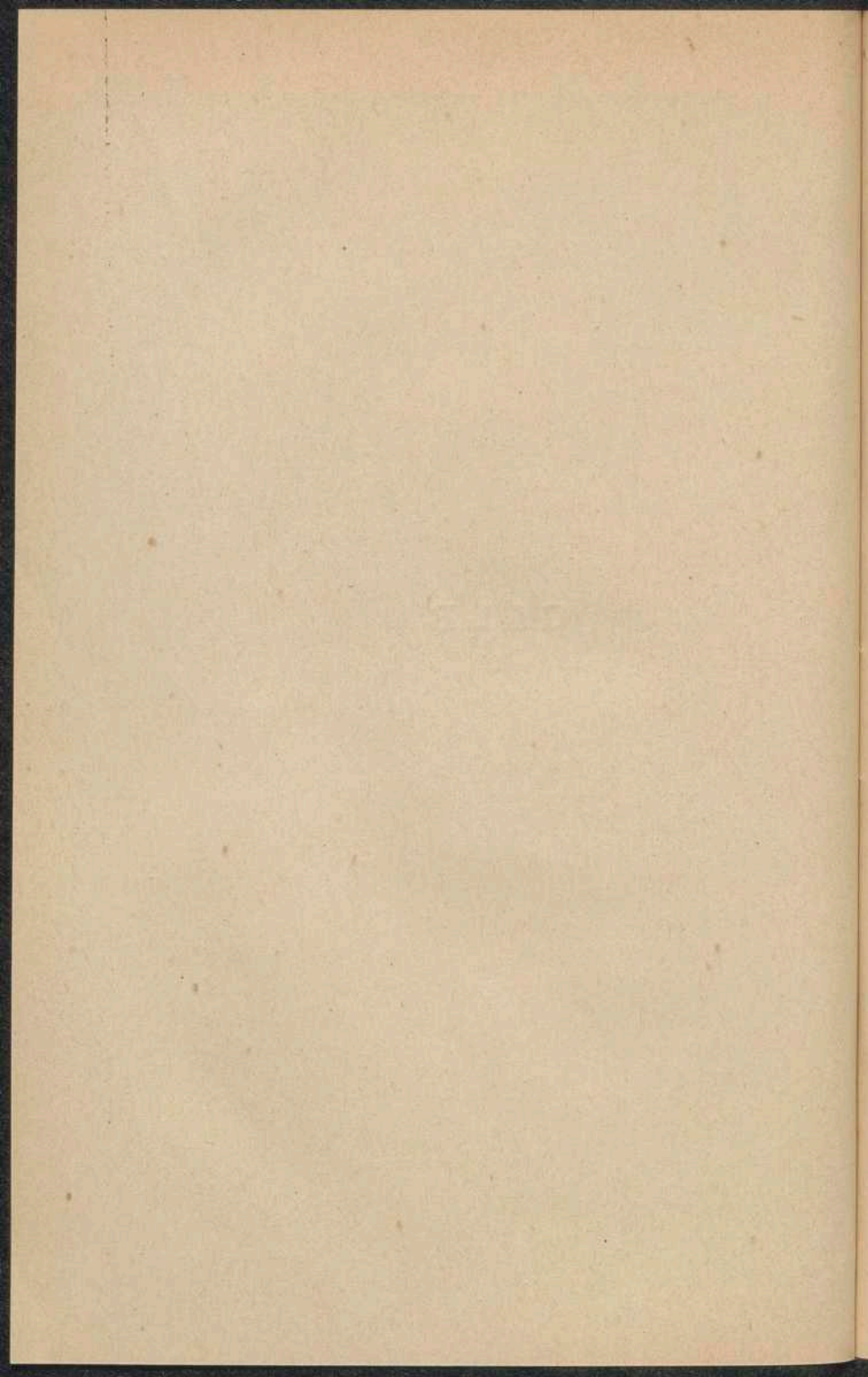
LII.—Murió á los treinta y dos años de edad, en el mismo día que había dado muerte á Octavio. El gozo público fué tan grande, que el pueblo co-

rría por las calles llevando sobre su cabeza el gorro de la libertad; sin embargo, hubo ciudadanos que mucho después de su muerte fueron todavía á llevar flores á su tumba en invierno y estío, y llevaban á la tribuna de las arengas sus estatuas vestidas de púrpura. Vológeres, rey de los parthos, habiendo enviado embajadores para renovar su alianza, estipuló que sería honrada la memoria de Nerón.

Por último, recuerdo que hace veinte años, cuando yo era muy joven, un aventurero que se decía Nerón fué muy bien acogido entre los parthos á favor del nombre supuesto, recibió grandes donativos y no nos fué devuelto sino al cabo de largas instancias.

---

GALBA





VII

G A L B A

---

I.—La familia de los Césares se extinguió en Nerón, como habían anunciado dos presagios, entre otros muchos: Livia, muy poco después de su matrimonio con Augusto, fué á ver su casa de Veies, cuando un águila, volando en torno suyo, dejó caer en su seno una gallina blanca que había cogido y tenía en su pico una rama de laurel. La gallina incubó tantas crías, que desde entonces se llamó aquella casa *La casa de los pollos*, y el laurel creció tanto, que los Césares cogieron ramas de él para sus triunfos, aunque teniendo cuidado de plantar otra por cada una que cogían. Se observó que á la muerte de cada uno, las ramas que había plantado se secaban. El último año del reinado de Nerón secáronse todas las plantas, hasta las raíces, y murieron todos los pollos; la tempestad destruyó



el palacio de los Césares; las cabezas de sus estatuas cayeron al suelo y, asimismo, cayó el cetro de las manos de Augusto.

II.—Galba no fué aliado de los Césares, pertenecía á la nobleza. Se inscribía en sus estatuas como descendiente de Quintus Catulus Capitolinus, y cuando fué emperador expuso en el vestíbulo de su palacio su árbol genealógico, en el que se hacía descender de Júpiter, por parte de su padre, y de Pasiphae, por parte de su madre.

III.—Sería largo citar todos sus títulos de ilustración. Se ignora de dónde tomó su nombre el primer Galba; según unos, de haber incendiado con una especie de goma, llamada *galvanon*, una villa de España que tenía sitiada desde mucho tiempo atrás; según otros, porque en una enfermedad crónica usaba un remedio llamado *galbeum*; según otros, porque estaba muy *grueso*, que es lo que en lengua gala significa *galva*. Entre los más distinguidos de esta familia, se debe citar á Sergius Galba, que fué cónsul y el hombre más elocuente de su tiempo. Se dice de él que, siendo pretor en España, asesinó á treinta mil lusitanos y originó la guerra de Viriato. Su hijo, irritado contra Julio César, que le negó el consulado, tomó parte en la conjuración de Casius y fué condenado por la ley Pedia. Después de éste vienen el abuelo y el padre de Galba. El abuelo, más ilustre por sus trabajos que por sus dignidades, sólo llegó á pretor y dejó escritas interesantes historias. El padre fué un

abogado muy laborioso, de regular elocuencia y jorobado. Tuvo dos mujeres, Munnia y Livia; ésta, rica y bella, que le quiso por su nobleza y porque, para enamorarla, empezó por enseñarle la joroba para que no se declarase engañada. De la primera tuvo dos hijos: Caius y Segius. Caius se arruinó y, desdeñado por Tiberio en su pretensión de un gobierno, se dió muerte.

IV.—Sergius Galba, el que fué emperador, nació bajo el consulado de Valerius y Léntulus, el 24 de Diciembre, en una casa de campo cerca de Terracina. Adoptado por su suegra, tomó el nombre de Livius Lucius y lo llevó hasta el momento de su reinado. Pasa por cierto que habiendo ido en su infancia con otros niños á saludar á Augusto, éste, acariciándole, le dijo: «También tú, hijo mío, serás emperador.» A Tiberio se le dijo que Galba reinaría, pero á una edad avanzada, y contestó: «Que viva entonces, eso ya no me importa.» A su abuelo, cuando hacía un sacrificio, un águila le quitó de las manos las entrañas de la víctima, y se dice que este era el anuncio del imperio para su familia; cuando se lo dijeron á él, contestó: «Sí, cuando paran las mulas.» Así, cuando Galba preparaba la revolución, lo que más confianza le dió fué el haber visto parir á una mula, lo cual fué mirado por todos como un fenómeno siniestro. Al tomar la ropa viril soñó que la fortuna le decía: «Estoy cansada de llamar á tu puerta; si tú no me recibes, me entregaré al primero que pase.» Al despertar encontró

en su antecámara una pequeña estatua de bronce, que representaba la fortuna. La llevó en su seno á Fuscum, donde tenía costumbre de pasar el estío, la colocó entre sus dioses y la ofreció cada mes un sacrificio. Siempre tuvo costumbre de obligar á sus esclavos y libertos á que le hicieran la corte dos veces al día.

V.—La jurisprudencia fué una de las ciencias que él estudió. Habiendo perdido á su mujer, Lépida, y sus dos hijos, guardó el celibato, no cediendo á las instancias de Agripina, viuda de Domitius, que antes de quedar viudo le hizo insinuaciones tan vivas, que la madre de Lépida la golpeó en una reunión de mujeres. Acompañó mucho á Livia, mujer de Augusto; con ella tuvo gran influencia; al testar le legó cincuenta millones de sectercios; pero como sólo había expresado la cantidad en cifras, Tiberio pretendió que no había tal legado y Galba no pudo conseguirlo.

VI.—En los juegos florales que dió como pretor, presentó dos elefantes que danzaban sobre una cuerda. Después gobernó en Aquitania casi un año y luego fué seis meses cónsul. El azar hizo que sucediera en el consulado á Domitius, padre de Nerón, y que á él le sucediera Othon, padre de Othon el emperador, lo que fué considerado después como un presagio. Calígula le nombró para sustituir á Gentilicus, y al llegar al campo prohibió á los soldados que aplaudieran en los espectáculos; así se decía: «Ha llegado la disciplina.»

Prohibió que se le pidieran permisos, y tuvo á raya á los bárbaros, que se habían esparcido por la Galia. Calígula estuvo tan contento de él y de sus soldados, que fueron los que recibieron más recompensas. Se distinguió mucho ante el emperador, dirigiendo con un escudo en la mano las evoluciones militares y acompañando su carro por espacio de veinte millas.

VII.—A la muerte de Calígula se le exhortaba á que aprovechara la ocasión para elevarse; pero prefirió el reposo; por esto Claudio le distinguió muchísimo. Fué dos años procónsul de Africa, provincia inquietada por los bárbaros y las luchas intestinas. Se condujo con equidad exacta y severa hasta en las cosas más nimias. Un soldado, en una expedición en que los víveres faltaban, había vendido en cien dineros una medida de grano que le quedaba; Galba prohibió que se le volvieran á dar alimentos y murió de hambre. Dos hombres se disputaban la propiedad de una bestia; las pruebas eran equívocas, y resolvió que se la llevara al abrevadero con la cabeza cubierta, que al traerla se la descubriera ante los dos, y al que primero mirara era su amo.

VIII.—En recompensa de sus hechos militares recibió los ornamentos triunfales y un triple sacerdocio, por el que fué agregado al de los *quindecimviro*s, al de los títianos y al de los de Augusto. Hasta la mitad del reinado de Nerón vivió retraído, y jamás salió de la villa en litera sin llevar en

un carro que le seguía un millón de sestercios en oro. Estaba en Fondi cuando le ofrecieron el gobierno de la España Tarraconense. A su llegada á este sitio, cuando sacrificaba en un templo, se le emblanquecieron de pronto los cabellos á un niño que le servía, lo que interpretaron como augurio de que en su vejez sustituiría á un hombre joven, es decir, á Nerón. Poco después cayó una tempestad en un lago de Cantabria y se encontraron doce hachas, lo cual significa poder soberano.

IX.—Su conducta en este gobierno fué desigual. Hizo cortar las manos á un cambiante infiel y clavarlas en su mesa. Hizo crucificar á un tutor, por haber envenenado á su pupilo para quedarse con sus bienes, y como reclamara sus derechos de ciudadano romano, Galba, para dulcificar la pena, le dió una cruz más alta y de madera blanca. Poco á poco cayó en el relajamiento y la pereza para no dar celos á Nerón, y porque, según decía, nadie estaba obligado á dar cuentas de su ociosidad. Tenía en Cartagena las sesiones de la justicia y del comercio, cuando supo la sublevación de las Galias. El comandante de Aquitania le pedía socorros, cuando recibió una carta de Vindex, que le exhortaba á declararse el vengador y el dueño del género humano; se determinó sin dudar, tanto por temor como por ambición, pues había sorprendido algunas disposiciones de Nerón para deshacerse de él. Iba animado por los auspicios citados y porque el oráculo de Júpiter Cluniano aseguró que

muchos años atrás se había profetizado que de España saldría un hombre que gobernaría todo el Universo.

X.—Subió á su tribunal haciendo que le trajeran las efigies de los ciudadanos que Nerón había hecho perecer, y mostrando á la multitud un joven que había hecho venir de las islas Baleares, en donde estaba desterrado, no obstante su preclara nobleza. Deploró el estado del imperio, y proclamado emperador, dijo que solo quería ser el lugarteniente del Senado y del pueblo romano. Enseguida, suspendidas todas las funciones jurídicas, hizo levas en las provincias, con las que formó legiones y tropas auxiliares para reforzar su ejército, que solo constaba de una legión, dos escuadrones y tres cohortes. Formó una especie de Senado compuesto de ancianos para tratar las cuestiones más importantes. Entre los caballeros eligió jóvenes que conservaran el derecho de llevar anillos de oro, que debían servirle para su guardia personal. Repartió manifiestos exhortando á todos á reunirse para la causa común. Fortificando una villa que eligió para plaza de armas, encontró un anillo antiguo que tenía grabado un trofeo de victoria. Un bajel de Alejandría llegó á Tortosa cargado de armas, sin piloto ni marineros, y con esto nadie dudó de que los dioses protegerían la guerra; pero de pronto todo estuvo á punto de perderse. Uno de los cuerpos de caballería, arrepintiéndose de haber violado su juramento, quiso abandonar á

Galba, y á duras penas fué retenido. Los esclavos que un liberto de Nerón le había regalado, quisieron matarle en un camino que conducía á los baños; Galba les oyó excitarse mutuamente á buscar la ocasión, los mandó al tormento y allí confesaron su propósito.

XI.—Entre tantos peligros supo la muerte de Vindex, que le consternó, hasta el punto de renunciar á la vida; pero las noticias de Roma le reaseguraron; supo que Nerón había muerto y que todos le hacían á él juramento de fidelidad. Abandonó el título de lugarteniente del imperio y tomó el de César. Púsose en marcha en traje de guerrero, con un puñal colgado al cuello, y no volvió á ponerse la toga hasta después de la muerte de los que le disputaban el imperio.

XII.—Su reputación de avaricia y crueldad llegó hasta Roma. Se sabía que había impuesto grandes multas en España, y en las Galias se habían resistido á aceptarle; que había castigado muchas villas tirando sus murallas; que había condenado á muerte á muchos comandantes con sus mujeres y sus hijos. Cuando entró, se confirmó su reputación. Quiso reducir á su primer estado á las tropas marítimas que habían obtenido privilegios de Nerón, y, como se resistieran, envió contra ellas falanjes de caballería y las diezmó. Disolvió la guardia alemana de los Césares, cuya fidelidad estaba probada; la despidió sin recompensas, so pretexto de que era adicta á C. Dollabella, cuyos jardines es-

taban contiguos al campamento de los alemanes. Se publicaban rasgos de su avaricia, á veces inexactos, que le hacían despreciable. Se decía que había suspirado viendo su mesa servida con más abundancia que de ordinario; que cuando su intendente le presentó las cuentas, le dió un plato de legumbres como recompensa á su exactitud, y que al hallarse muy contento de un tocador de flauta llamado Canus, le dió cinco dineros que sacó de su bolsa.

XIII.—No tuvo una acogida muy favorable, como se vió en el primer espectáculo, pues habiendo comenzado los actores á cantar el trozo cuyas primeras palabras son:

Viene el aldeano de su aldea,

el pueblo acabó la canción y se repitió muchas veces.

XIV.—En el trono no tuvo actos de gran príncipe, y se le vió más propicio al mal que al bien. Estaba auxiliado por tres hombres que vivían en su palacio y no le abandonaban; los llamaba él sus pedagogos, y eran: Vinius, su lugarteniente de España, desenfrenado en sus deseos; Lacón, prefecto del pretorio, insoportable por su arrogancia y su molicie, y el liberto Icelus, honrado antes con el anillo de oro. Estos tres hombres, cuyos vicios eran diferentes, gobernaban con despotismo al viejo emperador, que se había entregado á ellos sin reservas. Tan pronto se mostraba excesivamente duro,

como excesivamente indulgente; condenó sin proceso á ciudadanos ilustres por las más ligeras sospechas. Dió pocas veces la ciudadanía romana, y habiéndole rogado los jueces que añadiera una sexta decuria á las cinco primeras, no sólo se negó, sino que les suprimió las vacaciones que Claudio les había concedido.

XV.—Con esta conducta se alejó casi todos los órdenes del Estado y, sobre todo, el ejército. Sus amigos, al recibirle juramento de fidelidad, habíanse creído en el deber de prometerle una gratificación; él la negó, y dijo que tenía costumbre de reclutar soldados, pero no de comprarlos. Esta respuesta sentó mal á todos los cuerpos militares, y especialmente á los pretorianos. Las legiones alemanas estaban disgustadas por no haber recibido recompensas en sus expediciones contra Vindex y los galos, y el día de las calendas de Enero sólo quisieron prestar juramento ante el Senado. Decían que estaban descontentas del emperador elegido en España y que deseaban uno á gusto de todas las tropas.

XVI.—Enterado de todo esto, Galba creyó que le odiaban porque no tenía un hijo. Siempre había querido mucho á Pisa Frugi Licinianus, joven de mucho mérito y elevado nacimiento; comenzó á llamarlo «hijo mío» y lo adoptó en presencia de los soldados, sin hablar nada de la gratificación prometida, lo cual dió medio á Marcus Salvius Othon de ejecutar sus designios á los seis días de aquel acto.

XVII.—Desde el principio de su reinado hubo prodigios que le anunciaron su fin trágico. Un toro que iba á ser sacrificado, herido por el hacha, rompió sus ligaduras, salió corriendo y cubrió á Galba de sangre, subiendo á su carro. Al bajar el emperador estuvo á punto de ser herido por la lanza de uno de sus guardias. Al entrar en Roma en su palacio la tierra tembló. Tenía un collar de perlas y piedras preciosas, con el que quería adornar su estatua de la Fortuna; cambió de parecer, y creyó que lo merecía más la Venus del Capitolio; la noche siguiente creyó oír en sueños á la Fortuna, que se quejaba y le amenazaba con retirarle sus bienes. Asustado, corrió á Tusculum para ofrecer un sacrificio, y allí sólo encontró unos carbones encendidos sobre un altar y un viejo, vestido de luto, que llevaba el incienso en un vaso de tierra. En un sacrificio el día de las calendas de Enero, se le cayó la corona de la cabeza y los pollos sagrados volaron, etc.

XVIII.—El día en que murió, un auspicio le dijo por la mañana que tuviera cuidado, porque sus asesinos no estaban lejos. Poco después supo que Othon era dueño del campo; se le aconsejó que marchase á contener los ánimos con su presencia y su autoridad, pero optó por fortificarse en su palacio. Los conspiradores vinieron con objeto de sacarle, y le dijeron que la tormenta había pasado, que los levantiscos estaban castigados y que todos venían á reiterarle su obediencia. Salió tan

confiado que, á uno que se envanecía de haber muerto á Othon, le preguntó: «¿Por orden de quién?» Llegó hasta la plaza pública; los caballeros que tenían orden de matarle, apartaron la multitud con sus caballos, y habiéndole visto de lejos se detuvieron un momento; después continuaron su tarea y, viéndole abandonado de los suyos, le asesinaron.

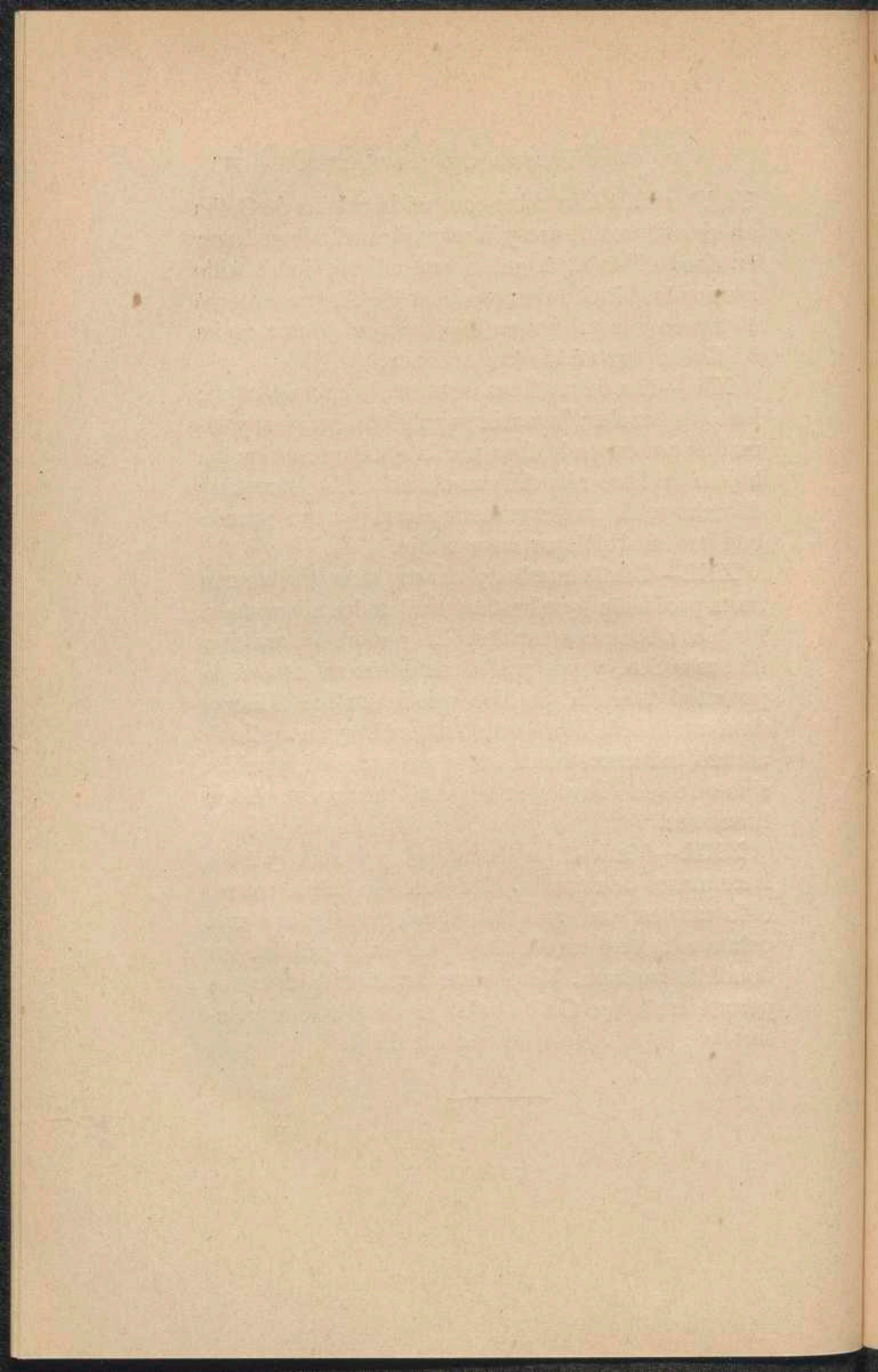
XIX.—Se dice que gritó en los primeros momentos: «¿Qué hacéis, camaradas? Estoy con vosotros y vosotros estáis conmigo», y hasta prometió dinero. Otros cuentan que presentó el cuello excitándoles á pegar, si de ello habían recibido orden. Ninguno de los presentes acudió á socorrerle, y algunos á quienes había mandado llamar no acudieron, excepto una legión alemana de caballería, pues este cuerpo le era adicto porque le atendía bien en sus enfermedades. Cuando fueron á socorrerle se equivocaron de camino y llegaron tarde. Fué estrangulado junto al lago Surtius y abandonado en la plaza, hasta que un soldado que pasaba le cortó la cabeza. No pudiendo cogerla por los cabellos, porque era calva, la cogió en sus ropas y, metiéndole el pulgar en la boca la presentó á Othon, quien la entregó á sus guardias, que la pusieron en una pica y la pasearon con grandes risas gritando: «Vamos, hermoso Galba, goza de tu juventud.» Con esta broma insolente se aludía á que poco antes á uno que le había cumplimentado por su buen rostro, le contestó: «Aún me siento fuerte.»

Un liberto de Patrobius compró la cabeza de Galba en cien piezas de oro y la expuso en el mismo lugar en donde Nerón, á quien era adicto, había sido asesinado. Mucho tiempo después, Argus enterró el tronco y la cabeza en los jardines de una casita de Galba junto á la vía Aureliana.

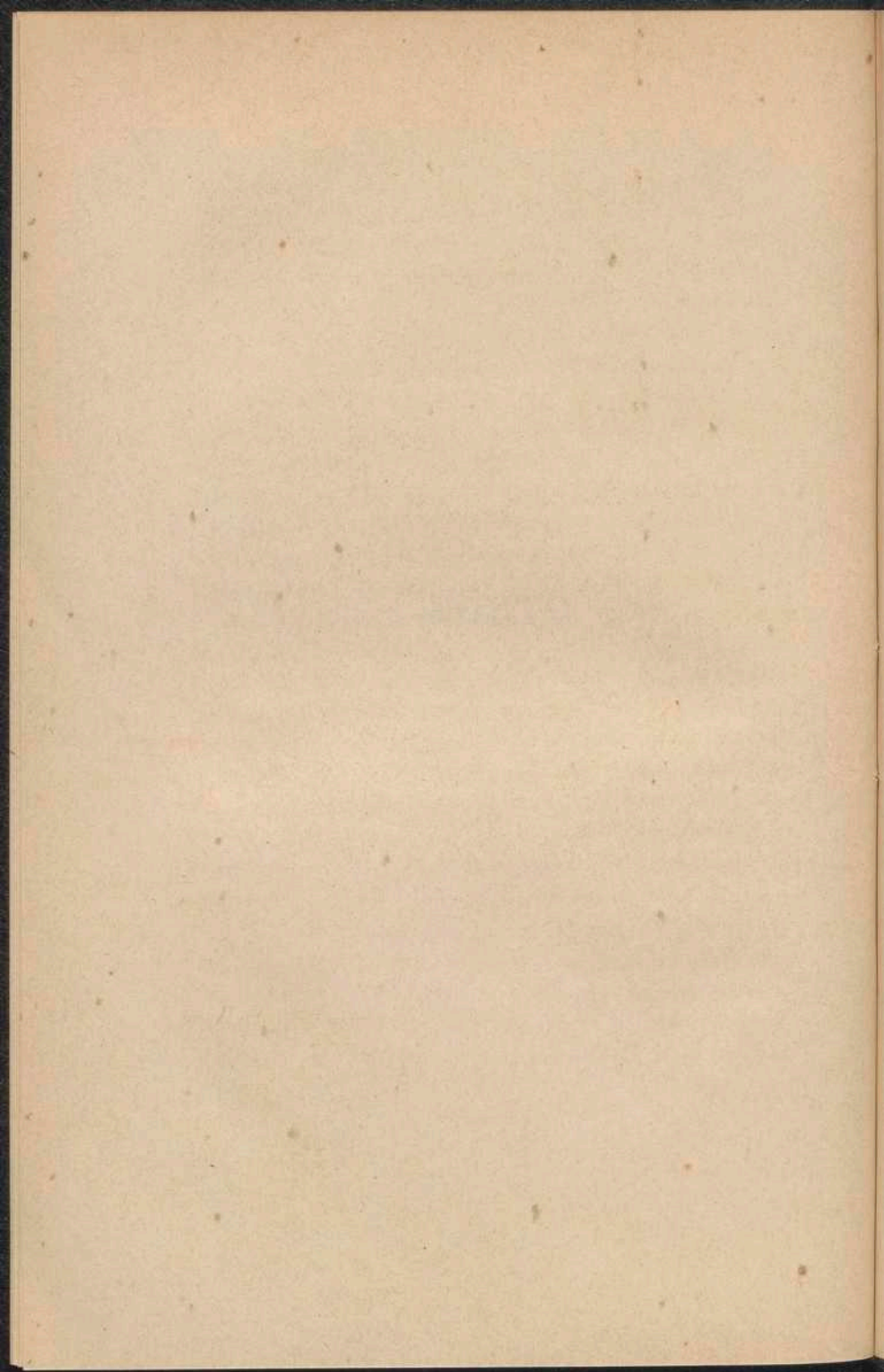
XX.—Era de mediana estatura; la cabeza, calva; los ojos, azules; la nariz, aguileña; los pies y las manos tan contrahechos por la gota que no podía hojear un libro ni sufrir un calzado. En el costado derecho tenía una excrecencia carnosa tan grande que necesitaba llevar un vendaje.

XXI.—Comía mucho, y sus cenas se servían con tanta profusión, que hasta se tiraban los alimentos á los pies de los comensales. La pederastia era uno de sus vicios, y prefería la madurez robusta á la juventud delicada. Se dice que Icelus fué á España á anunciarle la muerte de Nerón, y no sólo le abrazó indecentemente en presencia del pueblo, sino que se lo llevó aparte para entrar con él en funciones.

XXII.—Murió á los setenta y tres años y á los siete meses de reinado. El Senado le había concedido una estatua, que debía colocarse sobre una columna rostral en el sitio de la plaza pública en donde le mataron. Vespasiano anuló este decreto, porque creía que Galba había enviado á Judea asesinos de España para deshacerse de él.



OTHON





## VIII

### OTHON

---

I.—La familia de Othon, originaria de Ferenti, era una de las principales de Toscana. Su abuelo M. Salvius Othon, hijo de un caballero y una plebeya, fué senador por la protección de Livia, y llegó á la pretura. Su padre Lucius fué muy querido de Tiberio, á quien se parecía tanto, que algunos le creyeron hijo suyo. Ejerció con severidad algunas magistraturas. En la Iliria, condenó á muerte en la plaza pública á los soldados que, comprometidos con Camillus contra Claudio, se habían arrepentido y asesinado á sus jefes. Esto le hizo perder para con Claudio; pero volvió á su gracia cuando le descubrió la conspiración de un caballero romano que quería matarle. El Senado le hizo el honor rarísimo de concederle una estatua en el monte Palatino. Claudio lo agregó á los pa-

tricios y dijo de él: «Yo sería feliz si tuviera hijos parecidos á él.» De su esposa Albia Terentia, mujer de ilustre nacimiento, tuvo dos hijos. Lucius Titianus y Marcus Salvius, que se llamó de sobrenombre Othon. Tuvo también una hija que se casó con Drusus, hijo de Germánicus, antes de ser núbil.

II.—El emperador Othon nació en 28 de Abril, bajo el consulado de Camillus Armutius y Domitius Enobarbus. Fué desde su infancia escandaloso y libertino y muy castigado, á consecuencia, por su padre. De noche corría por las calles manteando á los lisiados y á los borrachos. Muerto su padre, se asoció á una liberta que tenía gran influencia en la Corte y, aunque era muy vieja, fingió enamorarse de ella. Se presentó á Nerón, que le contó entre sus mejores amigos, ó mejor dicho, entre sus compañeros de crápula. Fué tan poderoso, que consiguió la absolución de un condenado por concusión á cambio de una fuerte suma.

III.—Confidente de todos los secretos de Nerón, dió una comida muy delicada á este príncipe y á su madre el día en que ella debía morir, para borrar mejor las sospechas. Simuló un matrimonio con Popea, mujer de Nerón, y no contento con hacerse amar por ella, tuvo celos del mismo Nerón; al fin, el matrimonio se deshizo, y Othon fué enviado á Lusitania como questor. El pueblo comentó estos escándalos con punzantes epigramas.

Gobernó su provincia diez años con moderación, y desinterés.

IV.—En la revolución de Galba creyó encontrar una ocasión para vengarse. Fué el primero que le siguió, y concibió desde luego la esperanza de reinar, tanto por el estado del imperio, como por las predicciones del astrólogo Selencus, quien le había predicho que sucedería á Nerón. No perdonaba medio de ganar partidarios y amigos. Cuando daba comidas á Galba, repartía monedas de oro á los soldados que estaban de guardia. Un soldado le pidió recomendación en un pleito que tenía con un vecino sobre límites de tierras; compró todo el terreno y se lo dió al soldado. Así, todos le consideraban como digno del imperio.

V.—Esperaba ser adoptado por Galba; pero frustrado su deseo y empujado por las deudas y la sed de venganza, se resolvió á emplear la fuerza. No encontraba más solución que el imperio, y prefería sucumbir al hierro de los enemigos á las persecuciones de los acreedores. Había sacado algunos días antes un millón de sestercios á un esclavo de Galba, por la plaza de intendente, y con esta suma pretendió destronar al viejo emperador. Confió su designio á cinco soldados, á los que se asociaron otros diez; dió á cada uno cinco grandes sestercios, y les prometió cincuenta. Estos sedujeron á otros y encontraron muchos partidarios.

VI.—Pensaba presentarse en el campo cuando la adopción de Piron y sorprender á Galba en la

mesa; pero no lo hizo por miedo á la cohorte que estaba de guardia, pues era la misma que había dejado matar á Calígula y había abandonado á Nerón; una tercera traición la hubiera deshonrado. Se detuvo unos días y, al fin, mandó á los suyos que le esperasen en la plaza pública frente al templo de Saturno, en la *Columna de oro*. Fué por la mañana á saludar á Galba, que le abrazó según su costumbre; en seguida un liberto vino á anunciarle que los arquitectos estaban allí; esta era la señal convenida. Salió como para ver una casa que quería comprar, y se ocultó por una puerta secreta del palacio como para ir á una cita. En una litera de mujer tomó el camino del campo; pero cansados los que le llevaban, marchó algún tiempo á pie, y se vió obligado á pararse porque se le deshizo el calzado. En seguida los soldados le levantaron sobre sus hombros y le proclamaron emperador. Así llegó á la plaza, entre aclamaciones y rodeado de espadas desnudas. Desde allí envió caballeros para deshacerse de Galba y Pison, y para ganar la amistad de los soldados, les dijo que solo quería para él los que ellos le dejaran.

VII.—Atardecía cuando entró en el Senado y dijo que le habían proclamado en la plaza pública y se veía obligado á reinar, y daría gusto á todo el mundo. Marchó al palacio y entre los cumplimientos que hacía al pueblo, se oyó el nombre de Nerón y hasta tomó este nombre en algunas cartas que dirigió á las provincias. Dejó que se volvieran á levantar las

estatuas de Nerón, restableció en sus cargos á los libertos y oficiales, y dió quinientos mil sestercios para reedificar el palacio de oro. Se pretende que la primera noche tuvo sueños alictivos y hasta creyó ver á Galba que le arrojaba del trono. Hizo sacrificios expiatorios para aplacar á los manes; al día siguiente, cuando consultaba los auspicios, una tempestad violenta estalló y él repetía mientras tanto: «Todo esto que hago es muy inútil.»

VIII.—Por este tiempo el ejército de Alemania prestó juramento á Vitelio. Cuando Othon lo supo, indujo al Senado á que le eligiera para exhortarle á la paz y la concordia y, por su parte, negoció con Vitelio, ofreciéndole compartir con él el imperio y ser su yerno. Pero enseguida se determinó á la guerra en vista de que se acercaban las tropas enemigas. Othon recibió de los pretorianos una prueba de celo, que pudo causar la pérdida del primer orden del imperio. Había encargado á las tropas navales el transporte de armas, y esto hizo sospechar una empresa secreta. Se inició un tumulto, los soldados corrieron al palacio pidiendo la muerte de los senadores; los tribunos quisieron contenerlos y mataron algunos; pidieron á gritos ver al emperador y á la fuerza entraron cubiertos de sangre en la pieza donde él estaba á la mesa; sólo su voz los apaciguó. Se dispuso á la guerra rápidamente sin tener en cuenta los auspicios.

IX.—Con la misma temeridad, en lugar de destruir por grados á sus enemigos, acosados por el

hambre y en posición desventajosa, combatió en la primera ocasión, ó por impaciencia, ó por no haber podido contener á sus soldados. Obtuvo muchas ventajas, pero poco considerables. El no asistió á los choques porque estaba en Bruselas llamado á una entrevista para tratar de la paz; pero allí los enemigos cayeron de pronto, cuando menos lo esperaban las huestes de Othon, y fueron vencidas. Con esto resolvió desistir por no exponer el imperio y las legiones por el aumento de su grandeza personal. En efecto, todavía podía contar con el celo de los suyos; tenía tropas descansadas que había reservado; le llegaron otras de la Dalmacia y otros puntos, y aun las vencidas estaban un tanto animadas y dispuestas á vengar su afrenta.

X.—Mi padre, Suetonio Lenis, caballero romano y tribuno de la legión 13.<sup>a</sup>, sirvió en esta guerra y le he oído decir que Othon, cuando era simple particular, detestaba la guerra civil y, al oír hablar á uno de Brutus y Cassius, se había horrorizado, y que sólo atacó á Galba en la persuasión de que todo concluiría sin combate. Lo que le dió el mayor disgusto de su vida fué la muerte de un soldado que al anunciar la derrota, sospechoso de mentira, se atravesó con su espada á los pies del emperador. Exhortó á su hermano, su sobrino y sus amigos á procurar su seguridad. Escribió dos cartas: una á su hermana, para consolarla, y otra á Mesalina, mujer de Nerón, con la que se proponía casarse, para encomendarle su memoria y la prepara-

ción de sus funerales. Después quemó todas las cartas que tenía para que á nadie pudieran hacer daño, y repartió el dinero que tenía á sus domésticos.

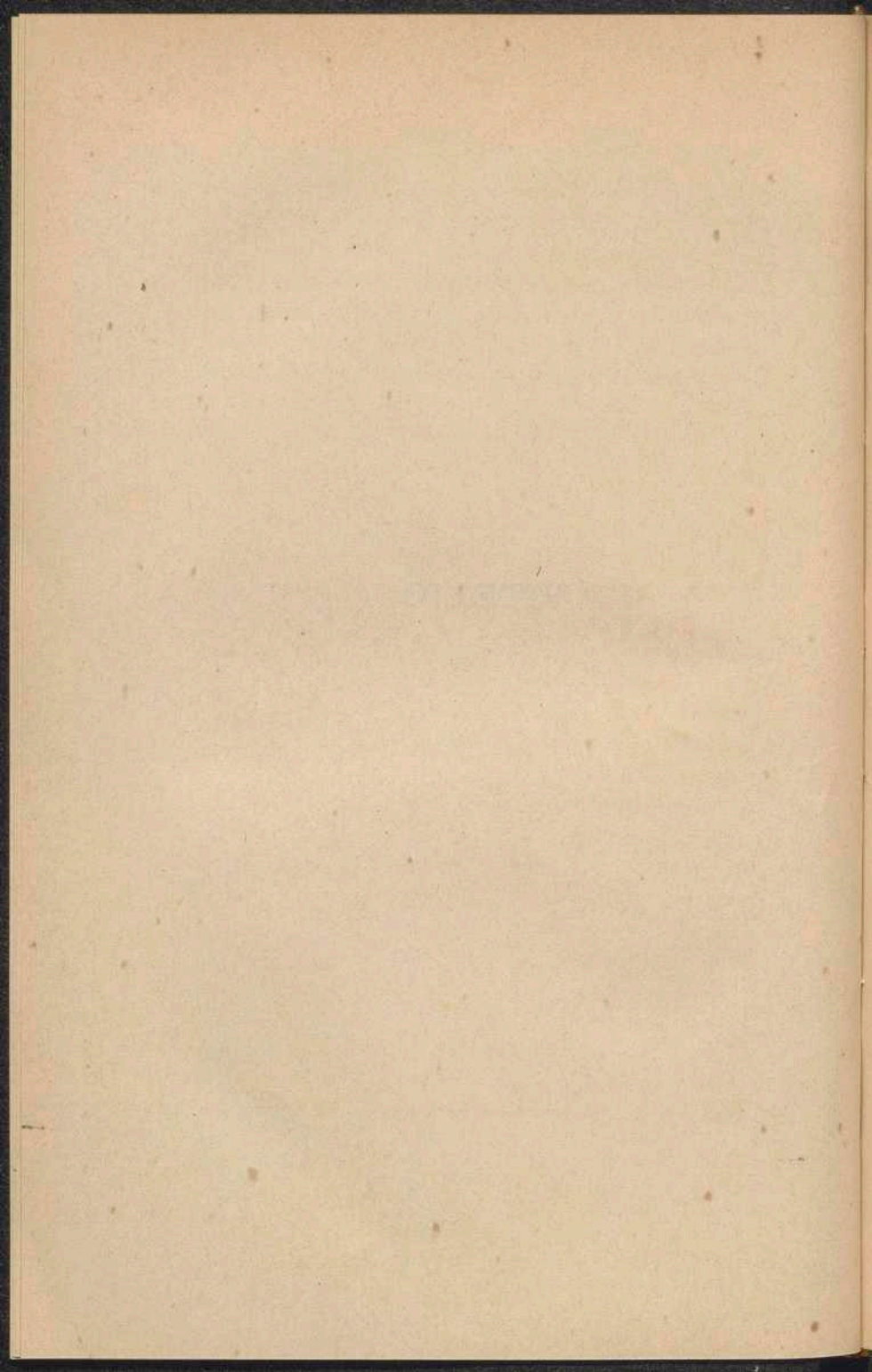
XI.—Se preparaba á la muerte, cuando oyó un tumulto, y se enteró de que arrestaban como desertores á los que querían abandonarle. «Es preciso, dijo, añadir todavía una noche á nuestra vida.» Dispuso que á nadie se hiciera violencia y recibió hasta la tarde á cuantos querían verle. Tuvo sed y bebió agua fría; después tomó dos puñales, les miró la punta, eligió uno y, haciendo cerrar las puertas de su alcoba, durmió un sueño profundo. Despertó al amanecer y se mató de un solo golpe sobre la tetilla izquierda. Acudieron al primer grito que dió y lo encontraron expirante. Fué enterrado en el campo de Veliterne, como había ordenado. Tenía treinta y ocho años y había reinado poco más de tres.

XII.—Su aspecto físico no respondía á su valor. Era pequeño, y tenía los pies contrahechos. Cuidadoso de su persona como una mujer, tenía el cuerpo depilado y llevaba peluca, tan bien hecha, que no se le conocía. Todos los días se afeitaba y se restregaba con pan tostado, lo cual hacía desde la pubertad, para que no le creciera la barba. Celebró públicamente las fiestas de Iris vestido de lino. Su muerte pareció tan sorprendente, porque nada en consonancia estuvo con su vida. Muchos soldados le besaron llorando los pies y las manos,

llamándole gran hombre, emperador único, y algunos se mataron de sentimiento. Otros, al recibir la noticia, se batieron desesperados con sus compañeros. Los mismos que le odiaron en su vida, hicieron las mayores alabanzas de él cuando murió y declararon que había destronado á Galba, no para reemplazarle, sino para restablecér la libertad.

---

VITELIO





IX

VITELIO

---

I.—Se discute mucho el origen de Vitelio. Unos lo pretenden noble y antiguo, y otros reciente, oscuro y bajo, por efecto de la enemistad ó la adulación. Tenemos una obra de Quintus Eulogius, en donde se dice que descende de Fanno, rey de los aborígenes, y de Vitelia, adorada en muchos sitios como una divinidad, y que reinaron en todo el Latium; que sus descendientes pasaron del país de los rabinos á Roma, y fueron incluidos en el rango de los patricios; que han subsistido largo tiempo sus monumentos, tales como la vía Vitelia, que va de Faniculo al mar, y una colonia del mismo nombre, y que tenían desde antiguo sitio en el Senado.

II.—Por otra parte, se ha escrito que descendía de un liberto ó de un zapatero, cuyo hijo, habien-

do ganado algún dinero en las ventas y los negocios, se casó con una mujer del pueblo, hija de un tal Antioco, panadero, de la que tuvo un hijo, que fué caballero romano. No he de pararme á discutir estas opiniones. Sea lo que fuere, Publio Vitelio de Niceria, fué caballero romano y estuvo encargado de los negocios de Augusto. Tuvo cuatro hijos del mismo nombre, diferenciados únicamente por el sobrenombre: Aulus, Quintus, Publius y Lucius, y los cuatro ocuparon posición distinguida, sobre todo el último, que fué gobernador de Siria y sometió al rey Artaban; luego fué dos veces cónsul y censor bajo Claudio, quedando encargado del imperio durante la expedición de aquél á Inglaterra. Era un hombre activo y libre de todo crimen; pero se deshonoró por su pasión por una liberta, cuya saliva bebía mezclada con miel, con pretexto de que era un remedio para el dolor de garganta. Entre otros talentos tenía el de la adulación. Fué el primero que imaginó adorar como un dios á Claudio. A su vuelta de Siria se prosternó ante él con la cabeza cubierta con un velo. Buscando un medio de hacer la corte á Claudio, pidió á Mesalina, como una gracia extraordinaria, que le permitiera descalzarla; le quitó el zapato derecho y lo llevó consigo largo tiempo, besándolo de cuando en cuando. Tenía entre sus dioses domésticos las estatuas de oro de Narciso y Pallas, y cuando Claudio celebraba las fiestas seculares, le dijo: «¡Ojalá las celebres muchas veces!»

III.—Una parálisis lo mató en dos días. Dejó dos hijos de Sextilia, mujer irreprochable de origen distinguido. Los dos fueron cónsules en el mismo año, uno después de otro. El Senado le hizo los funerales y le erigió una estatua junto á la tribuna de las arengas, con esta inscripción: *Modelo de piedad invariable hacia César*. Aulus Vitellius, su hijo, el que fué emperador, nació en Septiembre, bajo el consulado de Drusus César y Norbanus Flaccus. Al consultar sus mayores el horóscopo quedaron tan asustados, que hicieron grandes esfuerzos por apartarle de toda función pública; y su madre, al oírle proclamar emperador, le lloró como muerto. Pasó su infancia y su primera juventud en Caprea, guardando los placeres de Tiberio, que fué el que había elevado á su padre.

IV.—En su vida hubo toda clase de oprobios. Tuvo mucho crédito en la corte de Calígula, cuyos carros guiaba, y en la de Claudio, con quien jugaba á los dados. Por los mismos medios se atrajo á Nerón, á quien invitó algunas veces á cantar, haciéndose portador de los votos del pueblo.

V.—Así, al lado de tres príncipes, obtuvo las más grandes dignidades. Fué procónsul de Africa y edil; se portó bien en el primer cargo, pero en el segundo se apoderó de las ofrendas y los ornamentos de los templos, y puso cobre y estaño en donde había oro y plata.

VI.—Se casó con Petronia, hija de un cónsul, y tuvo un hijo llamado Petronius, que era tuerto.

Su madre le dejó heredero para el caso en que saliera de la patria potestad. Vitelio lo emancipó en seguida, y se cree que lo envenenó. Se casó después con Galeria Fundana, hija de un pretor, con la que tuvo un hijo mudo y una hija.

VII.—Galba lo mandó á regir la baja Germania, con gran sorpresa de todo el mundo, porque aquel país estaba inclinado á Vinius. Galba dijo que no eran de temer los que, como Vitelio, no soñaban más que con la glotonería de las riquezas de una provincia. Estaba tan pobre, que ni tenía dinero para el viaje; la turba de los acreedores lo detenía en la plaza pública, y sólo se contenían temiendo sus burlas malignas; pues á un liberto que le reclamaba con más insistencia que los otros, le formó un proceso diciendo que le había pegado un puntapié y le sacó como indemnización cincuenta grandes sestercios. El ejército que iba á comandar, adverso al príncipe y adicto á la revolución, recibió como un don del cielo el hijo de un hombre que había sido tres veces cónsul, joven y disipador.

VII.—Cuando llegó al campo nada rehusó á nadie, concediendo gracias y levantando castigos. Aún no había pasado un mes cuando los soldados, sin tener nada en cuenta, lo cogieron en ropas menores y lo proclamaron emperador. Fué llevado á los pueblos vecinos, ceñida la espada de Julio César, que había cogido del templo de Marte un soldado y se la había ofrecido en un momento de exaltación. Cuando volvió á su tienda había fuego en la

chimenea, y este presagio consternó á todos. «¡Valor, les dijo, que ya luce nuestro día!» Esta fué toda su arenga. El ejército de Alemania se declaró por él. Rehusó los sobrenombres de Augusto y César y tomó el de Germánicus.

IX.—Enterado del asesinato de Galba, puso en orden los negocios de su provincia; dividió las tropas en dos cuerpos: uno que marchó de avanzada contra Othon y otro cuyo mando se reservó. El primero partió bajo felices auspicios; un águila marchó delante de él como guiándolo. En cambio, cuando el segundo se disponía á partir, muchas estatuas ecuestres se cayeron de pronto. El laurel, que cuidadosamente había colocado sobre su cabeza, se le cayó en un arroyo. En Viena, cuando administraba justicia, un gallo subió sobre su cabeza. Pronto se confirmaron estos auspicios; sus lugartenientes le dieron el imperio, pero no supo conservarlo.

X.—En las Galias supo la muerte de Othon; en seguida disolvió por un edicto las cohortes pretorianas como peligrosas, y las mandó entregar sus armas á los tribunos. Condenó á muerte á ciento veinte soldados que pedían recompensas á Othon por haber atentado contra Galba. Este acto fué laudable, pero todos los demás suyos fueron indignos de un príncipe. Atravesó en triunfo las villas y cruzó los ríos en barcos cubiertos de flores. El desorden era general en su ejército; tomaba á broma las rapiñas y violencias. Como notara que al-

gunos temblaban á la vista de cadáveres, dijo estas terribles palabras: «Ver un enemigo muerto es siempre agradable, y más si es un conciudadano.» El puñal con que Othon se mató lo consagró á Marte.

XI.—Entró en Roma al son de las trompetas, vestido de guerrero y entre las águilas. Los de su séquito llevaban casco militar y los soldados las armas en la mano. Empezó por conculcar todas las leyes divinas y humanas. Tomó posesión del Pontificado máximo el día *de Allia* (de la derrota de Roma por los galos); dió las magistraturas por diez años; se nombró cónsul perpetuo, y reuniendo á los pontífices en el Campo de Marte, les obligó á hacer ofrendas á los manes de Nerón. A un músico que amenizaba sus comidas le mandó cantar algo de Domitius; cantó versos de Nerón, y Vitelio batió palmas.

XII.—Tales fueron los comienzos de este reinado, que fué el de los histriones, los cocheros y, sobre todo, del liberto Ariaticus, unido á Vitelio desde su primera juventud por un comercio de prostitución mutua; disgustado de ésta vida, huyó. Su amo lo encontró de nuevo, lo castigó y volvió á sentir la misma debilidad por él. Después lo vendió á un maestro de gladiadores, lo recuperó cuando iba á presentarse en la arena y, habiendo sido nombrado gobernador de Africa, lo libertó. El día de su advenimiento al trono le dió el anillo de oro, aunque á los que le habían pedido para él esta

gracia les dijo que no quería dejar caer tal mancha en la orden de los caballeros.

XIII.—Sus vicios favoritos eran la crueldad y la glotonería. Comía diariamente tres veces y en ocasiones cuatro, superando á todos, porque tenía el hábito de vomitar. Se hacía invitar el mismo día en varias casas, y cada comida no costaba menos de cuatrocientos mil sestercios. La más famosa fué la que le dió su hermano á su llegada á Roma; se sirvieron dos mil pescados elegidos y siete mil aves. Sobrepujó esta magnificencia inaugurando un plato enorme, al que llamó la *Egida de Minerva*, para componer el cual había hecho correr bajeles desde el golfo de Venecia hasta el Estrecho de Cádiz. En los sacrificios se comía las carnes medio tostadas y los pasteles medio crudos, y al pasar por las calles entraba en todas las tiendas y tabernas.

XIV.—Siempre dispuesto á condenar ó á servir, dió muerte á nobles que habían sido sus amigos; á uno lo envenenó con un vaso de agua fría que le presentó al verle con fiebre. No perdonó á ninguno de sus acreedores ni usureros. A uno lo envió al suplicio cuando venía á saludarle. A otro, para quien dos hijos que tenía le pidieron gracia, los hizo morir con él. Un caballero romano, á quien llevaban á la muerte, le gritó: «Vos sois mi heredero.» Vitelio vió su testamento y confirmó que así era, pero á medias con un liberto, y mandó matar también al liberto. A los astrólogos do-

mésticos los condenaba en cuanto eran acusados. Estaba irritado contra ellos porque, habiéndoles mandado salir de Roma antes de las calendas de Octubre, pusieron ellos un edicto en caldeo, que decía: «Prohibido el que Vitelius Germánicus esté en ninguna parte del mundo el día de las calendas de Octubre.» Se le culpa de haber matado de hambre á su madre en una enfermedad, porque una alemana la había predicho que reinaría largo tiempo si sobrevivía á su madre. Otros dicen que ella, disgustada, le pidió veneno y se lo dió sin vacilar.

XV.—En el octavo mes de su reinado se insubordinaron algunas legiones y prestaron juramento á Vespasiano. Vitelio buscó un recurso en las larguezas y las llevó hasta el exceso, y prometió grandes concesiones. Atacado por el enemigo en tierra y en mar, le opuso, por una parte, una flota mandada por su hermano, con milicias nuevas y gladiadores, y, por la otra, las tropas más aguerridas. Acosado en todas partes, firmó un tratado, por el que sólo se reservaba la vida y cien millones de sestercios. En seguida se presentó en las gradas del palacio, declaró que renunciaba al imperio, que había desempeñado á disgusto, y como todos se opusieran, fué diferida su dimisión. Al día siguiente salió á la plaza vestido de luto y leyó llorando su abdicación; los soldados y el pueblo le excitaban á continuar, ofreciéndole su apoyo. Recobró ánimos, atacó al enemigo, que se refugió en

el Capitolio, y le prendió fuego. Vitelio lo vió desde la casa de Tiberio, sentado á la mesa. Arrepentido de esta violencia, reunió al pueblo, y ante él juró no tener nada en más estima que la paz del Estado; después sacó su puñal y se lo ofreció al cónsul, á los magistrados y á los senadores. Nadie quiso hacer uso de él, y fué á depositarlo en el templo de la Concordia; algunos le gritaron que la Concordia era él, y volvió sobre sus pasos, diciendo que él guardaría el puñal y el nombre de la Concordia.

XVI.—Indujo al Senado á enviar diputados y vestales para pedir la paz, ó al menos una tregua. Al día siguiente le avisaron que se acercaba el enemigo; bajó de su litera, y seguido de dos criados tomó secretamente el camino del monte Aventino, en donde estaba la casa de sus padres, para huir de allí á la Campania. Pero supo que aceptaban la paz y volvió á su palacio; lo encontró desierto y se vió solo; entonces se puso un cinturón lleno de monedas de oro, se encerró en la portería, ató al perro delante de la puerta y la atrancó con una cama y un colchón.

XVII.—Llegó la avanzada del ejército y algunos soldados, no hallando obstáculo, entraron en el palacio. Sacaron á Vitelio de su refugio, y no conociéndole le preguntaron por el emperador. Intentó engañarles, pero le descubrieron y les suplicó la vida, diciendo que tenía grandes secretos que revelar, interesantes para Vespasiano: lo arrastraron

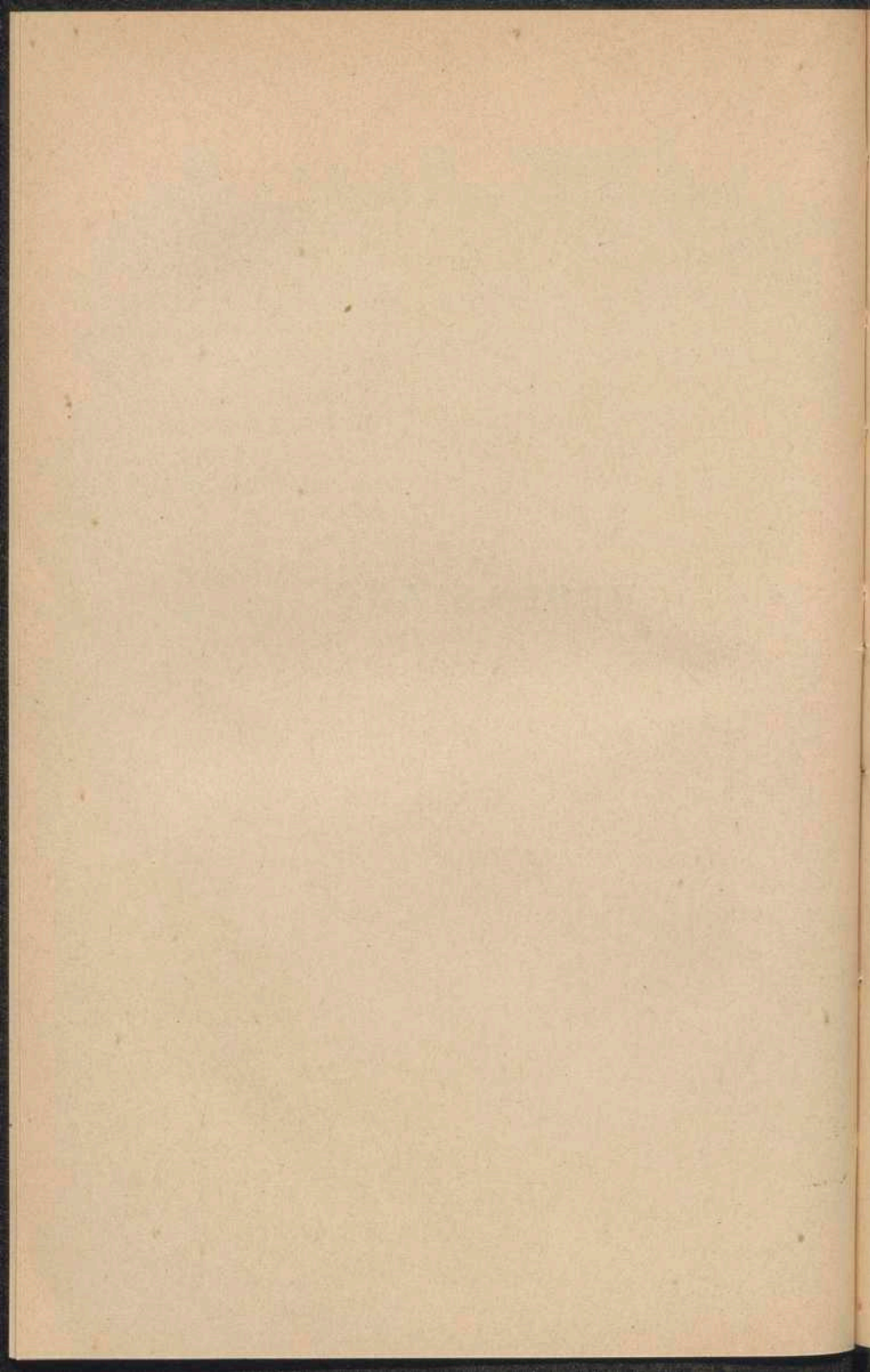
medio desnudo hasta la plaza, con una cuerda al cuello, y las manos atadas á la espalda; unos le tocaban la cara con la punta de la espada, y otros le arrojaban basuras, llamándole incendiario y glotón.

El pueblo le reprochaba hasta sus defectos corporales, porque tenía una talla enorme, la cara enrojecida por el alcohol, el vientre abultado y una pierna más débil que la otra. Por último, después de atormentarle mucho tiempo, lo hicieron pedazos que arrojaron al Tiber.

XVIII.—Murió con su hermano y su hijo á los 57 años de edad, justificando la predicción que le habían hecho en Viena, de que caería en las manos de un gallo. En efecto, fué destronado por Antonius Primus, general del ejército enemigo, que había nacido en Tolosa, y en su infancia le habían llamado de apodo Becio, que en lengua gala significa *pico de gallo*.

---

VESPASIANO





X

## VESPASIANO

---

I.—El cetro, que había errado entre las manos de tres príncipes elevados por la revolución y destronados por el asesinato, se fijó y afirmó en la familia Flavia, oscura en verdad y sin excelencias, pero que debía ser querida para los romanos, aunque de ella naciera Domiciano, cuya barbarie y avidez fueron debidamente castigadas. Titus-Flavius Petronius sirvió como centurión en la guerra civil bajo Pompeyo. En Farsalia se retiró, y habiendo obtenido el perdón y el retiro, se dedicó á dependiente de comercio. Su hijo Sabinus no tomó las armas, aunque algunos digan que fué centurión y que, por su mala salud, obtuvo permiso para retirarse del servicio. Fué cobrador de tributos en Asia, y todavía se muestran las estatuas que le

habían erigido con esta inscripción: *Al financiero incorruptible*. Luego fué usurero en Suiza, y allí murió, dejando dos hijos de su mujer Vespasia Polla: el mayor, Sabino, fué prefecto de Roma; el pequeño, Vespasiano, emperador. Polla era de origen distinguido: su padre, Vespasius Pollion, fué tribuno militar y prefecto del campo; su hermano era senador y había regentado la pretura. Otros han asegurado que fué campesino; pero de esto no he encontrado vestigios.

II.—Vespasiano nació en el país de los sabinos, en un pueblecillo llamado Phalacrina, el 17 de Noviembre, bajo el consulado de Cayo Pompeyo Sabino, cinco años antes de la muerte de Augusto. Se educó con su abuelo en Toscana. Cuando llegó al trono quiso visitar el asilo de su infancia; pero no cambió ninguno de los objetos á que sus ojos estaban tan acostumbrados. Amaba tanto la memoria de su abuelo, que toda su vida bebió en su copa de plata los días solemnes. Tuvo gran aversión al lacticlavo, y sólo lo llevó por imposiciones de su madre. Sirvió en Thracia como tribuno militar. Siendo candidato á la edilidad y enseguida á la pretura, le costó trabajo conseguir su deseo. Enemigo por esto del Senado, cuando fué pretor se dedicó á adular á Caius; en pleno Senado le dió gracias por el honor que le había hecho de convidarle á cenar.

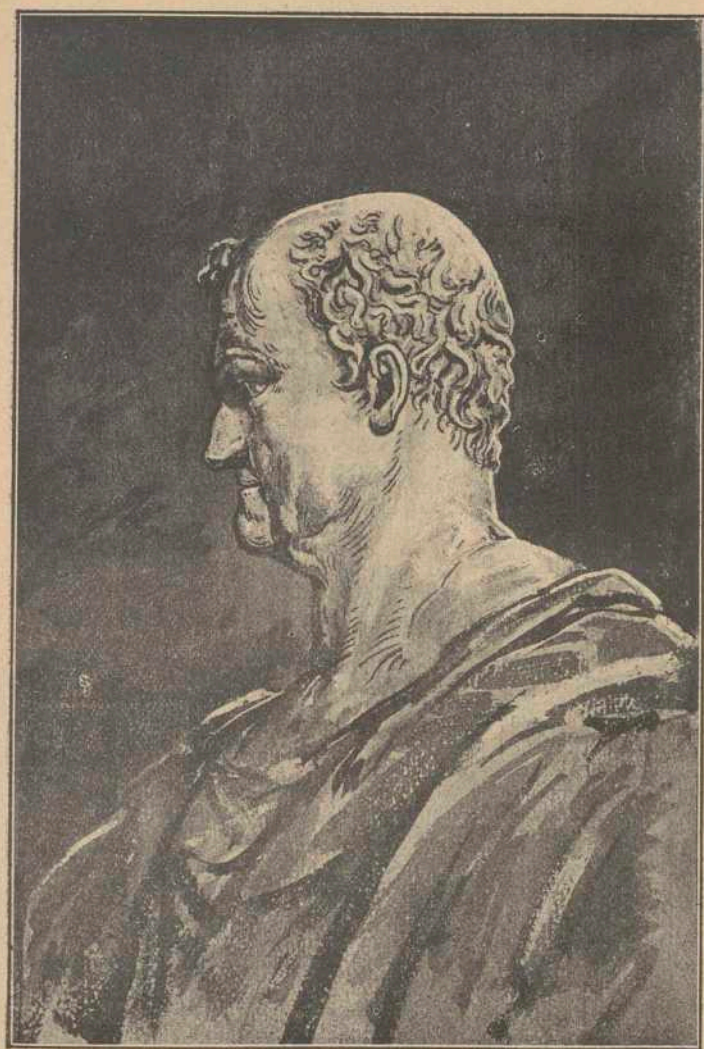
III.—Se casó con Flavia Domitilla, que no había tenido más título que el de ciudadana romana;

con ella tuvo tres hijos: Tito, Domiciano y Domitila; á ésta la perdió siendo simple particular y también sobrevivió á su mujer, después de cuya muerte llamó á su lado á Cenida, liberta á la que había querido, y cuando fué emperador vivió maritalmente con ella.

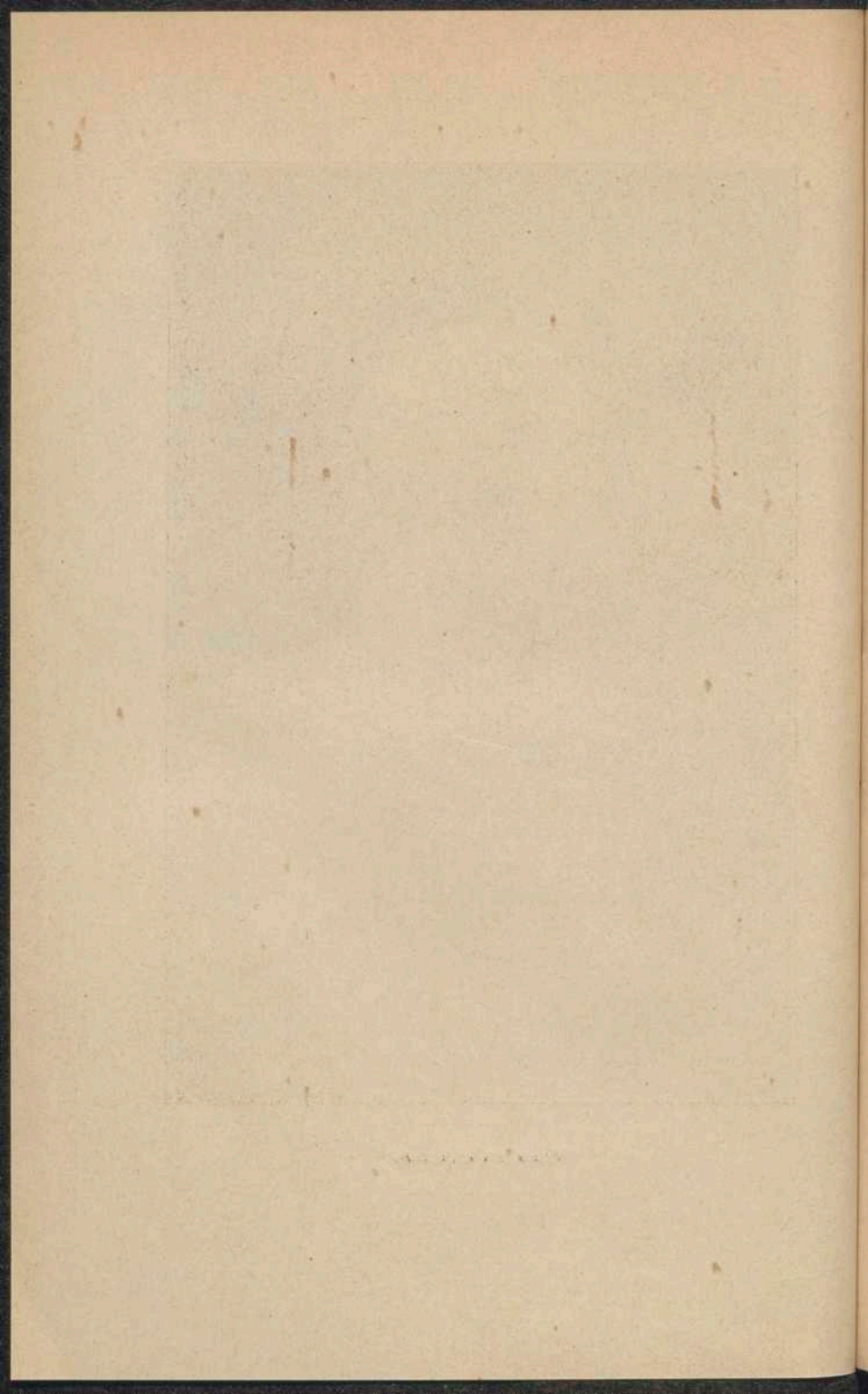
IV.—En el reinado de Claudio fué lugarteniente de una legión de Germania; de allí pasó á Inglaterra, en donde combatió tres veces á los enemigos, sometió tres pueblos belicosos, tomó más de veinte villas y dominó la isla de Vecte, vecina de Inglaterra. Recibió los ornamentos triunfales y un doble sacerdocio. Después fué nombrado cónsul. Luego vivió retirado hasta que fué procónsul, temeroso de Agripina que perseguía á los amigos de Narciso. Gobernó el Africa con integridad. Quedó pobre y tuvo que empeñar sus bienes á su hermano; para reparar sus negocios fué mercader de esclavos y comerciante, por lo que le llamaron *El mulero*. Se hizo público que recibió de un joven doscientos grandes sestercios por hacerle senador contra la voluntad de su padre, y fué muy censurado. En el viaje con Nerón á Grecia, salió ó se durmió varias veces mientras el emperador cantaba, por lo cual perdió su favor y lo arrojó de su lado. Se retiró á una villa desconocida, y cuando más temeroso estaba, le fueron á ofrecer un gobierno y un ejército. Una vieja tradición esparcida por todo el Oriente, aseguraba que los amos del mundo saldrían de la Judea y precisamente por

aquel tiempo; este pronóstico que se dió por confirmado en Vespasiano, fué interpretado de otra manera por los judíos; se lo aplicaron á sí mismos, mataron á su gobernador y pusieron en fuga al cónsul de Syria, que venía en su socorro, y hasta le quitaron un águila. Para apaciguar este tumulto hacía falta un ejército considerable y un jefe hábil; se eligió á Vespasiano, que á sus talentos unía un nacimiento y un nombre irreprochables. Marchó uniendo á las tropas de su provincia dos legiones, ocho escuadrones y dos cohortes, seguido de su hijo, y desde que llegó á Judea se atrajo la mirada de todos los países vecinos, restableciendo la disciplina militar y comportándose con tanto valor, que en un asedio fué herido por una piedra en una rodilla y recibió muchos golpes en su escudo.

V.—Mientras los demás se disputaban el imperio, concibió él la esperanza de obtenerlo, fundado en una serie de presagios. Citaremos, entre otros, que un día, estando comiendo, un buey de carreta, habiendo roto su yugo, entró en su habitación, puso en fuga á los esclavos, y al llegar á él cayó como fatigado, bajando la cabeza. Estando en Achaia con Nerón, soñó que llegaría un bien para él y los suyos cuando Nerón perdiera un diente; al otro día el médico [del emperador le mostró un diente que á éste se le había caído. En Judea el oráculo del monte Carmelo, le dijo que tendría éxi-



Vespasiano.



to en lo que meditaba. José, distinguido prisionero judío, al entrar en los hierros, dijo que bien pronto le libraría Vespasiano el emperador. De Roma le llegaron otros presagios: que Nerón había recibido en sueños orden de llevar la estatua de Júpiter á casa de Vespasiano y de allí al circo; que al reunir Galba al pueblo, la estatua de Julio César se había vuelto hacia el Oriente, etc.

VI.—A pesar de todo, para determinarle fué preciso que se pronunciaran á favor suyo tropas que no le habían conocido. Dos mil hombres que iban á socorrer á Othon supieron en el camino que había sido vencido y había muerto; se abandonaron á todas las rapiñas y excesos, y temerosos de que se les pidieran cuentas, eligieron un emperador, por no ser menos que las de España, que habían elegido á Galba, ni que los pretorianos, que habían elegido á Othon, ni que el ejército de Alemania, que había coronado á Vitelio. Pensaron en Vespasiano, de quien algunos soldados que le conocían hicieron grandes elogios. Su nombre fué puesto en todas las enseñas. Esta elección, sin embargo, quedó sin efecto, porque los soldados le abandonaron; pero Tiberio Alejandro, gobernador de Egipto, le prestó juramento de fidelidad con sus legiones el día de las calendas de Julio: este día fué estatuido fiesta religiosa. El 11 del mismo mes le reconoció el ejército de Judea. Muchas circunstancias favorecieron su empresa, entre otras la carta verdadera ó fingida de Othon, en que éste le encomendaba el

imperio, y la adhesión del rey de los Parthos, quien le prometió cuarenta arqueros.

VII.—Entonces comenzó la guerra civil, y habiendo enviado sus lugartenientes á Italia, pasó á Egipto para ampararse en sus murallas; allí, queriendo consultar los oráculos acerca de la duración de su reinado, entró solo en el templo de Seraphis, haciendo salir á todo el mundo, y después de haber recibido promesas de la protección de aquel dios, creyó ver delante á su liberto Basilides, que le ofrecía coronas de flores, verbena y pan, aunque no había entrado en el templo, ni casi podía andar á causa de la gota y estaba muy lejos de allí. En seguida llegaron cartas anunciando la muerte de Vitelio. Un acontecimiento singular le dió carácter de soberano. Dos hombres del pueblo, uno ciego y otro cojo, le abordaron en público, rogándole que los curase, porque Seraphis le había concedido el don de hacerlo. Vespasiano no hizo caso; pero sus amigos le animaron, lo intentó, y lo consiguió. Por aquel tiempo se encontraron también en Arcadia vasos antiguos, que tenían grabada una figura parecida á Vespasiano.

VIII.—Después de haber vencido á los judíos, fué á Roma precedido de gran renombre. Durante todo su reinado se dedicó á afirmar la república, debilitada y quebrantada. Los soldados habían llegado al colmo del escándalo y la audacia, unos envanecidos por las victorias y otros agriados por las derrotas. El desorden reinaba en todas partes; Ves-

pasiano licenció una parte de las tropas de Vitelio y sometió á las demás. A los vencedores no les dió más que lo justo, sin añadir recompensas. Trató á toda costa de reformar las costumbres: á un joven que se le presentó perfumado á darle gracias por una merced, le dijo: «Preferiría que olieras á ajos», y revocó la concesión que le había hecho. Unos marineros que iban á pie desde Ostia á Roma, le pidieron para calzado; los despidió sin respuesta, y les ordenó que fueran siempre con los pies desnudos; todavía van así. La ciudad estaba desfigurada por los incendios y las ruinas, y permitió, á los que quisieran, edificar sobre los solares, si de ellos no hacían uso sus dueños. Empezó la reparación del Capitolio, llevando el primero la tierra sobre su espalda. Hizo restaurar tres mil planchas de bronce, destruidas por el incendio, en las que estaban grabados los decretos, plebiscitos, alianzas y privilegios desde la fundación de Roma. Se buscaron por todas partes las copias, y á Vespasiano se debe la conservación del monumento más hermoso y antiguo del imperio.

IX.—Las revueltas de aquel tiempo acumularon gran número de procesos, por haberse interrumpido el funcionamiento de los tribunales, y además habían producido muchos nuevos, y estableció una comisión de jueces, elegidos por sorteo, que devolviera los bienes detentados en las guerras civiles y resolviera todos los asuntos atrasados.

X.—Elevó muchos monumentos nuevos: el tem-

plo de la Paz, el de Claudio, comenzado por Agripina y destruído por Nerón; un anfiteatro en medio de la villa, intentado antes por Augusto. Purificó y completó las órdenes de los senadores y los caballeros, expulsando á los indignos y sustituyéndolos con honrados ciudadanos, y estableció que los dos órdenes fueran iguales.

XI.—El escándalo y el lujo, al no encontrar obstáculos, se habían desarrollado muchísimo. Decretó que toda mujer que se casara con el esclavo de otra, sería reputada sierva, y que los usureros que sedujeran á los hijos de familia nunca fueran pagados.

XII.—Fué un príncipe moderado y clemente. Jamás disimuló la mediocridad de su origen; antes se envanecía de él; puso en ridículo á sus aduladores, que le hacían descender de Hércules. Desdenaba la magnificencia y el aparato, y costó trabajo el que aceptara el poder tribunicio y el título de Padre de la Patria.

XIII.—Sufrió pacientemente las conversaciones libres de sus amigos, los apóstrofes de los abogados y el espíritu independiente de los filósofos. Mucio, cuyos vicios infames eran conocidos, hablaba de él con poco respeto; cuando lo supo le censuró suavemente, y añadió: «En cuanto á mí, al menos soy un hombre.» Demetrio el cínico lo injurió porque no había ganado un pleito; el emperador se conformó con llamarle perro.

XIV.—Siempre fácil para olvidar las ofensas y

enemistades, casó honrosamente á la hija de Vitelio, la dotó y la hizo regalos. En tiempo de Nerón, cuando le estaba prohibido el acceso á la corte, preguntó á un ujier qué partido debía tomar; éste le contestó: «el de colgarte.» Vino después á pedirle una gracia, y contestándole lo mismo se creyó vengado. Advertido de que Metius, á quien había hecho cónsul, era un hombre peligroso y había predicho que reinaría, contestó: «Al menos, se acordará del bien que le he hecho.»

XV.—En su reinado no pereció ningún inocente sino en su ausencia ó contra su voluntad. Después de haber condenado á Helvidius justamente, quiso salvarlo, y le dijeron falsamente que no era tiempo. Lejos de complacerse en la venganza, le costaban lágrimas los castigos justos.

XVI.—El único reproche que se le hace con razón es el de haber sido aficionado al dinero. No contento con restablecer los impuestos abolidos por Galba y haberlos aumentado, se rebajó á negocios vergonzosos hasta para un particular. Vendía los honores á los candidatos, la absolución á los acusados, y hasta se dice que elevaba á los avaros para condenarlos cuando se hubieran enriquecido. Les llamaba *esponjas*. Esta avaricia, según unos, radicaba en su carácter, y le fué reprochada por un viejo borracho que, al haber obtenido su libertad cuando vino al imperio, dijo: «El zorro puede cambiar de pelo, pero no de costumbres.» Según otros, era efecto de la necesidad,

pues el Tesoro público estaba muy pobre. Esta opinión parece la más aceptable, porque empleaba muy bien el dinero mal adquirido.

XVII.—Sus liberalidades se comentaban en todo el mundo; completaba la renta necesaria á los senadores y daba pensiones de quinientos sesteracios grandes á los cónsules pobres. También reedificó, embelleciéndolas, las ciudades incendiadas ó destruídas.

XVII.—Protegía, sobre todo, el talento y las artes. A los buenos poetas, á los buenos artistas y á los que enseñaban las letras griegas y latinas, dióles una pensión anual de cien grandes sesteracios. A un obrero que había restaurado un coloso le hizo un presente considerable, y dió gran recompensa á un mecánico que prometía transportar al Capitolio, á poco coste, columnas inmensas. Alabó su invención y no quiso utilizarla. «Permitidme hacer, dijo, que viva el pobre pueblo.»

XIX.—Dió representaciones dramáticas en los juegos celebrados para la dedicación del templo de Marcellus y gratificó con dinero y coronas á los actores. Hacía regalos á los hombres por las saturnales y á las mujeres por las calendas de Marzo, pero no pudo quitarse la reputación de avaro; en sus funerales el primer pantomimo, llamado Tavor, que hacía de emperador y remedaba sus gestos y palabras, preguntó cuánto costarían sus funerales; le contestaron que diez millones de sesteracios,

y repuso: «Dadme cien grandes sestercios y arrojadme al Tiber.»

XX.—Era de estatura regular, con los miembros fuertes y proporcionados. Tuvo muy buena salud, aunque para cuidarla no hizo otra cosa que dedicarse á la gimnasia higiénica y guardar dieta una vez al mes.

XXI.—He aquí su manera de vivir: mientras fué emperador se levantó temprano; después de leer sus cartas y memoriales se calzaba y se vestía ante su corte; después despachaba sus asuntos y se paseaba en litera; luego dormía con alguna de sus concubinas, pasaba en seguida al baño y de allí al comedor, y este era el momento en que estaba de mejor humor y el que sus domésticos elegían para pedirle gracias.

XXII.—Era burlón por naturaleza, casi hasta la obscenidad, y se recuerdan algunas de sus bromas: Menstrius Florus, hombre consular, le había advertido que dijera *Plaustra* y no *Plostra*; en adelante le llamó Flaurus en vez de Florus. Habiendo obtenido los favores de una dama que afectaba tener por él una gran pasión, mandó que le dieran cuatrocientos grandes sestercios; preguntado por su intendente en qué forma se inscribía esta cantidad en su registro, le contestó: «Por un amor que se ha tenido á Vespasiano.»

XXIII.—Sus citas eran muy oportunas; á un malhechor de gran estatura, le aplicó este verso griego: «Avanza blandiendo una ballesta, cuya

sombra se extiende á lo lejos sobre la tierra». A uno que había tomado el nombre de Lacher para burlar las leyes, pues se llamaba Cenglus, le dijo: «Has hecho bien; cuando mueras volverás á ser Cenglus». Su hijo Tito le censuraba por haber gravado con un impuesto las orinas; le llevó á la nariz la primera moneda recaudada y le dijo: «Ve á ver si huele mal.»

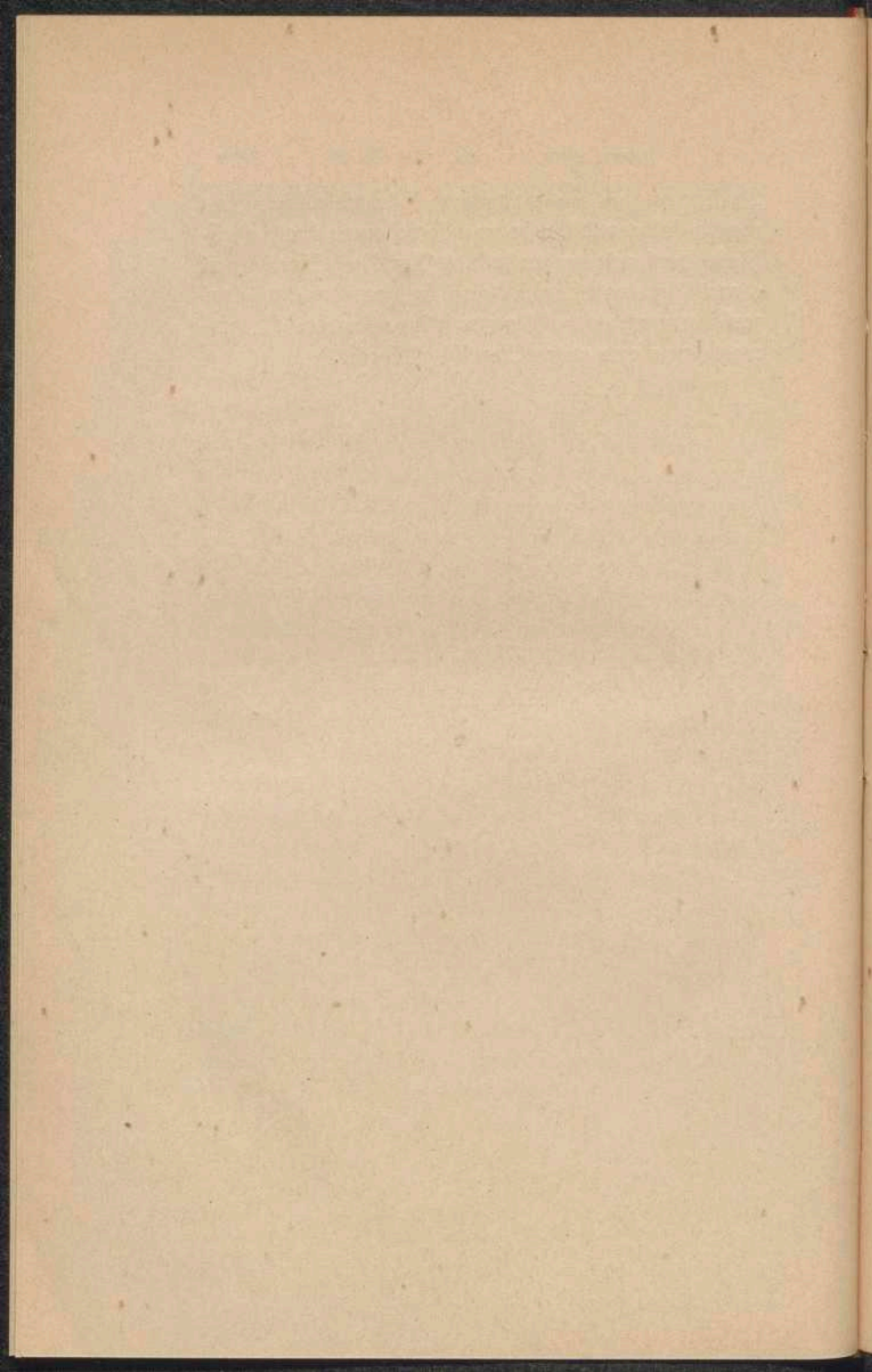
El miedo á la muerte no impedía sus bromas. Poco antes de la suya se abrió de pronto el mausoleo de los Césares y apareció en el cielo un cometa con barba; él pretendió que el primero de estos prodigios aludía á Julia Calvina que era de la raza de Augusto, y el segundo al rey de los Parthos, que era barbudo. Al comienzo de su enfermedad decía: «Me parece que comienzo á ser dios.»

XXIV.—Era cónsul por novena vez, cuando en la Campania sintió un ligero dolor; vino enseguida á Roma y de allí fué á sus posesiones á Reata, en donde pasaba el estío. Su mal aumentó con el uso frecuente del agua fría, que le destrozaba el estómago. No cesaba por esto en sus funciones de emperador y en su lecho daba audiencias; pero sintiendo un desfallecimiento total, dijo: «Es preciso que muera un emperador», y cuando lo movieron expiró el 24 de Junio á los sesenta y nueve años, un mes y siete días.

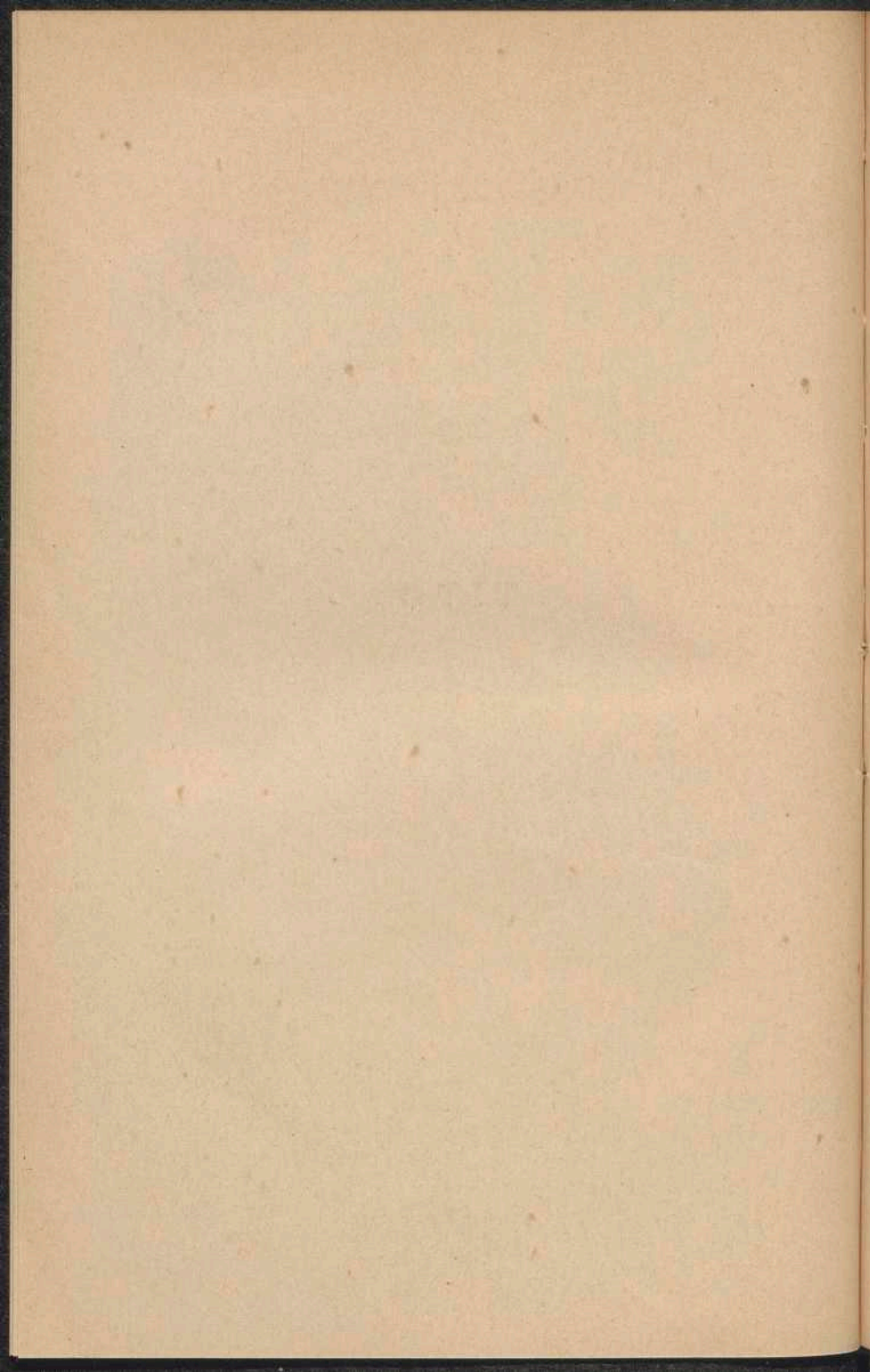
XXV.—Todos convienen que estaba seguro de su destino y el de sus hijos, hasta el punto de haber dicho en el Senado que le sucederían ellos ó nadie.

Se dice que vió en sueños una balanza colocada en medio del vestibulo de su palacio en perfecto equilibrio, teniendo en un lado á Claudio y Nerón y al otro á él y sus hijos, lo que fué confirmado después, porque entre él y sus hijos reinaron el mismo tiempo que entre Claudio y Nerón.

---



TITO





XI

**TITO**

---

I.—Tito, que también se llamaba Vespasiano, fué el amor y las delicias de la humanidad, pues supo conquistar el afecto universal por su benevolencia, ó por su destreza, ó por su suerte. Lo más notable es que este príncipe, adorado cuando estuvo en el trono, fué muy odiado cuando era un particular.

II.—Nació el 29 de Diciembre, el año que murió Caius, en una habitación de una modesta casa perteneciente á las Siete Zonas. Tuvo la misma educación que Británicus. Se cuenta que un adivino predijo á Británicus que no reinaría, y en cambio Tito reinaría ciertamente. Estaban tan unidos, que

se cree que Tito probó el veneno que mató á Británico y estuvo gravemente enfermo. A su memoria erigió Tito una estatua de oro en su palacio y otra ecuestre de marfil, que colocó entre las de los dioses y todavía se lleva á los juegos del Circo.

III.—Las cualidades físicas y espirituales brillaron en él desde su infancia y se desarrollaron por grados. Tuvo hermosa fisonomía, todos los talentos civiles y militares, gran cultura y mucha facilidad para escribir en verso y en prosa, en griego y latín, y para cantar. Era, además, gran pendolista.

IV.—Sirvió como tribuno militar en Inglaterra y Alemania con gran éxito, como se puede ver por la cantidad de estatuas que allí le levantaron. Se casó con Arsicidia, hija de un caballero romano, y cuando murió con Martia Fulvia, de nacimiento ilustre, con la cual tuvo una hija y después se separó.

V.—Cuando ascendió Galba al imperio fué enviado para felicitarle, y por donde pasó atrajo las miradas de todos, y se creyó que Galba lo iba á adoptar. Consultó al oráculo de Paphos y le prometió el imperio. Su padre lo obtuvo al poco tiempo y él quedó en Judea para concluir de someterla. Sitió á Jercusalem y lo tomó el día del nacimiento de su hija, matando doce soldados con doce flechas. Los soldados se entusiasmaron y quisieron retenerlo en el gobierno hasta por fuerza ó que los llevara con ellos, lo que hizo decir que se había insurreccionado en Oriente contra su padre. Para destruir

estos rumores corrió á Roma, entró cuando aún no se le esperaba y acudió ante su padre, diciendo por vía de reproche, por haber acogido la maledicencia: «Héme aquí, padre mío, héme aquí.»

VI.—Desde este momento compartió con él el poder supremo. Fué cónsul y censor con él siete veces y obtuvo el poder tribunicio. Encargado de los negocios, firmaba por su padre y leía en su lugar las memorias en el Senado. Fué prefecto del pretorio, y en este cargo mostró dureza; condenaba á todos los que le eran sospechosos, preparando algunos que se lo pidieran. Entre otros castigó á Cécina por una conspiración descubierta; esta conducta lo puso en seguridad, pero le hizo odioso.

VII.—Se le tildaba de escandaloso á la vez que de cruel, por las comidas que celebraba de noche con los ciudadanos más disolutos, por la turba de eunucos y pederastas que le rodeaban y por su pasión indudable hacia Bernicia, á quien la había prometido casarse con ella. También se le llamaba avaro por el dinero que exigía á los que pedían favores á su padre. Por último, decían que iba á ser otro Nerón. En el trono no mostró ninguno de estos vicios y sí las virtudes opuestas. Sus comidas fueron agradables, sin excesos. Eligió con tino los amigos. Despidió á Bernicia, y dejó de proteger á los viciosos. Jamás hizo tuerto, respetó las propiedades y rechazó hasta los presentes más usuales. A nadie, sin embargo, cedió en magnificencia.

Hizo construir baños alrededor del anfiteatro, edificado por su padre, y para inaugurarlos dió un espectáculo muy completo. Organizó una batalla naval en la antigua Naumachia, dió un combate de gladiadores, y en un día presentó cinco mil fieras de todas clases.

VIII.—Propicio al bien, abolió la costumbre de declarar nulas todas las concesiones no confirmadas; por un edicto las declaró válidas todas. A nadie despedía sin esperanzas, y cuando sus amigos le advertían que prometía demasiado, replicaba que: «nadie debe salir descontento de la audiencia de un soberano»; y un día en que ninguna gracia había concedido, dijo al sentarse á la mesa: «Amigos míos, he perdido un día.»

Trataba al pueblo con inusitada bondad; en los espectáculos todo se hizo como el pueblo pedía, y muchas veces permitió á todo el mundo entrar en sus baños.

En su reinado no hubo más accidentes que los naturales, como la erupción del Vesubio, un incendio en Roma, que duró tres días y tres noches, y una peste muy cruel. En estos casos se mostró sensible y benéfico, socorriendo á todos. Castigó á los delatores y los espías, y los desterró, estableciendo además que no se aplicaran dos penas á un mismo delito y que se respetara la memoria de los muertos.

IX.—No aceptó el pontificado supremo, sino con el designio—decía—de conservar sus manos siem-

pre puras. Jamás fué autor ni cómplice de muerte alguna. Dos patricios fueron convictos de aspirar al imperio; se concretó á advertirles que renunciaran á sus deseos, añadiendo que el trono era un presente de la suerte, y que si deseaban otra cosa, él les ayudaría; los invitó á comer con él al día siguiente y los colocó á su lado en un espectáculo; les dijo que el horóscopo le había comunicado que les amenazaba un peligro, pero que no vendría de él; y el pronóstico se confirmó. A su hermano, que conspiraba contra él, se contentó con reconvenirle y suplicarle con lágrimas que se condujera como hermano.

X.—En medio de todo esto fué arrebatado del mundo, que perdió con su muerte más que él. Al salir de un espectáculo en donde había vertido muchas lágrimas, marchó al país de los sabinos asustado de un sacrificio en el que se había escapado la víctima y de algunos rayos que cayeron en un templo. Le acometió la fiebre y continuó el viaje en litera, pidiendo á los dioses la muerte y diciendo que en su vida solo tenía que arrepentirse de un acto; pero no dijo cuál era, y se cree que fué el adulterio con su cuñada Domitila; pero ella lo negó con juramento, y tal era el carácter de esta mujer escandalosa, que á ser así, se hubiera envanecido y alabado de ello.

XI.—Murió en la misma casa que su padre el 15 de Septiembre, á los cuarenta y dos años de edad, y dos años, dos meses y veinte días de reinado.

Cuando se supo su muerte, el duelo fué general como en una calamidad pública. El Senado se reunió sin haber sido convocado, y se encerró. Enseguida abrió sus puertas y dedicó al príncipe muerto más elogios que adulaciones había dedicado á ninguno de sus predecesores.

DOMICIANO

DOMICIANO



## XII

### DOMICIANO

---

I.—Domiciano nació el 24 de Octubre en el sexto cuartel de Roma, bajo el consulado de su padre. De su casa, que se llamaba *La Granada*, hizo después el templo de Fluvia. Su infancia y su primera juventud estuvieron expuestas á la pobreza y á la infamia; no tenía ni un vaso de plata. El pretor Claudius Pollion enseñaba una carta en que Domiciano le prometía *una noche*, y se pretende que tuvo el mismo comercio con Nerva, su sucesor. Estuvo dentro del Capitolio cuando el incendio; salió disfrazado de sacerdote de Isis y fué á ocultarse junto al Tíber, en casa de la madre de un amigo, no pudiendo ser descubierto por los que le buscaban. Apareció cuando la victoria y fué saludado como César y creado pretor de Roma,

con el poderío consular. Sólo aceptó el título y dejó á su compañero las funciones. Después de haber seducido á muchas damas romanas, robó á Domitia Longina, mujer de Etius Lamia, y se casó con ella. Distribuyó en un sólo día más de veinte mil cargos, y el mismo Vespasiano decía que se asombraba de que su hijo no le nombrara un sucesor.

II.—Proyectaba una expedición á las Galias y Alemania emulado por la gloria de Tito. Su padre se lo impidió, y cuando Tito aparecía en público, Domiciano seguía su silla en una litera. Tuvo seis consulados, afectó moderación y pareció dedicarse á la poesía que había despreciado hasta entonces. Cuando murió su padre intentó comprar para su causa á los soldados, y dijo que le había asociado al imperio; pero Tito había falsificado el testamento. Desde entonces no cesó de tenderle emboscadas y, cuando cayó enfermo, lo abandonó enseguida como si hubiera muerto. Lo hizo colocar en el rango de los dioses, según costumbre, sin hacer honores á su memoria y tratando más bien de desacreditarla.

III.—Al principio de su reinado se encerraba todos los días una hora para perseguir moscas con un punzón, lo que dió lugar á que Vibius, preguntado si había alguien con el emperador, contestara: «Ni una mosca.» Repudió á su mujer Domitia, que sentía una pasión loca por el histrión Paris. Había tenido una hija, á la que hizo llamar *Augusta*, esto es,

emperatriz. Volvió á unirse con su mujer y simuló que lo hacía á ruegos del pueblo. Su conducta en el gobierno fué muy desigual; pero pronto se hizo totalmente malo: la pobreza le volvió avaro y el miedo cruel.

IV.—Dió espectáculos magníficos y costosos. Cuando asistía á los juegos tenía á sus pies un enano vestido de escarlata, con el que hablaba en serio algunas veces. Presentó en un lago abierto junto al Tíber batallas navales con verdaderas flotas. Presenció el choque, aunque llovía mucho. Celebró asimismo los juegos seculares, aunque no correspondían. Instituyó en honor de Júpiter Capitolino un concurso quinquenal de música, carreras de caballos y ejercicios gimnásticos. Hizo correr jóvenes vírgenes en la pista, y presidió la fiesta vestido con un hábito de púrpura á la griega y llevando en la cabeza una corona en donde estaban representados Júpiter, Juno y Minerva, y teniendo á su lado los sacerdotes de la familia Flavia, vestidos como él y llevando su retrato en las coronas.

Solemnizaba todos los años las fiestas de Minerva, para las que había creado un nuevo colegio de sacerdotes, cuyos miembros debían dar juegos y premios de poesía y elocuencia. Distribuyó tres veces al pueblo trescientos sestercios por cabeza y dió espléndidos festines. Dió al Senado y á los caballeros raciones de pan y al pueblo de carne y comió él primero.

V.—Restauró muchos edificios incendiados, en-

tre otros el Capitolio, que había vuelto á quemarse; pero en todos colocaba su nombre, sin mencionar al antiguo fundador. Construyó un templo en el Capitolio á Júpiter Gordiano y el mercado que se llama de Nerva; un templo á la familia Flavia, un estrado, una sala de música y una Naumachia. Las piedras de esta construcción sirvieron luego para reparar el gran circo cuando se quemó.

VI.—Hizo muchas innovaciones; restableció el uso de dar comidas al pueblo, y suprimió las raciones. Abolió el uso de los eunucos, bajó el precio de los que tenían los mercaderes. Habiendo acontecido en un año gran escasez de trigo y abundancia de vino, prohibió plantar más viñas en Italia, y mandó que se redujeran á la mitad las que había en las provincias; este edicto no fué respetado. Muchos grandes cargos fueron comunes á los libertos y á los soldados. Se prohibió el que dos legiones acamparan juntas, y el que cada una tuviera en caja más de mil sestercios para dificultar las sublevaciones.

VIII.—En sus primeros años pareció que aborrecía la sangre; continuamente recitaba estos versos de Virgilio:

*Antes que de los hombres la raza ingrata y dura  
de carne de rebaños hubo hecho su alimento,*

y quiso prohibir que se inmolaran bueyes. No dió pruebas de ambición ni de avaricia y sí de gran liberalidad. Rechazaba las herencias cuando el tes-

tador tenía hijos; sobreseyó los pleitos con el erario, y solo permitió que se emprendieran otros á condición de que el litigante fuera desterrado si perdía. Persiguió á los delatores, pues como él decía: «Un príncipe que no persigue á los delatores, los anima».

IX.—Pronto se entregó á la crueldad y á la avaricia. Hizo morir á un discípulo de Paris, el pantomimo, todavía niño, únicamente porque se parecía á su maestro. Lo mismo hizo con Hermógenes y Tarro, por algunos trozos que escribieron en una historia, y la misma pena merecieron los copistas. Muchos senadores que habían sido cónsules fueron condenados á muerte como conspiradores y otros con los más ligeros pretextos. Todavía fué más cruel después de la derrota de Antonino, pues á todos los partidarios de este rebelde les quemó las partes naturales ó les cortó las manos.

X.—Ponía gran refinamiento en sus barbaries. Hizo venir á su habitación á un primer actor, le hizo sentar á su lado, le mandó platos de su mesa, y al día siguiente lo hizo crucificar. Jamás pronunció una sentencia de muerte sin un preámbulo de clemencia, de modo que jamás inspiraba tanto terror como cuando hablaba de bondad.

XI.—Arruinado por sus continuos gastos, imaginó disminuir el número de soldados; pero considerando que le hacian falta, se dedicó á despojar á los vivos y á los muertos sin continencia. Bastaba tener un acusador para ser criminal; palabras y ac-

ciones, todo era crimen de lesa majestad. Se confiscaban las herencias más extrañas al emperador con pretexto de que alguien había dicho que oyó al difunto que iba á dejar á César heredero. Los impuestos de los judíos se exigían con más rigor que todos los demás. Recuerdo haber visto en mi juventud á un recaudador visitar, con una turba de testigos, á un viejo de noventa años, para ver si estaba circunciso.

Domiciano estuvo lleno de fiereza y de presunción en sus discursos y en su conducta. Cenida, amante de su padre, se adelantó para abrazarle y le tendió la mano.

XII.—Cuando llegó al imperio, dijo ante el Senado que su padre y su hermano no habían hecho más que devolverle lo que les había dado. Se envaneció mucho de que se le aclamara desde un anfiteatro en una fiesta pública. En otra ocasión en que el pueblo le pidió la rehabilitación de un senador echado del Senado, que ganó el premio de la elocuencia, les impuso silencio por medio de un heraldo. Llevó su insolencia hasta comenzar una carta: *Nuestro amo, y nuestro dios quiere*, y ordenó que así se le llamara. No permitió que se le erigieran estatuas sino de oro ó de plata. Fué diez y siete veces cónsul, de lo cual no había precedente. Después de sus dos triunfos tomó el nombre de Germánico, y llamó Germánico y Domiciano á los meses de Septiembre y Octubre; el primero,

porque era el de su advenimiento al trono, y el segundo, el de su nacimiento.

XIII.—Odioso á todo el mundo, sucumbió á los complots de sus libertos, sus amigos y su mujer. Tenía presentimiento sobre la hora y la forma de su muerte. Con el tiempo aumentó su miedo y mandó hacer de piedras transparentes las galerías en que paseaba, para ver cuanto pasaba en torno suyo, y para ejemplo de sus domésticos, mató al secretario Epaphrodita, de quien se decía que ayudó á Nerón á matarse.

XIV.—La víspera de su muerte le presentaron trufas, que mandó guardar para el día siguiente, y añadió: «si vivo». Dirigiéndose á sus cortesanos, predijo que al día siguiente ocurriría un suceso del que se hablaría en toda la tierra. Se levantó asustado á media noche; á la mañana consultó á un adivino, que le predijo una revolución, y lo mandó matar. Preguntó qué hora era y, como temía á la quinta, le dijeron que la sexta. Quedó tranquilo y marchó al baño, cuando Parthenius, el primer oficial de su cámara, lo detuvo, diciéndole que un hombre tenía que revelarle cosas muy importantes y deseaba hablarle. Mandó retirar á todos y entró en su gabinete; allí recibió la muerte, y véase de qué manera, según se cuenta.

XV.—Los conjurados no sabían si atacarle en el baño ó en la mesa, y Stéphanus, intendente de Domitila, acusado de malversación, ofreció realizar el hecho. Para evitar sospechas llevó unos días el

brazo en cabestrillo, como si estuviera herido, y en él ocultó el puñal. Obtuvo, como se ha dicho, la audiencia; mientras Domiciano leía espantado la memoria que le entregó, le pinchó en el bajo vientre; gritó, y Claudianus, Máximo, Saturio y un gladiador lo mataron de siete puñaladas. Un esclavo pequeño, encargado de cuidar los dioses lares, se encontraba allí, y contó que el emperador le pidió un puñal que había en su mesa y sólo encontró el mango, y le mandó llamar á los guardias y vió todas las puertas cerradas. Domiciano luchó con Stéphanus hasta cortarse los dedos al quitarle el puñal. Murió á los cuarenta y cinco años de edad y quince de reinado, el 24 de Septiembre. Su cadáver lo llevaron los sepultureros en unas andas como el de un hombre del pueblo. Su nodriza Phyllis le hizo funerales en una casa de campo en la vía latina, llevó secretamente sus restos al templo de la familia Flavia y los mezcló con las cenizas de Julia, hija de Tito, á la que también amamantó.

XVI.—Era de gran estatura, con el rostro algo encarnado, los ojos grandes y débiles, y en general hermoso, sobre todo cuando era joven. Tenía los dedos de los pies muy pequeños. Después ya se quedó calvo, le salió el vientre y enflaquecieron sus piernas. Estaba muy disgustado de ser calvo, y para consolarse le escribía á un amigo: «Ya ves que soy grande y apuesto; tus cabellos correrán la suerte de los míos. Sufro pacientemente el que hayan en-

vejecido antes que yo. Nada hay más agradable ni más pasajero que la belleza.»

XVII.—Todo trabajo le era insoportable. Raramente iba á pie ó á caballo, sino en litera, y prefería tirar flechas á ejercitar las armas. Se las clavaba á los animales en el sitio de los cuernos y las pasaba por entre los dedos de un niño con la mano abierta sin tocarle.

XVIII.—En el trono abandonó las letras, aunque hizo reparar las bibliotecas quemadas, y mandó á Alejandría á que copiaran las obras perdidas. Sólo escribía en casos verdaderamente precisos, ni leía más que las memorias del reinado de Tiberio. Sus cartas, sus discursos y sus edictos eran siempre obra de otro. Su lenguaje, sin embargo, era elegante, y de él se conservan frases hermosas: «Quisiera, decía, ser tan hermoso como debía ser Me-tius». De un hombre que era muy canoso, decía: «Su cabeza es vino vertido en la nieve». Y deploraba la suerte de los príncipes, «á los que no se les daba crédito con respecto á las conspiraciones más que cuando habían muerto.»

XIX.—Se recreaba en los juegos de azar; se bañaba durante el día y comía mucho á mediodía y muy poco al cenar. Frecuentemente daba comidas copiosas, no permaneciendo en la mesa después de puesto el sol, y en lugar de recrearse con lo que se llama las licencias del desnudo, se paseaba sólo hasta que se dormía.

XX.—Amaba mucho á las mujeres; colocaba los



placeres del amor en el número de sus funciones diarias, y los llamaba el ejercicio del lecho. Se divertía en depilar á sus queridas y en bañarse con las prostitutas de ínfima clase. Unido á Domitia, se resistió obstinadamente á casarse con la hija de su hermano Tito, que le ofrecían; pero la sedujo cuando se hubo casado con otro, en vida de Tito, y cuando perdió á su padre y su marido, la amó públicamente y le causó la muerte haciéndola abortar.

XXI.—La muerte de Domiciano fué recibida por el pueblo con indiferencia, pero enfureció á los soldados; quisieron hacer su apoteosis, y para vengarle solo les faltaron jefes que quisieran guiarlos. Mientras tanto, insistieron en pedir la muerte de sus asesinos y la consiguieron. El Senado, en cambio, la recibió con gozo. Se reunió en pleno, ultrajó su memoria con las mayores invectivas y hasta quiso que se le hiciera pedazos y se mutilaran sus estatuas. Todos sus títulos honoríficos fueron anulados y por un decreto se abolió su memoria.

Poco meses antes de su muerte una corneja habló en el Capitolio y dijo en griego: «todo va bien» ó «todo irá bien». Se dice, además, que Domiciano soñó que tenía un infarto de oro detrás del cuello, de lo que dedujo que después de él, el imperio sería feliz y floreciente, lo que se verificó por el desinterés y la moderación de sus sucesores.

FIN

# ÍNDICE

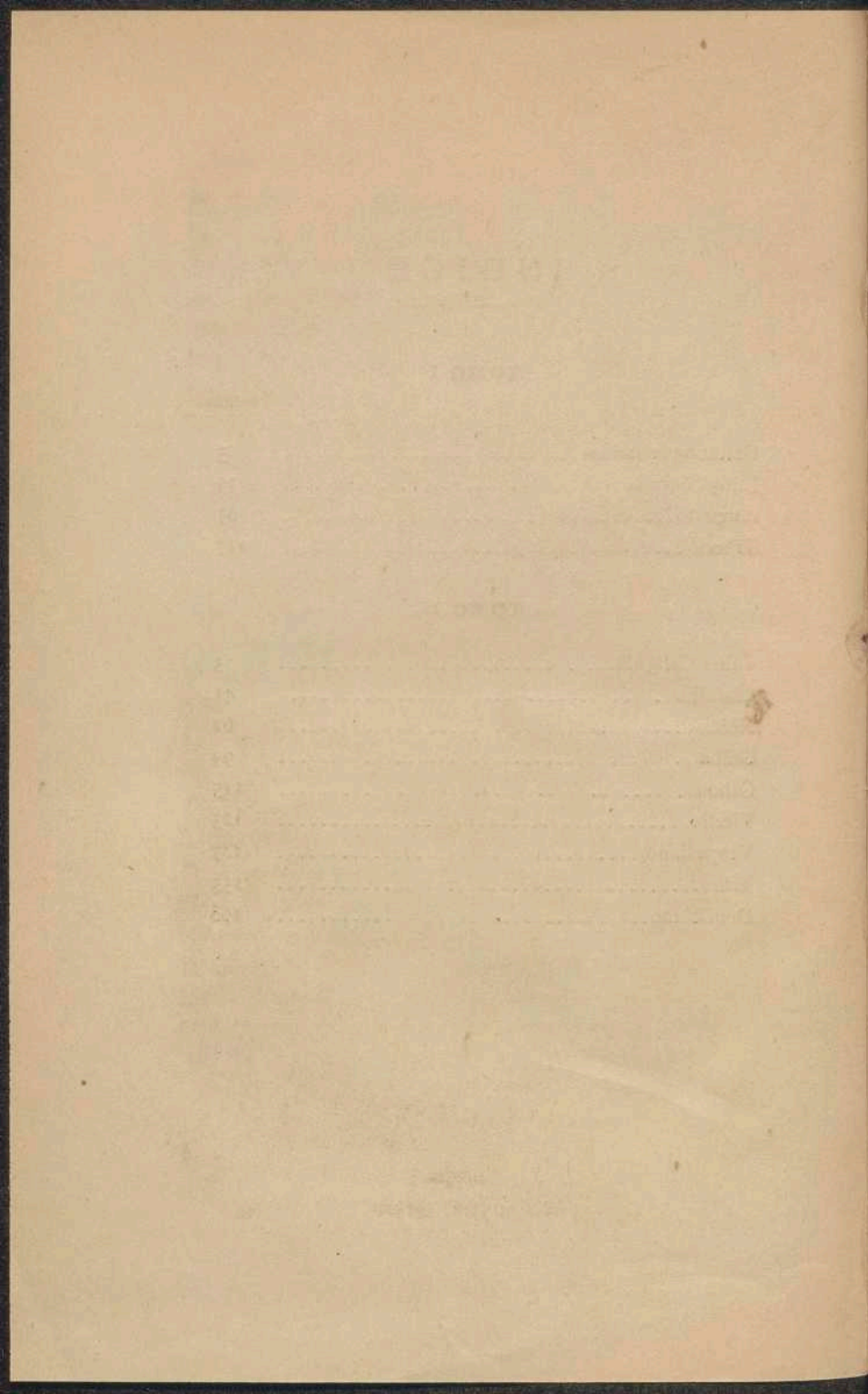
---

## TOMO I

	<u>Páginas.</u>
Estudio preliminar.....	5
Julio César.....	19
Augusto.....	67
Tiberio.....	117

## TOMO II

Caius Caligula... ..	5
Claudio.....	41
Nerón.....	61
Galba.....	99
Othon.....	115
Vitelio.....	125
Vespasiano.....	137
Tito.....	155
Domiciano.....	163



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

LECTURE 10

THE ELECTROMAGNETIC FIELD

1. THE ELECTRIC FIELD

2. THE MAGNETIC FIELD

3. THE ELECTROMAGNETIC WAVE

4. THE POTENTIALS

5. THE GAUGE

6. THE ENERGY AND MOMENTUM

7. THE RADIATION

8. THE SCATTERING

9. THE DIFFRACTION

10. THE INTERFERENCE

11. THE POLARIZATION

12. THE COHERENCE

13. THE QUANTUM THEORY

14. THE QUANTUM ELECTRODYNAMICS

GINÉS CARRIÓN, EDITOR

VERÓNICA, 13 Y 15.—MADRID

Publicaciones de esta casa:

**BIBLIOTECA INTERNACIONAL ECONÓMICA**

**VOLÚMENES PUBLICADOS Á PESETA**

I.—*Balzac*: **El Hijo maldito**, versión española de Luis Falcato.

II.—*Martí-Miquel*: **El Proceso de Satanas**, novela original.

III.—*Voltaire*: **La poesía épica y el gusto de los pueblos**, traducción de E. Barriobero Herrán.

IV.—*A. Herculano*: **Leyendas y narraciones**, versión española de Luis Falcato.

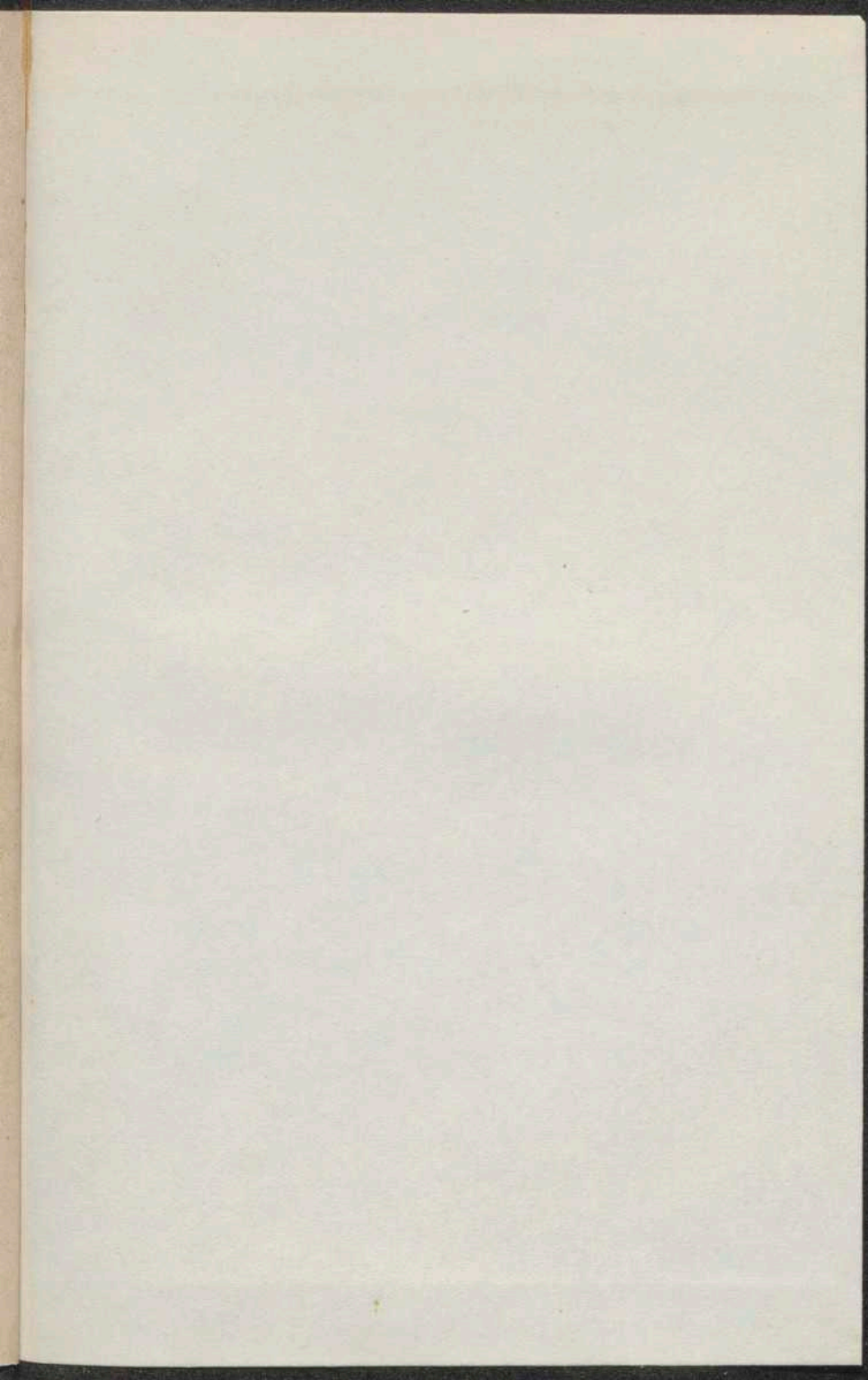
V y VI.—*Suetonius*: **Roma galante bajo los Césares**, primera versión del latín al castellano por E. Barriobero (dos tomos).

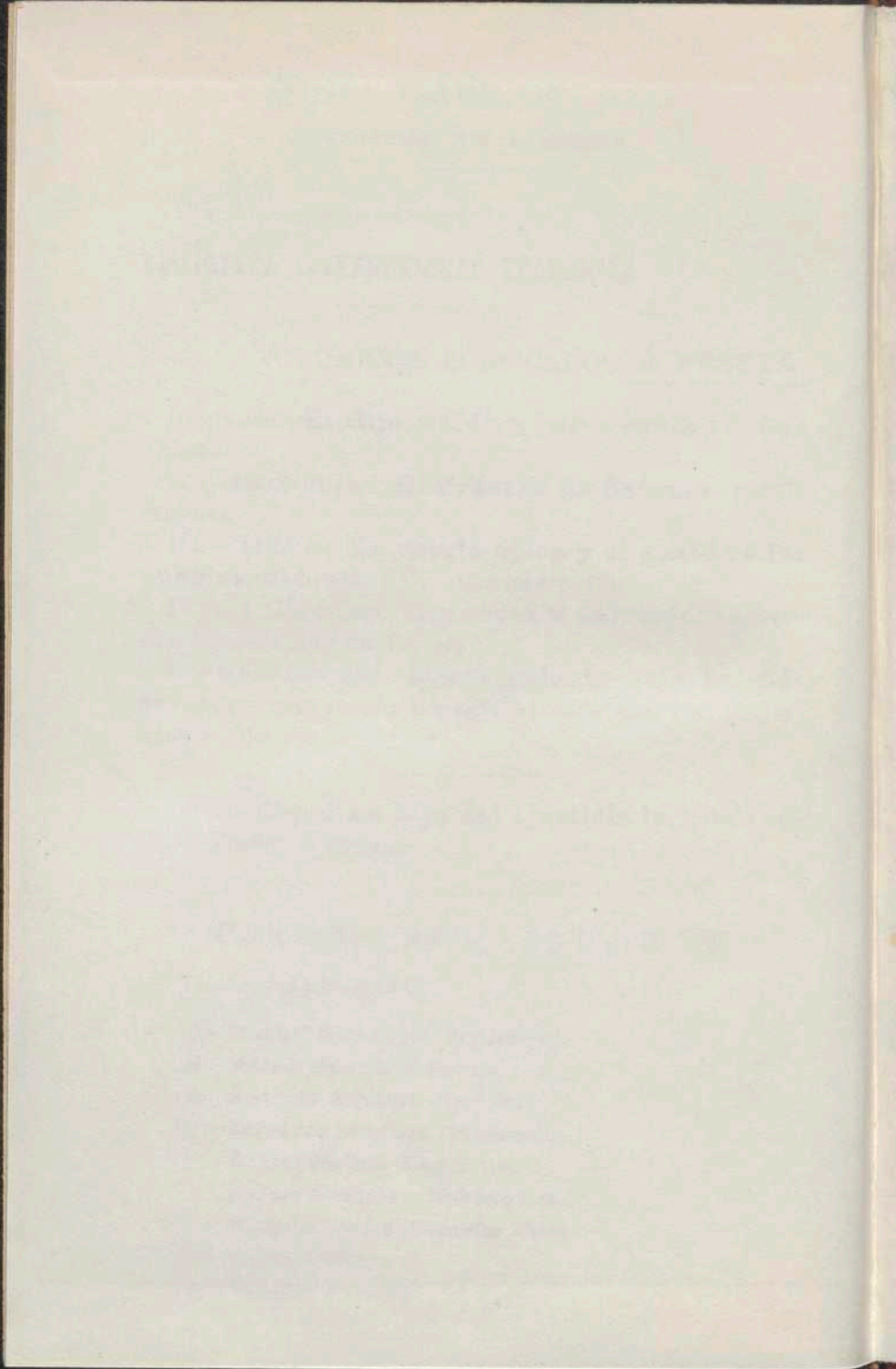
*Martí-Miquel*: **La hija del ajusticiado**, novela original. Precio: 5 PESETAS.

**BIBLIOTECA "SOL Y SOMBRA," Á 50 CÉNTIMOS TOMO**

Volúmenes publicados:

- I.—**Manuel García (el Espartero).**
- II.—**Rafael Guerra (Guerrita).**
- III.—**Antonio Reverte Jiménez.**
- IV.—**Salvador Sánchez (Frasuelo).**
- V.—**Rafael Molina (Lagartijo).**
- VI.—**Rafael González (Machaquito).**
- VII.—**Ricardo Torres (Bombita chico).**
- VIII.—**Antonio Montes.**
- IX.—**Antonio Fuentes.**





9 1 JUNE 2021

17  
G  
B  
C



E. BARRIOBENITO

---

ROMA  
GALANTE  
BAJO LOS  
CESARÉS

---

931  
SUE  
rom

---

---